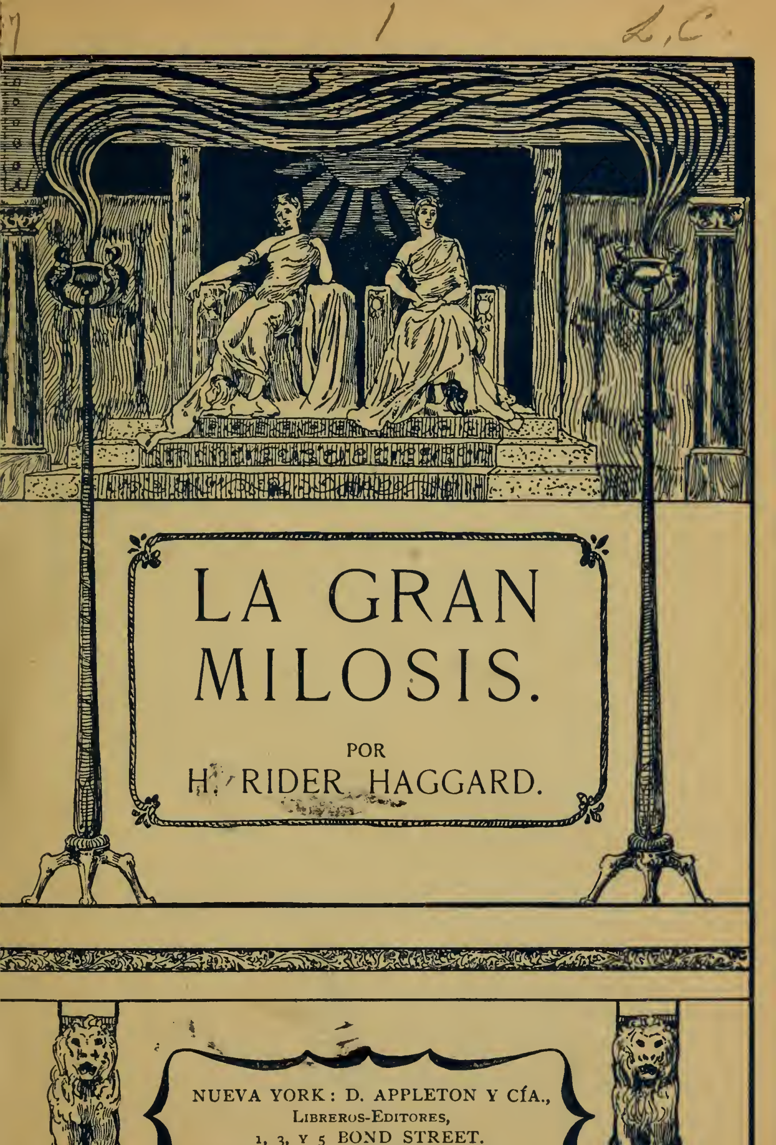



THE LIBRARY OF CONGRESS
1800


LA GRAN
MILOSIS.
POR
H. RIDER HAGGARD.
NUEVA YORK: D. APPLETON Y CÍA.,
LIBREROS-EDITORES,
1, 3, Y 5 BOND STREET.

LA GRAN MILOSIS

RELACIÓN DE LAS ÚLTIMAS AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS DE

ALLAN QUATERMAIN

EN COMPAÑÍA DE SIR ENRIQUE CURTIS, EL CAPITÁN JUAN GOOD Y UN UMSLOPOGAS

POR

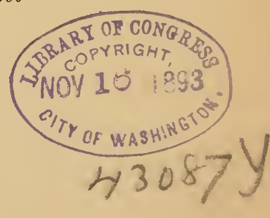
H. RIDER HAGGARD

AUTOR DE "LAS MINAS DEL REY SALOMÓN," ETC.

TRADUCIDA POR

ROMÁN PÉREZ

Ex Africa semper aliquid novi



NUEVA YORK

D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES

1, 3, Y 5 BOND STREET

1893

Dedico este libro de aventuras á mi hijo

ARTURO JUAN RIDER HAGGARD

esperando que en lo futuro él y muchos jóvenes á quienes no llegaré á conocer, puedan encontrar en los actos y pensamientos de ALLAN QUATERMAIN y de sus compañeros, algo que les sirva para alcanzar á lo que opino como Sir Enrique Curtis, que es el rango más elevado á que podemos aspirar en este mundo: EL ESTADO Y DIGNIDAD DE SER TODO UN CABALLERO.

LA GRAN MILOSIS

RELACIÓN DE LAS ÚLTIMAS AVENTURAS DE ALLAN QUATERMAIN

Diciembre 23.

Acabo de enterrar á mi hijo, mi pobre y hermoso hijo de quien estaba tan orgulloso, y mi corazón está hecho pedazos. Es muy triste tener un solo hijo para perderlo así; mas hágase la voluntad de Dios. ¿Quién soy yo para quejarme? La rueda del destino nos aniquila á todos, á algunos pronto, á otros más tarde; pero esto importa poco, puesto que al fin nos aniquila á todos. Nosotros no nos doblegamos ante él como los pobres Indios, huimos acá y allá, pedimos gracia, pero de nada sirve; el ciego y negro destino todo lo arrolla y á su debido tiempo nos reduce á polvo.

¡Pobre Enriquillo! ¡Morir tan joven, cuando la vida comenzaba para él! Estaba practicando en el hospital, había pasado su último examen con honores de los que yo estaba orgulloso, creo que más orgulloso que él. Entonces necesitaba ir á aquel hospital de viruelas. Me escribió que no tenía miedo á las viruelas y que necesitaba adquirir experiencia; ahora la enfermedad lo ha matado, y yo viejo, achacoso y consumido, he quedado para llorarlo, sin un hijo ó hija que me consuele. Pude haberlo salvado, tengo dinero bastante para los dos, más del que necesitábamos:

"Las Minas del Rey Salomón" me proveen de lo suficiente; pero yo dije: "No, dejemos al muchacho ganarse la vida, que trabaje para que después pueda apreciar el descanso." Y el descanso ha llegado para él antes que el trabajo. ¡Oh, hijo mío, hijo mío!

Soy como aquel hombre de quien refiere la Biblia que acumulaba muchas mercancías y edificaba graneros, mercancías para mi hijo y graneros para que él los abasteciese; y ahora su alma se ha separado de su cuerpo y yo he quedado sin consuelo. ¡Quisiera que hubiera sido mi alma y no la de mi hijo!

Lo enterramos esta tarde bajo la sombra de una parda y antigua torre de la Iglesia de esta aldea, donde está mi casa. Era una triste tarde del mes de Diciembre y el cielo estaba cargado de nieve; mas no era mucha la que caía. El ataúd fué puesto cerca del sepulcro, se habían olvidado las cuerdas que se necesitaban; así es que tuvimos que dejarlo en el suelo y esperamos, observando en silencio los gruesos copos de nieve que caían poco á poco, uno por uno, como celestes bendiciones, y se fundían en lágrimas sobre el paño mortuorio de Enriquillo. Pero no fué esto todo. Un petirojo muy atrevido se colocó sobre el ataúd, y comenzó á cantar. Entonces yo tuve miedo de desmayarme, como sucedió á Sir Enrique Curtis, no obstante ser un hombre de gran fortaleza; en cuanto al Capitán Good le ví volver la cara, sin que mi propia desgracia me impidiese verlo.

Lo dicho arriba y firmado *Allan Quatermain*, es un extracto de mi diario, escrito hace poco más de dos años. Lo copio aquí porque me parece que es el principio más conveniente de la historia que voy á referir, si á Dios

agrada permitirme el acabarla; y si no, poco importa. Este extracto fué escrito á siete mil millas del paraje donde ahora me encuentro escribiendo éste, poco á poco y penosamente, con una preciosa muchacha que está á mi lado, abanicándome para ahuyentar las moscas de mi augusta persona. Enriquillo está allá y yo aquí, y sin embargo me parece que no estoy lejos de él. Cuando estuve en Inglaterra, vivía en una hermosa casa (la llamo hermosa casa, hablando relativamente y juzgando por el modelo de las casas en que he pasado mi vida en África), á menos de quinientas yardas de la antigua Iglesia donde Enriquillo está sepultado. Allá me fuí después del entierro, y tomé algún alimento; porque no es bueno morirse de hambre aun cuando acaben de sepultarse todas las esperanzas de la vida. Pero no pude comer mucho, y pronto empecé á pasear ó mejor dicho á cojear (habiendo quedado cojo por la mordida de un león), dando vueltas en el vestíbulo entablado de encina, porque hay un vestíbulo en mi casa de Inglaterra. En las cuatro paredes de este vestíbulo estaban colocados pares de cuernos (cerca de cien pares), pertenecientes á animales que había cazado yo mismo. Eran hermosos ejemplares, porque nunca guardo un cuerno que tenga algún defecto, á no ser que tenga conexión con algunos recuerdos. En el centro del cuarto, sobre el hogar vacío, había quedado libre un espacio en el cual coloqué todos mis rifles. Hay algunos que he conservado desde hace cuarenta años, de los que se cargan por la boca y que ya rara vez se ven en estos tiempos. Un fusil para cazar elefantes, con tiras de cuero crudo amarradas á la caja y al gatillo, como los que acostumbran á usar los Holandeses y que llaman "roer." Ese fusil lo

compré hace muchos años á un Boer, quien me dijo que su padre lo había usado en la batalla del Río de Sangre, la que tuvo lugar cerca de Dingaan en Natal, donde murieron seiscientas personas, hombres, mujeres y niños: los Boers llaman á ese lugar "Weenen" ó lugar del llanto; y así se llama hoy y se llamará siempre. Muchos elefantes he matado yo con ese viejo fusil. Cargado con un puñado de negra pólvora y una bala de tres onzas, mataba como el mismo diablo.

Me paseaba viendo los fusiles y los cuernos que los fusiles habían abatido, y al verlos se apoderó de mí un ardiente deseo de abandonar este lugar, donde he vivido holgadamente y con comodidad, y volver á la inculta tierra donde he pasado la mayor parte de mi vida, donde encontré á mi amada esposa y nació el pobre Enriquillo y donde tantas cosas buenas, malas é indiferentes me han sucedido. La sed del desierto me poseía: no podía permanecer más tiempo en este lugar; iría y moriría como he vivido, entre el indómito gamo y los salvajes. Sí, me paseaba y comencé á suspirar por ver la luz de la luna brillando argentada sobre el salvaje y misterioso mar de arbustos y á observar la senda del gamo que baja á las llanuras en busca de agua. Dícese que la pasión que se reprime se manifiesta con más fuerza á la hora de la muerte, y mi corazón estaba muerto esa noche. Pero independientemente de mis pesares, ningún hombre que ha vivido como yo cuarenta años en el desierto, puede encerrarse impunemente en este afectado país de Inglaterra, con sus series de árboles bien arregladas, sus campos cultivados, sus rígidas y formales costumbres y sus bien vestidos habitantes. Se empieza á anhelar ¡y cómo se an-

hela! el penetrante soplo del aire del desierto, y se sueña con la vista de los perversos Zulú cayendo sobre sus enemigos como la marea sobre las rocas, y el corazón se levanta en abierta rebelión contra los estrechos límites de la vida civilizada.

¡Ah! ¿para qué sirve esta civilización? Por espacio de más de cuarenta años he vivido entre los salvajes, los he estudiado á ellos y sus costumbres, y durante varios años he vivido aquí, en Inglaterra, y he procurado, según mis facultades, conocer la manera de ser de los hijos de la luz; y ¿qué he encontrado? ¿Un inmenso abismo? No, solamente uno muy pequeño que el pensamiento de un hombre entendido puede penetrar fácilmente. El salvaje es lo mismo que el hombre blanco, el último es más ingenioso y posée la facultad de combinar; pero el salvaje, según lo he conocido, está libre de la fiebre del dinero que corroe como un cáncer el corazón del hombre blanco. Es una conclusión degradante; pero en todo lo esencial, el salvaje y el hijo de la civilización son idénticos. Me atrevo á decir que alguna señorita de la aristocracia al leer esto se reirá de la simplicidad del loco cazador, cuando piense en el adorno de cuentas de vidrio de sus hermanas las negras, y lo mismo hará el perezoso civilizado al tomar en su club una comida cuyo precio bastaría para alimentar una familia durante una semana. Sin embargo, querida señorita, ¿qué son esos preciosos adornos que lleváis alrededor de vuestro cuello? Tienen una semejanza muy marcada, especialmente cuando lleváis el vestido escotado, con las cuentas de la mujer salvaje. Vuestro hábito de saltar alrededor, al sonido de cuernos y *tam-tam*, vuestra afección por los afeites y polvos, el modo

con que os subyugáis al rico guerrero que os ha capturado por medio del matrimonio, y la prontitud con que vuestro gusto varía respecto del tocado de plumas, todo esto implica marcadas muestras de parentesco; y recordad que los principios fundamentales de su naturaleza y la vuestra son completamente iguales. En cuanto á vos, señor, que también tomáis esto á risa suponed, que un hombre os abofetée, cuando estáis saboreando un delicioso platillo y veremos como dais prueba de lo que de salvaje hay en vos.

Podría continuar, ¿pero á qué conduce esto? La civilización es únicamente un salvajismo dorado. Es pura vanagloria, y como la aurora boreal, sólo viene para desaparecer repentinamente y dejar el firmamento más oscuro. Ha crecido fuera del terreno de la barbarie, como un árbol, y me parece que como el árbol caerá al suelo una vez más, tarde ó temprano, pero caerá, como cayó la civilización Egipcia, como cayó la civilización Helénica, como la civilización Romana y como cayeron también otras muchas de las que el mundo ha perdido hasta el recuerdo. No se crea sin embargo, que censuro nuestras modernas instituciones que representan la experiencia adquirida por la humanidad aplicada á todo lo bueno. La civilización trae naturalmente grandes ventajas, los hospitales por ejemplo; pero tened presente que nosotros hemos educado el pueblo enfermizo que los llena. En una tierra salvaje ellos no existen. Además, se preguntará, ¿cuántos de estos beneficios se deben al cristianismo que es distinto de la civilización? La balanza se vuelve loca y la historia sigue; aquí una ganancia, allá una pérdida y el gran promedio de la Naturaleza nos abate al través de los dos, de donde la suma total forma uno de los factores

en aquella poderosa ecuación en que el resultado igualará á la cantidad desconocida.

No pido excusas por esta digresión, especialmente cuando es una introducción que todos los jóvenes y aquellos á quienes nunca les gusta pensar (lo que es un mal hábito), saltarán naturalmente. Me parece loable que procuremos algunas veces conocer los límites de nuestra naturaleza de una manera que no nos deje descarriar por el orgullo de nuestros conocimientos. El conocimiento del hombre es casi infinito, se ensancha como una banda elástica; pero la naturaleza humana es como un anillo de hierro. Podéis rodearlo, pulirlo, desgastarlo un poco de un lado, haréis un agujero en otro lado, pero jamás, mientras el mundo exista y el hombre sea hombre, aumentaréis su circunferencia total. Es una cosa fija, inmutable; fija como las estrellas, más permanente que las montañas, tan inalterable como la eternidad. La naturaleza humana es el kaleidoscopio de Dios y los pequeños trozos de vidrios de colores que representan nuestras pasiones, esperanzas, temores, goces y aspiraciones hacia el bien y el mal, y que no se mueven en su poderosa mano con tanta seguridad y certeza como se mueven las estrellas, dan origen continuamente á nuevos tipos y combinaciones. Pero los elementos componentes permanecen los mismos: no habrá un trozo más de vidrio de colores ni uno menos por siempre jamás.

Siendo esto así, supongamos con motivo de nuestro argumento, que estamos divididos en veinte porciones, diez y nueve de hombre salvaje y una de hombre civilizado, debemos considerar las diez y nueve porciones de salvaje de nuestra naturaleza y no la vigésima que, aunque

tan insignificante en realidad, está esparcida toda sobre las otras diez y nueve, haciéndolas aparecer completamente diferentes de lo que son en realidad, como si el betún hiciese una bota ó la cola una mesa. Á las diez y nueve partes toscas del salvaje ocurrimos en caso de necesidad, no á la vigésima, pulida pero insubstancial. La civilización debería enjugar nuestras lágrimas y sin embargo nosotros lloramos y no podemos ser consolados. La guerra es aborrecida por ella, y nosotros combatimos por nuestro hogar y por la patria, por el honor y la fama, y podemos envanecernos con el infortunio de los demás. Lo mismo sucede en cualquiera otro caso.

Cuando el corazón está angustiado y la cabeza se humilla entre el polvo, la civilización nos abandona del todo. Nos arrastramos y reposamos como pequeños niños en el seno de la naturaleza por si acaso puede consolarnos y hacernos olvidar ó al menos librarnos de la molestia del recuerdo. ¿Quién no ha sentido en un gran dolor el deseo de mirar los rasgos visibles de la Madre universal; reposar en las montañas, observar las nubes que cruzan el firmamento y oir las pesadas olas romperse estrepitosamente sobre la playa; dejar nuestra vida azarosa confundirse un momento con la misma naturaleza, sentir los suaves latidos de su eterno corazón y olvidar nuestras miserias, dejarnos absorber por la vasta energía de aquella de quien somos, de la que venimos, con la que nos confundimos, que nos dió la vida y en no lejano día nos dará también la muerte?

Así yo en mi gran dolor, paseándome en el vestíbulo de mi casa en Yorkshire desée una vez más arrojarme en los brazos de la Naturaleza. No la naturaleza que gene-

ralmente se conoce en el mundo civilizado, la naturaleza que se muestra en bosques bien guardados y sonríe en los sembrados de trigo, sino de la Naturaleza tal como era cuando la creación del mundo quedó completa, sin marcas de la sentina de una humanidad abrumadora. Volvére otra vez á la tierra donde vive el gamo, donde ninguno conoce la historia, donde habitan los salvajes á quienes amo, aunque algunos sean tan implacables como la Economía Política. Allá tal vez podré habituarme á pensar en el pobre Enriquillo, que yace en el cementerio de la Iglesia, sin sentir que mi corazón se rompe en dos pedazos.

Y ahora pongamos fin á esta egoista digresión y no se hable más de ello. Si por casualidad algún día se empieza á leer esta obra, suplico al lector que persevere, porque lo que en ella se refiere no carece de interés, sin que antes se haya dicho ni se vuelva á decir probablemente.

CAPÍTULO I

INFORMACIÓN DEL CÓNSUL

Había pasado una semana desde el entierro de mi pobre Enriquillo, y una tarde me estaba paseando en mi cuarto y pensando, cuando llamaron á la puerta. Bajé la escalera, abrí yo mismo y entraron mis antiguos amigos, Sir Enrique Curtis y el Capitán Juan Good. Pasaron al vestíbulo y se sentaron delante del ancho hogar, donde recuerdo que ardía un buen fuego. "Sois muy bondadosos en haber venido," dije por decir algo; "debe haberos molestado mucho andar sobre la nieve."

Nada contestaron; pero Sir Enrique llenó pausadamente su pipa y la encendió con una brasa. Hecho esto, alimenté el fuego con una brazada de leña, iluminando la llama toda la escena; mientras tanto yo consideraba qué hombre tan gallardo era él. Rostro calmado, lleno de energía, facciones bien acentuadas, grandes ojos garzos, barba y cabello rubios, en suma, una magnífica muestra del más altivo tipo de la humanidad. Su forma no desdecía de su cara. Jamás he visto hombros más anchos ó un pecho más profundo. La gordura de Sir Enrique es tan proporcionada que aunque su estatura es de seis pies dos pulgadas, no parece un hombre alto. Al mirarlo no pude dejar de pensar qué curioso contraste presentaba

mi seco cuerpo con su hermosa presencia. Imaginaos un hombre pequeño, desecado, de sesenta y tres años de edad, con rostro amarillo, manos delgadas, grandes ojos negros, pelo entrecano muy corto, y que se sostiene como un arbusto despreciable medio consumido; pesando, junto con el vestido, seis arrobas, y os formaréis una idea exacta de Allan Quatermain, ó como le llaman los indígenas: *Macumazahan*, que significa el que ve durante la noche, ó en lenguaje vulgar un compañero listo, que no se descuida.

Good no se parecía á ninguno de nosotros; es pequeño, moreno, corpulento, muy corpulento, con ojos negros, brillantes, teniendo fijo perpetuamente sobre ellos un monóculo. He dicho que es corpulento, pero este epíteto es aún suave. Siento manifestar que de algunos años á esta parte el estómago de Good ha aumentado tan considerablemente, que le da una apariencia ridícula. Sir Enrique le dice que esto proviene de la pereza en que vive y de lo mucho que come; á Good no le gusta aunque no puede negarlo.

Estuvimos sentados un rato, después cogí un fósforo y encendí la lámpara que estaba lista sobre la mesa, porque la media luz que había en la habitación, como sucede cuando uno ha perdido una de las esperanzas de la vida y no ha pasado aún una semana, era ya insuficiente. Luego abrí un armario, saqué una botella de aguardiente, grandes vasos y agua. Me gusta hacer siempre estas cosas yo mismo, pues me irrita tener continuamente á mi lado á alguno, como si fuese un nene de diez y ocho meses. Todo este rato Curtis y Good habían estado en silencio, pensando supongo, que nada tenían que decirme que me fuese de provecho, y contentándose con darme el consuelo

de su presencia y silenciosa simpatía; porque ésta era tan sólo su segunda visita después de los funerales de mi hijo. Y en verdad que la presencia de otros es la que nos consuela en nuestras horas de dolor, y no su conversación, que con frecuencia sólo sirve para irritarnos. Antes de una fuerte tempestad los gamos se reunen, pero dejan de llamarse uno á otro.

Fumaban y bebían aguardiente y agua sentados, y yo parado al lado del fuego fumaba también y los veía.

Al fin rompí el silencio. "Amigos míos," les dije, "¿cuánto tiempo hace que volvimos de Kukuanaland?"

"Tres años," contestó Good. "¿Por qué lo preguntáis?"

"Porque creo que ya he gozado bastante tiempo del encanto de la civilización. Vuelvo al desierto."

Sir Enrique apoyó su cabeza en el respaldo del sillón y riéndose con una de sus estridentes carcajadas dijo: ¿Qué extraño, eh, Good?"

Good me miró misteriosamente al través de su monóculo y murmuró. "Sí, extraño, muy extraño."

"Nada comprendo absolutamente de lo que queréis decir, dije yo, viendo alternativamente á ambos, porque me disgustan los misterios."

"¿No comprendéis, viejo camarada?" dijo Sir Enrique, "entonces yo os lo explicaré. Al venir aquí Good y yo tuvimos una conversación."

"Si vinísteis juntos probablemente la habéis tenido, contesté yo sarcásticamente, porque Good es muy platicador. ¿Y sobre qué habéis conversado?"

"¿Á que no lo adivináis?" me preguntó Sir Enrique.

Yo moví la cabeza. No era probable que adivinase lo que Good había dicho. Él habla de tantas cosas.

"Era acerca de un plan que he formado, á saber, que si queréis empacaremos nuestros efectos y emprenderemos otra expedición ál África."

Al oir estas palabras no pude contener mi alegría. "¿Iréis?" les dije.

"Sí, y también Good. ¿No es verdad, Good?"

"Indudablemente." Contestó éste.

"Escuchad, camaradas," continuó Sir Enrique con mucha animación. "Yo estoy también cansado, muy cansado, de no hacer más que representar el papel de caballero en un país donde son tan abundantes. Durante un año ó más he estado intranquilo como viejo elefante que presiente el peligro. He soñado en Kukuanaland, Gagool y en 'Las Minas del Rey Salomón.' Puedo asegurar que he llegado á ser la víctima de innumerables pretendientes. Estoy fastidiado de cazar perdices y faisanes, y necesito correr otra vez tras del gamo salvaje. Vosotros sabéis perfectamente que cuando se ha probado el aguardiente con agua, la leche parece insípida al paladar y por lo mismo comprenderéis mis sentimientos. El año que pasamos juntos en Kukuanaland vale por todos los otros de mi vida. Me parece que soy un necio al sentir estas penas, pero no puedo evitarlo; deseo ardientemente ir allá y, lo que es más, intento ir." Se detuvo un poco y después prosiguió.

"¿Por qué no había de ir? No tengo mujer, padre, ni hijos que me detengan aquí. Si alguna cosa me sucede, la baronía pasará á mi hermano Jorge y á su hijo, como sucedería en último resultado en cualquier caso. Para nadie soy yo de importancia."

"Ah," le dije. "Ya sabía yo que más temprano ó más tarde tomaríais esta resolución. Y ahora, Good, ¿qué razón tenéis vos para querer hacer lo mismo? ¿Tenéis alguna?"

"Yo nunca hago las cosas sin razón," contestó Good solemnemente; "la razón es que no hay una mujer en el asunto, si no que son varias."

Yo lo miré asombrado. Good es muy frívolo. ¿"Qué es?" le dije!

Si deseais saberlo, aunque yo no hablaría de una cosa delicada y estrictamente personal, os lo diré. Estoy engordando demasiado."

"Silencio, Good," dijo Sir Enrique. "Y ahora Quatermain, decid, ¿á dónde os proponéis ir?"

Antes de responder encendí mi pipa que había ya sacado.

"¿Habéis oído hablar alguna vez del monte Kenia?" les pregunté.

"No conozco tal lugar," dijo Good.

"¿Y de la isla de Lamu?" Les pregunté otra vez.

"No. . . . Pero . . . . esperad, ¿no es un lugar que está cerca de 300 millas al norte de Zanzíbar?"

"Sí. Ahora escuchad. Lo que propongo es esto. Que vayamos á Lamu, de allí, haremos un viaje de 250 millas al monte Kenia; del monte Kenia al monte Lekakisera, come otras 200 millas; más allá de este punto, según creo, ningún hombre blanco ha entrado; y si llegamos hasta allí bien, penetraremos en el interior que es desconocido. ¿Qué decís, amigos míos?"

"Es una empresa atrevida," dijo Sir Enrique reflexivamente.

"Tenéis razón," le contesté. "Lo es; pero la prefiero, porque nosotros tres debemos buscar empresas de esta clase. Necesitamos un cambio de escena, y probablemente lo conseguiremos; un cambio completo. Toda mi vida he deseado visitar aquellos países, é intento hacerlo antes de morir. La muerte de mi pobre hijo ha roto el último eslabón que me unía á la civilización. La dejo para vivir con los salvajes. También os diré otra cosa, y es que hace muchos años he oído algunos rumores acerca de una gran raza blanca, que se supone existe por aquellas regiones y yo anhelo cerciorarme de si hay algo de verdad en esto. Si gustáis acompañarme, camaradas, bueno; si no, iré yo solo."

"Yo os acompañaré, aunque no creo en vuestra raza blanca," dijo Sir Enrique, levantándose y colocando su brazo sobre mi hombro.

"Corriente," añadió Good. "Yo voy á prevenirme desde luego. Vayamos de todas maneras al monte Kenia, y á otros lugares con nombres impronunciables, y busquemos una raza blanca que no existe. Para mí todo es igual."

"¿Cuándo pensáis partir?" preguntó Sir Enrique.

"Dentro de un mes," le respondí, "por el vapor de la India Británica; y que no os acontezca asegurar que algunas cosas no existen sólo porque no habéis oído hablar de ellas. Recordad 'Las Minas del Rey Salomón.'"

. . . .

Catorce semanas habían pasado desde la fecha de esta conversación, por lo que esta historia continúa en otros lugares.

Después de muchas deliberaciones é inquisiciones, con-

venimos en que el mejor punto de nuestra partida para el monte Kenia, serían las cercanías de la desembocadura del río Tana, por estar 100 millas más cerca de Zanzíbar que Mombasa. Tomamos esta resolución por los informes que nos dió un comerciante Alemán, que nos encontramos á bordo del vapor, en Aden. Creo que era el Alemán más sucio que he conocido en mi vida; pero era un buen sugeto y nos dió muchos y preciosos informes. "Lamu," dijo, "vais á Lamu, ¡oh¡ es un hermoso país," y levantando su redonda cara que brillaba de gozo añadió. "Un año y medio viví allí y jamás me cambié de camisa, jamás."

Al llegar á la isla desembarcamos con todas nuestras mercancías y equipages, y no sabiendo á dónde ir nos dirigimos audazmente á la casa del cónsul de su Majestad, donde fuimos hospitalariamente recibidos.

Lamu es una población muy curiosa; pero lo que más se grabó en mi memoria con relación á ella son su poca limpieza y sus malos olores. Estos son verdaderamente horribles. Abajo del consulado está la playa ó más bien un banco de lodo que se llama playa. Queda completamente descubierto durante la marea baja y sirve de depósito á todas las inmundicias, porquerías y desechos de la ciudad. Aquí es donde las mujeres vienen también á enterrar cocos en el fango, hasta que la cáscara exterior se pudre completamente; entonces los sacan y emplean las fibras para hacer esteras y para otros varios usos. Como este procedimiento se ha continuado durante algunas generaciones, la condición de la playa puede mejor imaginarse que describirse. He aspirado muchos malos olores en mi vida; pero la concentrada esencia de infec-

ción que se levantaba de aquella playa en Lamu, cuando nos sentábamos por la noche, á la luz de la luna, no bajo, sino sobre el hospitalario techo de nuestro amigo el cónsul, y la aspirábamos, hace el recuerdo de aquéllos muy débil. No debe extrañarse que la fiebre reine en Lamu. Sin embargo, el lugar no carece de ciertas hermosuras y encantos que le son propios, aunque probablemente este mal olor los debilita.

"¿Á dónde os dirigis, caballeros?" preguntó nuestro amigo, el hospitalario cónsul, cuando fumábamos nuestras pipas después de comer.

"Nos proponemos ir al monte Kenia y de allí al monte Lekakisera," contestó Sir Enrique. "Quatermain ha oído el cuento de que existe una raza blanca más allá, en territorios desconocidos."

El cónsul pareció interesarse y respondió que él también había oído hablar algo de aquello.

"¿Qué habéis oído?" le pregunté.

"Oh, no mucho. Todo lo que sé es que hace como un año, recibí una carta de Mackenzie, el misionero Escocés, cuya estación está colocada en el punto más alto y navegable del río Tana, en la cual decía algo relativo á ese asunto."

"¿Tenéis la carta?" le dije.

"No, la destruí; pero recuerdo decía que un hombre había llegado á su estación, el cual le refirió, que caminando dos meses más allá del monte Lekakisera, á donde ningún hombre blanco ha llegado aún, según mis informes, encontró un lago llamado Laga, que de allí se dirigió al Nordeste, caminando un mes al través del desierto, llanuras de espinas y grandes montañas, hasta que llegó á

un país donde la gente es blanca y viven en casas de piedra. Aquí fué recibido hospitalariamente, hasta que los sacerdotes del país aseguraron que era un diablo y la gente lo arrojó de allí: caminó ocho meses hasta que llegó á la misión de Mackenzie, casi muerto, según he ído decir. Es todo lo que sé y mi opinión es que esto eso un embuste; pero si deseáis saber más sobre este asunto, lo mejor que debéis hacer es subir el Tana, hasta la misión de Mackenzie y pedirle informes."

Sir Enrique y yo nos miramos. Aquí había algo realizable.

"Debemos dirigirnos á Mr. Mackenzie," dije yo.

"Bien," respondió el cónsul, "es lo mejor que podéis hacer; pero os advierto que vuestro viaje será muy peligroso, porque he oído decir que los Masai están cerca, y como sabéis, no son agradables parroquianos. Vuestro plan mejor será escoger algunos hombres para sirvientes y cazadores, y alquilar conductores de un pueblo á otro. Esto os ocasionará muchas molestias; pero quizá experimentaréis que es más barato y más ventajoso que contratar una caravana, y estaréis menos expuestos á que se os deserten."

Afortunadamente había allí una partida de Wakwafi Askari (soldados). Los Wakwafi, que provienen de un cruzamiento entre los Masai y los Wataveta, son una hermosa raza varonil, que posée muchas cualidades del Zulú y mayor aptitud para la civilización. Son también grandes cazadores. Sucedió que estos hombres habían hecho un largo viaje con un Inglés, llamado Jutson, que había partido de Mombasa, puerto á 150 millas abajo de Lamu, dirigiéndose á Kilimanjairo, una de las más altas monta-

ñas conocidas en África. ¡Pobre hombre! murió de fiebre al volver de su viaje á poca distancia de Mombasa. Parece increíble que muriese después de haber sobrevivido á tantos peligros, estando ya cerca de una población; pero así fué. Sus cazadores lo enterraron y vinieron á Lamu á descansar. Nuestro amigo, el cónsul, nos sugirió que contratásemos estos hombres, y en consecuencia, la mañana siguiente, procuramos tener una entrevista con aquella partida, acompañados de un intérprete.

Los encontramos en una choza de lodo en los arrabales de la ciudad. Tres de ellos estaban sentados fuera de la choza, pareciéndonos francos y teniendo una apariencia más ó menos civilizada. Les dijimos prudentemente el objeto de nuestra visita, al principio con poco éxito. Declararon que no podían acceder á semejante pretensión, que estaban fatigados y débiles por un viaje tan largo, y que sus corazones estaban tristes por la pérdida de su amo. Intentaban volver á sus casas y descansar algún tiempo. Esto no prometía mucho, así es que, para efectuar una diversión, les pregunté donde estaban los que faltaban. Se me había dicho que eran seis y yo sólo veía tres. Uno de ellos me dijo que estaban dormidos en la choza, y estaban también descansando de sus fatigas; "el sueño pesaba sobre sus párpados y el dolor hacia sus corazones como el plomo: era mejor dormir, porque con el sueño viene el olvido. Sin embargo, se les despertaría."

Inmediatamente salieron de la cabaña bostezando. Los dos primeros eran indudablemente de la misma raza y estilo de los que ya habíamos visto; pero la apariencia del último casi me hizo saltar de gozo.

Era un hombre robusto, muy alto, de seis pies tres pulgadas de estatura, con miembros al parecer muy fuertes. Á primera vista conocí que no era Wakwafi: era un Zulú de raza pura. Salió con su mano delgada y casi aristocrática colocada ante su rostro, para ocultar un bostezo, así es que de pronto sólo pude ver que era un "Keskla" ú hombre con anillo,* y que tenía un gran agujero de tres esquinas en la frente. Poco después retiró la mano, dejando ver el poderoso rostro de un Zulú, con boca jovial, barba pequeña, lanuda, teñida de gris y un par de ojos oscuros, perspicaces como los del halcón. Inmediatamente conocí á mi hombre, aunque hacía doce años que no lo veía. "¿ Cómo te va, Umslopogaas ?" le dije tranquilamente en Zulú.

El hombre alto (que entre su pueblo era comunmente conocido con el sobrenombre de Pico Duro ó Pájaro Carpintero † y también con el de Matador) se extremeció, y en su asombro casi dejó caer el hacha de batalla que tenía empuñada en su mano. Luego me reconoció y me saludó en su sonoro lenguaje, lo que hizo abrir grandes ojos á sus compañeros los Wakwafi.

"Koos" jefe, comenzó, "Koos-y-Pagate. Koos-y-

* Entre los Zulús el hombre toma un anillo, que es hecho de una especie de goma negra, enrollado con cabello y bien pulido, cuando ha alcanzado cierta dignidad y edad ó es marido de un número suficiente de mujeres. Mientras no puede llevar el anillo es mirado como un muchacho, aunque tenga treinta y cinco años de edad ó más.—A. Q.

† El editor de la versión castellana, creyéndo que el nombre de este gigante ó especie de gigante Africano, Umslopogaas, es difícil de pronunciar en nuestra lengua, ha preferido llamarle Pico Duro ó Pájaro Carpintero, con cuyo nombre era conocido entre su tribu y porque como el lector verá, le sienta bien á este Zulú, que era un buen pájaro.

umcool," antiguo jefe poderoso jefe, "Koos. Baba, (padre) Macumazahn, viejo cazador, matador de elefantes, destructor de leones, diestro, observador bravo, ágil, cuyo tiro jamás se desperdicia, que estrecha una mano que coge hasta la muerte (es un verdadero amigo). Koos, Baba. Sabia es la voz de nuestro pueblo que dice: "La montaña jamás se encuentra con la montaña; pero al alba ó después el hombre se encontrará con el hombre." Mirad, un mensagero vino de Natal, "Macumazahn ha muerto," gritó él: "La tierra no verá más á Macumazhan." De esto hace ya años. Y ahora, mirad, en estraño y fétido lugar, encuentro á Macumazahn, mi amigo. No hay que dudar. Las cerdas del viejo chacal se han vuelto grises; pero ¿no es su vista tan penetrante y sus dientes tan agudos como antes? ¡Ha, ha! Macumazahn, ¿recuerdas cuando plantaste una bala en el ojo de aquel búfalo que acometía? ¿te acuerdas?"

Lo había dejado hablar así porque ví que su entusiasmo producía un marcado efecto en el ánimo de los cinco Wakwafi, que parecían comprender algo de su conversación; pero pensé que era ya tiempo de ponerle fin, porque nada aborrezco tanto como este sistema Zulú de extravagantes elogios, "bongering" como ellos le llaman. "Silencio," le dije. "¿Qué haces aquí con estos hombres, tú á quien dejé come jefe en Zululand? ¿Cómo es que te encuentras lejos de tu nación y unido con estos extranjeros?"

Pico Duro se apoyó sobre la cabeza de su grande hacha de batalla (que no era otra cosa sino una hachuela con un hermoso mango de cuerno de rinoceronte), y su torva faz se puso triste.

“ Padre mío,” respondió, “ tengo que decirte una palabra, pero no delante de esta gente baja (umfagozana),” y dirigió una mirada á los Wakwafi Askari ; “ tú solo debes oirlo,” y su faz se puso aun más sombría, “ una mujer me engañó alevosamente y cubrió mi nombre de infamia, ¡ ay ! mi misma esposa, una muchacha de faz redonda, me engañó ; pero escapé de la muerte, ¡ ay ! huí de entre las manos de aquellos que venían á matarme. Yo sólo dí tres golpes con mi hacha, ‘ Inkosi-kaas,’ seguramente mi padre lo recordará, uno á la izquierda, otra á la derecha y el último enfrente, y dejé muertos tres hombres. Entonces huí y, como mi papre sabe, aun ahora que estoy viejo, mis pies son como los pies del Sasaby,* y no existe un hombre que pueda vencerme en la carrera. Yo me apresuré, y detrás de mí venían los mensageros de la muerte, y su voz era como el ladrido de los perros de caza. Huí de mi kraal y al salir, aquella que me había engañado estaba sacando agua de la fuente. Yo huía por su causa como la sombra de la muerte, al verla la herí con mi hacha y su cabeza cayó : cayó dentro de la olla del agua. Entonces me dirigí hacia el Norte. Continué viajando días y más días ; viajé durante tres lunas, sin descansar, sin parar, corriendo en pos del olvido, hasta que encontré la partida del cazador blanco, que está ahora muerto, y vine aquí con sus sirvientes. Nada traje conmigo. Yo que soy de alta alcurnia, ay, de la sangre de Chaka, el gran rey, jefe y capitán del regimiento de ‘ Nkomabakosi,’ soy un vagabundo en tierras extrañas, un hombre sin kraal. Nada traje, excepto mi hacha ; es lo único que me queda de

* Uno de los antílopes más ligeros del África.—A. Q.

todo lo que poseía. Se han dividido mi ganado, han tomado mis mujeres, y mis hijos no verán ya mi rostro. Sin embargo, con esta hacha," y agitó la formidable arma alrededor de su cabeza, haciendo silbar el aire, "abriré paso á la fortuna. He dicho."

Moví la cabeza y le dije: "Pájaro Carpintero, te conozco desde hace mucho tiempo. Siempre ambicioso, siempre buscando los medios de ser grande, temo que al fin hayas labrado tu propia ruina. Hace años, cuando quisiste conspirar contra Cetiwayo, hijo de Panda, te aconsejé y me escuchaste. Pero ahora, cuando no estaba á tu lado para detener tu mano, has cavado un hoyo á tus pies para caer en él. ¿No es así? Pero á lo hecho pecho. ¿Quién puede hacer que reverdezca el árbol muerto, ó mirar otra vez un día del año pasado? ¿Quién puede recoger la palabra dicha, ó darle vida al que ha muerto? Lo que el tiempo absorbe no vuelve otra vez. Olvidemos. Ahora escucha, Pájaro Carpintero. Te conozco como gran guerrero, hombre de valor y fiel hasta la muerte. Aun en Zululand donde todos los hombres son valientes, te llamaban *el matador* y, y en la noche alrededor del fuego, se contaban historias de tu fuerza y hazañas. Óyeme bien. ¿Ves este hombre grande, mi amigo?" apuntando á Sir Enrique; "es también un guerrero, tan grande como tú, y fuerte como eres, podría llevarte sobre sus hombros. Se llama Incubu. ¿Ves también este otro de gran estómago, ojo brillante y agradable faz? Se llama Bowgwan (ojo de vidrio), es un hombre bueno y sincero; es de una curiosa tribu que pasa la vida sobre el agua, viviendo en kraales flotantes.

"Nosotros tres á quienes ves, queremos viajar por el

continente, pasar Dongo Egere, la gran montaña blanca (el Kenia), y más allá hacia lo desconocido. No sabemos lo que encontraremos allí; vamos á cazar, á buscar aventuras y nuevos lugares, porque estamos cansados de reposar, viendo siempre las mismas cosas á nuestro alrededor. ¿Quieres venir con nosotros? Se te dará el mando de todos nuestros sirvientes; pero yo no sé lo que te acontecerá. Una vez antes hemos viajado así los tres, llevando con nosotros un hombre semejante á ti, un Umbopa; y mira, lo hicimos rey de un gran país, con veinte Impas (regimientos), cada uno de tres mil guerreros adornados con plumas, todos á sus órdenes. Lo que sucederá contigo no lo sé: puede ser que la muerte te espere á ti y también á nosotros. ¿Quieres ayudar á la fortuna y venir con nosotros ó tienes miedo?"

Pico Duro se sonrió y dijo: "Tú no tienes razón, Macumazahn, he conspirado en otro tiempo, pero no fué la ambición la que me condujo á mi ruina; sino, vergüenza me da decirlo, el rostro de una mujer hermosa. Olvidemos. ¿Así es que vamos á ver algo de aquellos tiempos en que cazábamos y combatíamos en Zululand? ¡Ay! iré con vosotros. Venga la vida ó la muerte, ¿qué me importa con tal que los golpes se den pronto y corra sangre roja? Yo me voy haciendo viejo y no he combatido bastante. Sin embargo soy un guerrero entre los guerreros. Ve mis cicatrices," y apuntaba sus innumerables cicatrices, piquetes y cuchilladas, que marcaban la piel del pecho, de las piernas y de los brazos. "Mira este agujero en la cabeza; los sesos brotaban de allí, no obstante maté al que me había herido, y vivo. ¿Sabes tú cuántos he matado en combates cuerpo á cuerpo, Macu-

mazahn? Aquí está la cuenta," y señalaba largas hileras de muescas, cortadas en el mango de cuerno de rinoceronte de su hacha. "Cuéntalos, Macumazahn, ciento tres, y jámas he contado sino aquellos á quienes he abierto,* no los que otro hombre había herido."

"Silencio," le dije, porque ví que la fiebre de la sangre se apoderaba de él; "silencio: con razón se te llama *el matador.* Recuérdalo, si vienes con nosotros, sólo combatiremos en defensa propia. Escucha: necesitamos sirvientes. Estos hombres, y señalé á los Wakwafi que se habían retirado un poco durante nuestra 'indaba' (conversación), dicen que no vendrán con nosotros."

"¿No vendrán?" exclamó Pico Duro, "¿dónde está el perro que dice que no vendrá cuando mi padre lo ordena? Aquí tú," y con un sólo brinco saltó sobre el Wakwafi con quien yo había hablado primero y asiéndolo de un brazo, lo arrastró hacia nosotros. "Tú, perro," dijo dando un apretón al aterrorizado hombre: "¿dijiste que no irías con mi padre? Dilo otra vez y te ahogaré," y sus dedos se apretaban alrededor de la garganta del infeliz al decirle, "á tí y también á aquéllos. ¿Has olvidado cómo serví á tu hermano?"

"No, sueltame é iremos con el hombre blanco," murmuró.

"El hombre blanco," prosiguió Pico Duro con simulada furia, "¿de quién hablas, perro insolente?"

"No, sueltame é iremos con el gran jefe."

* Aludiendo á la costumbre Zulú de abrir el estómago del enemigo muerto. Tienen la superstición de que si no se hace esto, así como se hincha el cuerpo de su enemigo se hincharán los de aquellos que lo mataron.—A. Q.

"Así se dice," dijo Pico Duro con voz tranquila, soltando su presa tan repentinamente que el pobre hombre cayó al suelo. "Pensé que iríais."

"Aquel Zulú parece tener cierta influencia moral sobre sus compañeros," notó Good después de meditar algunos instantes.

CAPÍTULO II

LA MANO NEGRA

SALIMOS de Lamu, y diez días después nos encontrábamos en un paraje llamado Charra en el río Tana, habiéndonos pasado muchas aventuras que no necesitamos recordar aquí. Entre otras cosas visitamos una ciudad arruinada, de las que hay muchas en esta costa y que debieron ser en otro tiempo, á juzgar por su extensión y numerosos restos de mezquitas y casas de piedra, lugares muy poblados. Estas ciudades arruinadas son muy antiguas, habiendo sido plazas ricas y de importancia en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando eran centro del comercio con la India y otros puntos. Pero su gloria ha desaparecido, el tráfico de esclavos las ha consumido, y donde en otro tiempo ricos comerciantes de todas las partes del mundo entonces civilizado, se detenían y comerciaban en los concurridos mercados, el léon tiene su corte durante la noche, y en vez de la charla de los esclavos y de las impacientes voces de los postores, su imponente rugido repercute bajo los corredores arruinados. En este lugar descubrimos, sobre un dique cubierto de yerbas y arbustos, dos de los más hermosos zaguanes de piedra que es posible concebir. Los relieves son exquisitos y sólo siento no haber tenido medios de transportarlos. Sin

duda sirvieron de entradas á un palacio del que no se encuentran vestigios, aunque sus ruinas están probablemente bajo el seto que allí crece.

¡Perdida! ¡Completamente perdida! El camino que todas las cosas deben recorrer. Como los nobles y las damas que vivían dentro de sus puertas, estas ciudades han tenido su época y ahora están como Babilonia y Nínive, y como Londres y París estarán algún día. Nada puede durar. Tal es la ley inexorable. Hombres y mujeres, imperios y ciudades, tronos, principados y poderes, montañas, ríos y mares insondables, mundos, espacios y universos, todos tienen su época y todos deben perecer. En este lugar arruinado y olvidado, el moralista puede contemplar un símbolo del destino universal. En este mundo no se nos deja medio alguno de permanecer en el mismo estado: nada puede desviarse del camino y detener la marcha de las cosas hacia arriba, hacia la Vida, ó su precipitada carrera hacia abajo, hacia la Muerte. El rígido é inexorable Hado nos mueve á todos hacia arriba y abajo de la colina y al través de la llanura: no hay lugar de descanso para el fatigado pie, hasta que finalmente el abismo nos absorbe, y de las playas de lo Transitorio somos arrojados al mar de lo Eterno.

En Charra tuvimos una violenta cuestión con uno de los jefes de los conductores que habíamos alquilado para ir hasta allí, porque quería le pagásemos más de lo convenido. Resultando que nos amenazó con lanzar á los Masai sobre nosotros. Aquella noche él con todos nuestros conductores alquilados, huyó robándose la mayor parte de los efectos confiados á ellos para que los llevasen: afortunadamente no se robaron nuestros rifles, parque y efectos

personales, no por consideración ó delicadeza de su parte, sino porque estaban al cuidado de los cinco Wakwafi. Con esto quedamos hartos de caravanas y conductores. En verdad no teníamos ya gran cosa que llevar; sin embargo ¿cómo continuaríamos nuestro viaje?

Good resolvió la cuestión. "Aquí hay agua," dijo, apuntando al río Tana; "y ayer he visto una partida de indígenas cazando hipopótamos en canoas. Supongo que la estación de Mr. Mackenzie está en el río Tana. ¿Por qué no conseguimos canoas y remamos hasta llegar allá?"

No necesito decir que esta brillante idea fué acogida con aplausos; y en el acto me puse á trabajar para comprar canoas en buen estado á los indígenas que se encontraban en los alrededores. Logré, después de una demora de tres días, obtener dos grandes, hechas de un solo trozo de madera ligera, cada una suficiente para contener seis personas y el equipage. Por estas dos canoas tuvimos que dar la tela que nos quedaba así como otros muchos artículos.

Al día siguiente de haber comprado las dos canoas efectuamos la partida. En la primera canoa iban Good, Sir Enrique y tres de los Wakwafi; en la segunda estábamos yo, Pico Duro y los otros dos Wakwafi. Como nuestra marcha era hacia arriba del río, tuvimos que poner cuatro remeros en cada canoa lo que quiere decir que la suerte de todos nosotros, excepto Good, fué la de remar como los esclavos de las galeras; ¡y cuán fatigoso fué este trabajo! He dicho excepto Good, porque naturalmente desde el momento en que Good puso los pies en el bote se encontró en su elemento y tomó el mando de la

expedición. Y ciertamente que nos hacía trabajar. En tierra, Good es un hombre galante, de dulces maneras, y algo jocoso; pero como lo supimos á costa nuestra, Good en un bote es un verdadero demonio. Él sabía todo lo relativo á la Náutica y nosotros nada. En todo lo perteneciente á la marina, desde el torpedo para las maniobras de la guerra, hasta el mejor modo de manejar un remo en una canoa africana, era una mina de conocimientos de los cuales nosotros no poseíamos ninguno. También sus ideas de disciplina eran de las más rígidas; en suma, llegó á ser entre nosotros un oficial de la Real Armada y se pagó de las malas partidas que le jugábamos en tierra. Pero por otra parte debo confesar que manejó los botes admirablemente.

Después del primer día logró Good, con el auxilio de un pedazo de tela y un par de remos, dotar á cada canoa con una vela que aligeraba mucho nuestro trabajo. Pero la corriente era á veces muy fuerte y entonces sólo avanzábamos veinte millas durante el día. Nuestro plan era partir al amanecer y navegar hasta las diez y media, hora en que el calor era tan fuerte que no nos permitía seguir remando. Entonces amarrábamos las canoas á la orilla y tomábamos nuestra frugal comida; después de esto dormíamos ó nos divertíamos de alguna manera, hasta las tres, hora en que volvíamos á partir, remando hasta una hora después de la puesta del sol, en que hacíamos alto para pasar la noche. Al desembarcar en la tarde, Good se ponía á trabajar con la ayuda de los Askari para fabricar un cercado con arbustos espinosos y á encender fuego. Yo con Sir Enrique y el Pájaro Carpintero, me iba á cazar. Generalmente esta era una

tarea fácil, porque la caza abundaba en las orillas del Tana. Una tarde Sir Enrique cazó una girafa muy, joven, cuyos huesos contienen un tuétano excelente; otra tarde maté yo un par de torcaces, macho y hembra; y otra vez con gran satisfacción suya, Pico Duro (que como los más de los Zulús es un detestable tirador de rifle), consiguió matar un gordo alce con un fusil que yo le había prestado. Algunas veces variábamos nuestra comida, cazando ya una gallina de Guinea ó alguna avutarda que abundaban mucho, ó con un hermoso pescado amarillo que es muy abundante en las aguas del Tana y el que, me parece, es uno de los principales alimentos del cocodrilo.

Tres días después de nuestra partida ocurrió un fatal accidente. Nos dirigíamos hacia la orilla para arreglar nuestro campamento en donde pasar la noche, como de costumbre, cuando vimos una figura que estaba parada sobre una pequeña eminencia á menos de cuarenta yardas de nosotros, observando atentamente nuestra aproximación. Una mirada fué suficiente (aunque yo no había visto algún individuo de la tribu), para conocer que era un Masai Elmorán ó joven guerrero. Si alguna duda hubiera tenido acerca de esto la habría disipado pronto la exclamación de "Masai" que salió simultáneamente de los labios de los aterrorizados Wakwafi, que son ellos mismos, según creo haberlo dicho ya, Masai bastardos. ¡Qué figura presentaba estando en pie con sus atavíos de guerra! Acostumbrado como estoy á ver salvajes toda mi vida, no creo haber visto nunca nada tan feroz ó que inspire tanto terror como el que tenía delante. Era muy alto, tan alto como Pico Duro, de miembros algo débiles, pero con ros-

tro de diablo. En la mano derecha empuñaba una lanza de cinco pies y medio de largo, la hoja era de dos pies y medio de larga y cerca de tres pulgadas de ancha, con una punta de hierro en la terminación del mango, de más de un pie. Sobre el brazo izquierdo llevaba un grande escudo de forma elíptica, de piel de búfalo, sobre el que se veían pintadas extrañas divisas que parecían heráldicas. De sus hombros colgaba una capa de plumas de halcón y alrededor de su cuello llevaba el "naibere" ó cinta de algodón, de diez y siete pies de longitud con una raya de color en el medio. El manto de curtida piel de cabra, que forma su atavío ordinario en tiempo de paz, estaba atado lijeramente alrededor de su cintura, como sirviéndole de cinturón, y, aunque esto parezca chocante, en los lados derecho é izquierdo respectivamente colgaban la espada hecha de una sola pieza de acero, encerrada en una cubierta de lana y una enorme maza. Pero la particularidad más notable de su atavío consistía en el adorno de la cabeza, que era de plumas de avestruz, fijo sobre la barba, pasando sobre las orejas á la frente y formando una elipse que servía de marco al rostro, de modo que su diabólica fisonomía parecía proyectarse de una especie de pantalla de plumas. Alrededor de los tobillos llevaba negras trenzas de pelo que subían de la parte superior de las pantorrillas, á las cuales estaban atadas, largas espuelas como espigas de las que salían mechones de pelo del Colobo. Tal era el complicado atavío del Masai Elmorán que en pie observaba la aproximación de nuestras canoas, siendo necesario verlo para apreciar el efecto que producía, solamente que los que lo ven, raras veces sobreviven para describirlo. Naturalmente todos estos detalles acer-

ca de su vestido no pude recogerlos en esta sola vez, estando atraída mi atención hacia el efecto principal; pero más tarde he tenido oportunidad de observárlos.

Mientras vacilábamos sobre lo que debíamos hacer, el guerrero Masai se irguió con dignidad, agitó su pesada lanza, como desafiándonos, y se retiró por el lado más lejano de la colina.

"Hola," gritó Sir Enrique desde el otro bote; "nuestro amigo el conductor de la caravana ha cumplido bien su palabra, levantando á los Masai contra nosotros. ¿Creéis que no habrá peligro en dirigirnos á la playa?"

Yo pensé que esto no estaría exento de peligro; pero por otra parte no teníamos medios de cocinar en las canoas ni teníamos nada que pudiéramos comer crudo, así es que era difícil decidir lo que debía hacerse. Al fin el Pájaro Carpintero resolvió la cuestión, ofreciéndose voluntariamente á reconocer el terreno, lo que hizo arrastrándose entre los árboles como una serpiente, mientras nosotros lo esperábamos en el río. Á la media hora volvió y nos dijo que ya no se encontraban allí los Masai; pero que había descubierto el paraje donde habían estado acampados recientemente, y por varias indicaciones juzgaba que se habían retirado hacía más de una hora: el hombre que vimos sin duda se quedó allí para observar nuestros movimientos.

Por consiguiente desembarcamos, y habiendo puesto un centinela, preparamos y cocimos nuestra comida de la tarde. Hecho esto consideramos seriamente la situación. Era posible que la aparición del guerrero Masai nada tuviese que ver con nosotros y que perteneciese á alguna banda empeñada en una expedición para saquear y asesi-

nar alguna otra tribu. Nuestro amigo el cónsul nos había dicho que semejantes expediciones eran frecuentes; pero recordando la amenaza del conductor de la caravana y el aire provocativo con que el guerrero había agitado su lanza, no era esto probable, al contrario, lo que parecía era que aquella partida nos seguía, esperando una oportunidad para atacarnos. Siendo esto así, podíamos hacer una de las dos cosas, ó seguir adelante ó volvernos. La última idea fué rechazada desde luego, siendo obvio que tantos peligros encontraríamos en la retirada como al avanzar. Además deseábamos seguir adelante á cualquier precio. Sin embargo, no creímos prudente, en estas circunstancias, dormir en la playa, así es que volvimos á entrar en nuestras canoas, remamos hacia el medio del río, que no era aquí muy ancho y procuramos tenerlas ancladas por medio de pesadas piedras atadas con cuerdas de fibras de coco, de las que había varias brazas en cada canoa.

Aquí los mosquitos casi nos devoraron, y esto unido á lo crítico de nuestra posición, me impidió absolutamente dormir como lo hacían los demás, no obstante los ataques de los mosquitos del Tana. Estaba acostado, pero despierto, fumando y reflexionando sobre muchas cosas, especialmente sobre la manera de escaparnos de aquellos villanos Masai. Era una hermosa noche de luna, y no obstante los mosquitos y el gran riesgo que corríamos de enfermarnos de fiebre por dormir en semejante paraje, olvidando que tenía calambres en la pierna derecha, por la forzada posición que tenía en la canoa y que los Wakwafi, que dormían cerca de mí, olían horriblemente, comencé realmente á gozar. Los rayos de la luna jugaban sobre la superficie del agua que rápidamente y sin cesar corría

hacia el mar, como la vida de los hombres hacia la tumba, brillando como una sábana de plata en los lugares descubiertos donde los árboles no hacían sombra. Cerca de las orillas estaba muy oscuro y el viento de la noche suspiraba tristemente entre las cañas. Á nuestra izquierda, en el lado más lejano del río, había una pequeña bahía arenosa, limpia de árboles, y pude ver las formas de numerosos antílopes avanzando hacía el agua hasta que de pronto huyeron aterrorizados, como que todo lo hacen apresuradamente. Pero después vi la maciza forma de su majestad el león, que bajaba á beber á su satisfacción después de su comida. Inmediatamente se retiró, se oyó el crujido de las cañas que se rompían, cincuenta yardas arriba de nosotros y pocos minutos después se levantó fuera del agua una pesada masa negra, como á veinte yardas de donde yo estaba, y bufó. Era la cabeza de un hipopótamo. Se sumergió sin ruido para salir otra vez á cinco yardas de la canoa en que yo me encontraba. Decididamente estaba muy cerca para que yo pudiese estar tranquilo, especialmente cuando el hipopótamo parecía animado de una intensa curiosidad de saber lo que eran nuestras canoas. Abrió su enorme hocico, supongo que para bostezar, y me proporcionó una excelente vista de sus colmillos; no dejé de reflexionar cuán fácilmente podía volcar nuestra frágil canoa, de una sola dentellada. Tuve grandes deseos de enviarle una bala de á ocho, pero me determiné á no hacerlo á menos que atacase al bote. Luego se hundió tan silenciosamente como antes y no lo volví á ver. Precisamente entonces, mirando hacia la orilla derecha, me pareció ver una figura negra fugitiva entre los árboles. Tengo una vista perspicaz y estaba seguro de haber visto

algo, pero no podía decir si era pájaro, bestia ú hombre. En esos momentos una oscura nube pasó sobre la luna y no pude ver más. Cuando todos los ruidos de la floresta habían cesado, una especie de buho, comenzó á graznar con gran persistencia. Después de esto, excepto el murmullo de los árboles y de las cañas agitadas por el viento, el silencio era completo.

De pronto llegué á ponerme nervioso de una manera inconcebible. No había ningún motivo en particular para que lo estuviese, fuera de los que tienen todos los viajeros del África Central, y sin embargo evidentemente estaba nervioso. De nada me burlo y nada desprecio tanto como los presentimientos, y he aquí que repentinamente se apoderó de mí el presentimiento de que se aproximaba algún mal. No le dí crédito, mas no obstante sentí que un sudor frío inundaba mi frente. No quise llamar á los demás. Me puse peor y peor, mi pulso estaba agitado como el de un moribundo, mis nervios temblaban con el horrible presentimiento de un gran terror imposible de vencer que es familiar á todos los que están sujetos á pesadillas; pero mi voluntad triunfó state mis temores y permanecí quieto (porque estaba medio sentado y medio acostado, en la proa de la canoa), dirigiendo una mirada á Pico Duro y á los dos Wakwafi que estaban durmiendo allí.

Á cierta distancia un hipopótamo chapoteaba débilmente, el buho graznaba, dejando oir algunas notas chillonas* y el viento comenzaba á gemir lúgubremente entre los árboles, formando una música que helaba el corazón. Encima estaba el negro fondo de la nube, debajo de mí

* Sin duda era este un buho sin alas. Después supe que este graznido era una señal favorita entre las tribus Masai.

se deslizaba la negra corriente del río y sentí como si yo y la muerte estuviésemos absolutamente solos entre ambos. Esto era muy desconsolador.

Repentinamente sentí que la sangre se me helaba en las venas y que mi corazón dejaba de latir. ¿Era ilusión, ó efectivamente nos movíamos? Volví la vista para buscar la otra canoa que debía estar á nuestro lado. No pude encontrarla, pero en su lugar ví una delgada mano negra que se apoyaba en el borde del pequeño bote. Seguramente era esto una pesadilla. En el mismo instante el extremo sombrió de un rostro que parecía de diablo salió fuera del agua, siguióse un brusco movimiento de la canoa, ví el brillo de un cuchillo, oí el quejido de dolor del Wakwafi que estaba á mi lado (el mismo cuyo mal olor me había estado molestando), y algo caliente salpicó mi rostro. En un instante se desvaneció el encanto. Conocí que no era una pesadilla, sino que nos estában atacando los Masai que nadaban. Cogí la primera arma que encontré á mano (que fué el hacha de batalla de Pico Duro), y descargué un golpe con todas mis fuerzas en dirección á donde había visto el brillo del cuchillo. El golpe cayó sobre el brazo de un hombre y cogiéndolo contra el grueso bordo de madera de la canoa, lo separó del cuerpo encima de la muñeca. El herido no profirió ningún grito. Como un fantasma vino y como un fantasma se fué, dejando tras de sí una mano ensangrentada que apretaba aún un gran cuchillo ó más bien una pequeña espada, que estaba sepultada en el corazón de nuestro pobre sirviente.

Hubo un momento de ruido y confusión, y me pareció ver varias cabezas negras, que se movían con velocidad á la derecha de la orilla hacia donde éramos arrastrados

rápidamente, porque la cuerda con que estaba anclada la canoa, había sido cortada con un cuchillo. Tan pronto como me cercioré de este hecho, presumí que la estratagema había consistido en soltar el bote para que fuese arrastrado hacia la orilla derecha (como indudablemente hubiera sucedido con el impulso natural de la corriente), donde sin duda nos esperaba una partida de Masai para clavar sus lanzas en nuestro pecho. Cogiendo un remo dije á Pico Duro que tomase otro (porque los Wakwafi estaban tan aterrorizados y desconcertados que de nada servían), y remamos los dos vigorosamente hacia el medio del río, tan á tiempo, que un minuto después habríamos estado encallados y entonces nuestro fin habría llegado.

Tan pronto como nos orientamos, dirigimos la canoa otra vez al punto donde estaba anclada la otra; en la oscuridad fué este un trabajo fatigoso y lleno de peligros, y no hubiéramos logrado llegar sin los continuos tiros de Good que disparaba á intervalos como una señal para guiarnos. Al fin lo logramos, y quedamos muy satisfechos de que no hubieran sido ellos molestados en lo más mínimo. Sin duda el dueño de la misma mano que había cortado nuestra cuerda habría cortado la de la otra canoa; pero fué desviado de su propósito por su irresistible inclinación al asesinato, que mientras á nosotros nos costó un hombre y á él su mano, nos salvó indudablemente de la matanza. Si no hubiera sido por la fantástica aparición al lado del bote (aparición que tendré presente hasta la hora de mi muerte), la canoa habría sido arrastrada á la orilla, antes de saber yo lo que sucedía, y jamás habría sido escrita por mí esta narración.

CAPÍTULO III

LA CASA DE LA MISIÓN

Pronto amarramos los restos de nuestra cuerda á la otra canoa y esperamos el alba congratulándonos de nuestra milagrosa escapatoria, que más bien parecía ser obra de un favor especial de la Providencia, que de nuestro cuidado y valor. Al fin amaneció, y pocas veces he deseado tanto ver la luz, no obstante el terrible cuadro que á la vista ofrecía mi canoa. En el fondo del pequeño bote yacía el infortunado Askari, con la espada hundida en el pecho y la mano cortada cogiendo la empuñadura. No pude sufrir la vista de este espectáculo, así es que sacando la piedra que había servido de ancla á la otra canoa, la atamos al cadáver, y dejándolo caer se sumergió, no quedando tras de él más que unas cuantas burbujas. ¡ Oh! cuando nuestro término llega, muchos sólo dejamos, como él, unas cuantas burbujas detrás de nosotros para mostrar lo que hemos sido, y las burbujas pronto se disipan. La mano del asesino fué arrojada al río donde se hundió poco á poco. Yo guardé la espada, cuya empuñadura era de marfil incrustado de oro (evidentemente obra Árabe), y la usé como cuchillo de caza, siéndome muy útil.

Se transportó un hombre á mi canoa y una vez más pude descansar sin sentirme muy consolado respecto á lo

futuro; pero esperando con alegría llegar á la estación de la misión aquella noche. Para empeorar nuestra situación, una hora después de la salida del sol, comenzó á llover á torrentes, mojándonos hasta la piel, y como el viento era contrario no pudimos emplear nuestras velas, contentándonos con avanzar á fuerza de remos.

Á las once hicimos alto en un pequeño espacio descubierto en la orilla izquierda del río, y habiendo cesado un poco la lluvia procuramos encender lumbre, coger y asar algún pescado. No nos atrevimos á internarnos para buscar caza. Á las dos nos pusimos en marcha otros vez, llevando una provisión de pescado asado, y poco después continuó la lluvia más fuerte que antes. También la navegación comenzó á hacerse más difícil á causa de las numerosas rocas, las grandes extensiones de agua poco profundas y la creciente fuerza de la corriente del río; así es que pronto nos persuadimos de que no podríamos llegar aquella noche al hospitalario techo del Reverendo Mackenzie, desengaño que no contribuyó á animarnos. Trabajando como lo hacíamos, no podíamos avanzar por término medio más de una milla por hora, y á las cinco de la tarde (hora en que todos estábamos completamente fatigados), calculamos que distábamos aún diez millas de la estación. Siendo esto así nos pusimos á trabajar para prepararnos á pasar la noche. Después de nuestra reciente experiencia no nos atrevimos á desembarcar, mucho menos cuando las orillas del Tana en aquella parte estaban cubiertas de una espesura que habría podido ocultar á cinco mil Masai, y desde luego pensamos que íbamos á pasar la noche en las canoas como la anterior. Afortu-

nadamente descubrimos una isla de rocas, cuadrada, como de quince yardas por lado, situada casi en medio del río. Remamos hacia ella, atamos las canoas, desembarcamos y nos preparamos á pasar la noche lo más cómodo que lo permitiesen las circunstancias que en realidad eran poco favorables. En cuanto al tiempo, siguió siendo detestable, lloviendo mucho, al grado de mojarnos hasta la médula de los huesos é impidiéndonos absolutamente encender fuego. Sin embargo, había una circunstancia que nos consolaba de la lluvia : nuestros Askari declararon que nada induciría á los Masai á atacarnos mientras lloviese, porque les desagrada mucho mojarse, tal vez como decía Good, porque no pueden tolerar la idea de lavarse. Comimos insípido pescado frío, cocido, menos Pico Duro, que como muchos de los Zulús, no comen pescado ; tomó un trago de aguardiente del que felizmente habíamos conservado unas botellas y llegó la noche la cual fué, creo yo con una excepción (cuando nosotros tres casi perecimos de frío sobre la nieve de Shebas Breast en nuestro viaje á Kukuanaland), la más horrorosa que jamás he pasado. Parecía que no tendría fin, y una ó dos veces temí que dos de los Wakwafi hubiesen muerto por la humedad, el frío y la peligrosa situación. Si no hubiera sido por las dosis de aguardiente que de tiempo en tiempo tomaban, hubieran muerto, porque ningún Africano puede permanecer mucho en semejante situación, la que primero los paraliza y después los mata. Pude ver que aun Pico Duro, el guerrero de hierro, sufría mucho ; pero al contrario de los Askari, que gemían y deploraban incesantemente su suerte, no profirió una sola queja. Para empeorar, cerca de la una de la mañana,

oimos otro vez el fatídico graznido del buho* y tuvimos que preparanos para otro ataque, aunque si lo hubieran intentado, creo que no habríamos ofrecido mucha resistencia. Si el buho era real esta vez ó fueron los Masai, muy miserables para pensar en operaciones ofensivas, emprendidas desde la espesura, no lo sabemos. Nosotros no vimos rastro de ellos. Al fin vino el alba, brillando sobre el agua envuelta en girones de fantástica niebla, y con la luz del día cesó la lluvia. Entonces salió el sol, disipando la niebla y calentando el aire frío. Entumecidos y exhaustos nos pusimos en pie y bendiciéndole fuímos á colocarnos bajo sus brillantes rayos. Entonces comprendí bien, cómo las gentes primitivas se hicieron adoradores del sol, especialmente si las condiciones de su vida las obligaban á permanecer al aire libre.

Hora y media más tarde marchábamos otra vez perfectamente con el auxilio de un buen viento. Nuestro humor había vuelto con el brillo del sol y estábamos prestos para reirnos de las dificultades y peligros que la víspera nos agobiaban. Así continuamos alegremente hasta cerca de las once. Cuando estábamos pensando en desembarcar, como acostumbrábamos, para descansar y procurar cazar algo que comer, al voltear un recodo del río se nos presentó á la vista una casa europea, que parecía muy cómoda, con una galería alrededor de ella, espléndidamente situada sobre una colina y rodeada por un alto muro de piedra, con un foso por la parte de afuera. Enfrente, esparciendo su sombra sobre la casa, estaba un enorme pino, cuya cima había visto con mi anteojo du-

* Ese graznido es una señal favorita de los Masai.

rante los dos últimos días; pero sin saber naturalmente que marcaba el sitio donde estaba la casa de la misión. Fuí el primero que vi la casa y no pude abstenerme de dar un grito de alegría, imitándome todos los demás, inclusos los indígenas. Ya no pensamos en desembarcar. Seguimos trabajando, porque desgraciadamente aunque la casa parecía estar muy cerca, el camino por el río se alargaba mucho, hasta que al fin á la una nos encontramos al pie de la eminencia donde estaba edificada. Dirigiendo las canoas á la orilla, desembarcamos y estábamos sacándolas á la playa, cuando percibimos tres figuras vestidas á la moda inglesa, que bajaban apresuradamente bajo la sombra de los árboles, á encontrarnos.

"Un caballero, una señora y una niña," exclamó Good después de examinar el trío al través de su monóculo, "paseando como la gente blanca, por un jardín como los de los pueblos civilizados, para encontrarnos en este lugar. Que me cuelguen si no es lo más curioso que he visto en mi vida."

Good tenía razón; ciertamente esto parecía extraño y fuera de lugar, más parecía sueño ó una escena de ópera italiana que un hecho real y tangible, y este sentimiento no se minoró cuando oímos que se nos hablaba en claro y buen Escocés.

"¿Como estáis, señores," dijo Mr. Mackenzie, un hombre de cabello entrecano, rostro bondadoso y rojas mejillas. "Mis indígenas me dijeron hace una hora, que habían visto una canoa que navegaba río arriba con algunos hombres blancos y nosotros hemos bajado á encontraros."

"Permitidme deciros," agregó la señora, una persona

encantadora y que parecía muy fina, "que mucho nos alegramos de ver otra vez rostros blancos por este lugar."

Nos quitamos los sombreros cortesmente y procedimos á presentarnos nosotros mismos.

"Vamos," dijo Mackenzie, "debéis estar fatigados y con hambre; así es que entrad, caballeros, entrad y estad seguros de que me alegro mucho de veros. El último blanco que nos ha visitado es Alfonso, ya veréis á Alfonso, y de esto hace ya un año."

Mientras tanto subíamos el declive de la colina cuya parte baja estaba cercada, en partes con cercas de membrillos y en partes con paredes de piedra roja, entre los jardines de los Kafires, llenos á la sazón de sembrados de trigo indio, calabazas, patatas, etc. En las esquinas de estos jardines había grupos de limpias cabañas, formadas con hongos, ocupadas por los indígenas de la misión de Mr. Mackenzie, cuyas mujeres y niños salían atropelladamente á encontrarnos conforme caminábamos. El camino por el cual subíamos se extendía por el centro de los jardines. Estaba bordado á cada lado por una hilera de naranjos, los que, aunque sólo tenían diez años de plantados, habían alcanzado grandes proporciones, debido al delicioso clima de las tierras altas abajo del monte Kenia, cuya base está cerca de 5,000 pies sobre el nivel de la costa, y se encontraban literalmente cargados de frutas. Después de una subida pendiente, como de un cuarto de milla, porque este lado de la colina era escarpado, llegamos á una espléndida cerca de membrillos, cubiertos también de fruto, que encerraba, según nos dijo Mr. Mackenzie, un espacio de cuatro acres de terreno que contenían su jardín, casa, Iglesia y edificios exteriores, que ocupaban toda la cumbre de

la colina. ¡ Y qué jardín ! Siempre he sido aficionado á los buenos jardines y habría saltado de gozo al ver el de Mr. Mackenzie. Primero había hileras sobre hileras de árboles frutales, sugún el tipo Europeo, todos injertados; porque en la cumbre de esta colina el clima es tan templado que casi todos los vegetales de Inglaterra, árboles y flores, crecían lujuriosamente, aun incluyendo varias especies de manzano, que por lo general en los climas cálidos se transforma en madera y deja de dar fruta. Había allí también fresas y tomates (¡ y qué tomates !) melones y pepinos, en suma toda clase de legumbres y frutas.

"Veo que, teneis un hermoso jardín," le dije subyugado por la admiración y sin sentir envidia.

"Sí," respondió el misionero, "este es un buen jardín que ha pagado con usura mi trabajo; pero es al clima á quien esto se debe. Si se entierra una semilla de durazno en el suelo, fructificará á los cuatro años, y un retoño de rosal florecerá al año siguiente. Este es un clima delicioso."

Llegamos á un foso de diez pies de ancho y lleno de agua, al otro lado del cual había una muralla de piedra, llena de agujeros, de ocho pies de altura, con agudas piedras de pedernal puestas entre la mezcla y el caballete sobre el caballete.

"Allí," dijo Mr. Mackenzie, señalando el foso y el muro, "está mi gran trabajo; al menos esto y la Iglesia que está al otro lado de la casa. Yo y veinte indígenas empleamos dos años en cavar el foso y construir el muro, y hasta que concluímos no me consideré seguro. Ahora puedo desafiar á todos los salvajes del Ácrica, porque la fuente que alimenta el foso está al lado de la muralla y

mana en la cumbre de la colina, lo mismo en invierno que en estío, y guardo siempre en la casa un repuesto de provisiones para cuatro meses."

Cruzando el foso sobre un tablón entramos por una ancha brecha en el muro á lo que la Señora Mackenzie llamaba sus dominios, á saber, al jardín de flores cuya hermosura me es imposible describir. No creo haber visto jamás tantas rosas, gardenias ó camelias (todas producidas por medio de granos ó retoños enviados de Inglaterra); había también un espacio de terreno, dedicado á las raíces bulbosas recogidas ordinariamente de los alrededores del país, por Miss Flosie, la hija de Mr. Mackenzie, algunas de las cuales eran infinitamente hermosas. En medio de este jardín, exactamente frente á la galería, manaba del suelo una hermosa fuente de agua límpida, y caía dentro de una pila de piedra cuidadosamente construída para recibirla, el agua que sobraba era conducida al foso por una atarjea, sirviendo el foso como un receptáculo, cuando se necesitaba agua para regar los jardines de abajo. La casa fabricada sólidamente era de un sólo piso, estaba techada con losas y tenía en el frente una preciosa galería. Estaba construída sobre los tres lados de un cuadrado, habiéndose destinado el cuarto para las cocinas que estaban separadas de la casa, distribución muy conveniente en un país cálido. En el centro de este cuadrado había el objeto más notable que vi en este lugar encantador: era un árbol de la tribu de las coníferas, de los que crecen libremente algunas variedades en las tierras altas de esta parte del África. Este hermoso árbol, que según me dijo Mr. Mackenzie, servía de señal en cincuenta millas á la redonda y que nosotros habíamos visto en las últimas cuarenta millas de nuestro

viaje, tenía trescientos pies de altura, midiendo el tronco diez y seis pies de diámetro á una yarda del suelo. Hasta la altura de setenta pies se levantaba como un hermoso pilar, sin una sola rama; pero allí las espléndidas ramas verdes, que miradas desde abajo tenían la apariencia de gigantescos helechos, salían horizontalmente del tronco, extendiéndose sobre la casa y el jardín á los que suministraban grata sombra, sin que por su elevación impidiesen el paso á la luz y al aire.

"¡Qué hermoso árbol!" exclamó Sir Enrique.

"Sí, teneis razón: es un árbol hermoso. No hay otro que yo sepa en todo el país," respondió Mr. Mackenzie. "Le llamo mi observatorio. Como veis he fijado una cuerda á la rama más baja, y cuando necesito ver algo, que se encuentre dentro de quince millas, todo lo que hago es subir con un anteojo. Mas debeis tener hambre y estoy seguro de que la comida está ya dispuesta. Entrad, amigos míos, este es un lugar tosco, pero bastante bueno para estas tierras de salvajes. Puedo deciros que tengo un cocinero Francés." Y nos mostró el camino sobre la galería.

Siguiéndolo y procurando adivinar lo que quería significar con esto, apareció repentinamente en una puerta que se abría sobre la galería, un pequeño hombre, vivaracho, vestido con un limpio traje de algodón azul, zapatos hechos de piel curtida, notable por su aire diligente y sobre todo por unos enormes bigotes negros que formaban una curva hacia arriba y terminaban en punta, como un par de cuernos de búfalo.

"Madama me manda avisar que la comida está servida. Mesieurs, mis cumplimientos;" entonces, perci-

biendo repentinamente á Pico Duro, que iba detrás de nosotros, jugando con su hacha de batalla, levantó las manos en señal de asombro. "Ah mais quel homme," exclamó en su mal francés, "quel sauvage affreux. Ved su gran estatura y el gran agujero que tiene en la cabeza."

"Ay," dijo Mr. Mackenzie: "¿de qué estáis hablando, Alfonso?"

"¿De qué?" replicó el pequeño francés, fijos aún los ojos sobre Pico Duro, cuya apariencia le fascinaba, "de él" y rudamente le apuntó "de ce Monsieur noir."

Todos comenzamos á reirnos y Pico Duro notando que era el objeto de nuestra hilaridad frunció ferozmente el entrecejo, porque como era altivo, le desagradaba toda libertad personal.

"Parbleu," dijo Alfonso, "se enoja, hace muecas. No me gusta su aire. Yo me escapo." Y lo hizo con notable rapidez.

Mr. Mackenzie se rió de buena gana con nosotros. "Alfonso es de un carácter alegre," dijo. "Después os contaré su historia; mientras tanto probemos la comida que nos ha preparado."

"¿Puedo preguntar," dijo Sir Enrique después que hubimos gustado la más suculenta comida, "como es que teneis un cocinero francés en este desierto?"

"Oh," respondió Mr. Mackenzie, "llegó aquí voluntariamente hace un año, y me suplicó lo tomara á mi servicio. Temía ser molestado en Francia y huyó á Zanzibar donde supo que el Gobierno Francés pedía su extradición. Por consiguiente salió del país y cuando casi se moría de hambre encontró nuestra caravana que nos traía

el surtido anual de mercancías y fué traído aquí. Vosotros le oireis referir su historia."

Cuando concluímos de comer encendimos nuestras pipas y Sir Enrique hizo á Mackenzie una descripción de nuestro viaje hasta aquí; y él consideró la situación como muy grave.

"Es evidente para mí," dijo, "que esos pícaros Masai os siguen, y mucho me alegro de que hayáis llegado á esta casa con seguridad. No creo que se atrevan á atacáros aquí. Desgraciadamente casi todos mis hombres han bajado á la costa, llevando marfil y mercancías. Doscientos de ellos están en la caravana y sólo tengo unos veinte hombres útiles para la defensa en el caso de que nos ataquen. No obstante esto, daré algunas órdenes;" y llamando á un negro que vagaba por el jardín, se acercó á la ventana y le habló en el dialecto Swahili. El hombre escuchó, saludó y partió.

"Espero que no traeremos semejante calamidad sobre vosotros," dije ansiosamente después que se sentó otra vez. "Antes que atraer cerca de vosotros á esos villanos Masai, sedientos de sangre, nos retiraremos y correremos nuestra suerte."

"Nada de eso hareis. Si los Masai vienen que vengan y se acabó; creo que les haremos un buen recibimiento. No cerraré á un hombre la puerta de mi casa por todos los Masai del mundo."

"Esto me recuerda," dije yo, "que el Cónsul de Lamu me refirió que había recibido una carta vuestra en la que le decíais que había llegado aquí un hombre contando que existía una población de gente blanca en el interior. ¿Creeis que haya algo de verdad en esa historia? Lo

pregunto porque una ó dos veces en mi vida he oído entre los indígenas que bajaban del Norte, rumores acerca de la existencia de semejante raza."

Mr. Mackenzie en vez de responderme salió del cuarto y volvió trayendo una espada muy curiosa. Era larga y toda la hoja, que era muy fuerte y pesada, estaba labrada con un modelo ornamental exactamente como trabajamos la suave lana, realzándola, estando sin embargo el acero horadado de manera que no dañara la fuerza de la espada. Esto en sí era bastante curioso; pero aún más lo era que todos los agujeros cortados al través de la hoja estaban incrustados de oro, sin que yo pueda comprender cómo estaba soldado el oro con el acero.

"¿Habeis visto una espada como ésta?" dijo Mr. Mackenzie. Todos la examinamos y contestamos negativamente.*

"La he traído para enseñárosla porque es la que trajo consigo el hombre que dijo haber visto la gente blanca, y porque da un aire de verdad á lo que otras veces he considerado como una mentira. Escuchad; yo os diré todo lo que sé acerca de este asunto, que no es mucho. Una tarde, poco antes de ponerse el sol, estaba sentado en la galería, cuando un pobre hombre que parecía morirse de hambre llegó cojeando y se acurrucó delante de mí. Le pregunté de dónde venía y qué necesitaba, y él entró en un una vaga narración de cómo pertenecía á una tribu del norte que había sido destruída por otra tribu y que él y

* Después de haber visto esta espada ví centenares, pero jamás he podido descubrir cómo las láminas de oro estaban incrustadas en las grecas. Los armeros que las hacen en Zu-Vendis se obligan bajo juramento á no revelar el secreto.—A. Q.

los demás que sobrevivieron se dirigieron al norte pasando un lago llamado Laga. De allí parece que fué á otro lago, que se encuentra entre las montañas, un lago sin fondo le llamaba, y aquí su mujer y su hermano murieron de una enfermedad contagiosa, probablemente la viruela, por lo que el pueblo lo arrojó de sus aldeas al desierto donde vagó miserablemente entre las montañas durante diez días, después llegó á una floresta de espinos y fué encontrado un día por hombres blancos que andaban cazando, y lo llevaron á un lugar donde todos los habitantes eran blancos y vivían en casas de piedra.

Allí permaneció una semana encerrado en una casa, hasta que una noche, un hombre de barba blanca, que le pareció era médico, vino y lo examinó, después de esto fué conducido fuera de la ciudad, al través de la floresta de espinos, á los confines del desierto, dándole provisiones y esta espada (al menos así lo contó), dejándolo libre."

"Bien," dijo Sir Enrique, que había estado escuchando con creciente interés, "¿y qué hizo entonces?"

"Oh, según su relación parece que experimentó muchas fatigas é innumerables sufrimientos, alimentándose semanas enteras con raíces, bayas y otras cosas que podía coger y matar. Pero vivió: en pequeñas jornadas se dirigió al Sur y llegó á este lugar. Nada supe de los detalles de su viaje, porque le dije que volviese al día siguiente, encargando á uno de mis conductores tuviese cuidado de él, durante la noche. El conductor lo llevó, pero el pobre tenía tanta sarna que la mujer del conductor no quiso tenerlo en la cabaña por miedo de contagiarse, y dándole un cobertor lo dejaron dormir afuera. Desgraciadamente entonces, un león merodeaba por aquí, y ha-

biendo olfateado al infeliz vagabundo, saltó sobre él, destrozándole completamente la cabeza, sin que los que dormían en la cabaña sintiesen nada, y así acabaron él y su historia acerca de la gente blanca. Si hay ó no algo de verdad en esto no lo sabré decir. ¿Qué pensáis, Mr. Quatermain?"

Yo moví la cabeza y respondí: "No lo sé. Hay tantas cosas extrañas ocultas en el corazón de este gran continente, que me pesaría asegurar que no hay algo de verdad en esta relación. De cualquiera manera, nosotros tratamos de desengañarnos. Intentamos viajar hasta Lekakisera, de allí si llegamos con vida al lago Laga, y si más allá hay blancos haremos lo posible por encontrarlos."

"Vosotros sois gente muy aventurera," dijo Mr. Mackenzie sonriéndose, y la conversación terminó.

CAPÍTULO IV

ALFONSO Y SU ANITA

Después de la comida inspeccionamos todos los edificios exteriores y las posesiones de la estación, que considero el lugar más adecuado para su objeto y el más hermoso entre los de su especie que he visto en África. Cuando volvimos á la galería encontramos al Pájaro Carpintero aprovechando esta favorable oportunidad para limpiar todos los rifles. Este era el único trabajo que él hacía, porque como jefe Zulú era indigno de él trabajar con sus manos; pero lo desempeñaba muy bien. Era curioso ver al gran Zulú sentado en el suelo, recargada su hacha de batalla en la pared detrás de él, mientras sus manos se empleaban delicadamente y con el mayor cuidado en limpiar el mecanismo de los fusiles que se cargan por la culata. Tenía un nombre para cada fusil. Uno de cuatro cañones que pertenecía á Sir Enrique era el "Tronador"; el mío que tenía la detonación peculiarmente aguda, era "el pequeño que hablaba como un látigo;" los Winchester de repetición "eran mujeres que hablan tan aprisa que no dejan decir una sola palabra"; los seis Martinis eran "la gente común" y así todos los demás. Era divertido oírle dirigirse á cada fusil conforme los limpiaba como si fueran personas, y lo hacía

con muy buen humor. Hizo lo mismo con su hacha de batalla á la que parecía mirar como á un amigo íntimo, y con la cual hablaba horas enteras de sus antiguas aventuras, algunas de las cuales eran pavorosas. En un rato de mal humor había llamado á su hacha "Inkosi-kaas" que en Zulú es la palabra con que se designan los jefes. Durante mucho tiempo no pude adivinar porqué le había dado semejante nombre; al fin le pregunté y entonces me dijo, que la hacha era indudablemente del género femenino, por su hábito de mezclarse en todas las cosas, y que era una capitana porque todos los hombres caían ante ella y quedaban mudos á la vista de su belleza y poder. También consultaba algunas veces á Inkosi-kaas, y cuando le pregunté porqué lo hacía me dijo que era: "porque debía ser sabia, habiendo penetrado en los cerebros de tantas personas."

Levanté el hacha y examiné atentamente esta arma formidable. Era, como he dicho, semejante á una hachuela de mano. El mango, hecho de un enorme cuerno de rinoceronte, tenía tres pies tres pulgadas de largo por una y media de grueso, con un bola en el extremo, del tamaño de una naranja, para impedir que la mano resbalase. Este mango de cuerno, aunque muy macizo, era tan flexible como una caña é imposible de romperse; pero para asegurarlo más estaba liado á intervalos con alambre de cobre, especialmente en las partes por donde la empuñaba. La parte donde el mango se introducía en la bola, estaba marcada con un número de pequeñas muescas ó endiduras, cada muesca representaba un hombre muerto en pelea con aquella arma. El hacha era de buen acero y, según todas las apariencias, había sido manufacturada en

Europa, aunque Pico Duro no sabía de dónde provenía, habiéndola tomado de la mano de un jefe que mató en una batalla hacía muchos años. No era muy pesada, siendo el peso de la cabeza de dos libras y media, según pude juzgar. La parte cortante era en su forma lijeramente cóncava, no convexa como son generalmente las hachas de batalla de los salvajes, y tan filosa como una navaja de barba, midiendo cinco y tres cuartos de pulgada en su parte más ancha. De la parte posterior de la hacha salía una fuerte punta de cuatro pulgadas de largo ; hacia las dos últimas pulgadas había un agujero, pareciéndose bajo este punto á la hacha de un carnicero. Era con esta parte, según descubrimos después, con la que Pico Duro hería cuando combatía, dejando un agujero redondo en el cráneo de su adversario y usando sólo el ancho filo cortante al moverla circularmente en la refriega. Creo que él consideraba esta parte de su hacha como un instrumento más propio, y su costumbre era picar á su enemigo con él, de donde le vino el nombre de "Pico Duro." Ciertamente en sus manos era ésta un arma terrible.

Tal era el hacha de Pico Duro, Inkosi-kaas, el arma más notable y fatal que he visto para un combate cuerpo á cuerpo, y la que él idolatraba tanto como su propia vida. Apenas la soltaba, y cuando comía se sentaba con ella bajo las piernas.

Cuando devolví su hacha á Pico Duro, llegó Miss Flosie y me invitó á ver su colección de flores, lirios Africanos, y arbustos florecientes, muy hermosos, habiendo algunas variedades desconocidas para mí, y creo que también para los botánicos. Le pregunté si alguna vez había visto ú oído hablar del lirio de Goya que algunos exploradores

del África Central me han dicho encontraron, y cuya maravillosa hermosura los llenó de asombro. Este lirio que según cuentan los indígenas sólo florece cada diez años, nace en el suelo más árido. Comparado con el tamaño de la flor, el bulbo es pequeño y pesa generalmente cuatro libras. En cuanto á la flor misma (que después vi bajo circunstancias tan especiales que la grabaron fijamente en mi memoria), no sé cómo describir su belleza y esplendor ó la maravillosa suavidad de su perfume. La flor, porque solamente tiene una, se levanta de la corona del bulbo sobre un tallo grueso carnoso, y aplanado de un lado: la que vi medía catorce pulgadas de diámetro y su forma se parecía algo á la de una trompeta, como la flor del "longiflorum" común, cortada verticalmente. Primero está la vaina verde que en sus primeros días no se diferencia de la del lirio del agua; pero que, cuando la flor se abre, se divide en cuatro porciones y se tuerce graciosamente hacia el tallo. Después viene la flor, en la que un arco de deslumbrante blancura rodea el cáliz de riquísimo color de púrpura aterciopelado y de cuyo centro se levanta el pistilo color de oro. Jamás he visto algo que iguale á esta flor en belleza ó fragancia, y como creo que es poco conocida me tomo la libertad de describirla. Al mirarla por la primera vez, recuerdo que me convencí de que aún en una flor reside algo de la Majestad de su Creador. Para mi mayor alegría Miss Flosie me dijo que conocía muy bien esta flor y que había procurado hacerla crecer en su jardín pero sin éxito, añadiendo sin embargo que, como florecía en esta estación del año, creía poderme conseguir una.

Después de esto le pregunté si no se sentía aquí solita-

ria entre los salvajes, sin algunas compañeras de su misma edad.

"¿Solitaria?" dijo. "Oh, en verdad no. Yo soy tan feliz como se puede ser en el mundo, y además tengo mis compañeras."

"¡Vaya! no quisiera estar entre una caterva de muchachas blancas todas como yo, sin que nadie pudiese notar alguna diferencia. Aquí," dijo, imprimiendo á su cabeza un lijero movimiento, "yo soy yo, y todos los indígenas en muchas millas á la redonda conocen al *Lirio del Agua*, porque así es como me llaman y están prontos á hacer lo que deseo; pero en los libros he leído que no les pasa lo mismo á las muchachas de Inglaterra. Siempre se les molesta y tienen que hacer lo que quiere su maestra. ¡Oh, mi corazón se entristecería de estar encerrado en una jaula como esa y no ser libre, libre como el aire!"

"¿No os gustaría aprender algo?" le pregunté.

"Aquí aprendo. Papá me enseña Latín, Francés y Aritmética."

"¿Y no tenéis miedo entre estos salvajes?"

"¿Miedo? ¡Oh, no! Jamás se meten conmigo. Creo que piensan que soy 'Ngai' (de la Divinidad), porque soy muy blanca y tengo hermosa cabellera. Y mirad ésto." Metió su pequeña mano en el corpiño de su vestido, y sacó una pistola Derringer de dos cañones, niquelada. "Siempre la llevo cargada, y si alguno se atreviese á atacarme lo mataría. Una vez maté un leopardo que saltó sobre mi burro, al andarme paseando. Me asusté mucho; pero le disparé en la oreja y cayó muerto: tengo su piel sobre mi cama. Mirad allí," dijo con voz altera-

da, tocándome el brazo y señalándome un objeto lejano, "os decía que tenía compañeras, ved allí una de ellas."

Miré, y por primera vez se presentó ante mi vista el esplendor del monte Kenia. La montaña había estado antes oculta entre la niebla; pero ahora su radiante belleza estaba descubierta por muchos miles de pies, aunque la base se veía envuelta por el vapor, de suerte que el elevado pico ó pilar que la coronaba á una altura de veinte mil pies, aparecía como una hermosa visión, colgando entre la tierra y el cielo, á la que servían de base las nubes. Mi pobre pluma es impotente para describir la solemne majestad y belleza de esta blanca cumbre. Allí se levanta recta y limpida aquella celebridad deslumbrante de blancura, penetrando su cresta en el azul del cielo. Cuando yo la contemplaba con aquella muchacha, sentí que todo mi corazón se exaltaba con una indescifrable emoción, y por un momento grandes y maravillosos pensamientos se levantaron en mi alma, conforme los rayos del sol poniente se refractaban en las nieves del Kenia. Los indígenas de Mr. Mackenzie llaman á la montaña "El Dedo de Dios;" á mí me parece este nombre propio y aun elocuente, por la paz inmortal y purísima calma que seguramente reina arriba de este mundo febricitante. No sé dónde vi el siguiente pensamiento:

"Un objeto bello causa siempre alegría,"

y ahora que lo recuerdo comprendo perfectamente lo que el autor quiso decir. Despreciable será el hombre que mire aquella poderosa mole cubierta de nieve, aquella antigua lápida de los años, y no sienta su propia insignificancia, y que con cualquier nombre que Le llame no

adore á Dios en su corazón. Semejantes espectáculos son como visiones del espíritu; abren las ventanas de la cámara de nuestro egoísmo y dejan pasar el soplo de aquel aire que se precipita alrededor de la rodante esfera, y por un rato iluminan nuestras tinieblas con un rayo de blanca luz que sale de su Trono.

Sí, semejantes bellezas inspiran siempre alegría, y bien comprendo lo que la pequeña Flosie quería decir cuando hablaba del Kenia como su compañero. Hasta el salvaje y viejo Zulú como era, dijo al enseñarle el pico que colgaba en el aire: "Un hombre fuerte podría estarse mirando esto miles de años sin quedar satisfecho de verlo." Pero dió otro giro á su poética idea, cuando añadió en una especie de canto y con un arranque de aquella fatal imaginación que lo hacía notable, que cuando muriese le gustaría ir á sentarse en aquel pico oculto por la nieve para siempre y precipitarse por los escarpados lados blancos, entre el aliento del huracán ó en la luz del relámpago y "matar, matar, matar."

"¿Matar qué, viejo podenco?" le pregunté.

Esto le embarazó de pronto, pero luego, respondió:

"Las otras sombras."

"¿Así es que tú querrías seguir asesinando después de tu muerte?" le dije.

"Yo no asesino," me respondió con vehemencia: "yo mato en leal combate. El hombre nació para matar. El que no mata cuando su sangre hierve es una mujer, no es hombre. Las gentes que matan no son esclavas. Digo que mato en leal combate; y cuando esté entre las sombras, como dicen los blancos, espero seguir matando en leal combate. Sea maldita mi sombra y hiélenseme hasta

los huesos si llego á asesinar como un bushman con sus envenenadas flechas."

Se retiró majestuosamente, con mucha dignidad, y yo me quedé riendo.

Entonces precisamente volvieron los espías que había mandado nuestro huésped para buscar algunas huellas de nuestros amigos los Masai, y dijeron que habían recorrido el país en una extensión de quince millas alrededor sin haber visto un solo Elmorán, y que creían que habían desistido ya de su propósito y vuelto al punto de donde venían. Mr. Mackenzie dió un suspiro de satisfacción al oír esto y lo mismo hicimos nosotros, porque á la verdad de poco tiempo á esta parte estábamos hartos de Masai. La opinión general era que viendo que habíamos llegado con seguridad á la misión y conociendo su fuerza, habían desistido de perseguirnos considerándolo como un mal negocio. Después se verá cuán mal los juzgamos.

Luego que salieron los espías, y Mr. Mackenzie y Flosie se retiraron á sus respectivos cuartos, vino Alfonso, el pequeño Francés, y Sir Enrique, que habla regularmente ese idioma, le instó á que nos refiriese cómo había venido á visitar el África Central, lo que él hizo en la lengua más extraordinaria, que en su mayor parte no intento reproducir.

"Mi abuelo," comenzó, "fué soldado de la Guardia y sirvió á las órdenes de Napoleón. Estuvo en la retirada de Moscow y vivió diez días alimentándose con sus polainas y otro par que robó á un camarada. Acostumbraba embriagarse, murió ébrio y recuerdo que yo tocaba el tambor sobre su ataúd. Mi padre. . . Aquí le sugerimos que podía omitir la historia de sus antecesores y llegar á la suya.

"Bien, Messieurs," replicó el gracioso Francés con una política reverencia. "Deseaba demostraros que la vocación para la carrera militar no es hereditaria. Mi abuelo era un hombre esplendido, de seis pies dos pulgadas de estatura, ancho en proporción, se comía el fuego y hasta las polainas. También era notable por su bigote. Á mí me quedó el bigote y nada más."

"Yo soy cocinero, Messieurs, y nací en Marsella. En aquella querida tierra pasé mi feliz juventud. Durante años y años lavé los platos en el Hotel Continental. ¡Ah! aquella fué mi edad de oro," y suspiró. "Soy Francés. ¿Necesitaré, Messieurs, deciros que admiro la belleza? No, adoro lo hermoso admiro todas las rosas de un jardín, pero sólo escojo una. Yo elegí una, y ¡oh! Messieurs, ella me picó el dedo. Era una camarista llamada Anita, su figura era arrebatadora, su rostro el de un ángel y su corazón, ¡oh! debo confesarlo, inconstante y negro como una bota de cuero. La amaba con desesperación, la adoraba con desesperación. Me arrebataba en todos sentidos: me inspiraba. Jamás cociné tan bien (porque había sido promovido á cocinero), como cocinaba cuando Anita, mi adorada Anita, me sonreía. Jamás," aquí su voz varonil se tornó en sollozo, "jamás cocinaré otra vez tan bien." En esto comenzo á llorar.

"Vamos, valor," dijo Sir Enrique en francés, palmeándole con finura la espalda. "¿Quién sabe lo que os pueda suceder? Á juzgar por la comida de hoy, creo que estais en camino de recobrar la antigua fama."

Alfonso cesó de llorar y comenzó á frotarse la espalda.

"Monsieur," dijo, "intenta sin duda consolarme; pero tiene muy pesada la mano. Continúo: nos amábamos y

eramos felices con nuestro recíproco amor. Los pájaros en su nido no podían ser más felices que Alfonso y su Anita. Entonces vino el sorteo, ¡sapristi! ¡cuando me acuerdo de ello! Messieurs, perdonadme que enjugue una lágrima. Tuve un mal número: fuí arrastrado á la conscripción. La fortuna quiso vengarse de mí por haber conquistado el corazón de Anita."

"Llegó el momento fatal: tuve que marchar. Procuré correr; pero fuí cogido por brutales soldados y me pegaron con las culatas de los mosquetes hasta que mis bigotes se rizaron de dolor. Tenía un primo, lencero, trabajador, pero muy feo. Había sacado un buen número y se compadeció de mí cuando me golpeaban. "Á tí, primo mío," le dije, "á tí por cuyas venas corre la sangre de nuestro heróico abuelo, á tí te encargo á Anita. Cuídala, mientras yo voy á buscar la gloria en los sangrientos campos de batalla."

"Ve tranquilo," me dijo, "yo la cuidaré."

"Después sabréis cómo lo cumplió."

"Partí. En el cuartel me alimentaba con sopa negra. Soy un hombre de gusto refinado, poeta por naturaleza, y sufría grandes tormentos por la grosería y horror de todo lo que me rodeaba. Había un sargento que instruía á los reclutas y tenía un garrote. ¡Ah, qué garrote! ¡cómo se enroscaba! Jamás puedo olvidarlo."

"Una mañana recibimos noticias: mi batallón debía ser enviado á Tonquín. El sargento instructor y los otros mónstruos groseros se regocijaron. Yo hice mis indagaciones. El resultado no fué satisfactorio. En Tonquín hay Chinos salvajes que os abren la barriga. Mis gustos artísticos, porque también soy artista, sintieron repug-

nancia á la idea de ser destripado. El grande hombre toma pronto su resolución. Yo tomé la mía. Determiné no ser destripado. Me deserté."

"Llegué á Marsella disfrazado de anciano. Fuí á la casa de mi primo, por cuyas venas corre la sangre de mi heróico abuelo, y allí estaba Anita. Era la estación de las cerezas. Tomaron los dos un doble tallo; á cada extremo había una cereza. Mi primo se puso uno en la boca, Anita puso el otro en la suya, y chuparon los tallos hasta que sus labios se encontraron, ¡ ah, y tener que decirlo! se besaron. . . . El juego era precioso, pero me llenó de cólera. La sangre de mi heróico abuelo hirvió en mis venas. Me precipité á la cocina y herí á mi primo con la muleta del anciano. Cayó, lo había matado. ¡ Oh! creo que lo maté. Anita gritó. Vinieron los policías. Huí. Llegué al puerto. Me oculté á bordo de un bajel. El bajel partió. El capitán me encontró y me golpeó. Aprovechó una oportunidad. Desde un puerto extranjero dirigió una carta al público. No me dejó en tierra, porque cocinaba muy bien. Le serví de cocinero todo el camino hasta Zanzíbar. Cuando le pedí la paga me pateó. La sangre de mi heróico abuelo hirvió dentro de mí, alcé mi puño hasta su cara y juré vengarme. Él me pateó otra vez. En Zanzíbar había un telegrama. Maldije al hombre que inventó los telégrafos. Ahora le maldigo otra vez. Fuí arrestado por deserción, por asesinato y *que sais je*. Escapé de la prisión. Huí: me moría de hambre. Encontré la caravana de Monsieur el Cura. Me trajeron aquí. Estoy aquí lleno de dolor. Pero no volveré á Francia. Mejor arriesgaré mi vida en estos horribles y desiertos lugares que conocer el Bagne."

Concluyó, y nosotros casi nos ahogábamos de risa, teniendo que voltear á un lado nuestros rostros.

"Ah, llorais, Messieurs," dijo. "No es extraño, es una historia muy triste."

"Tal vez," dijo Sir Enrique, "la sangre de vuestro heróico abuelo triunfará al fin, tal vez llegaréis á ser grande. Como quiera que sea lo veremos. Ahora opto porque vayamos á dormir. Estoy muy cansado y no dormí bien anoche sobre aquella maldecida roca."

Así lo hicimos, y cual agradablemente extraños nos parecieron los aseados cuartos y limpias y blancas sábanas, después de nuestros recientes trabajos y penalidades.

CAPÍTULO V

PICO DURO HACE UNA PROMESA

Al día siguiente no vi á Flosie á la hora del almuerzo y pregunte dónde estaba.

Su madre me dijo: "Cuando me levanté esta mañana, encontré una carta fuera de mi puerta en la que. . . . Pero aquí está, podeis leerla," y me dió un pedazo de papel en el que estaba escrito lo siguiente:

"Querida madre: Es la hora del alba; voy á las colinas para traerle á Mr. Quatermain una flor de lirio que él desea; así es que no me esperéis. Llevo el asno blanco; van conmigo el aya y dos muchachos, llevo también algo para comer pudiendo dilatarme todo el día, porque estoy decidida á traer el lirio, aunque tenga que recorrer veinte millas.—Flosie."

"Espero que le vaya bien," dije con ansiedad, "no deseaba que se molestase por esa flor."

"Ah, Flosie puede cuidarse sola," replicó su madre; "con frecuencia sale así sola como verdadera hija del desierto." Pero Mr. Mackenzie que llegó en este momento y hasta entonces no había visto la carta, se puso pensativo aunque nada dijo.

Cuando concluimos de almorzar lo llamé aparte y le pregunté si no sería conveniente enviar alguno que alcan-

zase á la joven y la hiciese volver, temiendo que cayese en poder de los Masai que probablemente rondaban por allí.

"Temo que de nada sirva," me contestó. "Debe estar ahora á quince millas de distancia y es imposible saber qué camino ha tomado. Allí están las colinas," y me señaló una larga hilera de lomas que se dilataba paralelamente al curso seguido por el río Tana; pero que gradualmente se inclinaban á una llanura cubierta de arbustos á cinco millas de la casa.

Propuse que subiésemos al grande árbol y examinásemos el país con un anteojo, y así lo hicimos después de haber dado Mr. Mackenzie algunas órdenes á sus sirvientes para que procurasen seguir las huellas de Flosie.

La subida al elevado árbol fué más bien un trabajo gimnástico aun con el auxilio de la escala de cuerda, cuyos dos extremos estaban fijos para facilitar la ascensión, y era difícil para los que no somos marinos; pero Good subió como un mono.

Al llegar á la altura, en que la primera rama en forma de helecho salía del tronco, paramos sin dificultad en una plataforma hecha de tablas, clavada sobre dos ramas y bastante espaciosa para contener doce personas. La vista que de allí se disfrutaba era hermosísima. En todas direcciones los arbustos se extendían como grandes oleadas por espacio de millas y más millas, tan lejos como se alcanzaba á ver con el anteojo, rompidas solamente aquí y allá por el más brillante verde de los sembrados, ó por las resplandecientes superficies de los lagos. Al Noroeste, el Kenia erguía su poderosa cumbre y pudimos trazar el curso del río Tana, que se retuerce como una

serpiente de plata, casi desde sus pies hasta el océano. Este es un país fértil que sólo necesita la mano de la civilización para hacerlo más productivo.

Por más que buscamos no pudimos ver señales de Flosie ni de su asno y tuvimos que bajar disgustados sin haber logrado nada. Llegando á la galería encontré sentado allí al Pájaro Carpintero, afilando cuidadosamente su hacha con una piedra de amolar que siempre llevaba consigo.

"¿Qué estás haciendo, Pico Duro?" le pregunté.

"Huelo sangre," me contestó; y no pude hacerle decir más.

Después de comer subimos otra vez al árbol examinamos con el anteojo las cercanías sin mejor resultado. Cuando bajamos, Pico Duro estaba amolando todavía á Inkosi-kaas, aunque tenía el filo como una navaja de afeitar. Enfrente de él estaba parado Alfonso, mirándolo con una mezcla de temor y fascinación. Ciertamente parecía un objeto alarmante, sentado según la costumbre de los Zulús, sobre los talones, la mirada salvaje en su rostro inteligente, afilando, afilando, afilando siempre su destructora hacha.

"¡Oh, el mónstruo, el horrible hombre!" dijo el pequeño cocinero francés, levantando las manos con asombro. "Ved el agujero que tiene en la cabeza; la piel sube y baja como la de un nene. ¿Quién se encargaría de cuidar á semejante nene?" Y sólo de pensarlo se puso á reir.

Por un momento Pico Duro dejó de ver el hacha que afilaba y una especie de relámpago maligno brilló en sus oscuros ojos.

"¿Qué dice la pequeña hembra de búfalo?" así le

llamaba el Carpintero á causa de sus bigotes y maneras afeminadas. "Que tenga cuidado ó le cortaré los cuernos. Tened cuidado, pequeño mono, tened cuidado."

Desgraciadamente, Alfonso, que le había perdido el miedo, siguió riéndose de "ce drole d'un monsieur noir." Iba á advertirle que se abstuviese de sus bromas, cuando repentinamente el enorme Zulú brinco de la galería al espacio descubierto donde estaba Alfonso: sus facciones dejaban ver una especie de entusiasmo malicioso y comenzó á blandir su hacha alrededor de la cabeza del Francés.

"No os mováis," le grité; "no os mováis si en algo apreciáis vuestra vida: él no os hará daño." Pero dudo que Alfonso me oyese, estando, afortunadamente para él, casi petrificado por el terror.

Entoncos siguió el más extraordinario juego de espada ó más bien del manejo del hacha que he visto. Primero el hacha volaba alrededor de la coronilla de la cabeza de Alfonso como un torbellino y con tal velocidad, que se veía como una banda de acero, acercándose más y más al cráneo del infeliz hasta que casi lo rozó. Entonces se cambió el movimiento y parecía literalmente envolver el cuerpo y los miembros, distando de ellos un octavo de pulgada á lo más y sin llegar á herirlo. Era un espectáculo maravilloso ver al pequeño hombre clavado allí, como si hubiese sabido que al moverse corría el riesgo de una pronta muerte, mientras su negro atormentador lo dominaba y lo cubría con los rápidos destellos de su hacha. Por espacio de un minuto continuó esto: por fin vi que el hacha se dirigía á un lado de la cara de Alfonso y después se detuvo. En el mismo momento un manojito de algo

negro cayó al suelo; era la punta de uno de los rizados bigotes del pequeño Francés.

El Zulú se apoyó en el mango de Inkosi-kaas y se rió mucho y con fuerza, y Alfonso, sobrecogido de terror, se dejó caer medio sentado en el suelo, mientras que nosotros permanecíamos en pie, asombrados por la exhibición de esta habilidad casi sobrehumana y maestría en el manejo de una arma.

"Inkosi-kaas está bastante filosa," murmuró; "el golpe que cortó el cuerno del 'búfalo hembra' habría partido á un hombre desde la coronilla hasta la barba. Pocos podrían haber hecho lo que yo; y ninguno habría dado el golpe sin llevarse un pedazo de hombro. Mira tú, vaquilla. Por un rato has tenido la muerte á distancia del grueso de un cabello. No te vuelvas á reir de mí otro vez. He hablado."

"¿Qué intentas con semejantes bromas?" pregunté indignado á Pico Duro. "Seguramente estás loco. Veinte veces has estado á punto de matar á ese hombre."

"Y sin embargo, Macumazahn, no lo maté. Tres veces cuando Inkosi-kaas se agitaba me vinieron deseos de enviar su filo al través de su cráneo y matarlo; pero no lo hice. Era sólo un juego; pero dile á la 'vaquilla' que no es bueno mofarse de un hombre como yo. Ahora voy á hacer un escudo porque olfateo sangre, Macumazahn, verdaderamente olfateo sangre. ¿Has visto antes de una batalla aparecer los buitres en el cielo? Ellos olfatean sangre, Macumazahn, y mi olfato es más perspicaz que el de ellos. Abajo hay una piel seca de buey: voz á hacer un escudo."

"No es muy tratable el carácter de vuestro criado,"

dijo Mr. Mackenzie que había presenciado la escena. "Asustó á Alfonso hasta hacerle perder la chaveta: mirad," y señalaba al Francés, que con el rostro pálido de espanto y los miembros temblorosos entraba en la casa. "Creo que no se volverá á burlar de 'le monsieur noir.'"

"Sí," respondí, "es malo jugar con hombres como él. Cuando se le provoca es un enemigo implacable. Tiene sin embargo, á pesar de su fiereza, un buen corazón. Recuerdo que hace años lo vi cuidar á un niño enfermo durante una semana. Es un carácter raro, pero fiel como el acero y fuerte para descansar en medio del peligro."

"Dice que olfatea sangre," añadió Mr. Mackenzie. "Confío que se equivocará. Estoy temeroso por mi hija. Debe haber ido lejos ó ya habría vuelto á casa. Son las tres y media."

Le dije que había llevado provisiones y que probablemente no volvería hasta en la noche; pero yo mismo estaba inquieto y temía que mi ansiedad me traicionase.

Después volvieron los individuos á quienes había enviado Mr. Mackenzie á buscar á Flosie, diciendo que habían seguido las huellas del asno por espacio de dos millas y en un terreno pedregoso las habían perdido sin poderlas descubrir otra vez. Habían escudriñado el país por todas partes, pero sin ningún resultado.

La tarde trascurrió tristemente y al anochecer, no habiendo noticias de Flosie, nuestra ansiedad aumentó. En cuanto á la pobre madre estaba completamente abatida por sus temores y no es de extrañarse; pero el padre no llegó á desesperar. Se hizo todo lo que pudo hacerse:

se enviaron sirvientes en todas direcciones, se dispararon tiros y se estableció una continua vigilancia sobre el alto árbol, pero sin provecho.

Al fin oscureció y ni señales de Flosie, la de la hermosa cabellera.

Á las ocho cenamos. Fué esta una comida muy triste á la que no asistió Mrs. Mackenzie. Nosotros tres permanecimos en silencio, porque además de nuestra natural ansiedad por la suerte de la niña, nos acusábamos de haber traído estas molestias á aquella bondadosa familia. Cuando acabamos de cenar, busqué un pretesto para abandonar la mesa. Necesitaba considerar bien la situación. Subí á la galería y habiendo encendido mi pipa, me senté á unos doce pies del extremo del edificio que estaba, como recordará el lector, exactamente enfrente de una de las estrechas puertas del muro que rodeaba la casa y el jardín. Había estado sentado allí seis ó siete minutos, cuando me pareció oir que la puerta se abría. Miré en aquella dirección y escuché, pero no pudiendo ver nada, creí que me había equivocado. La noche estaba oscura, pues aun no había salido la luna.

Pasó otro minuto, cuando de pronto cayó algo pesado, con poco ruido, sobre el piso de piedra de la galería, y botando y rodando fué á dar más allá de donde yo estaba. Durante un momento no me levanté, sino que permanecí sentado procurando adivinar lo que sería. Finalmente concluí por que debía haber sido un animal. Pero inmediatamente se me ocurrió otra idea y me levanté violentamente. El objeto estaba tirado á pocos pasos detrás de mí. Quise tocarlo y no se movió: indudablemente no era un animal. Mi mano lo tocó. Era suave, caliente y pe-

sado. Apresuradamente lo levanté y lo puse á la débil luz de las estrellas.

ERA UNA CABEZA HUMANA RECIENTEMENTE CORTADA.

Soy viejo y no me asusto fácilmente; pero confieso que aquella vista me hizo sentir enfermo. ¿Cómo había venido allí? ¿Quién era? La dejé en el suelo y corrí á la puerta. Nada pude ver, nada oí. Iba á salir más allá entre las tinieblas, pero reflexionando que al hacerlo me exponía al riesgo de ser herido mortalmente, me volví y cerré la puerta echando el cerrojo. Entonces fuí á la galería y con voz alterada llamé á Curtis. Temo que mi emoción me traicionase, porque, no sólo vino Sir Enrique, sino que también Good y Mackenzie se levantaron de la mesa y llegaron apresuradamente.

"¿Qué sucede?" dijo el clérigo ansiosamente.

Entonces tuve que decírselos.

Mr. Mackenzie se puso tan pálido como la muerte. Estábamos enfrente de la puerta del vestíbulo y había allí una luz. Me arrebató la cabeza y la llevó á la luz.

"Es la cabeza de uno de los hombres que acompañaban á Flosie," dijo suspirando. "Gracias, Dios mío, no es la de ella."

Todos nos quedamos aturdidos viéndonos unos á otros. ¿Qué debía hacerse?

Precisamente entonces tocaron á la puerta que yo había cerrado con el cerrojo y una voz gritó. "Abrid, padre mío, abrid."

Se abrió la puerta y entró un hombre aterrorizado. Era uno de los espías que se habían enviado.

"Padre mío," gritó, "los Masai están sobre nosotros.

Una gran partida ha pasado la colina y se dirige al antiguo krall de piedra, abajo del arroyo. Padre mío, sé fuerte. En medio de ellos he visto el asno blanco y sentada sobre él al *lirio del agua* (Flosie). Un Elmorán (joven guerrero) conducía el asno y á su lado caminaba el aya llorando. De los hombres que salieron con ella esta mañana no he visto á ninguno."

"¿Estaba viva la niña?" preguntó Mr. Mackenzie con voz ronca.

"Estaba blanca como la nieve, pero buena, padre mío. Ellos pasaron muy cerca de mí y desde el lugar donde estaba oculto vi su faz levantada al cielo."

"Dios la ayude á ella y á nosotros," dijo el clérigo.

"¿Cuántos son ellos?" pregunté.

"Más de doscientos, doscientos cincuenta."

Volvimos á vernos unos á otros. ¿Qué debía hacerse? Entonces se oyó un fuerte grito al otro lado del muro.

"Abre la puerta, hombre blanco, abre la puerta. Un heraldo, un heraldo viene á hablar contigo." Gritaba la voz.

Pico Duro corrió al muro y alcanzando con sus largos brazos la albardilla, sacó la cabeza y miró por encima.

"Es un hombre sólo," dijo. "Está armado y trae un canasto en la mano."

"Abre la puerta, Pájaro Carpintero," ordené yo. "Toma tu hacha y permanece allí. Deja pasar á ese hombre. Si otro le sigue mátalo."

Se abrió la puerta. En la sombra del muro estaba Pico Duro, con el hacha levantada sobre la cabeza para herir. Entonces salió la luna. Hubo un momento de pausa y

luego entró un Masai Elmorán, adornado con todos sus atavíos de guerra, que ya he descrito, llevando un gran canasto en la mano. Cuando avanzaba, la luz de la luna brillaba sobre su lanza. Físicamente considerado era un hombre espléndido, aparentemente de treinta y cinco años de edad. Ninguno de los Masai que vi era de menos de seis pies de estatura, aunque los más eran jóvenes. Al llegar enfrente de nosotros hizo alto, soltó el canasto y golpeó con la punta de su lanza el suelo, dejándola allí clavada.

"Hablemos," dijo. "El primer mensajero que os enviamos no podía hablar;" y señaló la cabeza que yacía sobre el pavimento de la galería, cuadro pavoroso á la luz de la luna; "pero yo tengo palabras que hablar si tenéis oídos para escucharlas. También traigo presentes," y señalando el canasto se rió con un aire de insolente fanfarronada que es indescriptible, pero que no se podía menos de admirar, viendo que estaba rodeado de enemigos.

"Sigue, sigue," dijo Mr. Mackenzie.

"Soy el Ligonani (capitán de guerra), de una partida de Masai de Guasa Amboni. Yo y mis hombres hemos seguido á estos tres blancos," aludiéndose á Sir Enrique, á Good y á mí; "pero han sido más listos que nosotros y se han refugiado aquí. Tenemos una cuestión con ellos, y vamos á matarlos."

"Hola, amigo mío," dije para mis adentros.

"Siguiendo á estos hombres, hemos cogido esta mañana dos negros, una negra, un asno blanco y una muchacha blanca. Matamos á uno de los negros, allí está su cabeza sobre el pavimento: el otro huyó. Cogimos y trajimos con nosotros á la negra, el asno blanco y la muchacha

blanca. En prueba de ello he traído el canasto que llevaba. ¿No es de tu hija ése canasto?"

Mr. Mackenzie se inclinó y el guerrero prosiguió.

"Contigo y con tu hija no tenemos cuestión ni deseamos hacerte mal, excepto en cuanto á tu ganado que hemos cogido ya: doscientas cuarenta cabezas, una bestia para cada padre de familia." *

Aquí Mr. Mackenzie dió un suspiro porque apreciaba mucho este ganado, el que había criado con muchos cuidados y molestias.

"Así, excepto el ganado, tú estás completamente libre; especialmente," añadió con franqueza viendo el muro, "porque este lugar es difícil de tomar. Pero en cuanto á esos hombres es ya distinto; los hemos seguido durante ocho días y debemos matarlos. Si volviésemos á nuestro kraal sin haberlo logrado, las muchachas se burlarían de nosotros. Por tanto suceda lo que suceda, deben morir."

"Ahora escucha: voy á hacerte una proposición. No queremos causar mal á la niña; es muy hermosa y además tiene mucho valor. Danos uno de estos tres blancos, vida por vida, y la dejaremos en libertad y también á la negra. Esta es una buena proposición, hombre blanco. Te pedimos uno, no los tres. Esperaremos otra oportunidad para matar á los dos que queden. No designo cuál, aunque yo desearía que fuese el gordo," refiriéndose á Sir Enrique; "parece fuerte y tardaría más en morir."

"¿Y si os contesto que no lo admito?" dijo Mr. Mackenzie.

* Los Masai Elmorán ó jóvenes guerreros no pueden tener propiedad, así es que el botín que ellos ganan en la batalla pertenece sólo á sus padres.—A. Q.

"No, no lo dirás, hombre blanco," respondió el Masai, "porque entonces tu hija morirá al amanecer y la mujer que está con ella dice que no tienes otra hija. Si no fuera tan joven la tomaría para esclava, pero siendo tan joven la mataré con mi propia mano y con esta misma lanza. Tú puedes venir á verlo si quieres. Te daré un salvo-conducto;" y el implacable enemigo celebró con grandes carcajadas esta chanza brutal.

Mientras tanto yo había pensado rápidamente, como se hace en circunstancias críticas, y me había resuelto á cambiarme por Flosie. Apenas menciono esto por miedo de ser mal entendido. Os ruego que no penséis que había en esto algo de heróico ó de absurdo. Era simplemente materia de justicia. Mi vida está para concluirse y nada vale, la suya comenzaba y era muy apreciable. Su muerte causaría la de su padre y también la de su madre, mientras la mía á nadie le importaría gran cosa; varias instituciones de beneficencia tendrían motivos para regocijarse de ella. Indirectamente era yo la causa de que la niña se encontrase en semejante peligro. Un hombre puede desafiar mejor á la muerte bajo aquella horrible forma que una dulce niña. No porque yo pensase dejar aquellos bárbaros que me atormentasen hasta morir; aunque naturalmente tímido, no soy tan cobarde para que lo permitiese. Mi plan era ver libre á la muchacha y entonces matarme yo mismo, confiando en que el Todopoderoso me perdonaría este acto, considerando las circunstancias peculiares del caso. Todo esto pasó por mi imaginación en pocos segundos.

"Perfectamente, Mackenzie," exclamé yo, "podéis decir á ese hombre que yo me cambio por Flosie; sola-

mente arreglad que ella esté libre aquí antes de que me maten."

"¿Eh?" dijeron Sir Enrique y Good simultáneamente. "¿Haréis eso?"

"No, no:" dijo Mr. Mackenzie. "La sangre de un hombre no caerá sobre mí. Si Dios dispone que mi hija muera atrozmente, hágase su voluntad. Sois un hombre valiente y noble, Quatermain, pero no saldréis de aquí."

"Si nada podemos hacer que salve á Flosie, saldré," dije con decisión.

"Es este un asunto importante" dijo Mackenzie, dirigiéndose al Ligonani, "y debemos meditarlo bien. Tendréis nuestra respuesta al amanecer."

"Bien, hombre blanco," respondió el salvaje con indiferencia, "pero ten presente que si la respuesta se tarda, tu hija no llegará á ser mujer, porque la mataré con ésto," y tocó la lanza. "Temería que quisieses engañarnos y atacarnos durante la noche; pero sé por la mujer que acompaña á tu hija, que tus gentes bajaron á la costa y que sólo tienes aquí veinte hombres. Esto no es prudente, hombre blanco," añadió riéndose, "tener tan pequeña guarnición en tu *boma* (kraal). Buenas noches, y también para vosotros, hombres blancos, cuyos párpados se cerrarán bien pronto para siempre, buenas noches. Al romper el alba me traeréis vuestra respuesta. Si no, recordad lo que he dicho." Entonces dirigiéndose á Pico Duro, que todo este rato había permanecido parado detrás de él, vigilándolo, le dijo: "Abre pronto la puerta, camarada."

Esto era demasiado para la paciencia del viejo jefe. Durante los diez minutos últimos sus labios habían estado, hablando figuradamente, devorando al Masai Ligonani, y

no pudo sufrir más. Colocando su pesada mano sobre el hombro del Elmorán, lo cogió y lo hizo voltear con tanta fuerza que quedó frente á frente con él. Entonces irguiendo su fiera talla á pocas pulgadas de distancia del rostro, oculto por las plumas del maldito Masai, le dijo con reconcentrada voz gruñona:

"¿Me ves bien?"

"Sí, camarada, te veo."

"¿Y ves ésto?" poniéndole á Inkosi-kaas frente á los ojos.

"Sí, camarada, veo ese juguete; ¿y qué?"

"Á tí, perro Masai, á tí, capturador de muchachas, te cortaré con este juguete, miembro por miembro. Agradece á que has venido como heraldo, sino ahora mismo esparciría tus miembros en el suelo."

El Masai agitó su lanza y riéndose fuerte respondió:

"Desearía que te encontrases frente á frente conmigo y entonces veríamos," y trató de salir riéndose aún.

"No temas," dijo el Zulú con la misma horrible voz, "te encontrarás frente á frente conmigo. Estarás cara á cara conmigo, Pico Duro, de la sangre de Chaka, del pueblo de Amazulú, capitán en el regimiento de los Nkomabakosi, como se han encontrado antes otros muchos, y te inclinarás ante Inkosi-kaas, como antes lo han hecho otros muchos. ¡Ah! ríete, ríete; mañana los chacales reirán al roer tus costillas."

Cuando el Ligonani se fué, uno de nosotros pensó en registrar el canasto que había traído como prueba de que Flosie era realmente su prisionera. Levantando la tapa vimos que contenía una hermosa flor y el bulbo del lirio

de Goya, que ya he descrito, en plena florescencia y sin maltratar, y lo que fué más, una nota escrita por la infantil mano de Flosie, con lápiz, en un pedazo de papel grasiento que había servido para envolver algunas provisiones.

"Queridos padres:" decía la nota. "Los Masai nos han cogido al volver á casa con el lirio. Procuré huir, pero no pude. Mataron á Tom; el otro hombre huyó. No me han causado mal, ni á mi aya tampoco; pero dicen que tratan de cambiarnos por uno de los de la partida de Mr. Quatermain. No aceptéis. No permitáis que alguno dé su vida por mí. Procurad atacarlos á la noche; van á regalarse con tres novillos que han robado y matado. Tengo mi pistola, y si al amanecer nadie viene en mi auxilio, me mataré. Ellos no me matarán. Si esto sucede, recordadme siempre, mis queridos padres. Estoy muy asustada, pero confío en Dios. No me atrevo á escribiros más porque comienzan á sospechar. Adiós.—Flosie."

Á un lado de esto, escrito de prisa, decía: "Recuerdos á Mr. Quatermain. Van á llevar el canasto, así es que él poseerá el lirio."

Cuando leí estas palabras escritas por aquella valerosa muchacha en una hora de peligro próximo y horrible, que habría hecho perder la cabeza á un hombre fuerte, lo confieso, lloré, y una vez más juré con todo mi corazón que ella no moriría mientras pudiese dar mi vida por salvarla.

Entonces empezamos á discutir la situación. Otra vez dije que iría á entregarme, y otra vez se negó Mackenzie á dejarme salir, y Curtis y Good, como hombres

sinceros, juraron que si yo lo hacía, irían también y morirían junto conmigo.

"Es absolutamente necesario," dije al fin, "que hagamos una tentativa antes de que amanezca."

"Entonces ataquémosles con la fuerza de que podemos disponer y corramos nuestra suerte;" dijo Sir Enrique.

"Ah," murmuró Pico Duro, en Zulú; "hablaste como un hombre, Incubu. ¿Qué debemos temer? ¿Á doscientos cincuenta Masai? ¿Cuántos somos nosotros? El jefe (Mr. Mackenzie) tiene veinte hombres, y tú, Macumazahn, tienes cinco; hay además cinco blancos, total treinta y cinco; son bastantes. Escucha ahora, Macumazahn, tú que eres astuto y experimentado en la guerra. ¿Qué dice la doncella? Que los hombres comerán y se alegrarán. Que festejen sus funerales. ¿Qué dijo el perro á quien espero matar al romper el día? Que él no temía los atacásemos porque éramos pocos. ¿Conoces tú el viejo kraal, donde han acampado? Yo lo ví esta mañana: está así;" y dibujó un óvalo en el suelo. "Aquí está la entrada principal, obstruida con arbustos espinosos, y da á un paraje escarpado. Incubu, tú y yo, armados con hachas la guardaríamos contra cien hombres que quisiesen salir por ella. Mira: así se dispondrá la batalla. Cuando la luz comience á brillar en los cuernos de los bueyes, no antes, porque estará muy oscuro, ni después, porque estarán despiertos y nos verán, se colocará Bougwan con diez hombres en un extremo del kraal, donde está la entrada estrecha. Matarán al centinela sin hacer ruido y estarán listos. Entonces, Incubu, yo y uno de los Askari, el de ancho pecho que es un valiente, iremos á la entrada principal, que está llena de ramas espinosas, mata-

remos también al centinela y armados con hachas de batalla, nos colocaremos á cada lado del sendero y uno algo más allá, para cortar entre los dos la retirada por la puerta. Quedan diez y seis hombres. Que se dividan en dos partidas; una irá contigo Macumazahn, y la otra con "el hombre que reza" (Mr. Mackenzie). Todos armados con rifles se dirigirán al kraal uno por la derecha y otro por la izquierda; y cuando tú, Macumazahn, brames como un buey, todos dispararán sus fusiles sobre los que están durmiendo, cuidando de no herir á la doncella. Entonces Bougwan y sus diez hombres, que están en el extremo del kraal darán el grito de guerra, y brincando la pared acuchillarán á los Masai que estén allí. Sucederá entonces que estando pesados por el alimento y el sueño, y espantados por el fuego de los fusiles, la caída de los hombres y las lanzas de Bougwan, los soldados se levantarán y se precipitarán como gamos salvajes á la entrada principal, y allí las balas de ambos lados los diezmarán, é Incubu, el Askari y yo esperaremos á los que logren salir. Tal es mi plan, Macumazahn; si tú tienes otro mejor, dílo."

Cuando concluyó, expliqué á los demás las partes de esta estratajema, para que pudiesen comprenderla, y todos ellos se unieron á mí, expresando la mayor admiración por el ingenioso y hábil plan, aconsejado por el viejo Zulú, que aunque salvaje era el más experto general que he conocido. Después de una lijera discusión nos resolvimos á aceptar el plan tal como se había propuesto, siendo el único posible bajo tales circunstancias y ofreciendo las mayores probabilidades de éxito que en tan desesperado caso podían admitirse, y que, considerado el carácter de nuestros enemigos, no eran grandes.

"Ah viejo león," dije á Pico Duro; "tú sabes tan bien esperar como atacar, asir como soltar."

"Ah, Macumazahn, respondió. "Durante treinta años he sido guerrero y he visto muchas cosas. Será un bello combate. Olfateo sangre. Te lo digo, olfateo sangre.

CAPÍTULO VI

SIGUE LA NOCHE

Como puede suponerse, al primer indicio de los Masai, la población entera de la casa de la Misión, había buscado refugio dentro de la muralla, y eran de verse hombres, mujeres y niños, mezclados en pequeños grupos, platicando asustados de la crueldad, de los usos y costumbres de los Masai y de la suerte que se les esperaba si aquellos salvajes sedientos de sangre lograban entrar en aquel recinto.

Inmediatamente después de haber arreglado los pormenores de nuestro plan de acción, como había indicado Pico Duro, Mr. Mackenzie eligió cuatro muchachos de doce á quince años de edad, y los envió á varios puntos de donde podían vigilar y cuidar el campo de los Masai, con orden de venir á decir de tiempo en tiempo lo que ocurriese. Otros muchachos y mujeres fueron estacionados á intervalos á lo largo del muro, para guardarnos contra la posibilidad de una sorpresa.

Después de esto los veinte hombres, capaces de combatir, fueron llamados por nuestro huésped al cuadrado formado por la casa, y allí, estando junto al tronco del alto pino, se dirigió encarecidamente á ellos y á nuestros cuatro Askari. Esto formaba un cuadro que imponía mu-

cho y que ninguno de los que lo vimos olvidaremos probablemente. Junto al árbol estaba en pie Mr. Mackenzie con un brazo extendido y el otro descansando sobre el tronco del gigante árbol, revelando claramente su bondadosa faz la angustia que sufría. Cerca de él estaba su pobre esposa la que, sentada en una silla, tenía el rostro oculto entre las manos. Al otro lado de ella estaba Alfonso excesivamente intranquilo, y detrás de él nosotros tres con el Zulú que descansaba como siempre sobre su hacha. Enfrente estaba el grupo de hombres armados, unos con rifles, otros con lanzas y escudos, oyendo con atención cada palabra que salía de los labios del orador. La pálida luz de la luna que penetraba bajo las ramas inferiores iluminaba débilmente la escena, mientras que el melancólico suspiro del viento de la noche, pasando al través de los millones de hojas del pino, añadía nueva tristeza á lo que de por sí era ya tan trágico.

"Hijos," dijo Mr. Mackenzie después de haber expuesto todas las circunstancias del caso con bastante claridad, y de haberles explicado el plan aceptado como nuestra última esperanza. "Hijos, durante algunos años he sido un buen amigo para Vds., protegiéndoos, enseñándoos, guardándoos á vosotros y á los vuestros del mal y habéis prosperado conmigo. Habéis visto á mi hija "el lirio del agua" como la llamáis, crecer año por año desde su más tierna infancia á la niñez, y desde la niñez, á la pubertad. Ella ha sido la compañera de vuestros niños, ha ayudado á cuidaros cuando os enfermábais y vosotros la habéis amado."

"Sí," dijo una voz grave, "y moriremos por salvarla."

"Gracias, con todo mi corazón, gracias. Estoy seguro

de que en esta hora de dolor, ahora que su vida está expuesta á ser terminada por hombres crueles y salvajes, que en verdad, no saben lo que hacen, os empeñaréis en salvarla, en salvarme á mí y á su madre de esta mortal angustia. Pensad también en vuestras esposas y niños. Si ella muere, á su muerte se nos atacará aquí, y aun cuando nosotros lográsemos salvarnos, vuestras casas y jardines serían destruídos y vuestros bienes y ganados serían robados. Soy, como bien sabéis, un hombre de paz. Jamás he manchado mis manos con la sangre de un hombre; pero ahora tengo que combatir en el nombre de Dios que nos manda defender nuestras vidas y haciendas. "Juradme," continuó con creciente fervor, "juradme que mientras viva uno de vosotros ayudaréis á estos blancos á salvar á mi hija de una muerte sangrienta y cruel."

"No digas más, padre mío," exclamó la misma voz grave que pertenecía á un vigoroso anciano de la misión; "lo juramos. Que muéramos como los perros y nuestros huesos sean arrojados á los chacales y á las hienas, si no cumplimos nuestro juramento. Es difícil que siendo nuestro número reducido podamos vencer á tantos, pero lo haremos ó moriremos intentándolo. Lo juramos."

"Todos decimos lo mismo," gritaron los otros.

"Nosotros también lo decimos," añadí yo.

"Bueno," continuó Mr. Mackenzie. "Sois hombres sinceros, no débiles cañas que se rompen con facilidad. Ahora, amigos míos blancos y negros, arrodillémonos y ofrezcamos nuestras humildes oraciones al Trono del Omnipotente, rogándole que Él, en cuyas manos están nuestras vidas, que da la vida ó da la muerte, se sirva fortalecer

nuestras manos, para que podamos salir bien en nuestra empresa."

Se arrodilló y todos seguimos su ejemplo menos Pico Duro, que permaneció de pie, apoyándose con aire feroz en Inkosi-kaas. El fiero Pájaro no tenía dioses y fuera de su hacha de batalla, nada adoraba.

"Oh Dios de los dioses," comenzó el clérigo con voz grave y trémula de emoción, que repercutía bajo las ramas del árbol. Protector de los afligidos, Guardián de los desamparados, Refugio de los afligidos, oye nuestra plegaria, Padre Todopoderoso, á tí recurrimos, oye nuestra plegaria. Mira la hija que nos has dado, una inocente niña enseñada á adorarte, que ahora se encuentra bajo el filo de la espada, corriendo el peligro de una espantosa muerte á manos de hombres sanguinarios. Permanece con ella ahora, ¡oh Dios! y consuélala. Sálvala, Padre Celestial. ¡Oh Dios de las batallas! Que enseñas á nuestras manos á guerrear y nuestros dedos á combatir, en Cuya Diestra están ocultos los destinos del hombre, ayúdanos en la hora de la lucha. Cuando salgamos entre las sombras de la muerte haznos fuertes para triunfar. Sople Tu aliento sobre nuestros enemigos y dispérsalos: convierte sus fuerzas en agua y su gran orgullo sea reducido á nada, auxílianos con Tu protección: cúbrenos con el escudo de Tu Poder, no nos olvides en nuestras amargas horas, impide que hombres crueles arrojen á nuestros pequeñuelos contra las piedras. Oye nuestra plegaria. Y por aquellos de nosotros que, con salud, arrodillados ahora te imploramos en la tierra, y que adoraremos al salir el sol Tu Presencia ante Tu Trono, oye nuestra plegaria. Lava sus manchas con la sangre de El Cordero, y

cuando mueran llévalos al cielo de los justos. Fortalécenos, oh Padre, fortalécenos en la batalla, como en otros tiempos fortaleciste á los Israelitas. Oh Dios de las batallas, oye nuestras plegarias."

Después de un momento de silencio nos levantamos todos y comenzamos nuestros preparativos con gran diligencia. Pico Duro dijo que era ya tiempo de obrar y no de platicar. Fueron escogidos cuidadosamente los hombres que debían formar cada partida é instruídos aun más cuidadosa y minuciosamente sobre lo que debían hacer. Después de muchas reflexiones se arregló que los diez hombres conducidos por Good, cuya obligación era aterrorizar el campo, no llevasen armas de fuego; con excepción del mismo Good que llevaría un revolver y una pequeña espada, la que saqué del cuerpo de nuestro infortunado sirviente, asesinado en la canoa por un Masai. Temimos que si llevaban armas de fuego, como se cruzarían tres fuegos, podríamos matar á algunos de los nuestros; además nos pareció que la parte que ellos debían desempeñar en la acción podía hacerse mejor con arma blanca, opinando también así el Zulú que era decidido partidario de esta clase de armas. Teníamos cuatro rifles Winchester de repetición y media docena de Martinis. Yo me armé con uno de mis rifles de repetición, una excelente arma para esta clase de empresas, donde lo más conveniente es la mayor rapidez en los disparos. Mr. Mackenzie tomó otro y los restantes fueron dados á dos de sus hombres que conocían su manejo y era buenos tiradores. Los Martinis y algunos rifles de Mr. Mackenzie fueron repartidos con una buena cantidad de parque á los otros indígenas que debían formar las dos partidas que

romperían el fuego por diversos lados del kraal, donde dormían los Masai que afortunadamente estaban más ó menos acostumbrados al uso del fusil.

En cuanto al Pájaro Carpintero, ya sabemos que estaba armado con su hacha. Se recordará que él, Sir Enrique y el más fuerte de los Askari debían guardar la entrada del kraal cubierta de espinas, por donde procurarían huir los Masai. Naturalmente para esto los fusiles eran inútiles. Por consiguiente, Sir Enrique y el Askari tuvieron que armarse como Pico Duro. Sucedió que Mr. Mackenzie tenía en su pequeño almacén una colección de hachas de dos cortes, hechas del mejor acero inglés. Sir Enrique escogió una que pesaba dos libras y media, de hoja ancha, y el Askari tomó otra más pequeña. Después que Pico Duro afiló bien estas dos hachas les fijamos mangos de seis pies, de los cuales Mr. Mackenzie tenía algunos en su almacén hechos de una madera indígena poco pesada, pero muy flexible, semejante al fresno inglés, solamente más elástica. Cuando estuvieron puestos los dos mangos y bien liados los extremos para impedir que la mano se resbalase, se fijaron las hachas en ellos tan firmemente como era posible, y las armas se sumergieron en agua durante media hora. El resultado de esto fué que la madera se hinchó de tal modo que las hachas no se podían salir del mango. Cuando este importante trabajo fué concluído por el gran Zulú, fuí á mi cuarto y abrí una pequeña caja que no había sido abierta desde que salimos de Inglaterra la que contenía . . . ¿qué piensan Vds.? Nada más ni menos que cuatro cotas de malla.

Nos había acontecido á los tres en un viaje anterior que hicimos á otra parte del África, deber nuestras vidas

á camisas de hierro de manufactura indígena, y recordando esto, había pensado antes de partir á nuestra azarosa expedición proveernos de ellas. Había para esto una pequeña dificultad: que el arte de fabricar armaduras se había extinguido; pero como en Birmingham se trabaja muy bien el acero, pagando un buen precio conseguí que se nos hiciesen cuatro cotas de malla de acero, lo más bien hechas que puede verse. La obra de mano era excesivamente fina, estando compuesto el tejido de millares y millares de anillos fuertes pero delgados, hechos del mejor acero. Estas cotas ó más bien camisas de acero con altos cuellos y mangas estaban forradas de piel curtida; no eran brillantes, sino morenas como el cañón de un fusil: la mía pesaba exactamente siete libras y me quedaba tan bien que podía traerla días enteros sin que me maltratase la piel. Sir Enrique tenía dos, una como las ordinarias, esto es, una camisa con faldas para proteger la parte superior de los muslos y la otra construída bajo el tipo de los vestidos llamados de combinación que pesaba doce libras; esta cota de combinación cuyo forro era de gamuza, protegía todo el cuerpo hasta abajo de las rodillas, pero era más bien incómoda, porque tenía que ser atada sobre la espalda y esto por consiguiente aumentaba algo el peso. Además de las cotas teníamos cuatro capas morenas con capuchas que parecían de viaje. Cada una de estas capas estaba acolchada con eslabones de acero para proteger bien la cabeza.

Parece risible hablar de cotas de malla en estos días de balas, contra las cuales naturalmente son del todo inútiles; pero cuando se tiene que combatir contra salvajes armados con armas cortantes, como azagayas y hachas,

prestan la más valiosa protección, y si están bien hechas hacen invulnerables á los que las llevan. Con frecuencia he pensado que si el Gobierno Inglés en nuestras guerras con los salvajes, especialmente en la guerra con los Zulús, hubiese dotado de cotamallas á nuestros soldados, estarían vivos muchos de los que están ahora muertos y olvidados.

Continuemos: en esta ocasión bendijimos nuestra previsión en traer estas cotas, y también nuestra buena suerte de que no hubieran sido robadas por los pícaros conductores que se llevaron nuestras mercancías. Como Curtis tenía dos y después de reflexionarlo mucho se decidió á llevar la de combinación, siendo el exceso de tres ó cuatro libras de peso, asunto de poca importancia para un hombre tan fuerte y muy valiosa la protección prestada á los muslos de un hombre que no llevaba escudo, sugerí la idea de que le prestase la otra á Pico Duro que debía compartir con él la gloria y el peligro de su puesto. Consintió luego y llamamos al Zulú que vino trayendo consigo el hacha de Sir Enrique que acababa de fijar á su entera satisfacción. Cuando le mostramos la cota y le explicamos que deseábamos la llevase, primero rehusó, diciendo que había combatido bajo su piel veinte años y que él no comenzaría ahora á combatir bajo una de hierro. Entonces tomé una pesada lanza, y extendiendo la cota sobre el suelo dí en ella un golpe con todas mis fuerzas, rechazando el arma sin dejar huella sobre el acero templado. Esta exhibición medio lo convenció, y cuando le hice ver cuán necesario era que abandonase las viejas preocupaciones que poseía, respecto á las precauciones que podrían conservar una vida preciosa cuando los hombres eran tan escasos y que si la llevaba podría dispensarse de cargar el escudo y tener

las dos manos libres, accedió y se puso á cubrir su gran talla con "la piel de hierro," que aunque hecha para Sir Enrique, le quedaba perfectamente al gran Zulú. Los dos eran casi de la misma altura, y aunque Curtis parecía más gordo, me inclino á creer la diferencia era más imaginaria que real; porque aunque era más lleno y redondo, especialmente en los brazos, no era realmente gordo. Pico Duro tenía, relativamente hablando, brazos delgados, pero fuertes, como cuerdas de alambre. Sea como fuere, estando los dos hacha en mano, vestidos con la morena cota que cubría sus robustas formas como un tejido, mostrando el contorno de cada músculo y la curva de cada línea, formaban un par que diez hombres hubieran temido encontrarles.

Era ya cerca de la una de la mañana y los espías avisaron que después de haber bebido la sangre de los bueyes y haber comido grandes cantidades de carne, los Masai iban á dormir alrededor de sus fuegos de vivac; pero habiendo puesto centinelas en las puertas del kraal. Dijeron también que Flosie estaba sentada cerca del muro, hacia el centro del lado occidental del kraal, y con ella estaban el aya y el asno blanco atado á una estaca. Sus pies estaban amarrados con una cuerda y varios guerreros se hallaban acostados alrededor de ella.

Como nada absolutamente quedaba ya qué hacer, cenamos y fuimos á descansar un par de horas. No pude menos de admirar al viejo Zulú que tirado sobre el snelo y sin preocuparse del porvenir se durmió instantáneamente con profundo sueño. Yo no sé cómo estarían los demás; pero no pude dormir tanto. En semejantes ocasiones, siento decirlo, estoy más bien asustado; y ahora

que el entusiasmo ha pasado y empiezo á reflexionar con calma lo que vamos á hacer, la verdad me obliga á decir que no me gustaba. Eramos por todos treinta hombres, muchos de los que indudablemente no estaban acostumbrados á combatir, é íbamos á atacar á doscientos cincuenta Masai de los más feroces, valientes y formidables salvajes del África que para empeorar la situación estaban protegidos por una muralla de piedra. Era en verdad una empresa loca y lo que la hacía aun más loca era la poca probabilidad de que ocupásemos nuestras posiciones sin que los centinelas se apercibiesen de ello. Naturalmente al hacerlo, si algún ligero accidente ocurría, como la casual descarga de un fusil, nada podría hacerse, porque todo el campo se levantaría en un segundo, así es que nuestra esperanza dependía de una sorpresa.

La cama donde yo me entregaba á estas desconsoladoras reflexiones, estaba cerca de una ventana abierta que miraba á la galería al través de la que llegó á mí un extraordinario ruido de suspiros y llanto. De pronto no pude saber lo que era; pero al fin me levanté y sacando la cabeza fuera de la ventana escuché. Inmediatamente ví una figura confusa arrodillada al extremo de la galería, dándose golpes de pecho, y ví que era Alfonso. No pudiendo comprender lo que decía en francés ni de qué se trataba, lo llamé y le pregunté qué estaba haciendo.

"Ah, Monsieur," suspiró, "estoy orando por las almas de los que mueran esta noche."

"¿De veras?" le dije, "entonces sería bueno que lo hicieseis menos ruidosamente."

Alfonso se retiró y ya no oí más sus suspiros. Así pasó el tiempo hasta que al fin Mackenzie me habló en

voz baja por la ventana, porque naturalmente todo debía hacerse con el más profundo silencio. "Las tres," dijo, "dentro de media hora debemos empezar á movernos."

Le dije que entrase é inmediatamente lo hizo, y estoy obligado á decir que si no hubiera sido porque ningunas ganas tenía de reírme en aquellos momentos, me habría reído á carcajadas, al ver la facha que presentaba armado para la batalla. Vestía una levita de cola de pescado como las que usan los clérigos, y un sombrero negro de anchas alas. En la mano llevaba el rifle de repetición que le había prestado y metido en un cinturón elástico, como los que usan los muchachos de Inglaterra tenía primero un pesado cuchillo, con mango esculpido de cuerno de gamo, y luego un revólver de Colt de largo cañón.

"Ah, amigo mío," me dijo al verme asombrado de su cinturón, "estáis mirando mi trinchante. Pensé que podría serme útil si teníamos que luchar cuerpo á cuerpo: es de un acero excelente y muchos lechoncillos he matado con él."

Todos estaban ya levantándose y vistiéndose. Me puse un ligero chaqueta encima de mi cota, para tener una bolsa donde guardar mis cartuchos y afiancé mi revolver. Good hizo lo mismo; pero Sir Enrique sólo se puso su cota de malla, su capa con eslabones de acero, unos zapatos de piel suave, quedando desnudas sus piernas de las rodillas abajo, y se ató su revolver con una correa por fuera de la armadura.

Mientras tanto, Pico Duro reunía á los hombres en el cuadrado bajo el alto árbol y los examinaba para ver si todos estaban armados convenientemente, etc. En los últimos momentos hicimos un cambio. Encontrando que

dos de los hombres que debían ir con los que llevaban armas de fuego no sabían manejar los fusiles, pero que eran buenos lanceros, les quitamos los rifles y los armamos con escudos y lanzas como los de los Masai y les ordenamos se uniesen á Curtis, Pico Duro y el Askari que debían cuidar una de las entradas; calculando también que tres hombres, por fuertes que fuesen, eran pocos para aquel objeto.

CAPÍTULO VII

UNA CARNICERÍA GRANDE Y HORRIBLE

Hubo una pausa y estuvimos allí entre las frías y silenciosas tinieblas hasta que llegó el momento de partir. Fué éste un cuarto de hora que pareció durar mucho tiempo. Los minutos parecían arrastrarse con pies de plomo, y el tranquilo y solemne silencio esparcido sobre todas las cosas, lleno de los sucesos que pronto tendrían lugar, era muy opresivo para los espíritus. Recuerdo que una vez me levanté al amanecer á ver un ahorcado y las sensaciones que entonces experimenté eran muy semejantes á las de ahora, sólo que en el presente caso mis sentimientos estaban animados por un elemento más vivo y personal, que pertenece más bien al actor que al más simpático espectador. Las caras solemnes de los hombres sabedores de que el trascurso de una hora significaría para algunos de ellos, y tal vez para todos, el último gran paso á lo desconocido ó al olvido. Los ahogados murmullos con que hablaban, aun el continuo y cuidadoso examen que Sir Enrique hacía de su hacha y la inquieta manera con que Good limpiaba su monóculo, todo decía el mismo cuento de nervios que se crispaban casi hasta romperse. Sólo Pico Duro, apoyado como de costumbre sobre Inkosi-kaas y tomando un poco de rapé, estaba según todas

las apariencias tan tranquilo como siempre. Nada podía alterar sus nervios de hierro.

La luna desapareció: por un largo rato se había estado acercando más y más al horizonte, hasta que al fin se hundió dejando al mundo en tinieblas, excepto un tinte gris pálido que anunciaba en el Oriente la llegada de la aurora.

Mr. Mackenzie estaba de pie, reloj en mano, apoyándose su esposa, que procuraba sofocar sus sollozos, sobre su brazo.

"Faltan veinte minutos para las cuatro," dijo, "y á las cuatro y veinte minutos debe haber luz suficiente para atacar. Capitán Good, debéis avanzar, porque necesitáis tres ó cuatro minutos de marcha."

Good limpió por última vez su monóculo, nos saludó de una manera graciosa, que creo debe haberle costado algún esfuerzo, y siempre cortés se quitó su capucha de eslabones de acero para saludar á Mrs. Mackenzie, y partió á ocupar su posición enfrente del kraal, para llegar al cual tenía que dar un rodeo por senderos conocidos por los indígenas.

Entonces llegó uno de los muchachos y dijo que todos los Masai, con excepción de los dos centinelas colocados en las dos entradas y que se paseaban de arriba á abajo, parecían estar profundamente dormidos. Después partió el guía; luego Sir Enrique, Pico Duro, los Wakwafi, Askari y dos indígenas de la misión de Mr. Mackenzie, armados con largas lanzas y escudos. Yo seguí inmediatamente con Alfonso y cinco indígenas, todos armados con rifles, y Mr. Mackenzie cerró la marcha con los seis indígenas restantes.

El kraal del ganado, donde los Masai había acampado, estaba situado al pie de la colina donde se levantaba la casa, á ochocientas yardas de los edificios de la misión. Atravesamos las primeras quinientas yardas de esta distancia tranquilamente y á buen paso; después nos arrastramos silenciosamente como un leopardo sobre su presa, deslizándonos como fantasmas, de arbusto en arbusto, de piedra en piedra. Cuando había avanzado algo, me volví á mirar detrás de mí y ví al tímido Alfonso, avanzando con pálida faz y temblorosas rodillas, apuntando directamente su rifle á mi espalda. Hicimos alto, pusimos el rifle bien, partimos otra vez y todo fué perfectamente hasta que estuvimos á unas cien yardas del kraal, cuando Alfonso comenzó á rechinar los dientes de un modo muy agresivo.

"Si no os contenéis os mataré," murmuré despiadadamente, porque la idea de que todos fuésemos sacrificados por el rechinamiento de dientes de un cocinero no me hacía mucha gracia. Comencé á temer que nos descubriese, y con todo mi corazón deseaba haberle dejado atrás.

"Pero, Monsieur, no puedo evitarlo," respondió: "tengo frío."

Aquí había una disyuntiva; pero felizmente encontré una buena idea. En la bolsa de mí casaca tenía un pedazo de trapo, que me había servido para limpiar el rifle. "Poneos esto en la boca" le dije dándole el trapo, "y si volvéis á hacer ruido sois hombre muerto." Calculé que esto impediría el ruido de sus dientes. Debo haberle hablado con mucha formalidad, porque instantáneamente obedeció y siguió su camino en silencio.

Entonces continuamos arrastrándonos.

Estábamos ya á cincuenta yardas del kraal. Entre nosotros y él había un espacio abierto donde estaba la yerba cortada, se veían solamente una mimosa y dos gramíneas de la especie de los cardos. Nos hallábamos ocultos detrás de un espeso arbusto. Comenzaba á clarear. Las estrellas habían palidecido y un ligero resplandor que venía del Este se reflejaba sobre la tierra. Podíamos ver los contornos del kraal claramente y el vislumbre de las hogueras que se apagaban en el campo de los Masai. Hicimos alto y observamos, porque sabíamos que había un centinela apostado en aquella parte. Pronto apareció. Era un hombre alto que se paseaba perezosamente, dando vueltas á una distancia de cinco pasos de la entrada. Esperábamos cogerlo dormitando, pero no fué así. Parecía muy despierto.

Si no podíamos matar á aquel hombre y matarlo sin hacer ruido estábamos perdidos. Nos agachamos y observamos. Luego Pico Duro, que estaba un poco adelante de mí, se volvió y me hizo una señal, depués lo ví arrastrarse sobre su estómago como una víbora, y aprovechando la oportunidad de que el centinela había vuelto la cabeza, continuó su camino sobre la yerba sin hacer ruido.

El centinela comenzó á tararear y el Zulú siguió arrastrándose. Llegó al abrigo de la mimosa sin ser percibido y allí esperó. El centinela seguía paseándose. En este momento estaba vuelto hacia el kraal. Inmediatamente la serpiente humana que le cazaba se deslizó diez yardas y llegó detrás de la planta de cardo, alcanzándola cuando el Elmorán se volvía otra vez. Al voltear vió atentamente los cardos y pareció chocarle algo que no había vis-

to bien. Avanzó un paso hacia allí, hizo alto, bostezó, se inclinó al suelo, levantó un guijarro y lo arrojó al arbusto. Felizmente dió á Pico Duro en la cabeza, no en la cotamalla. Si hubiera sido esto último el sonido nos habría descubierto. Afortunadamente el acero estaba deslustrado y no brillaba, lo que indudablemente hubiera sido sospechoso. Aparentemente satisfecho de que ningún peligro había, no continuó sus investigaciones, contentándose con apoyarse en su lanza y estarse mirando perezosamente á la espesura. Durante tres minutos estuvo así, aparentemente sumergido en un sueño agradable y nosotros aguardando con angustiosa ansiedad ser descubiertos ó que ocurriese algún accidente. Oí el rechinido de dientes de Alfonso, no obstante el trapo lleno de aceite que tenía en la boca, y volteando la cabeza le dirigí una mirada feroz. Pero debo decir que mi corazón latía con violencia y el sudor que manaba de mi cuerpo hacía que la gamuza de la cota se me pegase al cuerpo de una manera desagradable.

Por último, la prueba tocaba á su fin. El centinela miró al Este y pareció notar con satisfacción que su cuarto terminaba, porque se restregó las manos y comenzó á pasearse otra vez alegremente para calentarse.

En el momente en que volvió la espalda, la serpiente negra se deslizó otra vez y llegó al otro cardo que estaba á dos pasos de distancia del punto de donde se volvía el centinela.

Volvió el centinela y en su vuelta dejó atrás el cardo, sin sospechar la presencia del que estaba allí oculto. Si hubiera mirado hacia abajo no habría dejado de verlo; pero esto no sucedió.

Pasó y entonces su enemigo se levantó, y con las manos extendidas le siguió.

Pasó un momento y cuando el Elmorán iba á volverse, brincó el gran Zulú, y á la naciente luz del día pudimos ver sus largas manos apretadas alrededor de la garganta del Masai. Siguió entonces la lucha convulsiva de dos cuerpos negros y en otro segundo ví la cabeza del Masai inclinada hacia atrás y oí un agudo crujido semejante al de una rama seca que se rompe, y cayó en el suelo moviéndose sus miembros espasmódicamente.

El Zulú le había quitado la vida al apretar el cuello del guerrero.

Se arrodilló por un momento sobre su víctima, apretando aún su garganta hasta que estuvo seguro de que nada tenía que temer de él, y entonces se levantó y nos mandó avanzar, lo que nosotros hicimos á gatas, como una colonia de pesados monos.

Al llegar al kraal vimos que los Masai habían obstruído más la entrada, que era de diez pies de ancho, sin duda para guardarse de un ataque, arrastrando allí cuatro ó cinco árboles de mimosa. Mejor para nosotros, pensé, mientras más obstruída estuviese la entrada más difícilmente podrían escapar por allí.

Aquí nos esperámos: Mackenzie y su compañía se arrastraron á lo largo del muro á la izquierda, mientras que Sir Enrique y Pico Duro tomaron sus posiciones uno á cada lado de la entrada, quedando los dos lanceros y el Askari en frente de ella. Yo y mis hombres nos arrastramos por el lado derecho del kraal que tenía cincuenta pasos de longitud.

Cuando estaba como á los dos tercios, hice alto y co-

loqué mis hombres á distancia de cuatro pasos uno de otro, dejando sin embargo á Alfonso junto á mí. Entonces me asomé por primera vez sobre el muro. Había ya suficiente luz y lo primero que ví fué el asno blanco exactamente enfrente de mí, y junto á él, el pálido rostro de Flosie, sentada, como había dicho el muchacho, á diez pasos del muro. Alrededor de ella dormían varios guerreros. Á distancias sobre la superficie del kraal, había restos de hogueras, alrededor de cada una de las cuales dormían como veinticinco Masai, en su mayor parte hartados de alimento. Luego un hombre quiso levantarse, bostezó y miró al Este que estaba ahora color de rosa; pero no se levantó. Determiné esperar otros cinco minutos, para que hubiese más luz y dar tiempo á Good y á sus gentes, de las que nada veíamos ni oíamos, de que estuviesen listos.

La tranquila aurora comenzó á extender su manto sobre la llanura, la floresta y el río: el poderoso Kenia envuelto en el silencio de sus eternas nieves parecía levantarse de la tierra, hasta que un rayo de sol que nacía, besando su cumbre, le tiñó de un rojo purpúreo; el firmamento se volvió azul, tierno como la sonrisa de una madre: un pájaro empezó á entonar su canto matutino, y una suave brisa pasando al través de los árboles hizo caer millones de gotas de rocío para refrescar el mundo que despertaba. Por todas partes se respiraba paz y felicidad, excepto en el corazón del hombre cruel.

De pronto estando yo nervioso por hacer la señal, habiendo escogido ya el hombre sobre quien debía disparar (un Masai que estaba tirado en el suelo á tres pies de la pequeña Flosie), los dientes de Alfonso comenzaron á

rechinar otra vez, como los cascos de una girafa que galopa, haciendo un gran ruido. El trapo se le había salido en medio de la agitación de su ánimo. Un Masai que estaba á tres pasos de nosotros despertó y sentándose miró en torno de él, buscando la causa de aquel ruido. Indignado, dí un golpe con la culata de mi rifle en el estómago del francés. Esto detuvo sus rechinidos; pero como se dobló con el golpo, dejó caer el fusil que se disparó, pasando la bala á una pulgada de mi cabeza.

Ahora no se necesitaba ya la señal. De ambos lados del kraal se rompió el fuego, uniéndome yo á él y procurando matar á mi Masai que estaba junto á Flosie y que en en ese momento se levantaba. Entonces, de un extremo á otro del kraal se oyó un grito de guerra, en el que regocijado reconocí la voz de Good que se levantaba clara y aguda sobre el ruido, siguiéndose después una escena como no he visto ni veré otra vez. Con un ahullido de terror la caterva de salvajes que estaba dentro del kraal, se puso en pie, muchos de ellos para volver á caer otra vez bajo nuestra bien dirigida granizada de plomo, antes de haber avanzado una yarda. Por un momento se quedaron indecisos y entonces oyendo los gritos y maldiciones, que sin cesar se levantaban de un extremo á otro del kraal y aterrorizados por la tempestad de balas, se precipitaron á la entrada tapada con espinos. Al hacerlo así nosotros continuamos disparando, tan pronto como podíamos volver á cargar, causando terrible efecto entre aquella apiñada muchedumbre. Había descargado mi rifle de repetición que contenía diez tiros, y comenzaba á cargarlo otra vez, cuando me acordé de Flosie. Buscándola, ví que el asno blanco estaba echado, habiendo sido herido por nues-

tras balas ó por la lanza de algún Masai. No había cerca ningún Masai vivo y la negra aya estaba de pie, cortando con una lanza la cuerda con que estaba atada Flosie. Un segundo después corrió á la pared del kraal y comenzó á escalarlo, cuyo ejemplo siguió la muchacha. Pero Flosie estaba evidentemente muy tiesa y acalambrada solamente podía andar despacio y dos Masai que huían la vieron y se precipitaron sobre ella para matarla. El primero llegó cuando la pobre niña, después de un desesperado esfuerzo para brincar el muro, cayó otra vez dentro del kraal. En el momento de agitar su gran lanza, una bala de mi rifle lo mató como un conejo. Pero detrás de él estaba el otro hombre y yo no tenía más que un cartucho en el depósito. Flosie se había puesto en pie y estaba enfrente del segundo Masai, que avanzaba con la lanza levantaba. Volví la cabeza, sintiéndome muy mal. No podía sufrir verla morir. Mirando otra vez, ví con sorpresa la lanza del Masai tirada en el suelo, mientras que el hombre se apretaba la cabeza con las dos manos. De pronto ví un poco de humo que parecía salir de donde estaba Flosie y el salvaje cayó muerto. Entonces me acordé de la pistola que ella llevaba y conocí que por salvar su vida le había disparado dos tiros. Después hizo un esfuerzo y ayudada por su aya, que estaba arriba, subió al muro, quedando, relativamente hablando, á salvo.

Esto dilata más tiempo en referirse que en haber pasado, pues creo que no tardaría quince segundos. Pronto tuve otra vez lleno de cartuchos el depósito de mi rifle, y una vez más abrí el fuego, no sobre la negra masa que se agrupaba al extremo del kraal, sino sobre los fugitivos que trataban de escalar el muro. Perseguí á varios de

aquellos hombres, moviéndome hacia el extremo del kraal y al hacerlo así llegué á la esquina, ó más bien dicho, al extremo del óvalo, á tiempo para ver la poderosa lucha que había allí y ayudar algo con mi rifle.

Como doscientos Masai, calculando que habíamos dejado cincuenta fuera de combate, se agolpaban en frente de la entrada cubierta de espinos, arrojados allí por las lanzas de los hombres de Good que suponían sin duda ser muy numerosos, siendo sólo diez. No se les ocurrió saltar el muro, lo que podrían haber hecho con bastante facilidad, sino que todos trataron de salir por donde era más difícil. De un salto, el primer guerrero llegó allí y antes de que tocase el suelo del otro lado ví la pesada hacha de Sir Enrique levantarse y bajar con espantosa fuerza sobre su cabeza adornada de plumas, haciéndole caer muerto en medio de las espinas. Entonces, ahullando y gritando, empezaron á querer forzar el paso y siempre que alguno llegaba allí la grande hacha caía, Inkosi-kaas brillaba y caían muertos uno por uno, contribuyendo así á levantar una barrera contra sus compañeros. Aquellos que escapaban del par de hachas caían en manos de los Askari y de los dos Kaffires de la misión y los que lograban salir salvos, eran derribados por mis tiros y los de Mr. Mackenzie.

El combate se hace cada vez más furioso. Un solo Masai puede saltar sobre los cuerpos de sus camaradas muertos y se precipita contra uno de los dos hacheros con su larga lanza; pero gracias á las cotas de malla el resultado es siempre el mismo. El hacha cae, se oye el crujido de los huesos y queda muerto otro Masai. Así muere si se dirige á Sir Enrique. Si es con Pico Duro con

quien combate, el resultado es el mismo; pero alcanzado de otra manera. Rara vez usaba el Zulú el filo de su arma; procuraba golpear la cabeza de su adversario taladrándola con el otro extremo del mango del hacha, así como un Pico Duro ó Pájaro Carpintero pica la madera ó el tronco de los árboles.* Inmediatamente que daba el golpe caía su enemigo con un agujero circular en la frente ó en el cráneo, muy semejante al que hace un taladro en la tabla. Sólo usaba el filo de su hacha cuando se cansaba ó cuando daba sobre el escudo del rival. Me dijo después que esto último no era de buen tono.

Good y su gente estaban ya muy cerca de la entrada y nuestra partida tuvo que suspender el fuego sobre la masa de enemigos por miedo de matar alguno de los nuestros (como ya había sucedido). Desesperados y locos de terror, los Masai con frenético esfuerzo se arrojaron al través de las espinas y del montón de muertos, y pasando rapidamente por donde estaban Curtis, Pico Duro y los otros tres, salieron á campo descubierto. Entonces fué cuando comenzamos á perder gente. Cayó nuestro pobre Askari, que estaba armado con una hacha, de un lanzazo que lo atravesó y antes habían caído los dos lanceros que combatían con él como tigres. Otros de los de nuestra partida compartieron de su suerte. Durante un momento temí que perdiésemos la batalla: la balanza permanecía indecisa. Mandé á mi gente que dejasen los rifles, y

* Creo haber dicho ya, que uno de los nombres Zulús de Umslopogaas era "Pico Duro" ó Pájaro Carpintero. No pude comprender por qué se le llamaba así, hasta que lo ví hacer uso del mango del hacha. Entonces reconocí que le sentaba bien.—A. Q.

armándose con lanzas se arrojasen á la pelea. Obedecieron y la gente de Mackenzie siguió el ejemplo.

Este movimiento produjo momentáneamente un buen resultado; pero la batalla seguía indecisa.

Nuestros hombres combatían magníficamente, arrojándose entre la oscura masa de los Elmorán, cortando, hiriendo, matando y muriendo. Y sobre este violento ruido se levantaba el pavoroso grito de Good, cuando se metía con todo y monóculo donde el combate era más recio; y siempre, casi con la regularidad de una máquina, las dos hachas se alzaban y caían, sembrando la muerte y la impotencia á cada golpe. Pude ver que el cansancio comenzaba á apoderarse de Sir Enrique que se desangraba por varias heridas, su aliento salía entre suspiros y las venas de la frente parecían cuerdas azules anudadas. Aun Pico Duro, el hombre de hierro, estaba fatigado. Ví que había dejado de "picar" y que usaba ya el ancho filo de Inkosi-kaas, dando á su enemigo donde podía herirle en vez de hacerle agujeros en la cabeza. Yo no me metí en la refriega, rondaba afuera, atravesando con mis balas á algún Masai, cuando encontraba una oportunidad. Era más útil así. Había disparado esa mañana cuarenta y nueve tiros, y pocos desperdicié.

El fiel de la balanza comenzó á inclinarse contra nosotros. Sólo nos habían quedado quince ó diez y seis hombres, y los Masai eran todavía más de cincuenta. Naturalmente si hubieran conservado la cabeza fría y se hubieran unido, pronto habríamos acabado; pero no lo hicieron, no habiéndose recobrado de su asombro y habiéndose levantado muchos de ellos sin sus armas. Ahora muchos estaban combatiendo con su habitual valor y discreción, y

esto bastaba para derrotarnos. Para empeorar la situación, un salvaje se precipitó sobre Mackenzie, cuando tenía el rifle descargado. El clérigo soltó su rifle y sacó de su cinturón elástico su pesado cuchillo (había perdido su revolver en el combate), y emprendió una desesperada lucha. Era de verse aquel buen hombre, de sotana y sombrero de anchas alas, con aquel cuchillo. Dícese que nada hay tan miserable como un apóstata, así según el mismo principio, figuraos un hombre pacífico que esté obligado á combatir. De cualquier manera el combate de Mackenzie con su cuchillo era algo gracioso, aunque creo que la "Sociedad de Hermanos" no habría aprobado este modo de convertir á los gentiles. El misionero y el Masai estrechamente abrazados rodaron por el suelo detrás del muro y teniendo que ocuparme yo de mis propios asuntos para guardar mi pellejo, quedé por algún tiempo ignorante de su suerte y de cómo había terminado el duelo.

Aquí y allá seguía la batalla volteando alrededor como un torbellino humano, y la cosa empezó á ponerse mal para nosotros. Precisamente entonces ocurrió un feliz accidente; Pico Duro, sea por casualidad ó intencionalmente, brincó el cerco y acometió á un guerrero que estaba á pocos pasos de él. Inmediatamente otro hombre se arrojó sobre él, y le dió un lanzazo con toda su fuerza entre los dos hombros; pero la lanza, pegando sobre la cota de malla, no pudo romperla y rechazó. Por un momento el hombre se quedó estupefacto, siendo desconocidas las armaduras entre estas tribus, y entonces gritó con todas sus fuerzas:

"Son diablos, hechiceros, hechiceros;" y acometido

por un súbito terror, arrojó su lanza y comenzó á huir. Yo corté su carrera con una bala. Pico Duro mató á su hombre, y el pánico se apoderó de los demás.

"Hechiceros, hechiceros," gritaban y procuraban huir en todas direcciones completamente desmoralizados, porque la mayor parte tiraban las lanzas y los escudos.

La última escena de aquel tremendo combate fué una carnicería grande y horrible en la que ni se daba ni se pedía cuartel. Hay un incidente sin embargo digno de referir. Cuando esperaba yo que todo hubiese concluído, de entre un montón de muertos donde había estado oculto, salió un guerrero ileso y saltando los montones de muertos y de los que morían, corrió como una liebre hacia arriba del kraal al punto donde yo estaba en aquel momento. No iba solo, porque Pico Duro seguía sus huellas con la lijereza que le caracterizaba, y al acercarse á mí reconocí en el Masai al heraldo de la noche anterior. Viendo que no obstante correr lo más que podía, su perseguidor iba ganando terreno, el hombre se detuvo y volvió para aceptar el combate. Pico Duro también se detuvo.

"Ah, ah," dijo en tono de burla al Elmorán, "¿eres tú el mismo con quien hablé anoche, el Ligonani, el heraldo, el capturador de niñas, el que quería matar á una muchacha? ¿Y tú deseaste estar frente á frente, cuerpo á cuerpo, con un Induna de la tribu de Maquilisini, de la nación de los Amazulú? Mira, tu deseo se ha realizado. Juré arrancarte uno por uno todos tus miembros, insolente perro, mira cómo lo cumplo ahora."

El Masai apretó los dientes con furia y cargó con su lanza contra el Zulú. Al llegar, el Pájaro Carpintero se hizo gallardamente á un lado, y agitando á Inkosi-kaas

sobre su cabeza con las dos manos, dió un golpe con tal fuerza sobre el hombro del Masai cerca de la garganta, con la hoja ancha, que el filo penetró el hueso, la carne y los músculos, separando casi la cabeza y parte de un brazo del cuerpo.

"Ah," exclamó Pico Duro contemplando el cadáver de su enemigo, "he cumplido mi palabra. Ha sido un buen golpe."

CAPÍTULO VIII

EXPLICACIONES DE ALFONSO

Así terminó la batalla. Al volver de esta desagradable escena, me acordé que no había visto á Alfonso desde el momento, ó unos veinte minutos antes (porque aunque he empleado algún tiempo en describir la batalla no duró tanto en realidad), en que me ví forzado á darle un golpe, de lo que resultó que por poco me mata. Temiendo que el pobre hombre hubiese perecido en la batalla, comencé á buscar su cuerpo entre los muertos; pero no pudiendo encontrarlo, presumí que debía vivir, y me dirigí al sitio del kraal donde habíamos estado primero, llamándole por su nombre. Á unos quince pasos detrás del muro del kraal había un árbol muy viejo de la especie de los bananos. Era tan antiguo que con el trascurso de los años toda la parte interior había desaparecido, quedando sólo la parte dura de la corteza.

"Alfonso," grité, "Alfonso."

"Oui, Monsieur," respondió una voz. "Aquí estoy."

Busqué alrededor, pero nada pude ver. "¿Dónde?" pregunté.

"Aquí, Monsieur, en el árbol."

Miré, y encontrando un agujero en el tronco del árbol á cinco pies del suelo, vi una cara pálida y un par de

bigotes, uno cortado y el otro tan lamentablemente alborotado como la cola de un mono recién azotado. Entonces me convencí de lo que ya antes había sospechado, á saber, que Alfonso era un insigne cobarde. Me dirigí á donde estaba y le dije. "Salid del agujero."

"¿Se ha concluído ya, Monsieur?" me preguntó con ansiedad; "¿concluído completamente¿ ¡Ah cuántos horrores he sufrido y cuantas plegarias he hecho!"

"Salid, tonto," le dije, porque no me sentía muy amable. "Todo ha concluído."

"¿Entonces, Monsieur, mis plegarias han sido escuchadas?" "Salgo." Y salió.

Fuimos juntos á unirnos á los demás que habían formado un grupo cerca de la entrada ancha del kraal, que verdaderamente parecía ahora una carnicería. Un Masai que se había escapado hasta entonces, oculto bajo un arbusto, saltó de pronto y nos acometió furiosamente. Alfonso corrió gritando de terror, y tras él corrió el Masai decidido á matar á alguno antes de morir. Pronto alcanzó al pequeño francés, y hubiera concluído con él si, al desviarse un poco Alfonso con la vana esperanza de evitar la hoja de acero que brillaba cerca de su espalda, no hubiera plantado yo una bala entre los anchos hombros del Elmorán, lo que terminó el asunto satisfactoriamente en lo que al francés concernía. Entonces precisamente tropezó y cayó, y el cuerpo del Masai cayó sobre él, agitándose convulsivamente con las ansias de la muerte. Luego se oyó una serie de gritos tan agudos, que supuse que antes de morir el salvaje había herido al pobre Alfonso. Corrí y quité al Masai de encima de Alfonso que estaba cubierto de sangre, agitándose como una rana galvaniza-

da. ¡Pobre hombre! pensé: esto es hecho, y arrodillándome cerca de él empecé á buscar la herida en cuanto me lo permitían sus contorsiones.

"Oh, tengó un agujero en la espalda," gritaba. "¡Me han asesinado. Estoy muerto! ¡Oh Anita!"

Busqué otra vez; pero no pude encontrarle la herida. Entonces caí en la cuenta, el hombre estaba asustado, no herido.

"Levantáos," le dije, "levantáos. ¿No tenéis vergüenza? No estáis herido."

Se levantó en consecuencia tan ileso como antes. "Pero, Monsieur, yo pensé que lo estaba," dijo disculpándose: "no supe que lo había matado." Entonces dando un empujón con el pie al cadáver exclamó triunfalmente. "Ah perro, salvaje negro, estás muerto. ¡Qué victoria!"

Completamente disgustado dejé á Alfonso que se cuidase solo, lo que hizo siguiéndome como una sombra, y fuí á reunirme con los demás en la entrada ancha. Lo primero que vi fué á Mackenzie sentado sobre una piedra, con un pañuelo atado alrededor del muslo, que sangraba mucho, habiendo recibido un lanzazo que se lo atravesó, empuñando aún su cuchillo favorito cubierto de sangre y casi doblemente encorvado, de lo que deduje que había quedado triunfante en su lucha con el Elmorán.

"Ah, Quatermain," me dijo con voz trémula y excitada; "hemos triunfado; pero este es un cuadro muy triste," y mirando el cuchillo doblado que tenía en la mano añadió: "se me felicita por haber doblado mi mejor cuchillo en el pecho de un salvaje," y se rió histéricamente. Pobre camarada, con la herida y la excitación de la

matanza que había sufrido, estaba muy nervioso, y no es de extrañar. Es duro para un hombre pacífico y de buen corazón tener que tomar parte en estas empresas. Pero la suerte nos coloca á veces en situaciones críticas.

La escena era extraña en la entrada del kraal. La matanza había terminado ya, y los heridos habían dejado de sufrir, porque no se había dado cuartel. La entrada estaba llena, no ya de arbustos como antes, sino de cadáveres. Cadáveres, por todas partes cadáveres, yacían en montones ó separados en toda clase de posturas, en los espacios descubiertos, como la gente sobre la yerba en uno de los parques de Londres en un caluroso Domingo de Agosto. En frente de la entrada, en un espacio donde se habían quitado los muertos y las lanzas y los escudos que estaban esparcidos en todas direcciones, según habían caído ó sido arrojados por las manos de sus dueños, estaban los que sobrevivieron en aquella espantosa lucha, y á sus pies había cuatro heridos. Al comenzar la batalla éramos treinta, y de los treinta sólo quince quedábamos vivos, entre ellos (incluyendo á Mr. Mackenzie), cinco heridos mortalmente. De los que cuidaban la entrada, sólo quedaron Curtis y Pico Duro. Good había perdido cinco hombres, yo dos y Mackenzie cinco de seis que tenía. Todos los sobrevivientes excepto yo, que no combatí cuerpo á cuerpo, estaban rojos de sangre, desde la cabeza hasta los pies. La armadura de Sir Enrique parecía pintada de aquel color. Todos estábamos extenuados, excepto Pico Duro, que parado sobre una pequeña eminencia, encima de un montón de muertos, no parecía fatigado, aunque la piel sobre el agujero que tenía en la cabeza palpitaba violentamente.

"Ah, Macumazahn," me dijo cuando yo cojeaba, sintiéndome muy enfermo, "te dije que sería un bello combate éste y lo ha sido. Jamás he visto uno mejor ó uno en que se haya peleado con más valor. En cuanto á esta camisa de hierro seguramente está *tagati* (hechizada). Si no hubiera sido por ella estaría yo allí," y se inclinó hacia el montón de cadáveres que estaba debajo de él.

"Te la doy; eres un hombre galante," le dijo Sir Enrique.

"Koos," respondió el Zulú, muy agradecido por el regalo y el cumplimiento. "Tú también Incubu, te has portado como un hombre; pero debo darte algunas lecciones sobre el manejo del hacha: malgastas tus fuerzas."

Mackenzie preguntó por Flosie, y quedamos contentos cuando uno de los hombres dijo que la había visto huir hacia la casa en compañía de la aya. Luego nos dirigimos poco á poco á la misión, llevando á los heridos que podían ser trasladados: ibamos cansados de los trabajos y de la matanza; pero con el glorioso sentimiento de la victoria disminuído por extrañas emociones. Salvamos la vida á la doncella y habíamos dado á los Masai de aquellos contornos una lección que no olvidarían en diez años, ¡pero á qué costa!

Subimos la colina que hacía poco más de una hora habíamos bajado en muy diversas circunstancias. En la puerta del muro estaba Mrs. Mackenzie esperándonos. Cuando nos vió, se cubrió el rostro con las manos, gritando: "Horrible, horrible." Sus temores no disminuyeron cuando vió á su digno esposo sobre una improvisada camilla; pero sus dudas, respecto á la gravedad de sus heri-

das, se desvanecieron bien pronto. Cuando en breves palabras le referí el resultado de la lucha (de la que Flosie le había explicado algo), se levantó y me besó solemnemente en la frente.

"Dios os bendiga á todos, Mr. Quatermain; habéis salvado la vida de mi hija," dijo simplemente.

Luego fuímos á quitarnos los vestidos y á curar nuestras heridas. Con gusto digo que yo no tenía ninguna y que las de Good y Sir Enrique, gracias á las inestimables cotas de malla eran de poca gravedad y podían curarse fácilmente con unas puntadas y ungüento. La de Mackenzie era grave, aunque afortunadamente la lanza no había tocado la gran arteria. Después nos bañamos ¡y qué delicioso fué el baño! y habiéndonos vestido fuímos al comedor donde el almuerzo estaba servido como de costumbre. Era curioso estar sentados allí, bebiendo te y comiendo tostadas, como se hace en el siglo diez y nueve cuando acabábamos de emplear las horas anteriores en una lucha primitiva, cuerpo á cuerpo, como las de la edad media. Como Good decía, más parecía esto una pesadilla que una cosa realmente acaecida. Cuando concluímos de almorzar, se abrió la puerta y entró la pequeña Flosie, muy pálida y vacilante, pero ilesa. Nos besó á todos y nos dió las gracias. Yo la felicité por la presencia de ánimo con que había matado al Masai con su pistola para salvar su vida.

"Oh no habléis de eso," dijo y comenzó á llorar histéricamente. "Jamás olvidaré su cara cuando cayó; me parece que lo estoy viendo."

Le aconsejé que se acostase y durmiese un poco, lo cual hizo, y en la tarde se levantó, completamente reco-

bradas las fuerzas. Me pareció muy extraño que una muchacha que había tenido el valor de derribar de un tiro á un negro salvaje que se precipitaba sobre ella para matarla con su lanza, se afectase tanto después, al acordarse de ello; pero esto es característico del sexo. ¡Pobre Flosie! Temo que sus nervios no la dejen olvidar durante muchos años la noche que pasó en el campo de los Masai. Me dijo después que lo que le había hecho sufrir más era la horrible duda de si se intentaría ó no rescatarla, en que estuvo hora tras hora aquella eterna noche. Me decía que considerándolo bien, no lo esperaba, siento nosotros tan pocos y tantos los Masai. Que de continuo venían á mirarla, pues muchos de ellos jamás habían visto una persona blanca, y le tocaban los brazos y el vestido con sus asquerosas garras. También me dijo que estaba resuelta, si no veía señales de socorro á los primeros rayos del sol que alcanzasen el kraal, á matarse con la pistola; porque la aya le había dicho que había oído decir al Ligonani que la atormentarían hasta que muriese, cuando el sol hubiese salido, si uno de los blancos no venía en su lugar. Era una resolución desesperada, pero intentaba hacerlo así, aunque dudo que lo hubiera hecho. No obstante estar en la edad en que las muchachas de Inglaterra asisten á la escuela y se esconden para no ir, esta hija del desierto tenía más valor, discreción y presencia de ánimo que muchas mujeres de edad madura, criadas en la pereza y el lujo, sin la confianza en los propios recursos con que la naturaleza pudo haberlas dotado.

Cuando concluyó el almuerzo fuimos á dormir, levantándonos á la hora de comer. Después de haber comido, nos dirigimos otra vez con toda la gente útil, hombres,

mujeres, muchachos y muchachas al lugar de la batalla, con el objeto de enterrar á nuestros muertos y arrojar los de los Masai al río Tana, que corría á cincuenta yardas del kraal. Llegando al lugar espantamos muchos miles de buitres y de una especie de águila morena que se habían juntado para la fiesta desde muchas millas. Con frecuencia he observado estos grandes y repulsivos pájaros y admirado la maravillosa rapidez con que llegan á un campo de batalla. Cae un gamo herido de un balazo y dentro de un minuto, en el éter azul, á grande altura, aparece una manchita que poco á poco se convierte en un buitre, luego otro y después otro, etc. He oído muchas teorías respecto del maravilloso poder de percepción que la naturaleza ha dado á estas aves. La más fundada en muchas observaciones es que el buitre, dotado como está con los poderes de una vista más perspicaz que la que podemos tener auxiliados por las mejores lentes, volando á grandes alturas, probablemente de dos á tres millas sobre la tierra, dominan una vasta extensión de terreno. Al instante que uno ve alimento empieza á bajarse sobre él. Entónces su vecina que vuela perezosamente á una gran altura, á distancia tal vez de algunas millas, sigue su ejemplo, sabiendo que el alimento ha sido visto. Los buitres que ven á éstos los siguen y lo mismo hacen los que ven á los demás. De esta manera los buitres de veinte millas á la redonda pueden acudir al festín en pocos minutos.

Enterramos á nuestros muertos en silencio. Good fué escogido para leer el Oficio de Difuntos, por poseer la mejor voz, á falta de Mr. Mackenzie que se encontraba en cama. Era esto muy triste; pero como decía Good,

pudo ser peor: porque pudo suceder que hubiésemos tenido que enterrarnos nosotros mismos. Noté que esto habría sido difícil de hacer, pero comprendí lo que intentaba decir.

Luego cargamos, en un carro tirado por bueyes que había sido traído de la Misión, los cadáveres de los Masai, habiendo recogido primero las lanzas, escudos y otras armas. Cargamos el carro cinco veces, con cincuenta cadáveres cada una, y lo vaciámos en el Tana. Era evidente que pocos Masai se habían escapado. Los cocodrilos debieron tener alimento en abundancia esa noche. Uno de los últimos cadáveres que levantamos fué el del centinela que estaba en la otra entrada del kraal. Pregunté á Good cómo se había arreglado para matarlo y me dijo que había hecho lo mismo que Pico Duro, y lo había matado con su espada. Se quejó mucho, pero afortunadamente nadie lo oyó. Como Good decía, fué horrible tener que hacerlo así y muy desagradable por ser un asesinato á sangre fría.

Con el último cuerpo que flotó sobre la corriente del Tana terminó el incidente de nuestro ataque al campamento Masai. Las lanzas, escudos y otras armas que llevamos á la Misión, llenaron un cuarto pequeño. No debo dejar de mencionar un incidente. Cuando volvíamos de hacer los funerales de nuestros amigos los Masai, pasamos cerca del árbol donde Alfonso se había escondido en la mañana. El pequeño hombre nos ayudaba en nuestra desagradable tarea con mejor voluntad que la que había mostrado cuando los Masai estaban vivos. Para cada cadáver que ayudaba á levantar tenía un sarcasmo apropiado.

Alfonso arrojando á los Masai muertos en el Tana era muy diferente del Alfonso que huía para salvar su preciosa vida de la lanza de un Masai vivo. Estaba muy contento y alegre este voluble hijo de Francia; aplaudía, entonaba trozos de canciones francesas cuando los horribles guerreros muertos caían en la corriente, haciendo saltar el agua, para llevar un mensaje de muerte y desafío á sus parientes cien millas abajo. En suma, pensando que necesitaba una humillación, propuse que se le juzgase por una corte marcial con motivo de la conducta que había observado en la mañana.

En consecuencia lo llevamos al árbol donde había estado oculto en la mañana y procedimos á juzgarle. Sir Enrique le explicó en el mejor francés que pudo la inaudita cobardía y la fealdad de su conducta, más especialmente por haber dejado salir de la boca el trapo aceitado, por lo que casi despertó el campamento Masai con el rechinido de sus dientes y estuvo á punto de hacer abortar nuestros planes; terminando con exigirle una explicación.

Si esperábamos encontrar á Alfonso abochornado ó hacerle avergonzarse, nos engañamos completamente. Hizo una reverencia, sonrió y reconoció que su conducta podía aparecer á primera vista extraña, pero en realidad no lo era, porque sus dientes rechinaban, no de miedo, ¡oh, no! ¡ciertamente no! se sorprendía de que los "Messieurs" pudiesen pensar tal cosa, sino por el frío de la mañana. En cuanto á lo del trapo, si Monsieur hubiese gustado su mal sabor, compuesto de una mezcla de parafina rancia, aceite, manteca y pólvora, Monsieur mismo lo habría arrojado. Pero él no lo hizo: determi-

nó tenerlo en la boca hasta que revuelto su estómago, en un acceso de involuntaria enfermedad, tuvo que arrojarlo.

"¿Y qué tenéis que decir por haberos escondido en el agujero de este árbol?" preguntó Sir Enrique, guardando su carácter con dificultad.

"Monsieur, la explicación es fácil, ¡oh muy fácil! Sucedió esto: estaba junto al muro del kraal, cuando este señor cano me dió un golpe en el estómago que hizo se disparase el rifle y la batalla comenzó. Yo observaba mientras me recobraba del rudo golpe que me dió Monsieur: entonces, Messieurs, sentí que la sangre de mi heróico abuelo hervía en mis venas. Lo que veía me volvía loco. Apreté los dientes. Mis ojos despedían fuego. Dije *en avant* y ansiaba matar. Ante mis ojos se levantó la visión de mi heróico abuelo. En suma, estaba loco. Era un guerrero. Entonces oí dentro de mi corazón una voz dulce. "Alfonso," decía la voz, "detente, Alfonso, no sueltes la rienda á las malas pasiones. Estos hombres, aunque negros, son tus hermanos. ¿Y tú quieres matarlos? ¡Cruel Alfonso!" La voz tenía razón. Lo conocí: iba á perpetrar la más horrible de las crueldades, á matar, á herir, á arrancar miembros. ¿Y cómo contenerme? Miré alrededor y vi el árbol, percibí el agujero. "Entiérrate allí," dijo la voz. "Te librarás de la tentación por una fuerza mayor." Esto era amargo, cuando la sangre de mi heróico abuelo hervía con más fuerza, pero obedecí. Contra mi voluntad me dirigí al árbol. Me enterré. En el agujero observaba la batalla. Murmuraba maldiciones y desafíos contra el enemigo. Los veía caer con satisfacción. ¿Por qué no? No era yo

quien los mataba. Su sangre no caería sobre mi cabeza. La sangre de mi heróico. . . ."

"Retiraos, perro," exclamó Sir Enrique, riéndose á carcajadas y dando un puntapié á Alfonso que tuvo que huir con cara triste.

En la tarde tuve una entrevista con Mr. Mackenzie, que sufría mucho á causa de sus heridas las que curaba Good, que era un hábil, aunque no titulado doctor. Me dijo que esta ocurrencia le había enseñado una lección y que si recobraba la salud intentaba volver á Inglaterra y dejar la Misión á un joven que estaba ya en camino para ayudarle en sus tareas.

"Oíd, Quatermain," me dijo. "He pensado en esto esta mañana cuando nos dirigíamos hacia aquellos extraviados salvajes. Si salimos con vida y rescatamos á Flosie viva," me dije, "me iré á Inglaterra: ya estoy harto de salvajes. No pensé que viviésemos, pero gracias á Dios y á vosotros cuatro, vivimos aún é intento llevar á cabo mi resolución, á menos que suceda algo peor. Otra noche como la pasada mataría á mi pobre mujer. Además, Quatermain, aquí entre nos, tengo algunos recursos. Poseo treinta mil libras esterlinas, adquiridas en un honesto tráfico y depositadas en el banco de Zánzibar; porque la vida aquí casi nada cuesta. Así, aunque me sea doloroso dejar este lugar que he hecho florecer, como la rosa en el desierto, y me sea aún más doloroso dejar la gente que he enseñado, partiré.

"Os felicito por vuestra resolución," le respondí, "por dos razones. La primera porque tenéis esa obligación por vuestra mujer y por vuestra hija, especialmente por ésta, que recibirá educación y tratará con jóvenes de su misma

raza; de otra manera se haría salvaje, apartándose de su especie. La otra es que estoy seguro de que si permanecéis aquí, tarde ó temprano los Masai procurarán vengar la derrota que han sufrido hoy. Con seguridad habrán escapado dos ó tres hombres que referirán á sus compañeros lo que ha pasado, y el resultado será que algún día enviarán una gran expedición contra vos. Esto puede dilatar un año, pero tarde ó temprano sucedera.* Aun por esta sola causa deberiáis partir. Cuando sepan que no estáis aquí, tal vez nada intenten.

"Tenéis razón," dijo el clérigo. "Saldré de aquí dentro de un mes. Pero esto será doloroso, muy doloroso."

* Por una triste coincidencia, después de haberse escrito esto por Mr. Quatermain, los Masai mataron á un misionero y á su esposa en Abril de 1886, en el mismo río Tana.

CAPÍTULO IX

EN LO DESCONOCIDO

Una semana había pasado; todos estábamos cenando en el comedor de la misión, muy tristes porque íbamos á decir adiós á nuestros bondadosos amigos los Mackenzie y continuar nuestro camino al brillar la aurora del siguiente día. Nada se había visto ni oído de los Masai, y excepto por una ó dos lanzas que se habían quedado tiradas y se enmohecían entre la yerba, y algunos casquillos que se encontraban fuera del muro donde habíamos estado, habría sido difícil decir que el viejo kraal del ganado, al pie de la colina, había sido el teatro de una lucha tan desesperada. Mackenzie, gracias á que era hombre muy sobrio, se recobraba rápidamente de sus heridas, y podía andar ya con muletas; de los demás heridos uno había muerto de gangrena, y los otros no tardarían en sanar. La caravana de Mr. Mackenzie había vuelto ya de la costa, de suerte que la estación contaba ahora con una guarnición más que suficiente.

Bajo estas circunstancias resolvimos, no obstante las calurosas y apremiantes invitaciones que se nos hacían para que permaneciésemos allí, que era tiempo de seguir nuestro viaje, primero al monte Kenia y de allí á lo desconocido, en busca de la misteriosa raza blanca que anhe-

labámos descubrir. Ahora íbamos á caminar en humildes pero útiles asnos, de los que habíamos adquirido una docena, para que cargasen nuestras mercancías, bagajes y en caso necesario á nosotros mismos. Sólo nos quedaban dos criados Wakwafi y fué imposible conseguir otros indígenas que quisiesen venir con nosotros á los puntos desconocidos que intentábamos explorar. Después de todo, como decía Mr. Mackenzie, era extraño que tres hombres que poseían todo lo que se necesita para vivir cómodamente, salud, suficientes recursos, una posición social, etc., viajasen por su propio placer, por el desierto sin probabilidades de volver alguna vez. Pero como Ingleses, somos aventureros hasta las uñas y nuestras magníficas colonias, que con el tiempo será cada una de ellas una gran nación, atestiguan lo que vale el espíritu aventurero que á primera vista parece una locura. ¡ "Aventurero" el que sale á encontrar lo que puede venir! Bien; eso mismo hacemos en el mundo todos, unos de un modo, otros de otro; y hablando por lo que respecta á mí estoy orgulloso de esa denominación, porque implica un corazón valeroso y confiado en la Providencia. Además, mientras los nombres de afamados Cresos á cuyos pies se postra el pueblo, y de grandes políticos, se olvidan, los de los valerosos aventureros que han hecho á Inglaterra ser lo que es, serán recordados y enseñados con amor y orgullo á los pequeños niños, que sueñan ya en el nacimiento de futuras centurias. No es que nosotros tres esperemos ser contados en ese número, aunque hayamos hecho algo, bastante tal vez para arrojar un girón sobre la desnudez de nuestra locura.

Aquella tarde estábamos sentados en la galería, fu-

mando nuestra pipa antes de entrar en la casa, cuando llegó Alfonso con una magnífica caravana y anunció su deseo de tener una entrevista con nosotros. Habiéndosele permitido hablar, dijo al fin que estaba ansioso de formar parte de nuestra expedición, cosa que nos asombró no poco sabiendo cuán cobarde era el pequeño Francés. La razón sin embargo, apareció pronto. Mr. Mackenzie iba á la costa y de allí á Inglaterra. Ahora bien, si Alfonso iba con él, estaba persuadido de que llegando á la costa sería aprehendido y enviado á Francia, donde sería guillotinado. Esta era la idea que le atormentaba, como la cabeza del rey Carlos atormentaba á Dick, y pensaba siempre en esto hasta que su imaginación exageraba el peligro diez veces. La verdad es que, la infracción de las leyes de su país había sido olvidada desde hacía mucho tiempo, y que se le hubiera permitido pasar por todas partes sir ser molestado, excepto en Francia. Pero él no podía persuadirse de esto. Cobarde como era, prefería correr los trabajos ciertos, grandes riesgos y peligros de una expedición como la nuestra, no obstante el inmenso amor á su país, á exponerse á la posible investigación de un oficial de policía, lo que es un ejemplo de que la mayor parte de los hombres temen más un peligro futuro, que la más seria emergencia presente. Después de escuchar lo que tenía que decir, nos consultamos y finalmente arreglamos, con el consentimiento de Mr. Mackenzie, aceptar su oferta. Nosotros estábamos escasos de gente, Alfonso era listo, un camarada muy activo que podía hacer cualquiera cosa y cocinar ¡ ah, y él cocinaría ! Creo que habría podido preparado un platillo exquisito con las polainas de su heróico abuelo, de quien tanto le gustaba hablar. Entonces el

pequeño hombre que era de buen carácter, se puso alegre como un mono y su pomposa y jactanciosa conversación era una fuente inagotable de diversión para nosotros, y lo que es más, nunca hablaba con malicia. Naturalmente, sabiendo que su gran debilidad era ser cobarde, procuraríamos más ó menos estar en guardia contra esto. Después de haberle hecho ver los peligros á que indudablemente se exponía, le dijimos que aceptaríamos su ofrecimiento siempre que prometiese implícita obediencia á nuestras órdenes. Prometimos también pagarle un salario á razón de diez libras al mes, cuando volviésemos á un país civilizado donde pudiese recibirlo. Á todo convino con alegría y se retiró á escribir una carta para su Anita, la que prometió franquear Mr. Mackenzie, cuando llegase á la costa. Él nos la leyó después sirviendo de intérprete Sir Enrique, era una composición maravillosa. Estoy seguro que lo profundo de su devoción y lo grande de sus sufrimientos en un país bárbaro, "léjos muy léjos de tí, Anita, por cuya adorada causa sufro semejantes dolores," excitaría los sentimientos de la doncella de cámara más empedernida.

Llegó la mañana, y á las siete, todos los asnos estaban cargados y sonó la hora de partir. Fué esto muy triste, especialmente al decir adiós á la pequeña Flosie. Ella y yo éramos buenos amigos y con frecuencia teníamos largas pláticas; pero sus nervios no habían quedado bien desde aquella pavorosa noche que pasó en el campamento, en poder de los sanguinarios Masai. "Oh, Mr. Quatermain," exclamó, echándome los brazos al cuello y llorando, "yo no puedo deciros adiós. ¿Cuándo nos veremos otra vez?"

"No lo sé, mi querida niña," le dije: "yo estoy en el ocaso de la vida y vos en el oriente. Poco tiempo me queda de vivir y mucho de lo que me pertenece está en lo pasado; pero espero que á vos os quedarán muchos y felices años de vida, y que mucho de lo vuestro estará en lo futuro. Dentro de poco seréis una hermosa mujer, Flosie, y toda esta vida salvaje será para vos como un sueño lejano; pero espero que, aunque no nos volvamos á ver, pensaréis en vuestro viejo amigo y os acordaréis de lo que os dice ahora. Sed siempre buena, y haced lo que es bueno mejor que lo que es agradable, porque al fin, diga lo que dijere la gente burlona, lo bueno y lo agradable son la misma cosa. No seáis egoísta y siempre que podáis ayudad á los demás, porque el mundo, querida mía, está lleno de sufrimientos, y aliviarlos es el fin más noble á que podemos aspirar en este mundo. Si llegáis á ser una dulce y bienhechora mujer, y mejoráis la manera de vivir de otras personas, no habréis vivido inútilmente como muchas de las de vuestro sexo. Ahora que os he dado algunos consejos, voy á daros algo con que endulzarlos. ¿Veis este pedazo de papel? Es lo que se llama un *cheque*. Cuando hayamos partido, no antes, dádselo á vuestro padre. Algún día os casaréis, querida Flosie, y esto es para compraros un regalo de boda que usaréis vos y después de vos vuestra hija, si tenéis alguna, en recuerdo del cazador Quatermain."

La pobre Flosie lloró mucho y me dió un rizo de su brillante cabello que conservo aún. El *cheque* que le dí era de mil libras, y en la nota que dirigí á su padre, le encargaba que cuando ella se casase ó llegase á la mayor edad, le comprase el mejor collar de diamantes que se

pudiese conseguir por esa cantidad y los intereses acumulados. Elegí los diamantes porque creo que, ahora que "Las Minas del Rey Salomón" están perdidas para el mundo, su precio no será más bajo que lo que es al presente, de suerte que si se encuentra algún día en malas circunstancias pecuniarias, pueda convertirlo en dinero.

Al fin partimos después de muchos apretones de manos y adióses de los indígenas, llorando Alfonso mucho (porque era de corazón sincero), al despedirse de sus amos, y esto no me enterneció, porque me fastidian esos adióses. Tal vez lo que me afectó más fué presenciar el dolor de Pico Duro al despedirse de Flosie, por la que el horrible guerrero había concebido un gran afecto. Acostumbraba decir que ella era tan dulce, como ver una estrella en la oscura noche, y jamás se cansaba de congratularse por haber matado al Ligonani que había prometido asesinarla. Fué lo último que vimos de la agradable casa de la Misión, un verdadero oasis en el desierto, y de la civilización Europea. Con frecuencia me acuerdo de los Mackenzie y me pregunto si habrán bajado á la costa, si estarán ahora en Inglaterra y si alguna vez verán estas letras. ¡Pobre querida Flosie! ¿Qué hará allí donde no hay gente negra que obedezcan sus imperiosos mandatos, ni el Kenia cubierto de nieve y penetrando en el cielo, para verlo al levantárse? Adiós Flosie.

Después de dejar la casa de la Misión, continuamos nuestro viaje sin ser molestados, pasamos por la base del monte Kenia que los Masai llaman "Dongo Egere," ó la montaña manchada, por los negros pedazos de roca que aparecen sobre su alta cumbre, cuyos lados son muy escarpados para permitir que la nieve se sostenga en ellos.

Después pasamos el solitario lago de Baringo, donde uno de los Askari que nos quedaban, habiendo tropezado desgraciadamente con una víbora, murió de la mordedura que le causó, á pesar de nuestros esfuerzos por salvarlo. Entonces anduvimos una distancia de ciento cincuenta millas hasta otra magnífica montaña cubierta de nieve, llamada Lekakisera, la cual, según creo, jamás ha sido visitada antes por un Europeo, pero que no puedo detenerme á describir. Allí permanecimos quince días y luego pasamos á una floresta no transitada ni habitada, de un vasto distrito llamado Elgumi. En esta floresta había más elefantes que los que he visto en toda mi vida. Los poderosos mamíferos hormigueaban allí literalmente, no siendo molestados por el hombre, y sólo les impedía aumentarse la ley natural, que no deja á los animales pasar del número que la capacidad del país que habitan puede soportar. No necesito decir que nosotros no matamos muchos; primero porque no podíamos gastar nuestro parque, cuya provisión había disminuído á causa de haber sido arrastrado por el agua un burro cargado con él, al vadear un río profundo; segundo porque como no teníamos en qué llevar el marfil, no deseábamos matar no más por matar. Así es que dejamos en paz á los grandes brutos, matando sólo uno ó dos en defensa propia. En este distrito los elefantes, no conociendo al cazador ni sus tiernas mercedes, se dejaban aproximar á veinte yardas en terreno abierto, estando en pie con sus grandes orejas remangadas, como inquietos y gigantescos perros, y miraban con asombro aquel nuevo y extraordinario fenómeno, el hombre. Ocasionalmente, cuando el examen no era satisfactorio, el asombro concluía con un trompetazo y una carga, pero

esto no sucedía con frecuencia. Cuando lo hacían, teníamos que usar nuestros rifles. No eran los elefantes las únicas bestias salvajes en la gran floresta de Elgumi, pues abundaba toda clase de caza mayor, inclusos los leones. ¡Dios los confunda! Aborrezco á los leones desde que uno me mordió y me dejó cojo para toda la vida. Otra cosa que abundaba era la temida mosca *tsetsé*, cuyo piquete es mortal para los animales domésticos. Se supone que sus ataques no hacen mal al hombre y á los asnos. Diré que ya sea por su pobre condición ó porque el insecto en estas partes sea más venenoso que en otras, los nuestros sucumbieron á sus agresiones. Afortunadamente esto acaeció dos meses después de las picaduras, cuando repentinamente, después de dos días de una lluvia fría, murieron todos y al quitar la piel á varios de ellos, encontré las largas rayas amarillas sobre la carne, que son características de la muerte causada por la picadura del *tsetsé*, marcando el punto donde el insecto había introducido su trompa. Al salir de la gran floresta de Elgumi continuamos hacia el Norte, de acuerdo con la información que Mr. Mackenzie había adquirido del infortunado vagabundo que llegó allí sólo para morir tan trágicamente; tocamos el gran lago llamado Laga por los indígenas y del cual, se recordará, hizo mención él. De allí anduvimos casi un mes sobre altas tierras, parecidas á las del Transvaal, pero diferentes por los lunares de bosques. Todo este tiempo estuvimos subiendo á razón de cien pies por cada diez millas. El país era una loma que parecía terminar en una mesa de montañas nevadas, hacia las cuales nos dirigíamos, sabiendo que entre ellas estaba situado el lago sin fondo de que había hablado el vagabundo.

Al fin llegamos allí y cerciorándonos de que había un gran lago en la cumbre de las montañas, subimos tres mil pies más, hasta llegar á un escarpado acantilado, encontrando una extensa sábana de agua de veinte millas cuadradas, á mil quinientos pies abajo de nosotros, ocupando evidentemente un cráter ó cráteres de vasta extensión, pertenecientes á volcanes extinguidos. Percibiendo algunas aldeas en el borde del lago, descendimos con gran dificultad, al través de las espesuras de pinos que cubrían ahora los escarpados lados del cráter, y fuimos bien recibidos por los habitantes, gente sencilla y tímida, que no habiendo visto ni oído hablar antes de blancos, nos trataron con gran reverencia y bondad, suministrándonos toda el alimento y leche que pudimos comer y beber. Este maravilloso y hermoso lago se encuentra, según nuestro aneroide, á once mil cuatrocientos cincuenta pies sobre el nivel del mar, y su clima es tan frío y no muy distinto del de Inglaterra. Poco ó nada vimos del escenario, duranto los tres primeros días de nuestra estancia allí, á causa de la niebla. Fué esta lluvia la que activó el veneno del tsetsé en los asnos que nos quedaban, de suerte que todos murieron.

Este desastre nos dejó en una posición muy peligrosa, no teniendo medios de transportarnos á otra parte, aunque no teníamos mucho que llevar. El parque era muy poco, montando sólo á ciento cincuenta tiros de rifle y cincuenta de fusil. No sabíamos cómo adquirir más: nos parecía que habíamos llegado al fin de nuestro viaje, aunque si nos hubiéramos inclinado á abandonar el objeto de nuestra expedición, que dudoso como era no lo intentábamos, era ridículo pensar volver atrás setecientas millas

en nuestro estado presente. Resolvimos que lo único que podía hacerse era detenernos donde estábamos, siendo los alimentos tan abundantes y los indígenas tan bien dispuestos, esperar los acontecimientos y procurar recoger noticias sobre los países de más allá.

Habiendo comprado una canoa, hecha de un sólo tronco, al jefe de la aldea donde nos encontrábamos, dándole por vía de pago tres cartuchos de cobre vacíos, que le agradaron mucho, nos pusimos á dar una vuelta al lago para elegir el lugar de nuestro campo. No sabiendo si volveríamos á la aldea y siendo la canoa bastante larga para contenernos junto con nuestros equipajes, pusimos todas nuestras cosas en ella, así como un cuarto de gamo cocido, que tierno, es un platillo delicioso, y partimos, cuando ya algunos indígenas habían ido en lijeras canoas á participar nuestra llegada á los habitantes de las otras aldeas.

Remando perezosamente, Good hizo notar el color azul oscuro del agua, y nos dijo que había sabido por los indígenas que eran grandes pescadores, siendo el pescado su principal alimento, que se suponía que el lago era muy profundo y que tenía un agujero en el fondo por donde se escapaba el agua y apagaba un fuego que había abajo.

Supuse que lo que él había oído era probablemente una leyenda basada en la tradición del pueblo que se remontaba al tiempo en que uno de los cráteres volcánicos extinguidos ahora, estaba en actividad. Vimos varios alrededor en los bordes del lago, que debieron estar en erupción mucho tiempo después de la extinción del cráter central, que ahora formaba el lecho del mismo lago. Cuando se extinguió, la gente imaginaría que el agua del

lago había bajado y apagado el fuego, con tanta más razón, cuanto que estando constantemente alimentado por arroyos que bajaban de los picos nevados, no tenía desagüe visible.

Al aproximarnos vimos que la orilla más lejana del lago, está formada por una muralla perpendicular de roca, sin ninguna interrupción. En consecuencia navegamos paralelamente á este precipicio, á distancia de unos cien pasos, siguiendo nuestro rumbo hacia el extremo del lago, donde supimos que había una gran aldea.

Comenzamos á pasar una considerable acumulación de juncos flotantes, ramas de árboles, yerbas y arbustos traídos, según Good, á este paraje por una corriente que no podíamos encontrar. Mientras discutíamos acerca de esto, Sir Enrique vió una bandada de cisnes blancos que estaban comiendo sobre el montón de yerbas, un poco adelante de nosotros. Había oído decir que los cisnes vienen á este lago, y no habiéndolos encontrado antes en África deseaba tener uno. Pregunté á los indigenas acerca de ellos y supe que venían de la montaña, llegando siempre en determinados períodos del año, en la mañana muy temprano era fácil cogerlos, por llegar muy cansados. También les pregunté de qué país venían; pero ellos levantaron los hombros y dijeron que en la cumbre del gran precipicio negro había una tierra pedregosa, inhospitalaria; más allá, montañas nevadas, llenas de bestias feroces, donde no vivía gente, y más allá de las mantañas una floresta de espinas, de cientos de millas, tan espesa que los elefantes no podían atravesarla, menos los hombres. Después me informé si habían oído hablar de gente blanca como nosotros, que vivían más allá de las

montañas y de la floresta de espinas, de lo que se rieron; pero después una anciana vino y me dijo que, cuando era pequeña, su abuelo le refirió que el abuelo de él en su juventud había cruzado el desierto, las montañas y la floresta de espinas, y visto más allá blancos que vivían en casas de piedra. Naturalmente como el cuento se refería á doscientos cincuenta años atrás, la información era muy indefinida. Con todo esto, mientras más pensaba, más me convencía de que había algo de verdad en estos rumores y más me empeñaba en aclarar el misterio. Ni imaginaba siquiera de qué milagrosa manera mi deseo iba á ser cumplido.

Nos pusimos á esperar á los cisnes que se acercaban, corriendo al precipicio, y colocamos la canoa á cuarenta yardas de ellos. Sir Enrique tenía su fusil cargado, esperando la oportunidad de que estuviesen dos en línea recta y apuntándoles al cuello, los mató. Los restantes, treinta ó más, se levantaron con gran ruido; al levantarse les disparó otro tiro. Uno cayó con una ala rota y vi la pierna de otro suelta y unas cuantas plumas que cayeron de su espalda; pero continuó volando con fuerza. Los cisnes se elevaron haciendo círculos cada vez más altos, hasta que parecían simples manchas al nivel de la cumbre del precipicio amenazador; luego formaron un triángulo y se dirigieron al desconocido Noreste. Mientras tanto levantamos los dos muertos que eran hermosos pájaros, pesando cada uno treinte libras y procuramos coger el herido que había alcanzado el montón de yerbas y se había refugiado más allá en un charco de agua clara. Siendo difícil meter la canoa entre aquella masa, ordené al Wakwafi que nos quedaba, era un excelente nada-

dor, se tirarse á nado para cogerlo, no habiendo ningún peligro para él porque no había cocodrilos en el lago. Así lo hizo con mucha gracia y pronto estuvo nadando detrás del cisne herido, acercándose cada vez más y más al muro de roca contra el cual se estrellaba el agua. Repentinamente dejó de nadar hacia el cisne y comenzó á gritar que era arrastrado; y vimos que aunque nadaba con todas sus fuerzas hacia nosotros, era arrastrado poco á poco hacia el precipicio. Con unos cuantos golpes de remo, pasamos la canoa al través del montón de yerba y nos dirigimos hacia el nadador, tan rápidamente como pudimos; pero no obstante, era arrastrado más aprisa hacia la roca. De pronto vi que se levantaba ante nosotros, unas diez y ocho pulgadas sobre la superficie del agua, á lo que parecía, el extremo del arco de una cueva sumergida ó de un túnel de ferrocarril. Según la marca del agua en la roca, varios pies encima de la abertura, ésta generalmente estaba sumergida; pero la estación había sido muy seca y el frío había impedido á la nieve derretirse, de suerte que el lago estaba bajo y el arco descubierto. La corriente arrastraba á nuestro pobre sirviente hacia el arco con espantosa rapidez. El precipicio no estaba más que á veinte pasos de él y nosotros á treinta, cuando vi que la canoa le seguía. Él luchó bravamente y pensé que lo habíamos salvado, cuando percibí una expresión de desesperación en su rostro, y en nuestra presencia fué atraído dentro del remolino y desapareció. Al mismo tiempo sentí como si nuestra canoa fuese asida por una poderosa mano y empujada con fuerza irresistible hacia la roca.

Viendo el peligro remamos con todas nuestras fuerzas

para librarnos del riesgo de ser absorbidos por el abismo; pero en vano. Un segundo después volábamos rectos como una flecha hacia el arco, y pensé que estábamos perdidos. Felizmente tuve la suficiente presencia de ánimo para gritar, acompañando el consejo á la acción: "echaos en el fondo de la canoa," y todos obedecieron. Después hubo un ruido molesto y el bote fué impelido con fuerza hacia abajo, hasta que el agua empezó á penetrar por los costados. Repentinamente el ruido cesó y sentimos que la canoa seguía flotando. Volví un poco la cabeza, no atreviéndome á levantarla y miré. Á la débil luz que llegaba á la canoa sólo pude distinguir que un grueso arco de roca colgaba sobre nuestras cabezas. Después nada pude ver, porque la débil luz se había convertido en sombra y la sombra en tinieblas compactas y absolutas.

Continuamos echados por espacio de una hora, no atreviéndonos á levantarnos por miedo de despedazarnos las cabezas, y apenas podíamos hablar á causa de que el ruido del agua ahogaba nuestras voces. Tampoco teníamos muchos deseos de platicar estando sobrecogidos por lo espantoso de nuestra posición y el inminente peligro de una muerte instantánea, ya sea estrellándonos contra las rocas ó en los costados de la caverna, ó sumergiéndonos entre el agua, ó asfixiándonos por falta de aire. Todos estos peligros de muerte se presentaban á mi imaginación, cuando estaba en el fondo de la canoa, escuchando el ruido de las aguas que corrían no sé á dónde. Sólo pude oir los gritos de terror de Alfonso, que salían del centro de la canoa y que parecían poco reales.

Todo abrumaba mi cerebro y empecé á creer que era víctima de una horrible pesadilla.

CAPÍTULO X

LA ROSA DE FUEGO

Seguimos arrastrados por la fuerte corriente, hasta que noté que el sonido del agua no era tan ensordecedor como al principio, y supuse que esto debía atribuirse á que había más espacio para que los écos se dispersasen. Pude oír entonces los gemidos de Alfonso más distintamente; eran la más extraña mezcla que puede concebirse, de invocaciones al Ser Supremo y del nombre de su amada Anita;* en suma, aunque su fervor las salvaba de parecer profanas, eran á lo menos notables. Levantando un remo lo dejé caer sobre sus costillas, por lo que, pensando que había llegado el fin de su vida, gritaba más recio que nunca. Después poco á poco me enderecé con prudencia sobre mis rodillas y extendí la mano hacia arriba; pero no pude tocar la bóveda. Levanté el remo lo más alto que pude pero sin mejor resultado. También lo extendí á derecha é izquierda; pero no pude tocar más que agua.

* Sir Enrique escribió después una de las plegarias de Alfonso, tal como la oyó. Dice así: "¡Oh salvadme, sacadme de este agujero! Prometo no volver á explorar. ¡Oh Anita! ¿por qué te he dejado? ¡Oh falso primo mío¡ ¡Oh sacadme de esta horrible fosa! !Los demás no importa! Dejadlos que mueran; están más acostumbrados que yo á estas cosas y no pueden guisar. ¡Oh Anita! ¡Anita! (crescendo). ¡Anita! (fortissimo).

Entonces recordé que en el bote, entre los efectos que nos quedaban, había una linterna y un frasco de aceite. Busqué á tientas y la encontré, encendíla con un fósforo y pronto la mecha dió luz, iluminando el fondo del bote. Lo primero que vi fué la cara pálida y espantada de Alfonso, el que, pensando que todo había concluído y que presenciaba un fenómeno celeste preliminar, dió un espantoso grito difícilmente le volví el ánimo con el remo. En cuanto á los otros tres. Good estaba tirado sobre la espalda, fijo su monóculo, mirando las tinieblas de arriba. Sir Enrique tenía la cabeza sobre el costado de la canoa y con la mano dentro del agua, procuraba calcular la velocidad de la corriente. Pero cuando la luz cayó sobre Pico Duro apenas pude dejar de reirme. Creo haber dicho que pusimos un cuarto de gamo asado en la canoa. Sucedió que cuando todos nos inclinamos para evitar que el techo de roca nos arrojase de la canoa el agua, la cabeza de Pico Duro había venido á dar cerca del gamo asado, y tan pronto como se recobró un poco del primer choque de nuestra situación, le ocurrió que tenía hambre. Por consiguiente cortó fríamente una chuleta con Inkosi-kaas, y se ocupaba en comérsela, al parecer con la mayor satisfacción. Según refirió después, pensó que "iba á un largo viaje," y prefirió partir con el estómago lleno. Esto me recordó lo que muchas veces dicen los periódicos de los que van á ser colgados, que comieron "un excelente almuerzo."

En cuanto los demás vieron que había logrado encender la lámpara, empacaron á Alfonso en el extremo más lejano de la canoa, calmándole maravillosamente con la amenaza de que si insistía en hacernos repugnantes las

tinieblas con sus gritos, le haríamos callar enviándole á juntarse con el Wakwafi, á esperar á su Anita en el otro mundo, y comenzamos á discutir lo que sería conveniente hacer. Primero, sin embargo, por consejo de Good, atamos dos remos á manera de mástiles á los bordes de la canoa, para evitar un choque repentino donde bajase mucho la boveda de la cueva. Era evidente que nos encontrábamos en un río subterráneo ó en una gran fosa, como la había llamado Alfonso, por donde corría el agua que sobraba del lago. Ríos semejantes existen en muchas partes del mundo; pero rara vez tienen los exploradores la mala suerte de viajar por ellos. Vimos claramente que el río era ancho, porque la luz de la linterna no alcanzaba á iluminar de una orilla á la otra, aunque á veces, cuando la corriente nos acercaba á un lado ó á otro, distinguíamos el muro de roca del túnel, que según podíamos apreciar formaba un arco de veinticinco pies de altura. En cuanto á la velocidad de la corriente era, calculada por Good, de ocho nudos, y como ordinariamente sucede era más fuerte en el centro. Nuestra primera operación fué arreglar que uno de nosotros estuviese á la mira para impedir que nos estrellásemos contra un lado de la caverna ó sobre una de las rocas salientes. Á Pico Duro, que había comido ya, le tocó el primer cuarto. Con una sola excepción era todo lo que podíamos hacer. La excepción era que otro de nosotros cuidase de dirigir la canoa con un remo para que no se acercase á las paredes del túnel. Hecho esto tomamos una frugal comida, compuesta de carne fría de gamo (porque no sabíamos cuánto tiempo tendríamos que aguantar allí), entonces sintiéndome de mejor humor, manifesté mi opinión, de que aunque seria nuestra situa-

ción, no era desesperada, á menos que como nos habían dicho los indigenas, el río se hundiese en las entrañas de la tierra Si no, era claro que debía salir en alguna parte, probablemente al otro lado de las montañas, y en tal caso todo lo que teníamos que hacer, era procurar conservarnos salvos hasta que llegásemos allí, donde quiera que fuese. Pero, como Good decía lúgubremente, también podíamos ser víctimas de cien inesperados horrores, ó el río podía secarse al hundirse más y más, en cuyo caso nuestra suerte sería espantosa.

"Esperemos lo mejor y preparémonos para lo peor," dijo Sir Enrique, siempre jovial y de buen humor. "Hemos salido juntos de tantas dificultades, que me imagino saldremos también de esta," añadió.

Era un excelente consejo y procedimos á seguirlo todos, excepto Alfonso que estaba sumergido en una especie de estupor. Good estaba en el timón y Pico Duro con el remo, de suerte que Sir Enrique y yo nada teníamos que hacer sino echarnos en la canoa y pensar. Era curiosa y casi mágica nuestra situación, llevados hacia las entrañas de la tierra en el seno de una especie de río Stigio, según decía Curtis, como las almas eran llevadas por Charon. ¡Y qué oscuridad reinaba! La débil luz de nuestra pequeña lámpara sólo servía para mostrar mejor las tinieblas. El viejo Zulú, sentado en la proa, como el Placer en el poema,* observando sin manifestar fatiga, listo el remo en la mano y detrás en la sombra; Good vigilante, dirigiendo la canoa con el remo que empuñaba y sumergía de cuando en cuando en el agua.

* Esta cita de Mr. Quatermain es inexacta. El Placer se sentaba en el timón.

"Bien," pensaba yo, "viniste en busca de aventuras, Allan, hijo mío, y tu deseo se ha cumplido. Á tu edad . . . debías avergonzarte de ti mismo; pero siendo tú quien eres, por horrible que sea tu situación, tal vez puedas salir con bien. Y si no, un río subterráneo será una tumba apropiada para tí."

Debo decir que al principio la tensión de mis nervios era muy grande. Es una prueba terrible aún para la persona más fría y experimentada, estar en peligro de morir de un momento á otro; pero nada hay en el mundo á que el hombre no llegue á acostumbrarse y nosotros empezábamos á habituarnos ya á esto. Despues de todo nuestra ansiedad, aunque natural, estrictamente hablando, no tenía razón de ser, considerando que nunca podemos estar seguros de lo que nos sucederá un minuto después, aun cuando estemos en una casa bien seca, con dos policías rondando bajo la ventana, ni tampoco sabemos cuánto tiempo más hemos de vivir.

Era cerca de mediodía, cuando nuestro bote fué arrastrado hacia el río y habíamos colocado nuestra guardía (Good y Pico Duro), á las dos, habiendo arreglado que permanecerían en ella cinco horas. En consecuencia á las siete, Sir Enrique y yo los sustituímos, Sir Enrique en la proa y yo en la popa, los demás se echaron á dormir un poco. Durante tres horas marchamos bien, Sir Enrique una sola vez tuvo que impeler la canoa hacia un lado, y yo tuve poco que hacer para dirigirla por el centro, porque como la corriente era violenta, sólo de vez en cuando era necesario virar para no inclinarnos hacia un lado. Lo que me sorprendió mucho en este maravilloso río fué que el aire era fresco. Era húmedo y pesado, pero no á tal

grado que fuese malo ó notablemente desagradable. La única explicación que encontré es que el agua del lago tenía suficiente aire para preservar la atmósfera del túnel de quedar estancada, dejando salir el aire conforme seguía su precipitado curso. Doy esta solución por lo que pueda valer, que tal vez no sea mucho.

Había estado como tres horas en el timón, cuando empecé á sentir un cambio decidido en la atmósfera, que se había hecho más cálida. Al principio no lo noté, pero al cabo de media hora, sintiendo que el calor era más y más fuerte, le hablé á Sir Enrique, preguntándole si también él lo sentía ó era efecto de mi imaginación. "Sí," me respondió. "Estoy en una especie de baño turco." Precisamente entonces despertaron los otros suspirando y empezaron á desvestirse. En esto tuvo Pico Duro la ventaja, porque sólo llevaba un taparrabo.

El calor era más y más fuerte, al grado de que apenas podíamos respirar, y el sudor nos inundaba. Después de media hora, aun estando completamente desnudos, apenas podíamos soportarlo. Aquel lugar era como una antecámara de las regiones infernales. Metí la mano en el agua y la saqué casi llorando: estaba hirviendo. Consultamos un pequeño termómetro que teníamos; el mercurio marcaba 123 grados. De la superficie del agua se levantaba una densa nube de vapor. Alfonso gemía, diciendo que estábamos ya en el purgatorio, lo cual era verdad, aunque no en el sentido en que él lo decía. Sir Enrique opinó que debíamos estar pasando cerca del centro de algún fuego volcánico y por lo que sucedió después creo que tenía razón. No puedo describir lo que sufrimos más tarde. Ya no sudábamos, porque el sudor se había ago-

tado. Estábamos echados en el fondo del bote el que no podíamos dirigir, como si estuviésemos entre el rescoldo é imagino que nuestras sensaciones en aquellos instantes, eran muy semejantes á las del pez que es arrojado á tierra y muere por una lenta sofocación. Nuestra piel comenzó á abrirse y la sangre á agitarse en la cabeza como el golpeo de una máquina de vapor.

Esto había durado algún tiempo cuando repentinamente el río volteó un poco, y oí á Sir Enrique hablar en la proa con voz ronca y temblorosa; mirando hacia adelante vi una cosa maravillosa y pavorosa á la vez. Á una media milla delante de nosotros, á la izquierda del centro de la corriente del río, que tenía según pudimos ver, noventa pies de anchura, una especie de pilar de llamas se levantaba desde la superficie del agua á una altura de cincuenta pies, y al llegar á la bóveda se extendía en un diámetro de cuarenta pies volviendo á caer en encorvadas hojas de fuego, imitando á los pétalos de una rosa completamente abierta. Á nada se semejaba esto tanto como á una gran rosa de fuego que se levantaba de las negras aguas. Abajo estaba el tallo recto y como de un pie de grueso y encima la pavorosa flor. ¿Quién podrá describir su fiera y espantosa belleza? No seré yo ciertamente. Aunque estábamos á quinientas yardas de ella, no obstante el vapor, toda la caverna estaba iluminada y pudimos ver que la bóveda se levantaba á cuarenta pies encima de nosotros y había sido pulida por el agua. La roca era negra y aquí y allá se veían largas líneas brillantes que corrían como grandes vetas, pero no sé de qué metal serían.

Nos precipitábamos hacia el pilar de fuego que flamea-

ba con más fuerza que un horno encendido por el hombre. "Dirigid el bote á la derecha, Quatermain, á la derecha," murmuró Sir Enrique y luego lo vi caer sin sentido. Alfonso se había desmayado ya. Good estaba próximo á que le sucediera lo mismo. Yacían allí como muertos. Sólo Pico Duro y yo conservábamos nuestros sentidos. Estábamos é cincuenta yardas del pilar y vi que la cabeza del Zulú se inclinó sobre sus manos. También él se había desmayado ya, quedando yo solo. No podía respirar; el calor me secaba. En una gran extensión alrededor de la rosa de fuego, la roca estaba roja. La madera del bote casi ardía. Vi que las plumas de uno de los cisnes comenzaba á encogerse y arrugarse; pero no hice caso. Sabía que si pasábamos á tres ó cuatro yardas del pilar pereceríamos miserablemente. Cogí con aire feroz el remo para dirigir la canoa tan lejos de él como fuese posible.

Parecía que los ojos se me iban á salir de las órbitas y al través de mis cerrados párpados podía ver aquella fuerte luz. Estábamos casi en frente de ella. Todo rugía como los fuegos del infierno y el agua hervía furiosamente alrededor.

Cinco segundos transcurrieron. Habíamos pasado. Oí el ruido detrás de mí.

Entonces yo también caí sin sentido. Lo primero que recuerdo fué un soplo de aire sobre mi rostro. Abrí los ojos con gran dificultad. Miré hacia arriba. Allá á lo lejos estaba la luz: alrededor de mí negras sombras. Luego recordé bien y miré. La canoa flotaba aún sobre el río y en el fondo de ella yacían las desnudas formas de mis compañeros. ¿Estarán muertos? me preguntaba.

¿ Habré quedado solo en este pavoroso lugar? No lo sabía. Pronto empecé á sentir una sed ardiente. Metí la mano en el agua é inmediatamente la saqué adolorida. Casi toda la piel del dorso estaba quemada. El agua estaba fría, bebí algunos cuartillos y me rocié. Mi cuerpo parecía absorber el líquido como una pared de ladrillo absorbe la lluvia después de una gran sequía; pero al tocar mis quemaduras me causaba un dolor intenso. Entonces me acordé de los demás, y arrastrándome hacia ellos con dificultad, les rocié con agua, y con gran alegría mía comenzaron á recobrarse, Pico Duro primero y después los demás. Luego bebieron, absorbiendo el agua como esponjas. Después, sintiendo frío, raro contraste, comenzamos á vestirnos. Así que estuvimos vestidos, Good examinó la canoa: estaba llena de ampollas á causa del calor y en partes carbonizada. Good decía que si hubiera sido hecha como se acostumbra en los países civilizados, las tablas se habrían torcido, dejando penetrar el agua y entonces se hubiera hundido; pero afortunadamente estaba hecha de un solo trozo de álamo, teniendo sus costados tres pulgadas de grueso y el fondo cuatro. Nunca pudimos saber á qué debía su origen aquella llama: yo supuse que había en aquel paraje un agujero, en el lecho del río, al través del que salía allí de las entrañas de la tierra una gran cantidad de gas. Cómo llegó á encenderse no lo sabré decir, tal vez sería por la explosión expontánea de los gases mefíticos.

Luego que descansamos un poco nos pusimos á trabajar para salir de aquel lugar. He dicho que arriba había luz y examinándola bien nos cercioramos de que venía del firmamento. Nuestro río que era, según dijo Sir Enrique,

la realización literal de la salvaje vision del poeta,* no era ya subterráneo, sino que proseguía su curso, no por cavernas que el hombre no ha medido, sino entre dos espantosos acantilados de más de dos mil pies de altura. Eran tan altos que aunque el firmamento se veía estábamos rodeados de oscuridad, no de tinieblas, sino de la oscuridad que puede observarse en un cuarto cerrado á donde no penetra la luz del día. Á uno y otro lado se levantaban los horribles y repugnantes acantilados hasta que la vista se desvanecía al tratar de medir su inmensa altura. El pequeño espacio de cielo que marcaba donde terminaban, aparecía como un hilo azul sobre la oscuridad que no era suavizada por algún árbol ó reptil. Aquí y allá crecían lúgubremente, en algunos pedazos de tierra, líquenes cenicientos que colgaban inmóviles de la roca, como la blanca barba de un muerto. Parecía que sólo la hez de la luz había llegado al fondo de este espantoso lugar. Ningún rayo brillante podía alcanzar allí, moría muy arriba, encima de nosotros. Fuera del lecho del río había una pequeña playa, formada de redondos fragmentos de roca, pulidos por la constante acción del agua, los que la hacían aparecer como sembrada de millares de balas de cañón. Cuando el agua del río subterráneo subía, la playa desaparecía ó quedaba muy reducida entre la orilla y los acantilados; pero ahora quedaba descubierto un espacio de siete ú ocho yardas. Resolvimos desembarcar en esta playa, para descansar de nuestras fatigas y extender las piernas. Era un lugar horrible; pero proporcionaría una tregua á nuestros

* En Kubla Kahn un río se desliza
Por cavernas que el hombre no ha medido,
Y bajo un mar dó no penetra el sol.

terrores y permitiría reparar y arreglar la canoa. En consecuencia, elegimos el lugar que nos pareció más favorable, y aunque con alguna dificultad acercamos la canoa á la playa y saltamos sobre aquellos guijarros redondos é inhospitalarios.

"Por mi nombre," dijo riéndose Good que saltó primero á tierra, "qué lugar tan espantoso; es suficiente verlo para sufrir un ataque."

Inmediatamente una voz que parecía la del trueno repitió sus palabras cien veces. "Para sufrir un ataque —¡Ja! ¡ja! ¡ja! Un ataque—¡Ja! ¡ja! ¡ja!" respondían otras voces desde lo alto del acantilado. ¡Un ataque! ¡un ataque! ¡un ataque! repetía una voz después que otra arrojaba las palabras con el ruido de una espantosa risa, á los invisibles labios de otra, hasta que todo el lugar resonó con las palabras y con los gritos de una diabólica alegría, que al fin cesó tan repentinamente como había empezado.

"Mon Dieu," gritó Alfonso, perdiendo la poca presencia de ánimo que poseía.

"Mon Dieu, Mon Dieu, Mon Dieu," tronaron, gritaron y gimieron los titánicos ecos en todos los tonos imaginables.

"Ah," dijo Pico Duro con calma, "veo claramente que aquí habitan los diablos. Bien; el lugar es muy apropiado para ellos."

Traté de explicarle que la causa de todo ese vocerío, era el eco tan notable como interesante; pero no quiso creerme.

"Ah," continuó, "yo distingo un eco al oírlo. Había uno que vivía enfrente de mi kraal en Zululand y las In-

tombis (doncellas) acostumbraban platicar con él. Pero si el que oímos es un eco bien desarrollado, el de mi kraal debe ser solamente un nene. No, no, los diablos habitan aquí. Pero me importa poco," añadió tomando un polvo de rapé. "Podrán repetir lo que decimos, pero no son capaces de hablar por su cuenta ni se atreven á mostrar sus rostros." Calló y en apariencia no prestó ya más atención á unos enemigos tan despreciables.

Determinamos, después de esto, hablar en voz muy baja; porque era realmente insufrible que cada palabra fuese proferida y arrojada aquí y allá, como una pelota.

Pero aun nuestros murmullos resonaban en las rocas misteriosamente, hasta que al fin morían disminuyéndo poco á poco. Los ecos son deliciosos y románticos, pero nosotros, en aquel lugar, estábamos hastiados de ellos.

Tan pronto como descansamos un poco sobre las redondas piedras, nos lavamos y curamos nuestras quemaduras como mejor pudimos. Teniendo poco aceite para la linterna, no pudimos disponer de él para este fin, así es que desollamos uno de los cisnes y empleamos la grasa del pecho, que reemplazó bien al aceite. Volvimos á cargar la canoa y tomamos algún alimento, del que como se comprenderá teníamos necesidad, porque nuestro desmayo había durado muchas horas y era ya mediodía. Nos sentamos en rueda y empezamos á engullir nuestra comida fría con el mejor apetito que pudimos mostrar, el que por mi parte no era mucho, pues me sentía débil y enfermo después de los sufrimientos de la noche anterior y además tenía un dolor de cabeza atroz. Fué una comida curiosa; la oscuridad era tan intensa que apenas se podía ver para cortar nuestro alimento y

llevarlo á la boca. Comimos regular á pesar de que la carne estaba corrompida por el calor al través del cual había pasado. Al mirar hacia atrás, porque me llamó la atención un ruido de algo que se arrastraba sobre las piedras, percibí sobre una roca detrás de mí, una gran especie de cangrejo negro, cinco veces más grande que los cangrejos comunes. Este deforme y asqueroso animal, tenía los ojos salientes, antenas muy largas y flexibles y gigantescas garras. No era yo el único favorecido con su compañía. De todos lados venían arrastrándose docenas de estos horribles animales, saliendo de entre las piedras ó de los agujeros que había en el acantilado, atraídos por el olor de la comida. Algunos estaban ya muy cerca de nosotros. Su vista me tenía fascinado, hasta que uno de ellos extendió su garra y dió á Good, que estaba descuidado, un pellizco que lo hizo saltar, lanzando un grito que despertó los ecos salvajes de la caverna. Precisamente entonces otro muy grande cogió las piernas de Alfonso y el lector puede imaginarse la escena á que esto dió lugar. Pico Duro tomó su hacha y quebró la concha de uno que empezó á chillar, repitiendo sus chillidos los ecos millares de veces, y á arrojaba espuma por la boca, lo que atrajo centenares de sus amigos que salían de esquinas y agujeros no vistos. Percibiendo que estaba herido cayeron sobre él, como los acreedores en una bancarota, y literalmente lo destrozaron miembro por miembro con sus largas pinzas y lo devoraron; empleando las garras para llevar los fragmentos á la boca. Cogiendo las armas que teníamos más á la mano, como los remos y piedras, empezamos á combatir con los mónstruos, cuya peste era insufrible. Aquellos animales no se limitaban á esto.

Cuando podían nos daban un buen pellizco ó procuraban robarse la carne. Uno muy grande cogio el cisne que habíamos desollado y comenzó á arrastrarlo. Inmediatamente una veintena se precipitó sobre la presa y entonces principió una escena repugnante. Los mónstruos echaban espumarajos, chillaban y desgarraban la casne, luchando unos con otros. Era un cuadro asqueroso y sobrenatural (que recordaré hasta el último día de mi vida), realzado con las profundas tinieblas y el incesante ruido de los ecos diversos y formidables. Extraño parecerá decir que había algo humano en estas diabólicas criaturas, como si todas las malas pasiones y deseos del hombre se hubiesen encerrado en la concha de un cangrejo y vuéltole loco. Eran horriblemente valerosos é inteligentes y parecía que comprendían. La escena habría podido suministrar materiales para un canto del *Infierno del Dante*, como decía Curtis.

"Larguémonos de aquí, camaradas, ó nos volveremos locos," gritó Good y pronto seguimos el consejo. Impeliendo la canoa, alrededor de la cual se arrastraban centenares de cangrejos, que hacían vanos esfuerzos para trepar á ella desde las rocas, remanos con fuerza y llegamos á la mitad del río dejando atrás los restos de nuestra comida y la chilladora, espumante y apestosa masa de los mónstruos en plena posesión de aquel terreno.

"Son los diablos de este lugar," dijo Pico Duro con el aire de quien ha resuelto un problema, y bajo mi palabra estoy casi inclinado á pensar como él.

Las observaciones de Pico Duro eran como su hacha, siempre se dirigían al caso.

"¿Qué haremos?" dijo Sir Enrique sombríamente.

"Navegar," le respondí y efectivamente navegamos. Durante toda la tarde y parte de la noche flotamos bajo la lejana línea azul del firmamento, conociendo apenas cuándo terminaba el día y cuándo comenzaba la noche, porque la diferencia no se notaba en aquella oscuridad, hasta que al fin Good señaló una estrella que se veía encima de nosotros, y no teniendo otra cosa que hacer la observamos con gran interés. De pronto desapareció, las tinieblas se hicieron más intensas y un sonido que nos era ya familiar llenó el aire. "Otra vez en lo subterráneo," dije suspirando al levantar la lámpara. Sí, no había lugar á duda. Vi la bóveda encima de nosotros. La hendidura había terminado y el túnel comenzaba otra vez. Entonces principió otra larga noche, llena de peligros y de terror. Describir todos los incidentes que durante ella tuvieron lugar sería cansado, sólo diré que como á media noche nuestra canoa chocó en una gran roca saliente en medio del río, por lo que estuvimos á puntos de volcarnos y ahogarnos. Sin embargo logramos escapar y proseguimos nuestra extraña ruta. Así pasaron las horas hasta las tres de la mañana. Sir Enrique, Good y Alfonso estaban dormidos; Pico Duro estaba en la proa con el remo y yo en la popa, cuando noté que la anchura del río había aumentado considerablemente. Entonces oí una exclamación de Pico Duro, después el ruido de ramas que se rompen y por último vi que la canoa pasaba al través de arbustos colgantes ó plantas trepadoras. Un minuto después una ráfaga de aire libre bañaba mi rostro, y sentí que habiendo salido del túnel flotábamos sobre un agua clara.

Digo sentí, porque nada podía verse, pues las tinieblas

eran profundas como acontece poco antes del alba. Pero esto no pudo enfriar mi gozo. Habíamos salido de aquel espantoso río y fuera cual fuese el punto á donde hubiésemos llegado debíamos estar contentos. Me senté á respirar el suave aire de la noche y esperé la aurora con toda la paciencia de que soy capaz.

CAPÍTULO XI

LA GRAN MILOSIS (CIUDAD AMENAZADORA Ó CEÑUDA)

Esperé cosa de una hora (habiéndose ido Pico Duro á dormir un rato), hasta que al fin el Este se puso gris y empezó á moverse la niebla sobre la superficie del agua, como fantasmas de olvidadas tumbas. Los vapores se levantaban de su lecho de agua para saludar al sol. El color gris tornóse color de rosa y el color de rosa en rojo. Después espléndidas líneas de luz saltaron del Este y entre ellas llegaron apresurados los mensajeros de la aurora, disipando los fantásticos vapores y despertando las montañas con un beso, al pasar de una línea á otra y de una á otra longitud. Un momento después se abrieron las puertas de oro, y el sol como un novio salío de su cámara lleno de gloria y majestad con sus diez millones de rayos, haciendo huir á la noche: ya era dedía.

Nada podía ver bien claro excepto el cielo azul, porque sobre el agua había una espesa niebla que cubría toda la superficie como si sobre ella se hubieran esparcido grandes copos de algodón. Poco á poco, sin embargo, el sol absorbió las nieblas y entonces vi que flotábamos sobre una hermosa sábana de agua azul cuya orilla no pude descubrir. Se estrechaba ocho ó diez millas detrás de nosotros y la vista podía percibir una hilera de colinas escarpadas

al través de las cuales indudablemente venía á desembocar en agua libre el río subterráneo. Después me cercioré de esto, así como de que la fuerza y la corriente del misterioso río eran tan extraordinarias que aun á esta distancia la canoa se movía á su impulso.

Luego yo, ó más bien Pico Duro, que acababa de despertar, descubrió otra señal de esto, y en verdad que fué una muy desagradable. Viendo un objeto blanquizco sobre el agua, el gran Zulú llamó mi atención hacia él y con unos cuantos golpes de remo acercamos la canoa, reconociendo que era un cuerpo humano que flotaba boca abajo. Esto era triste, pero imaginaos mi horror cuando Pico Duro con el remo lo volvió boca arriba y reconocí las facciones de nuestro pobre sirviente que se había ahogado dos días antes en el río subterráneo. Su vista me entristeció mucho. Pensaba que lo habíamos dejado atrás para siempre, ¡y miradlo! arrastrado por la corriente había hecho con nosotros este espantoso viaje, y con nosotros había llegado á su fin. Su vista causaba pavor. Había sido negro, ahora era de un blanco lívido, porque el agua caliente le había arrancado la epidermis. También llevaba señales de haber tocado el pilar de fuego, porque uno de los brazos y los cabello estaban quemados. Sus facciones conservaban aquel aire de desesperación que yo había visto cuando el pobre hombre fué atraído por la corriente. Realmente me acobardó su vista y vi con alegría que el cuerpo empezó á sumergirse, como si después de haber cumplido la misión que tenía, se retirase. La verdadera causa fué sin duda que, vuelto boca arriba, los gases pudieron salir libremente. Entre las trasparentes aguas pudimos seguir su camino hasta que una larga hilera de

burbujas de aire que salían á la superficie fué lo único que pudo verse. Al fin también las burbujas desaparecieron y ninguna huella quedó de nuestro pobre sirviente. Pico Duro observaba con aire pensativo el cuerpo que se sumergía.

"¿Por qué nos acompañó?" dijo. "Este es un mal presagio para ti y para mí, Macumazahn," y rióse.

Yo le miré enojado, porque no me agradan estas conversaciones. Si algunas gentes tienen estas ideas deben guardárselas para sí. Aborrezco á los que hablan siempre de sus desagradables presentimientos, ó que cuando sueñan que han visto á un ahorcado ú otras cosas horribles, insisten en referiros sus sueños á la hora del almuerzo, aun cuando para ello tengan que madrugar.

Precisamente entonces despertaron los demás y comenzaron á regocijarse al ver que habíamos salido del espantoso río y que una vez más nos encontrábamos bajo el límpido cielo. Hubo muchas pláticas y proyectos acerca de lo que debíamos hacer, siendo el fin de todo esto que teniamos mucha hambre y nada nos había quedado que comer, excepto algunas migajas de *biltong* (carne seca de gamo), habiendo abandonado todo lo que quedaba de nuestras provisiones á aquellos horrorosos cangrejos; determinamos buscar la playa y con excepción de los acantilados, al través de los que desembocaba el río subterráneo nada se veía sino una ancha expansión de agua. Observando que las aves acuáticas venían volando de nuestra izquierda, dedujimos que avanzaban desde sus nidos á pasar el día en el lago, y en consecuencia dirigimos el bote hacia el rumbo de donde venían y empezamos á remar. Poco después empezó á soplar una fuerte brisa en la dirección

que necesitábamos. Improvisamos una vela con una manta y el remo, y navegamos alegremente. Hecho esto devoramos los restos de nuestro *biltong*, lavado con agua dulce del lago, encendimos nuestras pipas y esperamos los acontecimientos.

Habiendo navegado una hora, Good, que estaba examinado el horizonte con el anteojo, anunció gozosamente que veía tierra y que por el cambio de color en el agua creía que debíamos estar próximos á la boca de un río. Un minuto después percibimos una gran cúpula dorada, semejante á la de San Pablo, sobresaliendo entre las nieblas de la mañana y mientras discutíamos lo que sería, Good nos comunicó otro descubrimiento aun más importante, y era un pequeño bote de vela que avanzaba hacia nosotros. Esta noticia nos confundió. Que los indígenas de este lago desconocido comprendieran el arte de la navegación con velas, parecía demostrar que poseían alguna civilización. Poco después vimos claramente que el ocupante ú ocupantes del bote se dirigían hacia nosotros. Durante un momento el bote se detuvo; pero después vino á encontrarnos con gran velocidad. Á los diez minutos estaba á unas cien yardas y pudimos ver que era un bote, no una canoa como la nuestra, construído poco más ó menos como los botes Europeos, con tablas, llevando una vela grande para su tamaño. Nuestra atención paso pronto del bote á su tripulación, que se componía de un hombre y una mujer, casi tan blancos como nosotros.

Nos miramos con asombro, creyendo que nos habíamos equivocado; pero no, no había duda acerca de ello. No eran hermosos, pero decididamente eran blancos, tan

blancos como los españoles ó los italianos. Era un hecho. Conducidos misteriosamente por Un Poder superior á nosotros, habíamos descubierto este maravilloso pueblo. Estuve á punto de gritar de gozo al pensar en la gloria que habíamos alcanzado; todos nos estrechamos las manos y nos congratulábamos por el inesperado éxito de nuestra expedición. Toda mi vida había oído rumores de que existía una raza blanca en las tierras altas del interior de este vasto continente y deseaba cerciorarme de ello, y he aquí que ahora la veía con mis propios ojos, enmudecido. Verdaderamente como dijo Sir Enrique, el antiguo romano tuvo razón al escribir: "*Ex África semper aliquid novi*," lo que quiere decir que respecto del África siempre se encuentra algo nuevo.

El hombre del bote era de buen porte aunque no muy hermoso, y tenía negros cabellos, facciones regulares aguileñas y un rostro inteligente. Estaba vestido con un traje de paño moreno, que parecía una camisa de franela sin mangas y un sayo corto de la misma tela. Las piernas y los pies estaban desnudos. Alrededor del brazo derecho y de la pierna izquierda llevaba gruesos anillos de metal amarillo, que supuse serían de oro. La mujer tenía el rostro dulce y circunspecto, grandes ojos y pelo castaño rizado. Su vestido estaba hecho de los mismos materiales que el del hombre, y consistía, según descubrimos después, en una tira de paño de cuatro pies de ancho y quince de largo, enredada á su cuerpo, formando graciosos pliegues, y uno de los extremos, pintado de azul, púrpura ú otro color, según la condición social de la que lo llevaba, colgando sobre el hombro izquierdo, de suerte que el pecho y el brazo derecho quedaban completamente des-

nudos. Es imposible ver un trage más adecuado, especialmente cuando, como en el presente caso, la que lo lleva es joven y bonita. Good que tiene buen gusto para esto, estaba contentísimo y yo también. Era muy sencillo ; pero muy hermoso trage.

Si nosotros estábamos asombrados á la vista del hombre y la mujer, era claro que ellos lo estaban más al vernos. El hombre parecía estar sobrecogido de temor y asombro ; por un rato estuvo dando vueltas alrededor de nuestra canoa sin querer aproximarse. Al fin se puso á una distancia á que pudiéramos oírle y nos habló en un lenguaje bastante dulce y agradable, pero del que nada pudimos entender. Le hablamos en Inglés, Francés, Latín, Griego, Alemán, Zulú, Holandés, Sisutu, Kukuana y otros dialectos indígenas, que conozco, pero ninguno de estos idiomas, que parecían más ásperos que el suyo, comprendió nuestro hombre. En cuanto á la muchacha estaba muy ocupada en mirarnos y Good le correspondía viéndola al través de su monóculo, lo que no parecía disgustarle. En fin no pudiendo entendernos, el hombre dirigió su bote hacia la playa, deslizándose sobre el agua como una sombra. Pasando cerca de nosotros el hombre nos volvió la espalda para atender á la gran vela, y Good, aprovechando esta oportunidad, dirigió un beso con la mano á la muchacha. Temí que ella se ofendiese ; pero por fortuna no sucedió así, porque mirando primero alrededor para asegurarse de que su marido, hermano ó lo que fuese, estaba ocupado, besó prontamente el dorso de su mano.

"Ah," dije. "Parece que hemos encontrado al fin un lenguaje que entienden las gentes de este país."

"En cuyo caso," dijo Sir Enrique, "Good será un buen intérprete."

Me puse serio, porque no apruebo las frivolidades de Good y él lo sabe, y cambré la conversación á cosas más formales.

"Me parece," dije, "que ese hombre volverá pronto con algunos de sus amigos, así es que debemos prepararnos lo mejor que podamos para recibirlos."

"La cuestión es cómo nos recibirán ellos," dijo Sir Enrique.

En cuanto á Good nada dijo y comenzó á sacar de debajo de un montón de objetos una pequeña caja cuadrada, que nos había acompañado durante nuestro viaje. Con frecuencia habíamos hecho notar á Good que esa caja de estaño era inútil y jamás había dicho nada acerca de su contenido; pero había insistido en llevarla, diciendo misteriosamente que algún día podría ser útil.

"¿Qué váis á hacer, Good?" le preguntó Sir Enrique.

"Á vestirme. Creo que no pensaréis que me presente en un nuevo país con estos andrajos," y señaló su vestido manchado, que sin embargo, como todo lo que pertenecía á Good, estaba muy aseado, con todas sus roturas cuidadosamente remendadas.

Nada dijimos y observamos sus procedimientos con gran interés. Lo primero que hizo fué ordenar á Alfonso, que era competente en esta materia, que le arreglase el cabello y la barba. Creo que si hubiera tenido á mano agua caliente y jabón se habría ofeitado, pero no lo tenía. Hecho esto propuso que quitásemos la vela de la canoa y tomásemos un baño, lo que hicimos con gran horror y

asombro de Alfonso, que levantaba los brazos, exclamando que los Ingleses eran en verdad gente maravillosa. Pico Duro, que como los Zulús de buena educación, era escrupulosamente limpio en su persona, no sabiendo nadar, nos contemplaba muy divertido. Volvimos á la canoa muy frescos con el baño de agua fría y nos sentamos á secarnos al sol, mientras Good abriendo su caja de estaño, sacó una blanca camisa limpia, como si acabara de salir de una de las lavanderías de Londres y después un paquete, envuelto primero en papel corriente, luego en papel blanco y finalmente en papel plateado. Observamos este trabajo con el más vivo interés. Good quitó una por una las envolturas que ocultaban su tesoro, doblando cuidadosamente y volviendo á colocar cada pedazo de papel conforme lo desenvolvía, hasta que al fin aparecio con sus charreteras de oro, galón y botones un uniforme completo de Comandante de la Real Armada, una espada de gala, sombrero montado, botas de lustroso cuero, etc. Nos quedamos con la boca abierta.

"Qué," decíamos, "¿os vais á poner ese vestido?"

"Seguramente," respondió con tranquilidad; "ya sabéis cuánto vale la primera impresión, especialmente cuando hay señoritas. Uno de nosotros al menos debe presentarse bien vestido."

Nada dijimos: estábamos enmudecidos, especialmente al considerar la artificiosa manera con que Good había ocultado el contenido de la caja, durante tantos meses. Solamente le indicamos que se pusiese bajo la camisa su cota de malla. Replicó que temía que esto ocasionase el que su chaleco no le sentase bien, pero al fin consintió en tomar esta precaución. Lo más divertido de todo era ver

el asombro de Pico Duro y la alegría de Alfonso, durante la trasformación de Good. Cuando concluyó de vestirse, ostentándo sus medallas sobre el pecho y se contempló en las aguas del lago, como lo hizo aquel caballero de la historia antigua, cuyo nombre no recuerdo, pero que se enamoró de su propia sombra, el viejo Zulú no pudo contener sus emociones.

"Oh, Bougwan," dijo. "Oh, Bougwan, siempre había pensado que tú eras un hombre feo, pequeño y gordo, gordo como una vaca preñada, y ahora estás como un grajo azul cuando se pavonea. Al mirarte, Bougwan, deslumbras mi vista."

Á Good no le agrado mucho esta alusión á su gordura, que por otra parte no era merecida, porque el continuo ejercicio le había hecho enflaquecer mucho; pero quedó muy satisfecho con la admiración de Pico Duro. En cuanto á Alfonso estaba fuera de sí de alegría.

"Ah, *Monsieur* tiene una hermosa figura, el aire de un guerrero. Así lo dirán las señoritas cuando lleguemos á la playa. *Monsieur* está de gala; me hace recordar á mi heróico abuelo. . . ."

Detuvimos á Alfonso en su charla.

Al contemplar las bellezas que Good nos había revelado, la emulación se apoderó de nosotros, y nos preparamos para presentarnos lo mejor que pudiésemos. Lo más que podíamos hacer era arreglar nuestros vestidos de caza de los cuales teníamos uno cada uno, guardando bajo de ellos nuestras cotas de malla. En cuanto á mi apariencia, los vestidos más hermosos del mundo sólo podían hacerla despreciable é insignificante; pero Sir Enrique parecía lo que es, un hombre magnífico, con su vestido

lijero, botas y polainas. Alfonso trabajó para arreglar sus enormes bigotes. Aun el Pájaro Carpintero, que no era aficionado al adorno de su persona, tomó un poco de aceite de la linterna y una estopa y limpió su anillo hasta que brilló tanto como las botas de Good. Se puso la cota de malla que Sir Enrique le había dado y su "moocha" y habiendo limpiado á Inkosi-kaas quedó ya listo.

Habiendo izado la vela después de habernos bañado, habíamos estado avanzando todo este rato hacia tierra ó más bien hacia la embocadura de un gran río. Como hora y media después de habernos dejado el pequeño bote, vimos salir del río ó puerto un gran número de botes de diez á doce toneladas formados en hilera. Uno de ellos era impulsado por veinticuatro remeros y muchos de los demás navegaban á la vela. Mirando con el anteojo vimos que el bote de los remeros era un bajel oficial, vestida su tripulación con una especie de uniforme, mientras que en el medio estaba en pie un anciano de venerable apariencia, con una gran barba blanca, y una espada en la cintura; era evidentemente el jefe de la embarcación. Los otros botes estaban ocupados por personas atraídas por la curiosidad y remaban ó navegaban á la vela hacia nosotros con la mayor velocidad que podían.

"Llegó el momento," dije. "¿Qué sucederá? ¿Nos recibirán como amigos ó nos quitarán la vida?"

Ninguno pudo contestar esta pregunta, y yo estaba en ascuas porque no me gustaba la apariencia del caballero anciano ni lo de la espada.

Entonces Good vió unos hipopótamos sobre el agua á unas doscientas yardas de nosotros, é indicó que no sería malo impresionar á aquellas personas con una prueba de

nuestro poder, cazando, si era posible, alguno de aquellos animales. Esto desgraciadamente nos pareció bien; en consecuencia cogimos nuestros rifles y nos preparamos para la acción. Había cuatro hipopótamos: un macho viejo, una hembra y dos pequeñuelos. Nos acercamos á ellos sin dificultad, contentándose los animales con sumergirse en el agua y salir otra vez á unas cuantas yardas más lejos. Su excesiva domesticidad me chocó. Cuando los botes estaban á una distancia de quinientas yardas, Sir Enrique rompió el fuego, disparando sobre uno de los animales pequeños. La pesada bala le dió entre los ojos y destrozándole el cráneo lo mató, hundiéndose y dejando tras de sí un reguero de sangre. En el mismo momento tiré á la hembra y Good al macho. Mi tiro hirió al animal, pero no mortalmente; el hipopótamo se hundió haciendo saltar el agua, reapareciendo poco después, dando resoplidos, gruñendo ferozmente y enrojeciendo con su sangre el agua alrededor: entonces lo maté con otro tiro. Good, que es un detestable tirador, dió al macho en la cabeza, rozándole simplemente un lado de la cara al pasar la bala. Después de haber disparado mi segundo tiro, percibí que las gentes, entre las cuales habíamos caído, desconocían evidentemente las armas de fuego, porque la consternación, que nuestros tiros y su efecto sobre los animales causaron, era prodigiosa. Unos gritaban de terror, otros huyeron violentamente, y aun el caballero anciano que llevaba la espada parecía asombrado y alarmado, y detuvo su embarcación. Poco tiempo tuvimos para observarlos, porque el macho, furioso á causa de la herida que había recibido, se levantó ahullando á unas cuantas yardas de nosotros. Hicimos fuego, hiriéndole en varias

partes y se sumergió mal herido. La curiosidad de nuestros espectadores empezó á sobreponerse á su miedo, y algunos de ellos se acercaron á nosotros, entre ellos estaban el hombre y la mujer que habíamos visto un par de horas antes, los que se detuvieron casi á nuestro lado. El gran hipopótamo se levantó otra vez á unas diez yardas del bote en que estaban ellos y se dirigió á él furiosamente con el hocico abierto, rugiendo de ira. La mujer gritó aterrorizada y el hombre procuró alejar su bote, pero sin éxito. Un segundo después vi las rojas quijadas y brillantes colmillos junto á la frágil embarcación, dándole una enorme dentellada. El bote se volcó, dejando á los que lo ocupaban luchando en el agua. Antes de que pudiésemos hacer algo por salvarlos, el furioso animal se dirigió con el hocico abierto hacia la pobre muchacha que luchaba entre el agua. Levantando mi rifle en el momento en que hipopótamo iba á asirla, disparé por encima de su cabeza á la garganta del mónstruo. Lo herí mortalmente y empezó á dar vueltas resoplando y arrojando chorros de sangre por las narices. Antes de que pudiera recobrarse le dirigí otro tiro á un lado de la garganta, que acabó de matarlo. Sin hacer ya ningún movimieto se hundió instantáneamente. Nuestros esfuerzos se dirigieron entonces á salvar á la muchacha, porque el hombre había llegado nadando á otro bote; lográndolo afortunadamente y colocándola en nuestra canoa, entre los murmullos de los espectadores, cansada y asustada, pero ilesa.

Entre tanto los demás botes se habían reunido y pudimos ver á los que los ocupaban, que estando evidentemente muy asustados, se consultaban lo que debían hacer. Sin darles tiempo para que pensasen, porque temimos que

el resultado fuese desfavorable para nosotros, remamos y avanzamos hacia ellos, estando Good en la proa, con su sombrero en la mano, haciendo políticos saludos en todas direcciones, animadas sus facciones con una sonrisa amable é inteligente. Muchas de las embarcaciones retrocedieron al avanzar nosotros, pero otras permanecieron donde estaban, mientras el bote grande vino á encontrarnos. Inmediatamente nos colocamos á su lado y noté que nuestra apariencia, especialmente la de Good y Pico Duro, llenaban al venerable jefe de asombro no exento de temor. Estaba vestido lo mismo que el hombre que vimos primero, sólo que su camisa no estaba hecha de paño moreno, sino de lino blanco y los ribetes de púrpura. El sayo era lo mismo y también los gruesos anillos de oro alrededor del brazo y bajo la rodilla izquierda. Los remeros llevaban solamente una especie de enaguas cortas, estando desnudos sus cuerpos hasta la cintura. Good, quitándose su sombrero, saludó políticamente al caballero, informándose de su salud en el más correcto Inglés, á lo que contestó extendiendo horizontalmente los dos primeros dedos de la mano derecha junto á los labios y teniéndolos allí un momento, lo que conjeturamos sería la manera de saludar. Nos dirigió algunas palabras con aquel acento dulce que habíamos admirado en el primer hombre que encontramos, y nos vimos precisados á indicarle que no le entendíamos moviendo la cabeza y levantando los hombros. Esto último lo hizo Alfonso con tal perfección y con tanta política que ninguno pudo tomarlo como una ofensa. Hubo algunos momentos de pausa, hasta que sintiendo mucha hambre, procuré darme á entender, abriendo la boca y frotándome el estómago.

El anciano caballero comprendió bien estas señales, porque inclinó la cabeza y nos señaló el puerto. Al mismo tiempo uno de los botes empezó á caminar sirviéndonos de guía y nos pusimos en marcha.

El bote principal nos llevó de remolque con gran rapidez hacia la desembocadura del río, acompañados por todos los otros botes. En cerca de veinte minutos llegamos á la otra entrada del puerto que estaba atestada de botes llenos de gente que había salido á vernos. Observamos que todos los que los ocupaban, eran más ó menos del mismo tipo, aunque había algunos más hermosos que otros. Vimos algunas señoritas, cuyo cutis era de la más deslumbrante blancura, y el color más oscuro que vimos entre ellos fué el color atezado de los Españoles. Inmediatamente el ancho río se presentó á nuestros ojos y una exclamación de asombro y de delicia salió de nuestros labios al ver la población, que después supimos se llamaba La Gran Milosis (ciudad amenazadora ó ceñuda).

Á quinientas yardas de la orilla del río se levantaba un precipicio de granito de doscientos pies de altura, que en otro tiempo sin duda había formado la orilla; el espacio intermediario de tierra se había utilizado para diques y caminos, habiéndose ganado desecando, profundizando y encauzando el río.

Encima de este precipicio estaba una gran costrucción del mismo granito que formaba la escarpadura, fabricada sobre tres de los lados de un cuadrado, estando el cuarto lado abierto y en él había una especie de muro almenado con una pequeña puerta en su base. Después supimos que este imponente lugar era el palacio de la reina ó más bien de las reinas. Á la espalda del palacio la ciudad se

extendía graciosamente hacia un espléndido edificio de mármol blanco, coronado por la cúpula dorada que ya habíamos observado. Con excepción de este edificio, toda la ciudad estaba construída con granito rojo, formando cuadras regulares con hermosas calles entre ellas. Según vimos, todas las casas eran de un sólo piso, separadas, unas de otras, con jardines alrededor, lo que daba algún descanso á la vista fatigada por el brillo del granito rojo. Detrás del palacio se extendía un camino de extraordinaria anchura, hacia una colina que estaba á milla y media de distancia y parecía terminar en el espacio descubierto que rodeaba al brillante edificio que coronaba la colina. Pero en frente de nosotros estaba la verdadera maravilla y gloria de La Gran Milosis, la inmensa escalera del palacio, cuya magnificencia nos llenó de asombro. Imagínese el lector, si puede, una bella escalinata de sesenta y cinco pies desde una balaustrada á la otra formando dos vastas subidas, cada una con ciento veinticinco escalones de ocho pulgadas de alto por tres pies de ancho, unidas por una meseta de sesenta pies de largo y que se extiende desde el muro del palacio hasta la orilla del precipio, junto á un canal que llega al río. Esta maravillosa escalera estaba apoyada sobre un solo arco enorme de granito, cuya corona formaba la meseta entre las dos subidas. Desde esta bóveda salía un arco volante, ó más bien algo que se semejaba en la forma á un arco volante, como no he visto otro en ningún país, y cuya hermosura sobrepuja á todo lo que es posible imaginar. Trescientos pies medía de un extremo á otro y no menos de quinientos cincuenta la curva que formaba aquel medio arco, remontándose hasta tocar el puente que sostenía á una altura de

cincuenta pies solamente, descansando un extremo sobre la bóveda del arco principal y el otro hundido en el sólido granito del lado del precipicio. Esta escalera con sus sostenes, por su magnitud é incomparable belleza era una obra de la que ningún ser viviente puede enorgullecerse. Cuatro veces se emprendió la obra, que fué comenzada en remotos tiempos, cayó, y entonces fué abandonado por tres centurias á medio concluir, hasta que se presentó un ingeniero joven, llamado Rademas, el que se comprometió, bajo pena de perder la vida, á concluirla satisfactoriamente. Si faltaba á su compromiso sería arrojado desde el precipicio que intentaba escalar; si lo cumplía sería recompensado con la mano de la hija del rey. Se le concedieron cinco años para terminar la obra y cuantos trabajadores y materiales necesitase. Tres veces el arco vino al suelo, hasta que al fin viendo que su pérdida era inevitable, determinó suicidarse al día siguiente de trascurrido el tercer año del plazo. Aquella noche se le presentó en sueños una mujer hermosa que tocó su frente y repentinamente vió una imagen de la obra ya concluída, y vió también entre la obra de albañilería cómo debían ser vencidas las dificultades para terminar el arco volante que hasta entonces habían burlado su ingenio. Entonces despertó y una vez más comenzó la obra, pero bajo un plan diferente, y, ¡miradla! la concluyó, y el último día de los cinco años del plazo, condujo á la princesa su novia por esa escalera al palacio. Naturalmente llegó á ser rey por el derecho de su mujer y fundó la dinastía reinante Zu-Vendi, que hasta hoy se llama la casa de la Escalera, probando esto una vez más que la energía y el talento son las piedras angulares de la grandeza. Para conmemorar su

triunfo, diseñó una estatua que lo representa soñando y una hermosa mujer que le toca la frente, colocándola en el salón del palacio donde existe todavía.

Tal era la escalera de La Gran Milosis y tal la gran ciudad. No es extraño que se le llame ciudad amenazadora ó ceñuda, porque sus inmensas obras de granito parecen ver con ceño, en su sombrío esplendor nuestra pequeñez. Y esto sucede aun cuando el sol brille con toda su fuerza, pero cuando las tempestuosas nubes se reunen sobre La Gran Milosis, parece más bien un lugar sobrenatural, ó algo imaginado por el cerebro de un poeta, que lo que es en realidad: una verdadera ciudad edificada con el granito de la montaña que se encuentra á un lado, por el paciente genio de varias generaciones.

CAPÍTULO XII

LAS REINAS HERMANAS

El gran bote siguió la cortadura que corría casi al pie de la vasta escalinata y entonces hizo alto junto á los escalones que conducían á la meseta. Aquí desembarcó el caballero anciano y nos invitó á hacer lo mismo, lo que, no teniendo otra alternativa y estando casi muertos de hambre, hicimos sin vacilar, tomando antes nuestros rifles. Cuando todos desembarcamos, nuestro guía extendió los dedos sobre sus labios como para saludarnos é hizo una profunda reverencia, ordenando al mismo tiempo retirarse á la gente que se habían reunido para vernos. La última persona en dejar el bote fué la muchacha que habíamos sacado del agua, á la que esperaba su compañero. Antes de irse me besó la mano, supongo que como una prueba de su gratitud por haberla salvado de la furia del hipopótamo. Me pareció que ya no le causábamos miedo y que no deseaba mucho irse con sus legítimos dueños. Sea lo que fuere, iba á besar la mano de Good, como había besado la mía, cuando el joven intervino y se la llevó. Tan luego como estuvimos en la playa algunos remeros del bote grande se apoderaron de nuestras mercancías y bagajes, y subieron con ellos la espléndida escalera, indicándonos nuestro guía por medio de

señas que todo estaba en seguridad. Hecho esto volteó á la derecha, conduciéndonos á una pequeña casa, que según supe después era una posada. Entrando en un cuarto de regular tamaño vimos una mesa servida que presumimos estaría preparada para nosotros. Aquí nuestro guía nos indicó que nos sentásemos en un banco junto á la mesa. No esperamos otra invitación, sino que nos echamos vorazmente sobre las viandas que teníamos delante, las cuales estaban servidas en fuentes de madera, y consistían en carne fría de cabra, envuelta en unas hojas que le daban un sabor delicioso, legumbres verdes que parecían lechugas, pan moreno y vino tinto, sacado de una bota y servido en unas vasijas de cuerno. Este vino era dulce y bueno, teniendo un sabor semejante al del Borgoña. Veinte minutos después de habernos sentado á aquella hospitalaria mesa nos levantamos, sintiéndonos muy fortalecidos. Después de todo lo que habíamos sufrido, necesitábamos dos cosas, alimento y descanso, y el alimento nos había hecho ya recobrarnos. Dos muchachas de rostro tan encantador como la primera que habíamos visto nos sirvieron mientras comíamos y lo hicieron por cierto muy graciosamente. Estaban también vestidas de la misma manera, esto es, con enaguas blancas que bajaban hasta la rodilla y con la especie de toga de paño moreno, dejando desnudos el pecho y el brazo derecho. Más tarde supe que este era el traje nacional, regulado por una ley suntuaria, aunque naturalmente sujeto á variaciones. Así, si la manga era toda blanca, significaba que la que lo llevaba era célibe. Si era blanca con una cinta purpúrea en la orilla, que estaba casada, siendo la primera ó legítima esposa; si la cinta color de púrpura

formaba ondas, que era la segunda ú otra esposa; si la cinta era negra, que era una viuda. También la toga ó "kaf" como la llaman, era de colores diferentes, desde el blanco puro hasta el moreno más oscuro, conforme al rango de la que la usaba, bordada la orilla de diversas maneras. Lo mismo hay que decir respecto de las camisas ó túnicas de los hombres, las que variaban en la materia de que estaban hechas y en el color; pero las mangas eran siempre lo mismo y sólo cambiaban en cuanto á la calidad. Todos los hombres y mujeres llevaban como insignia nacional un grueso anillo de oro en el brazo derecho abajo del codo y otro en la pierna izquierda encima de la rodilla. La gente del alto rango llevaba también un collar de oro alrededor de la garganta, y observé que nuestro guía portaba uno.

Tan pronto como acabamos de comer, nuestro venerable conductor, que todo este rato se había estado en pie mirándonos con curiosidad, y viendo también nuestros fusiles con tanto temor como su orgullo le permitía mostrar, hizo una reverencia á Good, á quien tomó evidentemente por el jefe de la partida á causa de su lujoso atavió, y una vez más nos indicó el camino á través de la puerta, hacia el pie de la magnífica escalera. Aquí nos detuvimos un momento para admirar dos leones colosales, hechos cada uno de un sólo trozo de mármol negro, en actitud rampante, en los extremos de las anchas balaustradas de la escalera. Estos leones estaban magníficamente ejecutados, y se dice que fueron esculpidos por Rademas, el gran principe que diseñó la escalera y el que fué sin duda, á juzgar por las muchas obras de arte que vimos después, uno de los más insignes escultores que ha

vivido, así en este como en cualquiera otro país. Entonces subimos con un sentimiento de temor la espléndida escalera, obra durable que será admirada por muchas generaciones aun no nacidas, si algún terremoto no la derriba. Hasta Pico Duro que en lo general hacía punto de honor el no mostrar asombro, lo cual consideraba como indigno, estaba admirado y me preguntó si "el puente había sido construído por hombres ó por diablos," que era su manera de aludir á un poder sobrenatural. Pero Alfonso no se preocupó de ello. Su sólida grandeza estaba reñida con el frívolo carácter del Francesito que decía, que todo esto era, "*très magnifique, mais triste, ah, triste*," y concluyó por indicar que estaría mejor si las balaustradas fuesen doradas.

Subimos la primera serie de ciento veinte escalones; en la ancha plataforma que la une á la segunda serie nos detuvimos á admirar la espléndida vista de uno de los más hermosos paisajes que el mundo puede mostrar, limitado por las azules aguas del lago. Luego continuámos subiendo hasta que llegamos á un espacio donde había tres entradas, todas de pequeño tamaño. Dos daban á estrechas galerías ó caminos, cortados en frente del precipicio, que se extendían alrededor del palacio y conducían á los principales parajes de la ciudad, y eran usados por los habitantes que subían ó bajaban á los diques. Estaban defendidas por puertas de bronce y también, como supimos después, era posible bajar una parte de los caminos mismos, quitando ciertos cerrojos, imposibilitando así el paso de los enemigos. La tercera entrada se componía de una subida de diez escalones curvos de mármol negro que conducía á la puerta abierta en el muro del palacio. Este

muro era de por sí una obra artística, estando construído con pesadas rocas de granito hasta una altura de cuarenta pies, y de tal manera, que su frente era cóncavo, de suerte que prácticamente era imposible escalarlo. Nuestro guía se dirigió á esta puerta. La puerta, que era muy maciza, hecha de madera y protegida por otra exterior de bronce, estaba cerrada; pero al aproximarnos se abrió y nos encontramos con un centinela que estaba armado con una pesada lanza de hoja triangular, como la de una bayoneta, y una espada, y protegido el pecho y la espalda con láminas de piel de hipopótamo hábilmente preparada y un pequeño escudo redondo del mismo material. Instantáneamente atrajo nuestra atención la espada. Era igual á la que Mr. Mackenzie había obtenido del infortunado vagabundo. No había equivocación; allí estaban las incrustaciones de oro en lo grueso de la hoja. Así es que después de todo, aquel hombre había dicho la verdad. Nuestro guía dió al punto el santo y seña, que el soldado reconoció, dejando caer la espiga de hierro de su lanza que produjo un retintín sobre el pavimento y pasamos al través del macizo muro al patio del palacio. Este era un cuadrado de cuarenta yardas y dividido en lechos de flores, llenos de hermosos arbustos y plantas, muchas de las cuales eran nuevas para mí. Por el centro de este jardín corría una calzada hecha de conchas pulverizadas, traídas del lago, en lugar de cascajo. Siguiéndola llegamos á otra entrada, formada por un pesado arco del cual colgaban gruesas cortinas, porque dentro del palacio no hay puertas. Luego se siguió un pequeño pasillo y entramos en el gran salón del palacio, deteniéndonos asombrados ante la simple y abrumadora grandeza del lugar.

El salón mide ciento diez pies de longitud por ochenta de anchura, y tiene un magnífico techo abovedado de madera esculpida. Abajo en toda la longitud del edificio, hay sobre un lado, á distancia de veinte pies del muro, delgados fustes de columnas de mármol negro que se elevan hasta el techo, primorosamente estriadas y con capiteles esculpidos. Al extremo del lugar que sostiene estos pilares, está el grupo que dijimos fué ejecutado por el rey Rademas, para conmemorar la conclusión de la escalera. Y realmente, cuando tuvimos tiempo de admirarlo quedamos mudos de asombro. El grupo, cuyas figuras son de mármol blanco y el lecho de mármol negro como de la mitad del tamaño natural, representa un joven de noble continente durmiendo sobre un lecho. Un brazo está descuidadamente sobre un lado y su cabeza medio oculta por los rizos de su cabello, reposa sobre el otro. Inclinada hacia él, puesta la mano sobre su frente, está una forma de mujer tan admirable que hace al espectador contener el aliento. En cuanto á la calma celestial que brilla en su perfecto rostro jamás podría describirla. Hay algo parecido á la sonrisa de un ángel, y el amor, el pudor y la divinidad, todo se representa en ella. Sus ojos están fijos en el joven que duerme, y tal vez lo más extraordinario en esta hermosa obra, es el acierto con que el artista ha sabido retratar en el cansado rostro del soñador la nueva idea que empieza á germinar en su pensamiento. Podéis ver que la inspiración va disipando las tinieblas de su alma, como el alba disipa la oscuridad de la noche. Es una notable escultura y sólo un genio pudo haberla concebido. Entre las columnas de mármol negro hay algunos grupos de figuras, ya alegóricos, y representando las per-

sonas de las esposas de los monarcas muertos ó de grandes hombres, pero ninguna, en nuestro concepto, iguala el mérito de la que hemos descrito, aunque hay varias de la mano del gran escultor é ingeniero, el rey Rademas.

Exactamente en el centro del gran salón, había una masa sólida de mármol negro, del tamaño y figura de un sillón para niño. Posteriormente supimos que era la piedra sagrada de esta célebre nación, y que sus monarcas colocaban sobre ella la mano después de la ceremonia de la coronación, jurando conservar incólumes los intereses del imperio, y mantener sus costumbres, tradiciones y leyes. Esta piedra era muy antigua (como lo son todas las piedras), y tenía sus lados rayados, lo que, según Sir Enrique, probaba que en un remoto período de su historia, había sido tocada por los garras de hierro de los glacieros. Había la curiosa profecía acerca de este trozo de mármol, que se decía entre el pueblo haber caído del sol, y que cuando fuese reducida á pedazos, un rey de raza extranjera gobernaría el país. Como la piedra parecía muy sólida, los principes de la raza reinante tenían muchas probabilidades de conservar su reino largos años.

Al extremo del salón hay un tablado cubierto de ricas alfombras sobre el que están, uno al lado del otro, dos tronos. Estos tronos tienen la forma de grandes sillas y son de oro macizo. Los asientos están ricamente encojinados, pero los respaldos están desnudos y sobre ellos está esculpido el emblema del sol, lanzando sus fieros rayos en todas direcciones. Los escabeles son leones de oro acostados, con topacios colocados en el lugar de los ojos. Estas son las únicas piedras preciosas que se conocen entre ellos.

Este lugar está alumbrado por muchas ventanas estrechas muy altas, como las troneras de los antiguos castillos, sin vidrios los que evidentemente no se conocen entre ellos.

Tal es la breve descripción del gran salón en que nos encontramos, según observamos posteriormente. En la ocasión presente poco tiempo tuvimos para examinarlo, porque cuando entramos, percibimos que muchos hombres estaban agrupados en frente de los dos tronos desocupados. Los principales estaban sentados en sillas de madera esculpida, alineadas á la derecha é izquierda de los tronas, pero no enfrente de ellos. Estaban vestidos con túnicas blancas de diferentes bordados y las orlas de diferentes colores, y armados con espadas incrustadas de oro. Á juzgar por la dignidad de su apariencia, todos eran individuos de importancia. Detrás de cada uno de estos grandes hombres, había un pequeño círculo de amigos y sirvientes.

En un pequeño grupo, á la izquierda del trono, estaban sentados seis hombres de diferente orden. En vez de las enaguas ordinarias estaban vestidos con largas ropas blancas de lino, con el símbolo del sol, que se veía sobre las sillas, bordado con hilo de oro sobre el pecho. Este traje estaba atado á la cintura con una sencilla cadena de oro, de la cual colgaban grandes placas elípticas del mismo metal, parecidas á las brillantes escamas de algunos peces, de suerte que cuando se movían los que las llevaban, sonaban y reflejaban la luz. Todos eran de edad madura y tenían facciones severas, las que se hacían más imponentes por las grandes túnicas que usaban.

Uno de ellos fué el que nos impresionó más. Parecía

destacarse entre sus compañeros y rehusar ser examinado. Era muy viejo, lo menos de ochenta años, con una barba blanca como la nieve que le llegaba á la cintura. Sus facciones eran aguileñas, muy marcadas, y sus ojos eran grises y miraban con frialdad. Los demás tenían la cabeza descubierta, pero él usaba un gorro redondo enteramente cubierto de bordados de oro, por lo que juzgamos que debía ser persona de gran importancia. En efecto, era Agón, el gran sacerdote del país. Al aproximarnos nosotros, todos los hombres, inclusos los sacerdotes, se levantaron, inclinándose con la mayor cortesía y colocando al mismo tiempo dos dedos sobre sus labios para saludarnos. Entonces avanzaron algunos sirvientes de entre los pilares sin hacer ruido, llevando asientos que colocaron en hilera en frente de los tronos. Nosotros tres nos sentamos, quedando por detrás y en pie Alfonso y Umslopogaas. Apenas nos habíamos sentado cuando se oyó ruido de trompetas en el pasillo de la derecha y otro igual en el de la izquierda. Inmediatamente apareció un hombre en frente del trono de la derecha con una vara blanca de marfil y en alta voz dijo algunas frases, terminado con la palabra Nilepta, repetida tres veces. Otro hombre, ataviado de la misma manera, pronunció iguales frases ante el otro trono, pero terminando con la palabra Sorais, repetida también tres veces. Entonces se oyeron pasos de hombres armados y como veinte guardias escogidos y magníficamente equipados, marchando en fila, se formaron á ambos lados de los tronos, y dejando caer sus pesadas lanzas con mangos de hierro, hicieron resonar el piso de mármol negro. Otro doble ruido de trompetas, y de cada lado, cada una asistida por seis doncellas, salieron

las dos reinas de los Zu-Vendis, levantándose para saludarlas todos los que estaban en el salón.

He visto mujeres hermosas en mis tiempos y ya no me vuelvo loco ante un bello rostro; pero me faltan palabras al procurar dar una idea de la celestial hermosura de estas reinas hermanas. Ambas eran jóvenes, como de veinticinco años de edad, altas y exquisitamente formadas; pero aquí terminaba la semejanza. Una, Nilepta, era mujer de deslumbrante hermosura; tenía el brazo derecho y el pecho desnudos, según la costumbre de su nación, se veían como la nieve aun junto á su blanco kaf ó toga bordada de oro. Y en cuanto á su dulce rostro todo lo que puedo decir es, que pocos hombres podrían verlo y olvidarlo. Su cabello, verdadera corona de oro, trenzado en pequeños anillos, medio ocultaba su frente de marfil, bajo la que brillaban con tierna majestad sus negros ojos. No trataré de describir sus facciones, solamente diré que su boca era muy graciosa, curva como el arco de Cupido, y que todo su aspecto respiraba bondad, suavizada por una sombra de delicado humor que yacía sobre su rostro como una línea de plata sobre rosada nube.

No llevaba joyas, pero en su garganta, brazo y rodilla, se veían las usuales argollas de oro, que figuraban una serpiente: su vestido era de lino blanco puro, de excesiva finura, completamente bordado de oro con los símbolos del sol.

Su hermana gemela, Sorais, era morena, de un tipo diferente de belleza. Su cabello era rizado como el de Nilepta, pero enteramente negro, y caía en ondulantes masas sobre sus hombros. Su rostro era débil, sus ojos negros, grandes y brillantes, los labios gruesos y pare-

cían indicar crueldad. Tranquilo y frío como era su rostro daba idea de una pasión en reposo, y hacía pensar involuntariamente cuál sería su aspecto si llegase á ocurrir algo que turbase su calma. Me recordó el profundo mar que aun en los días más hermosos jamás pierde los visibles rasgos de su poder y aun en la calma está movido por el espíritu de la tempestad. Su figura, como la de su hermana, era casi perfecta en sus curvas y líneas exteriores; pero un poco más redonda, y su vestido era absolutamente igual.

Cuando las dos hermanas se dirigieron á sus respectivos tronos entre el profundo silencio de la corte, debo decir que me hicieron sentir la idea de su gran dignidad. Regias eran en la forma, en la gracia, en la majestad y en el esplendor de su cortesana pompa. Pero me pareció que no necesitaban guardias ni oro para proclamar su poder y asegurar la lealtad de sus vasallos. Una mirada de aquellos ojos brillantes, ó una sonrisa de aquellos dulces labios, jamás carecerían mientras la sangre corra en las venas de los jóvenes, de súbditos que arrostren la muerte para cumplir sus mandatos.

Pero después de todo, ellas eran primero mujeres y reinas después, y por consiguiente no estaban exentas de curiosidad. Al pasar á sus asientos vi á ambas mirar rápidamente hacia donde estábamos. Vi también que su mirada pasó violentamente sobre mí, sin nada que les llamase la atención en la insignificante persona de un viejo lleno de canas. Entonces miraron con asombro la terrible figura de Pico Duro, que levantó su hacha saludándolas. Atraídas luego por el esplendor del atavío de Good, detuvieron sobre él su mirada un instante, como

una mariposa sobre la flor. Después miraron hacia donde estaba Sir Enrique, con cuyo rubio cabello jugaba un rayo de luz de una de las ventanas, marcando los contornos de su macizo cuerpo en la semioscuridad del salón. Levantó los ojos y se encontró con la hermosa mirada de Nilepta, y así se miraron por la primera vez el hombre y la mujer más bien parecidos que he visto en mi vida. No sé porqué, pero vi la sangre de Nilepta correr bajo su cutis como la rosada luz de la aurora corre en la mañana por el firmamento. Su hermoso pecho, su incomparable brazo y su cuello de cisne pusiéronse rojos: enrojeciéronse sus redondas mejillas como los pétalos de la rosa, y después la ola sonrosada desapareció, dejándola pálida y temblorosa.

Miré á Sir Enrique. Él también se había ruborizado.

"Oh," dije yo, "las señoras se han presentado en la escena y podremos ver ahora cómo se desarrolla el argumento." Suspiré y moví la cabeza, conociendo que la belleza de la mujer es como la del relámpago, destructora y causa de desolación. Al acabar mis reflexiones, ambas reinas estaban ya sentadas sobre sus tronos, porque todo esto había pasado en cuatro segundos. Una vez más sonaron las trompetas, la corte tomó asiento y la reina Sorais nos indicó hiciésemos lo mismo.

De entre la multitud, donde había estado retirado, avanzó nuestro guía, el anciano caballero, que nos había remolcado á la playa, llevando de la mano á la muchacha que habíamos librado del hipopótamo. Hizo una reverencia y empezó á hablar á las reinas, describiéndoles sin duda cómo y dónde nos había encontrado. Era divertido observar el asombro no exento de temor que se retrataba en sus rostros al escuchar la narración. No podían com-

prender cómo habíamos llegado al lago, habiendo sido encontrados navegando en él, y se inclinaban á atribuir nuestra presencia allí á causas sobrenaturales. La narradora prosiguió, según pude juzgar por las interrupciones de nuestro guía, refiriendo cómo habíamos matado los hipopótamos y desde luego conocí que había algo raro acerca de estos animales, porque la narración era frecuentemente interrumpida por exclamaciones llenas de indignación del pequeño grupo de sacerdotes vestidos de blanco y aun de los cortesanos, mientras que las dos reinas escuchaban con expresión de asombro, especialmente cuando nuestro guía señaló los rifles que teníamos en la mano, como medios de destrucción. Advertiré de una vez, que los Zu-Vendis son adoradores del sol, y que ya sea por esto ó por otra razón, el hipopótamo es un animal sagrado entre ellos. Esto no quiere decir que no los maten; en ciertas estaciones del año matan millares de los que se encuentran en los grandes lagos en el interior del país y usan las pieles para armaduras de sus soldados; pero esto no les impide considerar á dichos animales como consagrados al sol. Por desgracia nuestra, los hipopótamos que habíamos matado pertenecían á una familia de animales domesticados que se guardaban á la entrada del puerto y eran alimentados diariamente por sacerdotes, cuya obligación era cuidarlos.

Cuando nuestro guía concluyó su narración, el anciano de barba blanca y gorro redondo, cuya apariencia he descrito ya, y que era, según he dicho, el gran sacerdote del país, llamado Agón, se levantó y dijo una apasionada arenga. No me gustaba la fría mirada de sus ojos oscuros cuardo se fijaba en nosotros, y menos me habría gus-

tado si hubiera sabido que lo que pedía en nombre de la ultrajada majestad de su Dios era, que todos nosotros fuésemos sacrificados, debiendo ser quemados vivos.

Cuando terminó, habló la reina Sorais, con voz suave y musical, considerando, á juzgar por los gestos de contrariedad del gran sacerdote, la cuestión bajo diverso aspecto. Luego habló Nilepta defendiendo nuestras vidas, dirigiéndose finalmente á una especie de soldado alto, de mediana edad, barba negra, con una larga espada, cuyo nombre, supe después, era Nasta, el mayor Señor del país, aparentemente pidiéndole ayuda. Cuando Sir Enrique la había mirado y ella se había ruborizado, vi que esto no había pasado desapercibido para él, y, lo que es más, que le había desagradado mucho, porque se mordió los labios y su mano apretó la empuñadura de la espada. Después averigüé que era pretendiente de la reina, y que ella lo estimaba. Por consiguiente, Nilepta no pudo ocurrir á otro peor, porque, con voz fuerte y áspera, pareció confirmar todo lo dicho por el gran sacerdote Agón. Al hablar él, Sorais colocó el codo sobre la rodilla, dejando descansar la barba en la mano, y lo miró conteniendo una sonrisa como si estuviese resuelta á contradecirle; pero Nilepta se encolerizó. Sus mejillas se enrojecieron y sus ojos despedían relámpagos, apareciendo aun más hermosa. Finalmente se dirigió á Agón, aceptando, según parecía, condicionalmente lo que éste había dicho, porque al oírla el gran sacerdote se inclinó. Al hablar accionaba como para dar mayor fuerza á sus palabras. Todo este rato Sorais permaneció sonriendo con la barba apoyada en la mano. Repentinamente Nilepta hizo una señal, las trompetas sonaron otra vez, y

todos se levantaron para abandonar el salón, excepto nosotros y los guardias á quienes ella mandó quedarse.

Cuando los demás salieron se inclinó hacia nosotros, sonriendo dulcemente y por medio de signos y exclamaciones nos hizo comprender que deseaba mucho saber de dónde veníamos. La dificultad para responderle estribaba en que no hallábamos cómo explicárselo, hasta que al fin se me ocurrió una idea. Tenía en la bolsa mi cartera y un lápiz. Sacándola, hice el diseño de un lago, dibujé como mejor pude el río subterráneo y en el otro extremo el otro lago. Hecho esto avancé algunos pasos hacia el trono y se lo di. Al punto lo comprendió, aplaudió alegremente y descendiendo del trono se lo dió á su hermana Sorais, que también lo comprendió. Después tomó mi lápiz, examinándolo con curiosidad, y trazó una serie de hermosos bosquejos, al primero representándose ella misma, dando la bienvenida á un hombre parecido á Sir Enrique que estrechaba sus manos. Luego el cuadro de un hipopótamo muriendo entre el agua y de un individuo, en quien nos fué fácil reconocer á Agón, el gran sacerdote, levantando con horror sus manos en la orilla del lago. Después la alarmante pintura de un espantoso horno, y de la misma figura, Agón, arrojándonos á él con una vara ahorquillada. Esta pintura me horrorizó, pero me tranquilicé, cuando saludándonos dulcemente comenzó á trazar otro diseño, de un hombre parecido á Sir Enrique y de dos mujeres, en quienes reconocí á Sorais y á ella, las dos abrazándole y empuñando una espada para protegerle. Mientras tanto Sorais que se ocupaba en examinarnos cuidadosamente, en especial á Sir Enrique, mostraba su aprobación con inclinaciones de cabeza.

Al fin, Nilepta hizo un diseño de un sol que sale, indicando que tenía que retirarse y que la veríamos al día siguiente. Lo primero desagradó á Sir Enrique tanto que ella lo notó, y supongo que por vía de consuelo le dió su mano á besar lo que él hizo con piadoso fervor. Al mismo tiempo, Sorais de quien Good no había apartado los ojos, durante nuestra entrevista, le recompensó dándole á besar su mano, pero sin dejar de ver á Sir Enrique. Yo nada tuve que hacer en esto; ninguna de las dos me dió á besar su mano.

Nilepta se dirigió al hombre que por sus reverencias y porte parecía ser el jefe de la guardia, dándole severas órdenes; después con cierta coquetería, nos hizo una reverencia y sonriendo dejó el salón, acompañada por Sorais y muchos de los guardias.

Cuando se fueron las reinas, el jefe á quien había hablado Nilepta se aproximó á nosotros y con muestras de profundo respeto nos condujo desde el salón á una serie de aposentos que había en un gran cuarto del centro, iluminado por lámparas de bronce, porque ya estaba oscuro. Sobre una mesa en el centro había una multitud de manjares y frutas, y, lo que es más, flores. Había también un vino delicioso en frascos de barro, sellados en remotos tiempos, y tazas de marfil, para beber el vino, primorosamente incrustadas de oro. Había además criados de ambos sexos para servirnos y mientras comíamos, escuchamos una agradable música, encontrándonos en una especie de paraíso terrestre, oscurecido sólo por la visión de aquel gran sacerdote que intentaba arrojarnos al fuego. Pero tan fatigados estábamos que apenas pudimos estar despiertos mientras co-

míamos, y luego que concluimos indicamos nuestro deseo de dormir. Se nos guió, dándonos un cuarto á cada uno; pero les hicimos entender que preferíamos dormir dos en cada cuarto. Por precaución contra alguna sorpresa dejamos dormir á Pico Duro con su hacha, en la primera cámara, cerca de la puerta encortinada que conducía á los aposentos que ocupábamos, Good y yo uno, y Sir Enrique y Alfonso el otro. Entonces quitándonos nuestros vestidos, menos las cotas de malla, que consideramos prudente conservar, nos acostamos sobre blandas camas, cubiertas con mantas bordadas de seda.

Habría dormido dos minutos, cuando me despertó la voz de Good.

"Quatermain," me dijo, "¿habéis visto qué ojos?"

"¿Cuáles ojos?" le pregunté enojado.

"Los de la reina. De Sorais quiero decir. Creo que así se llama."

"No me fijé mucho en ellos," le contesté bostezando, "supongo que serán bonitos," y me dormí otra vez.

Habían pasado cinco minutos, cuando me despertó otra vez.

"Quatermain," decía la voz.

"¿Qué hay?" respondí de mala gana.

"¿Habéis observado la forma de su pierna?"

Esto era más de lo que podía sufrirse. Junto á mi cama estaban los zapatos. Los cogí y los tiré á la cabeza de Good.

Después de esto dormí con el sueño del justo que debe ser muy pesado. Respecto á Good no sé si dormiría ó continuaría pasando revista mental á las bellezas de Sorais.

CAPÍTULO XIII

EN LA NACIÓN DE LOS ZU-VENDIS

CAE el telón por algunas horas y los personajes de este drama-novela quedan sumergidos en profundo sueño. Tal vez debamos exceptuar á Nilepta, á quien puede el lector, si es aficionado á la poesía, imaginársela en su lecho, acompañada por sus doncellas, guardias y demás dependencias que rodean un trono, sin poder dormir, pensando en los extranjeros que han visitado su país, donde antes no habían venido otros, preguntándose quienes serán, qué habrán sido, si parecerá ella fea comparada con las mujeres de su país natal. Como yo no soy inclinado á la poesía, aprovecharé este momente de calma para referir algo del pueblo en que nos encontramos, lo que, no necesito decir, que he llegado á saberlo posteriormente.

El país, para empezar por el principio, se llama Zu-Vendis, de *Zu*, amarillo y *vendis* lugar ó país. No he podido averiguar por qué se llama país amarillo y ni los mismos habitantes lo saben de seguro. Se dan tres razones, cada una de las cuales bastaría para explicarlo. La primera es que el nombre debe su origen á la gran cantidad de oro que allí se encuentra. Bajo este aspecto Zu-Vendis es un verdadero "Eldorado," porque el precioso metal es extraordinariamente abundante. Al presente se extrae de algu-

nos terrenos de aluvión, que después examinamos, los que están situados á una jornada de La Gran Milosis, encontrándose muchas veces en pepitas que pesan desde una onza hasta seis ó siete libras. Pero se sabe que existen otros placeres de igual naturaleza, y además he visto grandes vetas de cuarzo que contienen oro. En Zu-Vendis el oro es un metal más común que la plata, y cosa rara, la moneda de plata es la moneda legal del país.

La segunda razón es que en ciertas estaciones del año, las yerbas del país que son muy buenas, se ponen amarillas, como trigo maduro; y la tercera nace de una tradición, que el pueblo primitivo tenía la piel amarilla; pero poco á poco se volvió blanca, después de haber vivido muchas generaciones en las tierras altas. Zu-Vendis es un país del tamaño de Francia, su forma es oval, separado de los territorios que le rodean por inmensas florestas de impenetrables espinos, más allá se dice hay cientos de millas de pantanos, desiertos y altas montañas. Es en suma una meseta que se levanta en el centro del gran continente, como se levantan, al Sur de África, grandes montañas de ancha cima de las llanuras que las rodean. La Gran Milosis está, según mi aneroide, nueve mil pies sobre el nivel del mar, pero hay aún tierras más altas, siendo la mayor elevación de cerca de once mil pies. En consecuencia el clima es relativamente frío, muy semejante al del Sur de Inglaterra, pero no tan lluvioso. La tierra es muy fértil, produciéndose muy bien toda clase de cereales, frutas de climas templados y madera de construcción. En las partes más bajas se produce una variedad de caña de azúcar que soporta el frío. El carbón se

encuentra en gran abundancia, y en muchos lugares se halla á flor de tierra. Hay también mármol puro, blanco y negro. Lo mismo debe decirse de casi todos los metales, excepto la plata, que sólo se encuentra al Norte en una cadena de montañas.

Zu-Vendis comprende dentro de sus límites, gran variedad de paisajes, incluyendo dos cordilleras de montañas nevadas una hacia el Oeste, más allá de la impenetrable floresta de espinas y la otra que atraviesa el país de Norte á Sur y pasa á una distancia de ochenta millas de La Gran Milosis, desde cuya ciudad pueden verse los picos más altos. Esta cadena forma la principal vertiente del país. Hay también tres grandes lagos, el mayor está junto á la ciudad, se llama también Milosis y tiene una extensión de doscientas millas cuadradas, y hay otros muchos pequeños, algunos de agua salada.

La población de esta privilegiada tierra es numerosa y asciende poco más ó menos á diez ó doce millones. En sus habitos es puramente agrícola y se divide en grandes clases, como en los países civilizados. Hay una nobleza territorial, una considerable clase media, formada en su mayor parte de comerciantes, oficiales del ejército, etc.; pero la principal masa de la población son los aldeanos que viven en las propiedades de los señores, á quienes pagan una especie de tributo feudal. La gente mejor educada del país, es, según creo haber dicho ya, muy blanca; pero el vulgo es más moreno, parecido á los habitantes del Sur de Europa, sin que se encuentre entre ellos algún negro. En cuanto á su origen no puedo dar una noticia cierta. Sus anales, que sólo se remontan á unos mil años antes, no hacen alusión á él. Un antiguo

cronista habla de una tradición que existía en su tiempo, la cual refiere: "que bajaron con las gentes de la costa," pero esto poco ó nada significa. En suma, el origen de los Zu-Vendis se pierde en la oscuridad de los tiempos. Nadie sabe de dónde vinieron ó á qué raza pertenecen. Su arquitectura y algunas de sus esculturas dan idea de un origen Egipcio ó tal vez Asirio; pero es bien sabido que su notable estilo arquitectónico sólo se remonta á unos ochocientos años y que no conservan señales de la teología ó costumbres de los Egipcios. Su apariencia y algunas de sus costumbres son más bien Judías; pero apenas puede concebirse que hubieran perdido completamente toda idea de la religión de los Judíos. Tal vez sean alguna de las diez tribus perdidas que tanto se anhela encontrar ó acaso no lo sean. No lo sé, así es que los describiré tal como los encontré, dejando á inteligencias mejor organizadas que la mía el indagar su origen, si es que esta narración llega á leerse algún día, lo cual es muy dudoso.

Después de lo dicho voy á dar á conocer mi opinión, aunque sea muy pequeña, como decía una señorita para disculpar á su hijo. Esta opinión se funda en una leyenda que he oído entre los Árabes, en la costa oriental, la que refiere que: "Hace más de dos mil años hubo algunas revoluciones en el país llamado Babilonia, de cuyo resultado una grande horda de Persas bajó á Bushire, donde se embarcaron, siendo llevados por el viento del monzón á la costa oriental de África, donde," según la leyenda, "los adoradores del sol y del fuego tuvieron un conflicto con los Árabes que entonces habitaban esa costa, y finalmente forzaron su camino por entre ellos, desapareciendo en el interior sin que se les volviese á ver jamás." Ahora bien,

¿no es posible que los Zu-Vendis sean descendientes de estos "adoradores del sol y del fuego" de quienes nada se ha vuelto á saber? Hay además en su carácter y costumbres algunos detalles que se semejan á las vagas ideas que tengo de los Persas. Como es natural, no tenemos aquí libros á que referirnos; pero Sir Enrique dice que si su memoria no le es infiel, hubo una gran revolución en Babilonia, quinientos años antes de la era Cristiana, por cuyo motivo una gran multitud fué arrojada de la ciudad. De cualquiera manera que sea, está probado que ha habido muchas emigraciones parciales de los Persas, del Golfo Pérsico á la costa oriental africana, la última de las cuales fué hace setecientos años. Hay tumbas persas en Kilwa, en la costa oriental, en buen estado, cuyas fechas demuestran que cuentan setecientos años.*

Para ser un pueblo agrícola, los Zu-Vendis son muy belicosos, y aunque por su posición no pueden hacer la guerra á otras naciones, combaten unos con otros como

* Hay otra teoría que podría establecerse respecto al origen de los Zu-Vendis, la cual no parece habérsele ocurrido á mi amigo Quatermain y á sus compañeros, y es que sean descendientes de los Fenicios. La cuna de los Fenicios se cree que fué la playa occidental del Golfo Pérsico. De allí, como puede demostrarse con evidencia, emigraron en dos corrientes, una de ellas se posesionó de las playas de Palestina, mientras que la otra, según creen los sabios, bajó á la costa oriental de África, donde cerca de Mozambique existen restos y señales de haber ocupado el país. Sería muy extraño que no lo hubiesen hecho así al salir del Golfo Pérsico, cuando el monzón sopla durante seis meses hacia la costa oriental y otros seis meses en dirección contraria.

Para hacer más probable esta opinión debo añadir que aun hoy existe un activo comercio entre el Golfo Pérsico y Lamu y otros puertos de la costa oriental del África, hasta el Sur de Madagascar, que es la antigua Elbony de los cuentos de "Las Mil y Una Noches."

los famosos gatos de Kilkenny, lográndose con esto que la población jamás sobrepuje el poder del país para sostenerla. Este hábito es protegido por las condiciones políticas del país. La moñarquía es nominalmente absoluta, aunque moderada por el poder de los sacerdotes y el consejo de los grandes señores; pero como sucede en muchas instituciones, las órdenes del rey no son obedecidas incuestionablemente en toda la extensión del país. En suma, el sistema es puramente feudal (aunque la servidumbre y la esclavitud son completamente desconocidas), todos los grandes señores dependen nominalmente del trono; pero muchos son independientes, teniendo el derecho de vida y muerte, declarando la guerra y haciendo la paz con sus vecinos, cuando los guía el capricho ó el interés y aun á veces se levantan en abierta rebelión contra su real dueño ó dueña, y encerrados en sus seguros castillos ó en ciudades bien fortificadas lejos del centro del gobierno, lo desafían con éxito durante muchos años.

Zu-Vendis ha tenido también sus fabricantes de reyes como Inglaterra, lo que puede asegurarse sabiendo que, ocho dinastías diferentes han reinado en este país durante los últimos mil años, las que han pertenecido á alguna familia noble que logró asir la púrpura después de una lucha sangrienta. Al tiempo de nuestra llegada las cosas estaban un poco mejor de lo que habían estado durante algunas centurias, porque el último rey, el padre de Nilepta y Sorais, había sido un gobernante excepcionalmente capaz y enérgico, y en consecuencia, dominó á los sacerdotes y á los nobles. Á su muerte, acaecida dos años antes de que llegásemos á Zu-Vendis, por un antiguo pre-

cedente, fueron llamadas á ocupar el trono sus hijas, hermanas gemelas, considerando que un atentado para excluirlas habría provocado inmediatamente la guerra civil; pero se creía que esta medida era poco satisfactoria y que no podría ser permanente. Las diversas intrigas de los nobles ambiciosos para casarse con alguna de las dos reinas habían alterado la tranquilidad del país, y la opinión general era que antes de mucho tiempo habría derramamiento de sangre.

Trataré ahora de la religión de los Zu-Vendis, que no es otra cosa que la adoración del sol con un carácter muy pronunciado. Todo el sistema social de los Zu-Vendis está basado en el culto del sol. Él esparce sus rayos al través de todas las instituciones y costumbres del país. Desde la cuna hasta el sepulcro, el Zu-Vendi sigue al sol en el sentido estricto de la palabra. Cuando un niño es expuesto á su luz y dedicado al "símbolo de todo bien, á la expresión del poder y á la esperanza de la eternidad," la ceremonia corresponde á nuestro bautismo. Infante aún, sus padres le señalan el esplendido orbe, como la presencia de un ser visible y benéfico, y él lo adora cuando sale y cuando se pone. Cuando, siendo aún niño se coge del extremo del "kaf" (toga) de su madre, para ir al templo del sol en la ciudad más cercana y al mediodía los brillantes rayos hieren el altar central de oro y dejan al descubierto el fuego que allí arde, oye á los sacerdotes entonar sus solemnes plegarias, ve al pueblo postrarse para adorarlo, y entre el sonido de las trompetas de oro observa el sacrificio arrojado al ardiente horno, que está debajo del altar. Aquí viene cuando se le declara "hombre" por los sacerdotes y se le consagra á la guerra y á

las buenas obras; aquí conduce á su prometida ante el solemne altar, y aquí también se divorcia en algunos casos.

Aquí viene también cuando su vida concluye, armado y con las insignias de su dignidad. Aquí lo traen muerto sobre el féretro, á las puertas de bronce que se abren ante el altar central, y cuando el último rayo del sol que se pone cae sobre su lívida faz, los cerrojos se abren, desaparece entre el horno ardiente y todo queda concluído.

Los sacerdotes del Sol no se casan; pero se les recluta entre los jóvenes dedicados por sus padres al trabajo, y son sostenidos por el Estado. La designación de los puestos elevados y del sacerdocio pertenece á la corona; pero una vez señalados los nombrados no pueden ser destituídos, y no es mucho decir que en realidad ellos gobiernan el país. Están en un cuerpo que ha jurado obediencia y secreto, de suerte que una orden emanada del gran sacerdote en La Gran Milosis, es inmediatamente obedecida por el sacerdote residente en una ciudad pequeña, que dista tres ó cuatrocientas millas. Son jueces en materia penal y civil, pudiéndose apelar únicamente ante el señor principal del distrito, y después ante el rey. Naturalmente tienen jurisdicción ilimitada sobre las ofensas religiosas y morales y el derecho de excomulgar que, aun en las naciones más civilizadas es una arma poderosa. Sus derechos y facultades son casi ilimitados; pero debo manifestar que los sacerdotes del sol son muy prudentes y no llevan las cosas demasiado lejos. Raras veces llegan hasta el último extremo y son más propensos á ejercer la prerogativa de la gracia que á correr el riesgo de exasperar

al pueblo sobre cuyo cuello han colocado el yugo, haciéndole que lo rompa.

Otra fuente del poder de los sacerdotes es el monopolio de la instrucción, y sus vastos conocimientos astronómicos les hacen capaces de conservar su influencia entre el pueblo, prediciendo eclipses y cometas. En Zu-Vendis pocos de las clases más elevadas saben leer y escribir; pero casi todos los sacerdotes poseen estos conocimientos y por consiguiente son considerados como hombres instruídos.

Las leyes del país son justas y benignas, pero difieren mucho de las nuestras. Las leyes de Inglaterra, por ejemplo, castigan más severamente los delitos contra la propiedad que contra las personas, como sucede con un pueblo en que la avaricia es la pasión dominante. Un hombre puede golpear á su mujer hasta matarla, infligir horribles castigos á sus hijos y sufrir por esto menos pena que si hubiera robado un par de botas viejas. En Zu-Vendis no sucede lo mismo, porque bien ó mal se considera á la persona como más interesante que las mercancías ó el dinero, y no como en Inglaterra, donde se le tiene como un apéndice secundario de la propiedad. El homicidio se castiga con la muerte, el sacrilegio y la sedición (que se considera como un sacrilegio), también se castigan con la muerte. El modo de ejecutar es siempre el mismo y por cierto muy terrible. El reo es arrojado vivo al horno encendido que se halla bajo uno de los altares del Sol. El castigo para los demás delitos, inclusive el de la vagancia, es el trabajo forzado en los edificios nacionales, que siempre se están construyendo en alguna parte del país, con ó sin azotes, según sea el delito.

El sistema social de los Zu-Vendis concede gran libertad al individuo, con tal que no falte á las leyes y costumbres del país. En teoría son polígamos, aunque muchos tienen una sola mujer por su escasez de recursos. El hombre está obligado por la ley á tener una casa separada para cada una de sus mujeres. La primera mujer es la mujer legítima, y sus hijos son los únicos que gozan de los derechos del padre. Los de las otras mujeres sólo tienen los de sus respectivas madres. Esto sin embargo no es deshonroso para la madre ni para los hijos. La primera mujer al casarse puede estipular con su marido que éste no se case con otra. Pero esto se hace raras veces, porque las mujeres son el gran sostén de la poligamia, que no sólo les proporciona marido, excediendo mucho su número al de los hombres, sino que da también gran importancia á la primera esposa, que es de hecho la cabeza de varias casas. El matrimonio se considera como un contrato civil, sujeto á ciertas condiciones y á la mantención de los hijos; es disoluble á voluntad de ambas partes contratantes y el divorcio se lleva á cabo formal y ceremoniosamente, verificando en orden inverso todas las ceremonias del matrimonio.

Los Zu-Vendis en su totalidad son bondadosos, agradables y sinceros. No son grandes comerciantes y se cuidan poco del dinero, trabajando sólo lo bastante á fin de ganar lo que necesitan para sostenerse en la posición social en que nacieron. Son muy conservadores y ven con desagrado los cambios. Su moneda legal es de plata, cortada en pequeños cuadrados de diferente peso: la moneda menuda es de oro que vale tanto como la plata entre nosotros. El oro es apreciado por su belleza y muy usado

en adornos de todas clases. Su comercio se efectúa por medio de la compra y del cambio y el pago se hace en especie. La agricultura es el gran negocio del país; está bien comprendida y practicada, y se cultivan los mejores terrenos. Se presta también gran atención á la cría de ganado y de caballos, no siendo superiores á estos últimos ningunos de los que he visto en Europa y en África.

La tierra pertenece teóricamente á la corona y por la corona á los grandes señores, que á su vez la dividen entre otros señores pequeños, y así sucesivamente hasta llegar al aldeano labrador que trabaja sus cuatro *acres* (" reestu ") á medias con su inmediato señor. De hecho, el sistema todo es feudal y fué muy interesante para nosotros encontrarnos con este viejo amigo en el centro desconocido del África.

Las contribuciones son muy pesadas. El Estado percibe la tercera parte de las utilidades de todos los capitales, y el sacerdocio el cinco por ciento del resto. Pero si un hombre se arruina por alguna desgracia, el Estado lo sostiene en la posición social á que pertenece. Si es perezoso, se le manda á trabajar en alguna de las obras del Gobierno, y el Estado se encarga de cuidar á sus mujeres é hijos. El Estado abre todos los caminos, edifica todas las casas de la ciudad en lo que se tiene gran cuidado, dejándoselas á las familias por una renta pequeña. También conserva en pie un ejército de veinte mil hombres y sostiene la Policía, etc. Por el cinco por ciento que reciben los sacerdotes atienden al servicio de los templos, llevan á cabo todas las ceremonias religiosas y cuidan las escuelas, donde enseñan todo lo que les parece, que no es mucho. Algunos de los templos poséen también propie-

dades particulares; pero los sacerdotes como individuos no pueden ser propietarios.

Aquí ocurre una cuestión que me parece difícil de resolver. ¿Son los Zu-Vendis una nación civilizada ó bárbara? Unas veces creo lo primero, otras lo segundo. En algunas de las artes han progresado mucho. Véanse, por ejemplo, sus edificios y estatuas. No creo que las últimas encuentren igual en el mundo en cuanto á belleza y poder de imaginación, y respecto de los primeros sólo hallarán rival en los del antiguo Egipto. Pero por otra parte, ignoran otras muchas artes. Hasta que Sir Enrique no les enseñó á hacer el vidrio, mezclando sílice y cal, no pudieron hacer un pedazo, y su loza es más bien primitiva. En cuanto á relojes sólo conocían los de agua, y los nuestros les sorprendieron mucho. Nada conocen del vapor, la electricidad y la pólvora; y afortunadamente para ellos desconocen también la imprenta y el correo interio. Así se evitan muchos males, porque á la verdad nuestra época se ha cerciorado de la sabiduría del antiguo adagio que dice: "El que aumenta sus conocimientos aumenta sus dolores."

En cuanto á su religión es la que debe ser para un pueblo de imaginación, que no conoce otra mejor y se dirige al sol y lo adora como al Padre de todas las cosas; pero en justicia no puede decirse que esto sea elevado á espiritual. Verdad es que algunas veces hablan del Sol como de un girón del Espíritu, pero este es un término vago y en realidad lo que adoran es el mismo esplendente astro. También le llaman Esperanza de la eternidad; pero dudo que esta frase haga una impresión clara en sus cerebros. Algunos creen en una vida futura para los buenos (Nilep-

ta es una de ellos), pero es una fe privada que nace de las elevaciones del espíritu y no como cosa esencial á su credo. Por lo expuesto no puedo considerar este culto del Sol como una religión que de á conocer algo á una nación civilizada, no obstante su magnífico é imponente ritual y las grandielocuentes máximas morales de sus sacerdotes, muchos de los cuales, estoy seguro, tienen sus ideas propias acerca de este asunto; aunque naturalmente ellos abogan por un sistema que les proporciona tantos bienes en este mundo.

Quedan solamente dos asuntos á los cuales debo aludir, á saber, el idioma y el sistema caligráfico. El primero es dulce, muy rico y flexible. Sir Enrique dice que suena como el Griego moderno aunque ninguna conexión tiene con él. Es fácil para aprenderse, porque su construcción es sencilla y es tan peculiarmente eufónico que el sonido de las palabras corresponde á su significación. Mucho antes de poseer el idioma sabíamos lo que significaba una frase por el sonido de ella. Por esto es que su lenguaje se adapta tanto á la declamación pública á la que este célebre pueblo es muy aficionado. El alfabeto Zu-Vendis, parece, según Sir Enrique, derivarse como todos los sistemas conocidos de letras, de un origen Fenicio, y por consiguiente más remotamente aún de la antigua escritura hierática Egipcia. Si es así ó no, no podré decirlo, porque no estoy versado en estas materias. Todo lo que sé es que su alfabeto consta de diez y ocho jeroglíficos,*

* Hay veintidós letras en el alfabeto Fenicio. Desgraciadamente Mr. Quatermain no nos da una muestra de la escritura de los Zu-Vendis; pero lo que establece aquí parece corroborar la teoría expuesta en la nota anterior.

cada uno de los cuales es, en mi concepto, más engorroso y fastidioso que el que le sigue. Pero como los Zu-Vendis no se dedican á escribir novelas ú otras composiciones parecidas, sino sólo documentos y recuerdos del carácter más breve, su escritura corresponde muy bien á sus propósitos.

CAPÍTULO XIV

EL TEMPLO DEL SOL

Eran las ocho y media en mi reloj, cuando desperté al día siguiente de nuestra llegada á La Gran Milosis, habiendo dormido casi doce horas, y en verdad debo decir que me sentí mejor. ¡Ah, qué cosa tan apreciable es el sueño, y cuán diferentes nos hacen doce horas de él, después de días y noches enteros de fatigas y de peligros! Es como si se acostase un hombre y se levantase otro diferente.

Salté de mi cama; antes jamás había dormido en una cama semejante, y lo primero que vi fué el monóculo de Good que se fijaba en mí desde su lecho de sedas. Nada se veía de él sino su monóculo; pero por su mirada conocí que estaba despierto y que esperaba que yo despertase para platicar.

"Quatermain," comenzó, "¿habéis observado su cutis? Es tan terso como el dorso de un peine de marfil."

"Mirad, Good," le dije al oír que tocaban á la puerta, la que, al ser abierta dió paso á un funcionario que, por medio de señas nos dijo que estaba allí para conducirnos al baño. Consentimos alegremente y fuimos conducidos á una deliciosa cámara de mármol, con un estanque de agua cristalina en el centro, en el cual nos zambullimos.

Después de bañarnos volvimos á nuestro aposento, nos vestimos y fuimos al cuarto del centro, donde habíamos comido la noche anterior, á encontrar el almuerzo ya preparado, que era magnífico, aunque no me detendré á describir los platillos. Luego vagamos alrededor, admirando las tapicerías, alfombras y algunas estatuas colocadas allí, pensando todo este rato en lo que próximamente había de acontecer. Teníamos las cabezas en tal estado de confusión que estábamos dispuestos á todo lo que pudiese suceder. En cuanto á nuestro asombro había ya cesado. Mientras estábamos así, llegó nuestro amigo, el capitán de la guardia, y con muchas reverencias nos indicó que le siguiésemos, lo que hicimos no sin algún temor, porque comprendimos que había llegado la ocasión de saldar nuestras cuentas por aquellos malditos hipopótamos, con nuestro amigo Agón, el gran sacerdote de mirada impasible. No obstante, me consolaba la promesa de la protección de las reinas, sabiendo que si las mujeres se empeñan en algo, generalmente se salen con la suya; de suerte que partimos sin oponernos. Un minuto de andar por un pasillo y un corredor exterior, y llegamos á las grandes puertas dobles del palacio, que dan al ancho camino que sube á la colina, por el centro de La Gran Milosis al templo del Sol, y de allí baja por el lado más distante del templo al muro exterior de la ciudad.

Estas puertas son grandes, macizas y admirablemente trabajadas. Entre ellas, porque una está colocada en el lado de adentro y la otra en el de afuera del muro, hay un foso de cuarenta y cinco pies de ancho. Este foso está lleno de agua y se pasa por un puente levadizo, que cuando se levanta, sólo las balas de los cañones de sitio

pueden penetrar al palacio. Cuando llegamos, las anchas puertas se abrieron, pasamos el puente levadizo y contemplamos una de las calzadas más imponentes del mundo. Mide cien pies de una acera á la otra y sobre cada lado hay una serie de espléndidas mansiones de un sólo piso, separadamente construídas á distancias iguales unas de otras, todas de granito y del mismo estilo y no apiñadas como acontece en Europa. Son estas casas las de los nobles de la Corte, y se extienden en una línea sin interrupción de más de una milla, hasta que la vista se detiene ante el hermoso templo del Sol, que corona la colina y cierra la calzada.

Estábamos contemplando este admirable cuadro, cuando se acercaron á nosotros cuatro carruajes, tirados cada uno por dos caballos blancos. Estos carruajes son de dos ruedas y están hechos de madera. Tienen una fuerte lanza cuyo peso está sostenido por tiras de cuero que forman parte de los arneses. Las ruedas tienen cuatro rayos, están en llantadas y no tienes muelles. Enfrente del carruaje, justamente encima de la lanza, hay un pequeño asiento para el cochero, bien asegurado para que no se bambolée. Estos coches tienen tres asientos bajos, uno á cada lado y el otro con la espalda hacia el cochero; enfrente de este último asiento está la portezuela. El vehículo es muy ligero y fuerte, y no es tan feo como á primera vista pudiera creerse.

Si los carruajes dejan algo que desear no sucede lo mismo con los caballos. Son muy hermosos, no grandes; pero fuertes, con cabezas pequeñas y muy veloces. He procurado averiguar de dónde proviene esta casta que presenta muchos caracteres distintos; pero su historia es

tan oscura como la de sus dueños. Lo mismo que los habitantes, los caballos han estado siempre allí. El primero y el último de los carruajes estaban ocupados por guardias; pero los dos del centro estaban vacíos y á ellos fuimos conducidos. Alfonso y yo entramos en el primero, y Sir Enrique, Good y Pico Duro en el otro, partiendo luego rápidamente. Entre los Zu-Vendis no se acostumbra andar al trote de los caballos, sea que uno vaya en coche ó á caballo, especialmente cuando el trayecto que hay que recorrer es pequeño; se anda siempre á galope. Tan pronto como nos sentamos, los caballos partieron con una velocidad tal, que nos impedía respirar bien, temiendo que nos volcásemos, hasta que me acostumbré á esta manera de andar. En cuanto al cobarde Alfonso se asía al lado de lo que él llamaba *fiacre del diablo* con desesperación, pensando que cada momento era el último de su vida. Luego se le ocurrió preguntarme á dónde íbamos, y le dije que suponía que á ser sacrificados, siendo quemados vivos. Su cara era entonces digna de verse, cuando él se asía al lado del vehículo y gritaba de terror.

Pero el cochero se inclinaba sobre los veloces corceles, apresurándolos, y el aire que pasaba silbando se llevaba los lamentos de Alfonso.

Ante nosotros brillaba el templo del Sol con su maravilloso esplendor y deslumbrante hermosura, orgullo de los Zu-Vendis para los que es, lo que el templo de Salomón, ó más bien de Herodes, era para los Judíos. Las riquezas, ingenio y trabajo de muchas generaciones se han dedicado á la construcción de este espléndido templo, que hace cincuenta años quedó completamente terminado.

Nada de lo que el país pudo producir se escatimó, y el resultado fué digno del esfuerzo empleado, no por su tamaño, porque hay templos mayores en el mundo, sino por sus perfectas proporciones, riqueza y hermosura de los materiales y por su asombroso trabajo. El edificio (que ocupa una extensión de ochenta cuadras en la cumbre de la colina, alrededor de la cual están las habitaciones de los sacerdotes), está construído en la forma de un girasol, con una cúpula que cubre el espacio central, de la que se desprenden como radios, doce naves que tienen la figura de los pétalos de una flor, cada una dedicada á uno de los doce meses, y que sirven como repositorios de las estatuas erigidas á la memoria de muertos ilustres. La anchura del círculo bajo la cúpula es de trescientos pies, su altura de cuatrocientos, la longitud de los rayos de ciento cincuenta, y la altura de sus techos de trescientos; así es que se desprenden de la cúpula exactamente lo mismo que los pétalos del girasol se desprenden de su dorado centro. La medida exacta del medio del altar central al extremo de los rayos, es de trescientos pies (radio del círculo), ó seiscientos pies desde la extremidad de un pétalo á la extremidad del opuesto.*

El edificio es de mármol blanco pulimentado y forma maravilloso contraste con el granito rojo de que está construída la ciudad, sobre cuya frente brilla como una diadema sobre la frente de una triste reina. La superficie exterior de la cúpula y de las doce naves está enteramente cubierta con una delgada lámina de oro batido; y en el extremo de cada uno de los pétalos hay una figura de oro con una trompeta en la mano y las alas extendidas,

* Estas son las medidas interiores.

como si fueran á remontar el vuelo. Dejo al lector que imagine el cuadro que presentan estos techos dorados, cuando el sol los hiere, brillando como un millar de hogueras encendidas sobre una montaña de mármol, tanto que el reflejo puede verse distintamente desde los grandes picos de la cordillera que está á cien millas de allí.

Es magnífica esa flor de oro, nacida sobre muros de mármol blanco, y dudo que en todo el mundo pueda verse otra semejante. Lo que hace el efecto aun más primoroso, es un cinturón de ciento cincuenta pies, alrededor de los muros de mármol del templo, sembrado de una especie indígena de girasol color de oro, que cuando nosotros lo vimos por primera vez, estaba florecido.

La entrada principal de este admirable templo está entre los pétalos que miran al Norte, y se halla protegida, primero por las usuales puertas de bronce y después por sólidas puertas de mármol primorosamente esculpidas con asuntos alegóricos, y cubiertas de oro. Pasadas estas puertas se atraviesa el espesor de las paredes, que es de veinticinco pies (porque los Zu-Vendis construyen para siempre), y una pequeña puerta también de mármol blanco, colocada allí para evitar un portillo muy visible en la superficie interior del muro, y se está ya en el espacio circular bajo la gran cúpula. Avanzando hacia el altar central se ve un cuadro que la imaginación de un hombre no puede concebir. Estáis en medio del lugar sagrado, encima está la gran cúpula de mármol blanco (porque la superficie interior, así como la exterior es de mármol blanco por todas partes) ; arcos de graciosas curvas como los de San Pablo en Londres, pero de un ángulo más agudo, y desde el cañón que se abre en la cima baja un

rayo de luz sobre el altar de oro.* Al Este y al Oeste hay otros altares, y otros rayos de luz hieren su centro á la hora del sagrado crepúsculo. En todas direcciones las blancas, místicas y maravillosas naves dejan penetrar una línea de luz que sirve para iluminar su silencio sublime y revelar los monumentos de los grandes muertos.

Subyugado por la hermosura y grandeza de este lugar como por la mirada de unos ojos bellos, volved al altar central de oro, en medio del cual arde siempre, aunque no lo veais, un vivo fuego coronado de humo azul. Es de mármol blanco cubierto de oro, de cuatro pies de altura y treinta y seis de circunferencia, siendo de la figura del sol. Aquí también hay doce pétalos de oro batido, engoznados en los cimientos del altar. Toda la noche y todo el día, excepto á una hora, los pétalos están recogidos sobre el altar, exactamente como un lirio del agua se cierra sobre su amarilla corona en los días tempestuosos; pero á mediodía, cuando el sol penetra por el cañón de la cúpula y brilla sobre la flor de oro, los pétalos se abren y revelan el oculto misterio, para cerrarse otra vez cuando el rayo ha pasado.

No es esto todo. Al Norte y Sur del lugar sagrado, están colocados de pie, en semicírculos, á iguales distancias unos de otros, diez ángeles de oro ó mujeres con alas, exquisitamente formadas y vestidas. Estas figuras, que son poco mayores que el tamaño natural, están de pie, con las cabezas inclinadas en actitud de adorar, sombreados sus rostros por las alas, y son de una belleza sorprendente.

* La luz penetra también por persianas corredizas, bajo la bóveda de la cúpula y el techo.

Sólo me resta decir que el piso en frente del altar, al Este, no es de mármol blanco como el de todo el edificio, sino de latón sólido, y lo mismo sucede en los otros dos altares.

Los altares del Este y del Oeste son semicirculares, colocados junto al muro del edificio, menos imponentes y no están envueltos en pétalos de oro. Son también de oro; el fuego sagrado arde en ellos y una alada figura está de pie á cada uno de los lados. Dos rayos de oro bajan por la pared, detrás de ellos, pero donde debía estar el tercero, en medio, hay una abertura en la pared, ancha por fuera y estrecha por dentro, como una tronera al revés. Al través de la abertura del Este pasan los primeros rayos del sol que se levanta, hieren el círculo, tocando los doblados pétalos de la flor de oro al pasar, hasta que tropiezan con el altar del Oeste. De la misma manera en la tarde, los rayos del sol que se pone, descansan un rato sobre el altar del Oeste, antes de sumergirse en las tinieblas. Es la promesa que la aurora hace á la noche y la noche á la aurora.

Con excepción de estos tres altares y de las figuras aladas que están cerca de ellas, todo el espacio bajo la gran cúpula está completamente vacío y sin ornamentos, lo que, á mi modo de ver, aumenta mucho su grandeza.

Tal es la breve descripción de este maravilloso y bello edificio, cuya simplicidad me encantó tanto que sólo desearía poder hacerle justicia. Pero no puedo, así es, que es inútil seguir hablando de esto. Cuando comparo esta gran obra del genio con algunos edificios presuntuosos y ornamentaciones de oropel, producidos modernamente por los arquitectos eclesiásticos Europeos, presumo que el arte aun de las naciones más civilizadas podría aprender algo

en las obras maestras de los Zu-Vendis. Diré únicamente que la exclamación que brotó de mis labios luego que mis ojos se acostumbraron á la opaca luz del edificio y á sus bellezas perfectas y pasmosas, como las de una imagen, fué: "qué, hasta un perro se sentiría aquí un espíritu religioso." La expresión es vulgar; pero manifiesta lo que quiero dar á entender mejor que otra más pulcra.

Fuimos recibidos á las puertas del templo por una guardia de soldados, que parecía estar bajo las órdenes de un sacerdote, y fuimos conducidos por ellos á una de las naves ó pétalos, como las llaman los sacerdotes, donde permanecimos una media hora. Aquí conferenciamos un poco, y siendo indudable que nuestras vidas estaban en gran peligro, determinamos, si se atentaba contra ellas, venderlas lo más caro que se pudiese, anunciándonos Pico Duro su firme resolución de cometer un sacrilegio en la persona de Agón, el gran sacerdote, cortándole la venerable cabeza con Inkosi-kaas. Desde donde estábamos, vimos que una gran multitud entraba en el templo, evidentemente en espera de algún acontecimiento extraordinario. Ahora debo manifestar que todos los días, cuando la luz del sol cae sobre el altar central y suenan las trompetas, se ofrece al sol un sacrificio que se quema, consistiendo generalmente en el cadáver de un carnero ó de un buey y algunas veces en frutas ó trigo. Este suceso tiene lugar cerca del mediodía; no siempre exactamente á aquella hora; pero como Zu-Vendis no está situado lejos del Ecuador, aunque su clima es muy templado por estar muy encima del nivel del mar, el mediodía y la caída de los rayos sobre el altar coinciden por lo común. El sacrificio debía tener lugar hoy á las doce y ocho minutos.

Á las doce en punto se presentó un sacerdote, hizo una señal y el oficial de la guardia nos dió á entender que avanzásemos, lo que hicimos con la mayor gracia que podíamos mostrar, excepto Alfonso cuyos dientes comenzaron á castañetear. En pocos segundos salimos de la nave y vimos el vasto mar de caras humanas que extendiéndose hasta los límites más lejanos del gran círculo, se esforzaban por ver á los misteriosos extranjeros que habían cometido un sacrilegio; los primeros extranjeros que para la multitud habían puesto los pies en Zu-Vendis desde tiempo inmemorial. Al aparecer nosotros hubo un murmullo entre la gran multitud, el que formó eco en la gran cúpula, y vimos sonrojarse millares de rostros por la excitación, como la rosada luz se dilata sobre una blanca nube, siendo este efecto muy curioso. Pasamos por la calle formada en el centro de aquella masa humana, hasta que estuvimos sobre el piso de latón, al Oriente del altar central y justamente en frente de él. Un espacio de cerca de treinta pies alrededor de las figuras aladas estaba separado del resto, con cuerdas y la multitud estaba al otro lado de ellas. Dentro había un grupo de sacerdotes de blancas vestiduras y cinturones de oro, teniendo en la mano grandes trompetas y en frente de nosotros estaba nuestro amigo Agón, el gran sacerdote, cubierta la cabeza con su curioso gorro. Era el único que no tenía descubierta la cabeza en aquella gran asamblea. Nos colocamos sobre el espacio cubierto de latón sin sospechar lo que había debajo, porque aunque noté un sonido silbante que procedía del suelo, no pude darme cuenta de lo que era. Hubo una pausa y busqué á las reinas Nilepta y Sorais; pero no estaban allí. Á nuestra derecha ha-

bía un espacio libre que supuse estaba reservado para ellas.

Esperamos, y poco después se oyó un sonido de trompeta que aparentemente venía de lo alto de la cúpula. Se escuchó otro murmullo entre la multitud, y por una larga calle, que conducía al espacio libre á nuestra derecha, formada al través de ella, vimos á las dos reinas que venían una al lado de la otra. Detrás venían los nobles de la Corte, entre los que reconocí á Nasta y luego un cuerpo de cincuenta guardias. Mucho me alegré al ver á estos últimos. Luego que llegaron, las reinas se colocaron enfrente, los nobles á la derecha y á la izquierda y las guardias en un doble semicírculo detrás de ellos.

Hubo otra pausa y Nilepta me miro : parecióme que su mirada quería decirme algo y la observé con atención. Su mirada iba de mi al piso de latón en que estábamos. Luego hizo un ligero y casi imperceptible movimiento de cabeza hacia un lado. No comprendí y repitió. Entonces supuse que quería decir que saliésemos del piso de latón. Una mirada más y quedé seguro de ello; había peligro en permanecer sobre aquel piso. Yo estaba en medio de Sir Enrique y de Pico Duro. Les dije en voz muy baja, primero en Zulú y luego en Inglés, que retrocediesen muy poco á poco hasta que sus pies quedaron sobre el piso de mármol, donde terminaba el de latón. Sir Enrique dijo lo mismo á Good y á Alfonso, y retrocedimos tan poco á poco, que nadie, excepto Nilepta y Sorais, que todo lo veían, advirtió el movimiento. Entonces miré otra vez á Nilepta que me indicó su aprobación, inclinando ligeramente la cabeza. Los ojos de Agón estuvieron todo este rato fijos en el altar, como si estuvie-

sen éxtasis y los míos se fijaban sobre su espalda en otra especie de éxtasis. Repentinamente elevó sus largos brazos y con voz solemne y robusta entonó un canto del que doy aquí una traducción, aunque entonces no comprendí lo que significaba. Era una invocación al Sol y dice así:

"Las aguas y la tierra se ostentan en silencio,
Y en las tinieblas duerme silencio sepulcral;
Cual pájaro que anida deslízase en las ondas
Y sólo las estrellas se suelen querellar.
La tierra languidece y en lágrimas bañada,
Los astros de la noche no calman su dolor;
Envuelta entre las brumas como cadáver yace
Con sus mortuorios paños, y busca con anhelo
Hacia el Oriente el Sol.

"En el lejano Oriente vivísimos reflejos
Envían á la tierra magnífica de luz;
Tus ángeles que vuelan esgrimen sus espadas
Y apartan las tinieblas en el espacio azul.
Al escalar los cielos, las pálidas estrellas
Arrojan de sus troncos y eclipsan su fulgor;
¡ Mirad ! las precipitan al seno de la noche;
La luna palidece cual rostro moribundo. . . .
¡ Tu gloria llega, oh Sol !

"De fuego tu hermosura se cubre, y son los cielos
Do corres cual calesa, tu espléndido pavés;
La tierra es prometida que abrazas y enamoras
Y que al engrandecerse sus hijos ve nacer.
Tú eres de todo padre y á todo das la vida;
Los tiernos niños crecen buscando tu calor;
Los míseros ancianos al verte cobran fuerzas,

Se arrastran hacia afuera. . . . Tan sólo los que han muerto
Te olvidarán, ¡ oh Sol !

" Al estallar tu cólera tu rostro queda oculto
Y el manto de las sobras la tierra ve surgir ;
Se enfría, y por los cielos retiembla con espanto
El trueno que rodando se agita en ondas mil.
Cuando los cielos lloran sus lágrimas son lluvias ;
Suspiran, y los vientos que rugen son su voz ;
Las flores se marchitan, los frutos caen del árbol,
Los viejos y los niños ocúltanse medrosos
Al retirarte, ¡ oh Sol !

" ¿ Quién eres tú, belleza, que moras en la altura ?
Terror incomparable, ¿ Cuál tu principio fué ?
¿ Cuándo será tu término ? Tu del viviente Espíritu *
Eres la viva forma, la esencia de su Ser.
Nadie te puso arriba, que tu eres el principio ;
Tus hijos al olvido relegarás veloz ;
Y eternas son tus horas, que en tu palacio de oro
Midiendo vas los siglos, ¡ oh Padre de la vida !
¡ Inextinguible Sol ! "

Terminó el solemne canto, que, aunque en la traducción no lo parezca, es realmente hermoso y conmovedor en el original ; luego, después de un momento de pausa, miró hacia el cañón abierto en la cúpula y añadió :

"Oh Sol, desciende á tu altar."

* Este verso es interesante por ser una de las pocas alusiones que se encuentran en el ritual Zu-Vendis, á una vaga esencia divina, independiente del esplendor material del orbe que ellos adoran. " Ptia," la palabra usada por ellos, tiene una significación muy indeterminada, y quiere decir " esencia, principio vital, espíritu, y también Dios."

Al hablar él aconteció una cosa asombrosa. Un espléndido rayo de luz viva descendió, atravesando la semioscuridad, como una espada de fuego. Cayó sobre los cerrados pétalos y bajó, haciendo brillar los costados de oro, abriéndose entonces la flor bajo la influencia de su benigna luz. Se abrió poco á poco y al extenderse sus grandes pétalos dejaron descubierto el altar de oro sobre el cual arde siempre el fuego, los sacerdotes hicieron sonar sus trompetas y todos se levantaron murmurando una plegaria, que elevándose hasta la cúpula bajó haciendo eco en los muros de mármol. El altar en forma de flor estaba descubierto y la luz del sol al caer sobre la llama del fuego sagrado la abatió y desvaneció, hundiéndola en los rincones del agujero de donde salía. Entonces las trompetas volvieron á sonar y el gran sacerdote levantó las manos, diciendo en alta voz:

"Nosotros te hacemos sacrificios, ¡oh Sol!"

Vi los ojos de Nilepta: estaban fijos sobre el piso de latón.

"Cuidado," dije en voz alta, y al decirlo vi á Agón inclinarse y tocar algo sobre el altar. Al hacer esto todos los rostros blancos que nos rodeaban tornáronse rojos y después pálidos otra vez, oyéndose su respiración como un suspiro. Nilepta se inclinó hacia adelante é involuntariamente se cubrió los ojos con las manos. Sorais habló en voz baja al oficial de la guardia real, entonces con un sonido fuerte, todo el piso de latón se deslizó desde nuestros pies hacia adelante, y en su lugar quedó una profunda concavidad de mármol, terminando en un espantoso horno debajo del altar, muy amplio y bastante caliente para fundir un gran trozo de hierro.

Todos saltamos hacia atrás con un grito de terror, excepto el miserable Alfonso que quedó paralizado por el miedo y habría caído dentro del horrible horno preparado para nosotros si Sir Enrique con su fuerte mano no le hubiera arrastrado al tiempo de desvanecerse.

Inmediatamente se levantó un terrible murmullo y nosotros cuatro seguimos retrocediendo, procurando Alfonso encontrar refugio bajo nuestras piernas. Todos teníamos nuestros revólvers, porque aunque nos habían quitado políticamente los rifles al dejar el palacio, no nos quitaron los revólvers desconociendo su uso. Pico Duro también tenía su hacha de la que no se había tratado de privarle y haciéndola ahora dar rápidas vueltas sobre su cabeza, lanzó su penetrante grito de guerra que retumbó en las paredes de mármol. Los sacerdotes, burlados por su presa, habían sacado espadas de debajo de sus blancas vestiduras y se dirigían sobre nosotros, como galgos sobre un ciervo cercado. Vi aquello y por peligrosa que fuese la acción debíamos atacar ó estábamos perdidos, así es que al primer hombre que trató de acercárse que fué uno muy alto, le envié una bala de revólver que lo atravesó, cayendo en la orilla del hoyo, desde donde se resbaló, dando agudos gritos, al fuego que estaba preparado para nosotros.

Si fueron sus gritos ó el terrible sonido y el efecto del tiro de la pistola ú otra cosa no lo sé ; pero los otros sacerdotes se detuvieron, paralizados y desanimados, y antes de que nos acometiesen otra vez, Sorais dió algunas órdenes y fuimos rodeados por un muro de hombres armados. Todo esto pasó en un instante, los sacerdotes vacilaban aún

y el pueblo como una manada de gamos espantados no se inclinaba á ninguno de los partidos.

Se había escuchado ya el último grito del sacerdote quemado; el fuego lo había consumido y un profundo silencio reinaba en el templo.

Entonces el gran sacerdote Agón con el rostro como el de un diablo se volvió. "Dejad que el sacrificio sea consumado," gritó á las reinas. "¿No ha sido bastante punible el sacrilegio cometido por estos extranjeros, y queréis vosotras, oh reinas, arrojar el manto de vuestra majestad sobre los delincuentes? ¿No han sido matadas las criaturas consagradas al Sol? ¿Y no ha sido asesinado también un sacerdote del Sol por la magia de estos extranjeros que vienen como los vientos del cielo, de donde no sabemos, sin saber tampoco quienes son? Guardaos, oh reinas, de atentar á la gran majestad del Dios, delante aún de su sagrado altar. Hay un Poder mayor que vuestro poder; hay una Justicia mayor que vuestra justicia. Guardaos de levantar una mano impía en contra de ella. Dejad, oh reinas, que el sacrificio sea consumado."

Entonces Sorais le respondió con un tono tranquilo que me pareció entrañar algo de burla, no obstante lo serio de la cuestión. "Oh Agón, has hablado conforme á tu deseo y has dicho la verdad. Pero tú eres el que quieres levantar una mano impía contra la justicia de tu Dios. Recuerda que el sacrificio del mediodía está cumplido: el Sol ha recibido á su sacerdote como un sacrificio."

Esta era una nueva idea y el pueblo la aplaudió.

"¿Recuerdas quienes son estos hombres? Son extranjeros que se encontraron flotando en el centro del lago. ¿Quién los trajo? ¿Cómo llegaron allí? ¿Sabéis voso-

tros si ellos no son también adoradores del Sol? ¿Es esta la hospitalidad que dará nuestra nación á los que traiga aquí la casualidad, arrojarlos á las llamas? Vergüenza para vosotros, vergüenza. ¿Qué es la hospitalidad? Recibir al extranjero y colmarle de atenciones. Vendar sus heridas, darle una almohada para su cabeza y alimentos para que coma. Pero tu almohada es un horno encendido y tu alimento el fuego ardiente. Vergüenza para ti."

Se detuvo un momento para observar el efecto de su alocución sobre la multitud y viendo que era favorable, cambió el tono suplicante por el de mando.

"Hola," dijo, "abrid paso á las reinas y á aquellos á quienes las reinas cubren con su "kaf" (manto)."

"¿Y si rehuso, oh reina?" dijo Agón entre dientes.

"Entonces mis guardias me abrirán paso," respondió con orgullo, "aun delante del santuario y aun sobre los cuerpos de tus sacerdotes."

Agón se puso pálido de rabia. Miró al pueblo, como si pensase apelar á él; pero vió claramente que sus simpatías estaban de la otra parte. Zu-Vendis son gente curiosa y sociable, y grande como era su sentimiento de la enormidad que habíamos cometido matando los hipopótamos sagrados, no les agradaba la idea de que los únicos extranjeros que habían visto ó de los que habían oído hablar, fuesen arrojados al horno, destruyendo así la casualidad de adquirir de ellos algunos conocimientos y noticias, y de charlar acerca de ellos. Agón comprendió esto y vaciló, y entonces habló Nilepta con dulce voz.

"Medita, Agón," exclamó, "que como ha dicho la reina, mi hermana, estos hombres pueden ser también adoradores del Sol. Ellos no pueden hablar por sí mis-

mos, porque sus lenguas están atadas. Difiérase esta cuestión hasta que aprendan nuestro idioma. ¿Quién puede ser condenado sin que se le oiga? Cuando estos hombres puedan defenderse entonces sera tiempo de juzgarlos."

Este era un medio de quedar bien y el vengativo sacerdote se asió á él por poco que le gustase.

"Sea, oh reinas," dijo. "Vayan esos hombres en paz, y cuando hayan aprendido nuestro idioma dejémoslos hablar. Y yo, yo mismo, elevaré una humilde súplica ante el altar para que ninguna desgracia caiga sobre el país por el sacrilegio cometido."

Estas palabras fueron recibidas con un murmullo de aprobación é inmediatamente salimos del templo, rodeados por la guardia real.

Hasta después fué cuando supimos lo que había pasado y cuánto riesgo habían corrido nuestras vidas entre las crueles garras de los sacerdotes Zu-Vendis, ante los cuales aun las reinas son impotentes. Si no hubiera sido por sus celosos esfuerzos para protegernos, habríamos sido matados aun antes de poner los pies en el templo del Sol. El intento de hacernos caer dentro del horno ardiente como una ofrenda, fué el último artificio para llegar á ese fin, después que otros muchos, que ni siquiera habíamos sospechado, habían resultado inútiles.

CAPÍTULO XV

LA CANCIÓN DE SORAIS

Después de habernos escapado de Agón y de su piadosa banda, volvimos á nuestros cuarteles en palacio y tuvimos un tiempo bonancible. Las dos reinas, los nobles y el pueblo rivalizaban entre sí para honrarnos y colmarnos de regalos. El penoso incidente de los hipopótamos cayó en el olvido, lo que nos llenaba de satisfacción. Todos los días nos visitaban diputaciones é individuos para examinar nuestros fusiles, vestidos, cotas de malla ó instrumentos, especialmente nuestros relojes que les agradaban mucho. En suma, llegamos á estar completamente de moda, tanto que algunos jóvenes elegantes entre los Zu-Vendis empezaron á copiar el corte de nuestros vestidos, particularmente de la chaqueta de caza de Sir Enrique. Un día nos visitó una diputación y como siempre, Good se puso de riguroso uniforme. Esta diputación parecía ser de clase diferente á las que generalmente nos visitaban, y su atención se detuvo observando los detalles del uniforme de Good, del cual tomaron muchas notas y medidas. Good se lisonjeó mucho de esto, sin sospechar que estaba tratando con los seis principales sastres de La Gran Milosis. Sin embargo, quince días después, cuando asistió á la corte y tuvo el placer de ver á siete ú ocho

Zu-Vendis ataviados con una hermosa imitación de su uniforme, cambió de parecer. Jamás olvidaré la expresión de asombro y disgusto que vi en su rostro. Por esto y porque nuestros vestidos estaban ya muy deteriorados, resolvimos adoptar el traje de los pobladores, que era muy cómodo, aunque debo decir que, según Alfonso, yo parecía muy ridículo con él. Sólo Pico Duro no lo necesitaba; cuando se le acabó su "moocha" el fiero Zulú anduvo indiferente, tan horrible y desnudo como su hacha de batalla.

Mientras tanto proseguíamos con constancia nuestro estudio del idioma y hacíamos rápidos progresos. El día siguiente á nuestra aventura en el templo se nos presentaron tres graves y reverendos señores, armados con libros manuscritos, tinteros de cuerno y plumas de ave, y nos indicaron que habían sido enviados para enseñarnos. Con excepción de Pico Duro, los demás estuvimos anuentes y estudiamos cuatro horas cada día. El Zulú no quiso estudiar. No deseaba aprender "aquel lenguaje de mujeres," y cuando uno de los preceptores avanzó hacia él con un libro y un tintero y se los puso delante con ademán persuasivo, como un sacristán que coloca el pan y el vino bajo la nariz de un rico parroquiano pero tacaño, saltó jurando y esgrimió á Inkosi-kaas ante los ojos de nuestro erudito amigo, que no volvió á intentar enseñarle el Zu-Vendi.

Empleábamos las mañanas en esta útil ocupación, que conforme adelantábamos se hacía más y más interesante, y las tardes las dedicábamos á otras cosas. Unas veces emprendíamos pequeños viajes, entre los que fueron notables, uno á las minas de oro y otro á las canteras de mármol, los que no describiré por falta de espacio; y otras

veces salíamos á cazar el gamo con perros adiestrados para este objeto, siendo esta una diversión excitante, porque el país está lleno de cercas y nuestros caballos eran magníficos. Esto no debe extrañarse teniendo en cuenta que las caballerizas reales estaban á nuestra disposición y además teníamos cuatro excelentes caballos de silla que nos había regalado Nilepta.

Otras veces cazábamos con halcón, pasatiempo muy en boga entre los Zu-Vendis, que sueltan sus halcones á una especie de perdiz, notable por la rapidez y fuerza de su vuelo. Este pájaro parece perder la cabeza cuando es atacado por el halcón y en vez de ocultarse vuela muy alto, ofreciendo una caza muy divertida. He visto una de estas perdices volar hasta perderse de vista perseguida por el halcón. Ofrece aun mejor caza una variedad de agachadiza solitaria, del tamaño de un Pájaro Carpintero pequeño, la que abunda mucho en el país, y que es cazada con un halcón pequeño, ágil, bien adiestrado y con la cola casi roja. El zigzag de la agachadiza y la gran rapidez del vuelo y los movimientos de la cola roja del halcón, hacen este pasatiempo delicioso. Otra variedad de la misma diversión es la caza de una pequeña especie de antílope con águilas adiestradas; y ciertamente es un espectáculo maravilloso ver al gran pájaro elevarse y elevarse hasta que no parece más que una pequeña mancha negra en el espacio y repentinamente precipitarse como una bala de cañón sobre el gamo que está oculto entre la yerba. Aun es más hermoso el espectáculo cuando el águila coge al gamo corriendo.

Otros días visitábamos las habitaciones de algunos de los grandes señores del país, hermosas plazas fortificadas

y aldeas cercadas por murallas. Aquí vimos algunos viñedos, campos de trigo y parques muy bien cuidados, y tanta madera de construcción en ellos que me deleitó; porque estimo mucho un buen árbol. Allí permanece de pie, fuerte y erguido, y tan hermoso como un hombre de la mejor raza. ¿Qué orgullosamente levanta su cabeza entre las tempestades del invierno y cuánto se regocija al volver la primavera! ¡Cuán grande es también su voz cuando conversa con el viento! mil arpas eólicas no podrían igualar la belleza de los suspiros de un gran árbol cubierto de follaje. Todo el día apunta al sol y toda la noche á las estrellas, y así, sin pasiones y lleno de vida, dura siglos enteros, haya tempestad ó haya calma, sacando su sustento del frío pecho de la madre tierra y conforme trascurren los años, aprendiendo los grandes misterios del crecimiento y de la decadencia. Y así continúa, durante muchas generaciones, sobreviviendo á individuos, costumbres y dinastías, á todo, excepto al país que adorna y á la naturaleza humana, hasta que llega el día señalado en que el viento gana la batalla y se regocija en el espacio reclamado, ó hasta que la consunción da el último golpe á su obra.

Se debía pensar mucho antes de cortar un árbol.

En las noches Sir Enrique, Good y yo teníamos la costumbre de comer ó más bien de cenar con sus Majestades, no todas las noches, sino tres ó cuatro veces á la semana, cuando no tenían muchos acompañantes ó los negocios de Estado lo permitían. Debo decir que estas cenas eran tan encantadoras como no he visto otras. ¡Con cuánta verdad se dice que las personas de alto rango son las más sencillas y bondadosas!

La prosperidad y vulgaridad son patrimonio de la clase media, y la diferencia entre las dos clases se nota mucho en Inglaterra donde se ve todos los días al arruinado conde y al orgulloso banquero que ha ocupado su lugar. Creo que uno de los mayores encantos de Nilepta es su dulce sencillez y el benévolo interés que presta aun á las cosas más pequeñas. Es la mujer más sencilla que he conocido y cuando una pasión no la agita una de las más dulces; pero cuando quiere puede mirar como reina y ser tan fiera como cualquier salvaje.

Jamás olvidaré una escena que sucedió, cuando estuve seguro de que estaba enamorada de Curtis. La causa fué la debilidad de Good que siempre anhelaba la sociedad de las señoras. Hacía tres meses que estábamos aprendiendo el Zu-Vendis cuando se le ocurrió á Good que estaba ya cansado de los ancianos caballeros que nos hacían el honor de guiarnos en nuestros estudios, así es que, sin decirnos una palabra, les manifestó que era un hecho extraño; pero que nosotros no podríamos aventajar en el conocimiento de un idioma extranjero á menos que fuésemos enseñados por señoras, teniendo cuidado de explicarles que debían ser jóvenes. Dijo que en nuestro país se acostumbraba elegir las muchachas más encantadoras que podían encontrarse para instruir á los extranjeros que lo necesitaban.

Los caballeros le escucharon sin hacer observación alguna. Admitieron que había razón en lo que él decía, supuesto que la contemplación de lo bello, según les enseñaba su filosofía, produce cierta porosidad en el ánimo, semejante á la que producen sobre el cuerpo físico las benignas influencias del sol y del aire. En consecuencia era probable que aprenderíamos más pronto el idioma si

podían encontrarse preceptoras convenientes. Había otra razón, la de que siendo las mujeres naturalmente locuaces, se adquiriría más práctica en el estudio oyendo las frases de viva voz.

Good asintió gravemente á todo esto y los instruídos caballeros partieron, asegurándole que tenían orden de obsequiar nuestros deseos en todo lo que fuese posible.

Imaginaos mi sorpresa y disgusto, y creo que también el de Sir Enrique, cuando, al día siguiente, al entrar en el cuarto donde estudiábamos encontramos en vez de nuestros venerables maestros, tres de las más hermosas jóvenes de La Gran Milosis, que es mucho decir, las que se sonrojaron, se sonrieron y saludaron, dándonos á entender que habían venido á continuar nuestra enseñanza. Entonces Good, viendo nuestro asombro, creyó conveniente explicarse diciendo que había olvidado comunicarnos que la tarde anterior le habían manifestado nuestros profesores, que era indispensable que nuestra instrucción, en lo de adelante, fuese dirigida por personas de otro sexo. Yo estaba abatido y en semejante crisis pedí consejo á Sir Enrique.

"Bien," dijo, "ya veis que las señoritas están aquí. ¿No creéis que el despedirlas pueda herir su delicadeza? Ya veis que uno no debe ser grosero; además son muy bellas."

Good había comenzado ya su lección con la más hermosa de las tres, así es que cedí suspirando. Aquel día, todo fué bien: las jóvenes eran expertas y sólo se sonreían cuando disparatábamos. Antes jamás había visto á Good tan atento á su lección, y aun Sir Enrique parecía

estudiar el Zu-Vendis con renovado zelo. "Ah," pensé, "¿seguirá esto siempre así?"

Al día siguiente estuvimos más animados; nuestro trabajo era agradablemente interrumpido con preguntas acerca de nuestro país, cómo eran las señoras de allá, etc., á todo lo cual respondíamos en Zu-Vendis como mejor podíamos; oí á Good asegurar á su maestra que su belleza era comparada á las hermosuras de Europa como el sol á la luna, á lo que contestó con un pequeño movimiento de cabeza como diciendo que ella era una preceptora y nada más, y que no era bueno engañar con tales cumplidos á una pobre muchacha. Después tuvimos un poco de canto que era realmente encantador, natural y sin afectación. Las canciones de amor Zu-Vendis son muy patéticas. Al tercer día todos estábamos ya en la más perfecta intimidad. Good le habló de amor á su bella maestra y tanto se conmovió que mezclaba sus suspiros á los suyos. Yo discurría con una alegre muchacha de ojos azules, sobre el arte Zu-Vendis, no sin advertir que estaba la muy traviesa esperando una oportunidad para soltar sobre mi espalda una especie de cucaracha, mientras que en un rincón, Sir Enrique y su maestra parecían, según pude juzgar, entretenidos en una conversación sobre los principios de educación sostenidos por Wackford Squeers, aunque en una forma muy modificada ó más bien espiritualizada por decirlo así. La joven repetía, por ejemplo, la palabra Zu-Vendis que significa "mano" y él la tomaba, "ojos" y él miraba sus negras pupilas, "labios" y . . . en aquel momento mi preceptora dejó caer la cucaracha sobre mi espalda y corrió riéndose. Tengo horror á las cucarachas y me levanté pronto, riéndome de su atrevimiento.

Levanté el cojín en que había estado sentada y se lo tiré. Imaginaos mi vergüenza, mi horror y mi desgracia cuando se abrió la puerta y entró Nilepta acompañada de dos guardias. El cojín pasó sobre la muchacha y pegó en la cabeza á uno de los guardias; pero yo disimulé que lo había tirado. Good cesó de suspirar y empezó á destrozar el Zu-Vendis con toda la fuerza de su voz, y Sir Enrique silbaba y miraba tontamente. En cuanto á las pobres muchachas quedaron completamente enmudecidas.

Nilepta se irguió tanto que parecía sobresalir de entre los altos guardias y su rostro se puso primero rojo y después pálido como la muerte.

"Guardias," dijo con voz ahogada, señalando á la hermosa é inconsciente discípula de Wackford Squeers, "matad á esa mujer."

Los guardias permanecieron inmóviles.

"¿Haréis lo que mando ó no?" dijo en el mismo tono.

Entonces avanzaron hacia la muchacha con las lanzas levantadas.

Sir Enrique se había recobrado ya y vió que la comedia probablemente se convertiría en tragedia.

"Quietos," dijo con voz de trueno, colocándose enfrente de la aterrorizada muchacha. "Nilepta, tu no la matarás."

"Sin duda tienes buenas razones para procurar defenderla. Tu no puedes hacer menos," respondió la enojada reina, "pero ella morirá, morirá," y golpeó el suelo con su pequeño pie.

"Entonces moriré con ella," dijo Sir Enrique. "Soy tu siervo, oh reina, haz de mi lo que gustes." Le hizo

una reverencia y fijó sus claros ojos con desprecio sobre su rostro.

"Desearía matarte también á tí," respondió, "porque te has burlado de mí;" y sintiendo que estaba vencida y no sabiendo qué hacer prorrumpió á llorar, apareciendo tan hermosa en su desconsuelo que, siendo yo viejo, envidiaba á Curtis que la sostenía. Era muy extraño, considerando lo que acaba de pasar, verlo estrecharla en sus brazos, y este pensamiento debió ocurrírsele también á ella, porque se desprendió de ellos y se retiró, dejándonos muy intranquilos.

Pronto volvió uno de los guardias con una orden para las muchachas que estaban allí, de abandonar la ciudad bajo pena de muerte y volver á sus casas en el campo, con lo que ningún mal les sobrevendría; en consecuencia se retiraron notando filosóficamente que esto no podía evitarse y que les era muy satisfactorio saber que nos habían enseñado algo del idioma Zu-Vendis. La mía era una muchacha preciosa y, olvidando lo de la cucaracha, le regalé al irse una moneda de seis peniques con un agujero. Después de esto nuestros primeros maestros siguieron su curso de instrucción, no necesito decirlo, con gran satisfacción mía.

Aquella noche cuando nos presentamos á ceñar tímidos y temblorosos, nos encontramos con que Nilepta tenía un fuerte dolor de cabeza. Ese dolor de cabeza duró tres días completos; pero al cuarto se presentó á la cena, como de costumbre y con la más graciosa y dulce sonrisa dió á Sir Enrique su mano para que la condujese á la mesa. Ninguna alusión se hizo al incidente que he descrito, limitándose ella á decir con aire de encantadora inocencia

que al ir a vernos en nuestros estudios, le había dado un vértigo del que hasta ahora se había recobrado. Suponía, añadió con un rasgo de buen humor, muy común en ella, que lo que la había afectado era la vista de gentes que trabajaban tanto.

Sir Enrique le dijo secamente que le parecía que no había estado bien aquel día, por lo que le dirigió una de aquellas miradas que si hubiese tenido los sentimientos de un hombre le habrían atravesado como un cuchillo, y no volvió á hablarse más de ello. Concluída la cena, Nilepta se dignó examinarnos para ver lo que habíamos aprendido y se mostró muy complacida del resultado. Después nos dió una lección que nos pareció muy interesante.

Todo el rato que conversamos ó más bien que procuramos conversar, y sonreímos, Sorais permaneció sentada en su pulida silla de marfil, viéndonos y leyéndonos como en un libro, diciendo de cuando en cuando algunas palabras, y sonriendo con aquella sonrisa que parecía la luz de un relámpago de otoño en una noche oscura. Good estaba sentado lo más cerca de ella que se atrevió, mirándola al través de su monóculo, porque realmente había llegado á enamorarse de aquella sombría belleza, á la que, hablando por lo que á mi toca, tenía miedo. La observé perspicazmente y pronto me convencí, por su aparente imposibilidad, que estaba celosa de Nilepta. También observé, y el descubrimiento me abatió, que ella estaba enamorada de Sir Enrique Curtis. Naturalmente no pude quedar muy seguro de esto, porque no era fácil leer en el corazón de aquella mujer tan fría como altiva; pero observé una ó dos minuciosidades, y, como saben los caza-

dores de elefantes, la yerba seca muestra el camino que el viento ha seguido.

Pasaron otros tres meses en los que todos nosotros hicimos grandes progresos en el idioma Zu-Vendis que es fácil de aprenderse. Con el tiempo llegamos á ser favoritos del pueblo y aun de los cortesanos, adquiriendo reputación de sabios, porque, como creo haberlo dicho ya, Sir Enrique pudo enseñarles á fabricar el vidrio, que era una necesidad nacional, y también con el auxilio de un almanaque viejo que teníamos, predecíamos varias combinaciones celestes, que eran completamente desconocidas para los astrónomos del país. Demostramos también el principio de las máquinas de vapor á una reunión de sabios que se llenaron de asombro, é hicimos otras muchas cosas. De suerte que el pueblo manifestó su deseo de que no se nos permitiese salir del país (lo que de hecho era imposible aunque lo hubiésemos deseado), alcanzamos grandes honores, fuimos nombrados oficiales del cuerpo de guardias de las reinas hermanas, señalándosenos cuartos permanentes en el palacio, y se consultó nuestra opinión en los asuntos de policía nacional.

El cielo parecía azul, pero había en el horizonte una nube y muy grande. No habíamos oído hablar ya de aquellos malhadados hipopótamos; pero no por esto se crea que nuestro sacrilegio se había olvidado ó que el grande y poderoso cuerpo de sacerdotes, encabezado por Agón, se hubiese apaciguado. Por el contrario, se agitaba más fieramente porque había sido vencido y lo que al principio fué tal vez fanatismo, había terminado en terrible odio nacido de la envidia. Hasta aquí los sacerdotes habían sido los sabios del país y eran mirados con peculiar

veneración por esta causa. Pero nuestra llegada, con nuestra sabiduría, nuestras extrañas invenciones é ideas de cosas no imaginadas, dió un golpe serio al estado de sus negocios y entre los Zu-Vendis ilustrados contribuyó á destruir el prestigio de los sacerdotes. Lo que más les chocaba era el favor de que disfrutábamos y la confianza que en nosotros se tenía. Todas estas cosas nos hicieron muy peligrosos para la casta sacerdotal, la más poderosa del reino porque era la más unida.

Otra fuente de peligro permanente para nosotros era la envidia, que se desarrollaba poco á poco, de los grandes señores, encabezados por Nasta, cuyo antagonismo malamente oculto hasta entonces amenazaba mostrarse claramente. Nasta había sido durante algunos años candidato para esposo de Nilepta, y cuando llegamos, aunque había muchos obstáculos, podía lograr sus deseos. Pero ahora todo había cambiado, la modesta Nilepta no le sonreía ya, y él conocía la causa. Furioso y alarmado dirigió sus atenciones á Sorais, sólo para encontrar que era inútil cortejarla. Con una ó dos burlas amargas acerca de su inconstancia, aquella puerta se le cerró para siempre. Nasta se acordó entonces de los treinta mil hombres que se levantarían á su voz en los desfiladeros de las montañas del Norte, y sin duda juró adornar las puertas de La Gran Milosis con nuestras cabezas.

Pero primero determinó, según suspimos, hacer otra prueba y pedir la mano de Nilepta en plena Corte, después de la ceremonia anual de firmar las leyes que habían sido dictadas por las reinas durante el año. Nilepta había oído hablar de este asombroso hecho con simulado enojo, y con voz trémula nos informó de esto, al sentarnos á

cenar la noche que precedió á la ceremonia de firmar las leyes.

Sir Enrique se mordió los labios, hizo todo lo que pudo para impedirlo y mostraba claramente su agitación.

"¿Qué respuesta dará la reina al gran señor?" pregunté en tono de burla.

"¿Qué respuesta, Macumazahn?" (habíamos preferido usar nuestros nombres Zulú entre los Zu-Vendis), contestó ella, alzando graciosamente sus hombros de marfil. "No lo sé: ¿qué debe hacer una pobre mujer cuando el pretendiente tiene treinta mil guerreros para hacer comprender su amor?" Y bajo sus largas pestañas miraba á Curtis.

Precisamente entonces nos levantamos de la mesa para pasar á otro cuarto. "Quatermain, una palabra, pronto," me dijo Sir Enrique. "Escuchad. Jamás os he hablado de ello, pero seguramente lo habéis adivinado. Amo á Nilepta. ¿Qué debo hacer?"

Afortunadamente ya había meditado yo el asunto y pude darle la respuesta que me pareció más acertada.

"Debéis hablarle á Nilepta esta noche," le dije. "Ahora ó nunca. Escuchad. En el otro cuarto sentaos cerca de ella y decidle que os espere á media noche junto á la estatua de Rademas, al extremo del gran salón. Yo os cuidaré allí. Ahora ó nunca, Curtis."

Pasamos al otro cuarto. Nilepta estaba sentada y en su hermoso rostro se veía una mirada triste y ansiosa. Un poco más lejos estaba Sorais, conversando con Good en voz baja.

La ocasión había llegado: dentro de un cuarto de hora las reinas, según su costumbre, se retirarían. Sir Enrique

no había tenido aún oportunidad de hablar á Nilepta; aunque nosotros veíamos mucho á las reinas, no era fácil verlas solas. Daba tormento á mi cerebro hasta que al fin se me ocurrió una idea.

"¿Se servirá la reina," dije inclinándome ante Sorais, cantar alguna canción á sus siervos? Nuestros corazones están tristes esta noche: cantadnos, "Dama de la Noche" (nombre favorito de Sorais entre el pueblo).

"Mi canto, Macumazahn, no puede alegrar un corazón triste, sin embargo, si te agrada, cantaré," me respondió y levantándose se dirigió á una mesa donde estaba un instrumento parecido á una cítara y comenzó á preludiar.

Repentinamente, como las notas de un pájaro de garganta profunda, entonó una canción tan dulce y con un estribillo tan triste y lúgubre, que contuvimos todos el aliento. Poco á poco se elevaron notas de oro que parecían fundirse á lo lejos y crecer después, cargadas con todo el dolor del mundo y toda la desesperación del bien perdido. Era un canto maravilloso; pero no pude escucharlo con la debida atención. Sin embargo, después conseguí la letra y aquí está una traducción tan exacta como ha sido posible hacerla.

CANCIÓN DE SORAIS.

"Cual ave que suspira, que vuela desolada
Y en medio de tinieblas su nido se perdió;
Cual mano sin auxilio, por lo alto levantada,
Cuando su hoz la muerte vibra como una espada,
Así es la triste vida que inspira mi canción.

"Como es el suave canto de sin igual dulzura
Que entona allá en las selvas alado ruiseñor;

Cual misterioso espíritu que abre cuando murmura
Las puertas de los cielos, en la infinita anchura,
Así al romper sus alas cayendo, es el amor.

" Cual marchan las legiones hacia el combate cruento
Y llaman las trompetas á los que están en pie ;
Cual dios de las tormentas con su rugir violento,
Que deja tras relámpagos más negro el firmamento,
Así al tornarse en polvo, será nuestro poder.

" Así es la vida breve, y espacio suficiente
Para olvidarlo todo sin duda se tendrá ;
Es ilusión amarga ; son sueños de la mente
Y nadie despertarnos, podrá por más que intente,
Hasta que al fin la muerte nos lleve al más allá."

ESTRIBILLO.

" Es hermoso el mundo
Cuando surge el alba ;
Alba, Alba.
Mas el sol rojizo
En sangre se baña ; "
Baña, Baña.

Sólo desearía poder escribir al pie la música.

" Ahora, Curtis, ahora," murmuré cuando ella comenzaba el segundo verso, y volví la espalda.

" Nilepta," dijo él (mis nervios estaban tan excitados que pude oir todas las palabras, por quedo que hablasen, no obstante las divinas notas de Sorais), " Nilepta, debo hablar contigo esta noche. No me digas que no ; no me lo digas."

" ¿ Cómo podré hablar contigo ? " le respondió ella

fijando su mirada hacia adelante. "Las reinas no son como las otras gentes. Yo estoy continuamente vigilada."

"Escucha, Nilepta, así. Yo estaré junto á la estatua de Rademas, en el gran salón á media noche. Tengo la contraseña y puedo pasar. Macumazahn estará allí para cuidarnos y con él el Zulú. Ven, reina mía, no me lo niegues."

"No es probable," murmuró ella, y mañana . . . ."

Entonces la música comenzó á morir en el último sollozo del estribillo y Sorais se volvió poco á poco.

"Estaré allí," dijo Nilepta apresuradamente, "por tu vida no me engañes."

CAPÍTULO XVI

ANTE LA ESTATUA

Era de noche y el silencio yacía sobre la ciudad amenazadora como una nube.

Secretamente, como malhechores, emprendimos nuestro camino Sir Enrique Curtis, Pico Duro y yo, al través de los pasillos, hacia la entrada de la gran cámara del trono. Nos encontramos con un centinela. Di la contraseña y dejando caer su lanza nos permitió pasar. Éramos oficiales del cuerpo de guardias de las reinas y con tal carácter podíamos entrar y salir sin ser interrogados.

Llegamos al salón sin contratiempos. Tan solitario estaba que nuestros pasos resonaban en las paredes, vibrando débilmente en el techo, como pisadas de muertos que frecuentasen el lugar donde una vez anduvieron.

Era un paraje que inspiraba terror y me impresionó mucho. La luna llena arrojaba líneas de luz al través de las aberturas sin ventanas de las paredes, que hacían resaltar lo negro del pavimento de mármol, como flores blancas sobre un ataúd. Una de estas flechas plateadas caía sobre la estatua de Rademas dormido y de la figura del ángel inclinada sobre él, iluminándola con una luz suave que me recordó aquella con la que los católicos iluminan los altares de sus catedrales.

Nos detuvimos junto á la estatua y esperamos. Sir Enrique y yo juntos y Pico Duro á algunos pasos entre las tinieblas, de suerte que sólo podía ver su contorno apoyándose el de su hacha.

Tanto tiempo esperamos que me dormí, descansando sobre el frío mármol, hasta que desperté al oir á Curtis dar un suspiro. Entonces llegó á nosotros un sonido lejano, como si las estatuas alineadas en las paredes se diesen una á la otra un mensaje de pasadas edades.

Era el débil roce del vestido de una dama. Se acercaba cada vez más. Pudimos ver á la luz de la luna una figura que avanzaba y aún oir el ruido de sus pies calzados con sandalias. Después vi la negra silueta del Zulú que levantaba su brazo en señal de saludo y Nilepta llegó junto á nosotros.

¡Qué hermosa parecía cuando se detuvo un momento dentro del círculo iluminado por la luz de la luna! Su mano oprimía su corazón y su blanco pecho se agitaba. Una banda bordada puesta alrededor de la cabeza sombreaba en parte el perfecto rostro, haciéndolo aun más hermoso; porque como la belleza, depende hasta cierto punto de la imaginación, nunca es tan hermosa como cuando está medio oculta. Allí estaba de pie radiante, pero medio dudosa, majestuosa y sin embargo tan dulce. Duró esto un momento; pero desde entonces me enamoré de ella y lo estoy hasta ahora, porque parecía un ángel del cielo más bien que una mujer amante, apasionada, mortal. Nos inclinamos ante ella y dijo:

"He venido; pero con gran riesgo. No sabéis cuánto me vigilan. Los sacerdotes me observan. Sorais con sus grandes ojos me observa. Mis mismos guardias me

espían. Nasta también me vigila. ¡Oh, que tenga mucho cuidado!" Y golpeó el suelo con el pie. "¡Que tenga much cuidado! soy mujer y por lo mismo no fácil de someter. Soy además reina y puedo vengarme. ¡Que tenga cuidado, repito, ó en vez de darle mi mano tomaré su cabeza!" Terminó con un suspiro y nos sonrió halagüeñamente.

"Me mandaste que viniese, mi señor Incubu" (Curtis le había dicho que le llamase así). "Sin duda es para tratar algún asunto de Estado, porque sé que estás lleno de grandes ideas y planes para mi felicidad y la de mi pueblo. Así aun siendo reina debí venir sola, no obstante que temo mucho la oscuridad," y riéndose otra vez fijó en él sus garzos ojos.

Yo creí prudente separarme un poco, supuesto que los asuntos de Estado no debían hacerse públicos; pero ella no me dejó alejarme, deteniéndome á unas cinco yardas, pretestando que temía una sorpresa. De suerte que involuntariamente oí todo lo que pasó.

"Tu sabes, Nilepta," dijo Sir Enrique, "que no es para este objeto por lo que te he suplicado me vieses en este lugar solitario. Nilepta, no malgastemos el tiempo en bromas, escúchame, porque yo te amo."

Al decir él estas palabras la vi abatirse y muy cambiada. La coquetería desapareció y en su lugar brilló la luz del amor que parecía glorificarla y hacerla como aquel ángel de mármol inclinado sobre Rademas. No pude dejar de pensar que debió haber sido un rasgo de instinto profético el que hizo dibujar á Rademas, en las facciones del ángel de su inspirada visión un parecido tan extraño de una de sus descendientes. Sir Enrique también lo notó

y le sorprendió esta semejanza, porque su mirada pasó de Nilepta á la estatua iluminada por la luz de la luna, y de ésta otra vez á su amada.

"Dices que me amas," le dijo en voz baja, "y tu voz tiene el acento de la verdad; ¿pero cómo sabré que me dices la verdad?"

"Aunque," continuó con orgullosa humildad, empleando la tercera persona que es muy usada por los Zu-Vendis, "yo nada soy á los ojos de mi señor," y se inclinó hacia él, "que viene de una nación maravillosa comparada con la cual la mía es como un niño, soy aquí reina y si quisiese combatir, cien mil lanzas brillarían en mi marcha, como las estrellas brillan en el camino de la luna que se pone. Aunque mi belleza no sea gran cosa á los ojos de mi señor," y se inclinó otra vez, "aquí, en mi pueblo soy tenida por hermosa y como soy mujer los grandes señores de mi reino me han disputado," añadió con mucha pasión, "como si fuese un venado que debiera ser presa del lobo más hambriento ó un caballo que se vendiese al mejor postor. Perdóneme mi señor si le fatigo; pero mi señor se ha servido decir que me ama, á mí, á Nilepta, la reina de los Zu-Vendis y debo manifestarle que aunque mi mano y mi amor no sean mucho para él, para mí lo son todo."

"Oh," dijo, cambiando repentinamente el tono de su voz, "¿cómo podre saber que me amas sólo á mí? ¿Cómo podré saber que no te cansarás de mí y te volverás á tu país, dejándome desconsolada? ¿Quién podrá decirme que no amas á otra mujer hermosa, desconocida para mí; pero que alienta bajo esta misma luna que brilla sobre nosotros esta noche? Dime, ¿cómo lo sabré?" Y apre-

tándose las manos y extendiéndolas hacia él, lo miraba en actitud suplicante.

"Nilepta," le respondió Sir Enrique, adoptando la manera de hablar de los Zu-Vendis, "te he dicho que te amo, ¿ cómo podré decirte cuánto te amo ? ¿ Hay alguna medida para el amor ? Trataré de hacértelo comprender. No diré que no haya visto con interés á otra mujer ; pero diré que te amo con toda mi vida y con todas mis fuerzas, que te amo ahora y te amaré hasta que muera, y creo que aun después de muerto por siempre y para siempre : diré que tu voz es música para mi oído y tu presencia como el agua para una tierra seca, que cuando estás á mi lado el mundo es hermoso y cuando no te veo parece que ha muerto la luz. Oh, Nilepta, jamás te dejaré, por tu amor olvidaré á mi patria, la casa de mi padre : yo renuncio á todo. Á tu lado viviré, Nilepta, y á tu lado moriré."

Se detuvo y la miró con pasión. Ella inclinó la cabeza como un lirio y no respondió.

"Mira," prosiguió señalando la estatua iluminada por la luz de la luna. "¿ Ves ese ángel que tiene colocada la mano sobre la frente del hombre que duerme, y ves cómo á su contacto el alma se enciende y brilla al través de la carne, como una lámpara al contacto del fuego ? Lo mismo me pasa á mí contigo, Nilepta. Tu has despertado mi alma y la has atraído, y ahora no es mía, no ; sino tuya, únicamente tuya. Nada más tengo que decir ; en tus manos está mi vida." Y se apoyó en el pedestal de la estatua, muy pálido, sus ojos brillantes, orgulloso y bello como un lucero.

Poco á poco levantó ella la cabeza, fijando sus ojos, llenos de pasión, sobre su rostro, como para leer en lo más

recóndito de su alma. Después habló en voz baja, pero clara como una campana de plata.

"En verdad, soy mujer débil y te creo. Malo será para tí, y también para mí, el día en que por mi desgracia sepa que he creído una mentira. Ahora escúchame tu que has venido aquí, desde lejanos países, á robar mi corazón y hacerme tuya. Pongo mi mano sobre tu mano, así, y yo, cuyos labios antes jamás habían besado, beso tu frente; y ahora por mi mano, por este primero y santo beso, por el bien de mi pueblo, por el trono que tal vez pierda por tí, por el nombre de mi poderosa casa, por la piedra sagrada y por la eterna majestad del Sol, juro que para tí viviré y moriré. Juro que te amaré á tí solamente hasta la muerte y aun más allá, si como dices hay un más allá, y que tu deseo será mi deseo y tu vida mi vida."

"Mira, mi señor, no sabes cuán humilde es la que ama; yo, que soy reina, me arrodillo ante tí y rindo mi homenaje á tus pies;" y la apasionada joven dejóse caer de rodillas ante él sobre el frío mármol. Después no supe lo que sucedió, porque no pude permanecer allí más tiempo y me retiré para distraerme un poco con el viejo Pico Duro, dejándolos á sus anchas hablando de amor todo el tiempo que quisieron.

Encontré al guerrero, apoyándose sobre Inkosi-kaas come de costumbre, observando muy divertido lo que pasaba y sonriéndose maliciosamente.

"Ah, Macumazahn," dijo, "supongo que jamás comprenderé las costumbres de vosotros los blancos, tal vez porque estoy envejeciendo. Mira, te suplico, aquel par de hermosos palomos, ¿y á qué viene todo lo que hacen y dicen, Macumazahn? Él necesita mujer y ella necesita

marido, ¿por qué no paga él sus vacas * como debe hacerlo un hombre? Con esto se evitarían muchas molestias y nosotros podríamos haber dormido esta noche. Pero allí están habla y habla y beso y beso como locos. ¡Uf!

Tres cuartos de hora después el par de palomos se aproximó á nosotros, Curtis mirando cándidamente y Nilepta haciendo notar con mucha calma que la luz de la luna brillaba admirablemente sobre el mármol. Entonces, con muy buen humor, cogió mi mano y dijo que "yo ėra el querido amigo de su señor y por esto muy querido para ella," todo por él, nada por mí, según se ve. Después tomó el hacha de Pico Duro, la examinó con curiosidad, diciendo al hacerlo, que pronto tendría que usarse para su defensa.

En seguida nos hizo una graciosa caravana, miró tiernamente á su amado y desapareció en las tinieblas como una hermosa visión.

Cuando volvimos sin novedad á nuestros cuartos, Curtis me preguntó jocosamente qué pensaba acerca de lo que había sucedido.

"Estoy discurriendo," le respondí, "porqué razón algunos hombres encuentran reinas hermosas que se enamoren de ellos, mientras que otros no encuentran á nadie absolutamente ó menos que á nadie; estoy pensando también á cuántos hombres valientes costará la vida, lo que ha pasado esta noche." Esto era algo duro; pero como con la edad no se pierden todos los sentimientos, estaba un poco envidioso de la suerte de mi viejo amigo. Vanidad, hijos míos; vanidad de vanidades.

Al día siguiente informamos á Good de la feliz ocurren-

* Aludiendo á la costumbre Zulú.

cia, y la recibió con sonrisas que, naciendo en la boca, se extendían en todo su rostro, como los círculos en un estanque, hasta la orilla de su monóculo. Lo cierto es que Good se alegraba de lo que había sucedido, no por el hecho mismo, sino por razones personales. Adoraba á Sorais tanto como Sir Enrique adoraba á Nilepta, y su adoración no había sido muy correspondida que digamos. Él y yo suponíamos que aquella Cleopatra amaba más á Sir Enrique que á Good. Por consiguiente para él fué un consuelo saber que su inconsciente rival se había comprometido con otra. Su alegría disminuyó cuando se le dijo que todo debía quedar en secreto, sobre todo para Sorais, por razón de que se temía que tuviera lugar una convulsión política que de pronto no podría sofocarse y concluiría por arrojar del trono á Nilepta, si prematuramente se hacía público.

Esa mañana asistimos también á la Corte, y me sonreí al compararla con nuestra última visita, reflexionando que si las paredes pudiesen hablar referirían cuentos muy extraños. ¡Qué buenas actrices son las mujeres! En el alto trono, vestida con su bordado "kaf" ó toga de ceremonia, estaba sentada la bella Nilepta, y cuando entró Sir Enrique, vestido con el uniforme de oficial de la guardia y se inclinó humildemente ante ella, correspondió á su saludo con una simple inclinación de cabeza y se volvió fríamente hacia otro lado. La ceremonia fué muy concurrida, porque no solamente se trataba de firmar las leyes, sino que se había hecho público el rumor de que Nasta iba á pedir en matrimonio á Nilepta y el salón se había llenado completamente. Allí estaban nuestros amigos los sacerdotes, presididos por Agón que nos veía con ojos

vengativos; y parecían más imponentes aún por sus blancas túnicas bordadas, ceñidas con una cadena de oro de la que colgaban delgadas láminas. Había también un gran número de poderosos señores, cada uno con su acompañamiento de criados, brillantemente ataviados y entre ellos se distinguía Nasta, acariciándose la negra barba con aire meditabundo y displicente. Era una escena espléndida y conmovedora, especialmente cuando el oficial, habiendo leído cada una de las leyes las pasaba á las reinas para que las firmasen, entre el sonido de las trompetas y el estruendoso ruido que producían las lanzas de los soldados al caer sobre el pavimento. La lectura y el acto de firmar las leyes duró mucho tiempo; pero al fin concluyó, siendo una de las últimas la de que, *en virtud de que ciertos distinguidos extranjeros, etc.*, confiriéndonos á nosotros tres el rango de "señores" con ciertos mandos militares y grandes dominios que nos regalaban las reinas. Luego que se leyó esto las trompetas sonaron y dejáronse caer las lanzas según costumbre; pero vi que algunos de los señores murmuraban entre sí y que Nasta apretaba los dientes. No era de su agrado el favor que se nos dispensaba, el que no parecía muy natural.

Hubo un momento de silencio y Nasta avanzó algunos pasos, inclinándose humildemente é implorando una merced de la reina Nilepta. Ella se puso un poco pálida; pero se inclinó graciosamente y suplicó "á su amado señor" que hablase, por lo que él con rudas palabras pidió su mano para casarse.

Antes de que ella encontrase una respuesta, el gran sacerdote Agón tomó la palabra y en un discurso muy elocuente hizo notar las grandes ventajas de la alianza

propuesta; cómo se consolidaría el reino con los dominios de Nasta, de los que era virtualmente rey (siendo para los Zu-Vendis lo que Escocia es para Inglaterra), cuán contentos quedarían con esto los montañeses y cuán popular sería en el ejército por ser Nasta un general afamado; cuánto se afirmaría la dinastía reinante en el trono. y cuán digna sería de las bendiciones del Sol, del gran sacerdote y de todos sus súbditos. Muchos de sus argumentos eran de una fuerza incontestable y había además una razón de política en favor de este matrimonio. Pero desgraciadamente es difícil que reinas jóvenes y hermosas se sacrifiquen por la política como si fuesen las piezas de un juego de ajedrez. El rostro de Nilepta, mientras Agón declamaba, era digno de estudiarse: sonreía; pero bajo su sonrisa había algo terrible y sus ojos empezaban á despedir relámpagos siniestros.

Cuando Agón concluyó, ella se preparó para responder. Antes de que lo hiciese, Sorais se aproximó á ella y en voz bastante fuerte para que yo pudiese oírlo, le dijo: "Medita bien antes de hablar, hermana mía, porque nuestro reinado puede depender de tus palabras."

Nada respondió Nilepta, y Sorais con un movimiento de hombros y una sonrisa volvió á sentarse y escuchó.

"En verdad se me hace un grande honor," dijo, "no sólo por solicitar mi mano, sino porque Agón haya sido tan amable que me prometa las bendiciones del Sol en caso de verificarse esta unión. Me parece que si un minuto más hubiese trascurrido, Agón nos habría casado aun antes de que yo diese mi consentimiento. Nasta, te vivo reconocida y meditaré tus palabras; pero no tengo deseos

de casarme, esa es una copa de la que nadie conoce el gusto hasta que empieza á beberla. Lo repito, Nasta, siempre viviré reconocida" y procuró levantarse.

El rostro del gran señor se puso negro como su barba por la ira, porque comprendió que estas palabras equivalían á una rotunda negativa.

"Mucho agradezco á la reina sus benévolas frases," dijo haciendo esfuerzos para contenerse y sin parecer muy agradecido; "mi memória las conservará siempre. Ahora tengo que implorar otra merced, y es el real permiso para retirarme á mis posesiones del Norte, entretanto la reina puede contestar categóricamente á mi solicitud. Puede suceder," añadió con aire de desprecio, "que la reina desée visitarme allí y llevar con ella á estos señores extranjeros," viéndonos con ceño. "El país es pobre y escabroso; pero somos una fuerte raza de montañeses y treinta mil guerreros se reunirán para dar á la reina la bienvenida."

Este discurso, que era una declaración de guerra, fué escuchado en medio de un profundo silencio; pero Nilepta enrojeciéndose respondió con valor.

"¡Oh! Nasta, iré allá, los señores extranjeros me acompañarán y por cada uno de los montañeses que te llaman príncipe, llevaré dos guerreros de los que me llaman reina y veremos quién es el más fuerte. Entretanto, adiós."

Las trompetas sonaron, las reinas se levantaron y la gran asamblea se disolvió, yéndome á mi cuarto con el corazón adolorido porque preveía una guerra civil.

Después de esto trascurrieron algunas semana sin que aconteciese algo que merezca ser referido. Curtis y la

reina se encontraban raras veces, procurando siempre que sus relaciones no se trasluciesen. Pero sea lo que fuere, sucedió que un rumor débil como el zumbido de una mosca en un cuarto oscuro, pero perceptible, comenzó á extenderse poco á poco hasta que al fin llegó hasta el trono.

CAPÍTULO XVII

LA TEMPESTAD ESTALLA

La preferencia de Sorais por Sir Enrique, que al principio se presentó como una calamidad, pareciendo una nube tan grande como la mano de un hombre, comenzó á ennegrecerse y á entoldar nuestro horizonte. Vi la tempestad que se acercaba más y más, y también la vió mi pobre amigo. El amor de una mujer de tan alto rango y tan hermosa no podría considerarse por un hombre como una calamidad; pero para Curtis, en la situación en que se encontraba, era una carga muy pesada.

Nilepta era muy hermosa y tenía celos por la "distinguida consideración" (como la llamaría Alfonso), con que su real hermana le favorecía. El secreto que debía guardar de sus relaciones con Nilepta, impedía á Curtis aprovechar alguna oportunidad de poner fin á este asunto, diciendo á Sorais confidencialmente, que iba á casarse con su hermana. Era también un motivo de pesar para Sir Enrique, saber que Good estaba enamorado honesta y sinceramente de la terrible, pero hermosa "Dama de la Noche."

El pobre Bougwan había enflaquecido mucho y su rostro estaba tan desmejorado que su monóculo apenas podía sostenerse sobre la nariz; mientras que ella, con

descuidada coquetería lo mantenía sin deslucionarlo, pensando tal vez que le podría servir como munición de reserva. Procuré darle un consejo, del modo más delicado que pude, pero se ofendió y no quiso escucharme; de suerte que por temor de que empeorase, determiné no insistir. ¡Pobre Good! era muy ridículo realmente en su desgracia, cometiendo toda clase de inconveniencias, en la creencia de que avanzaba en sus pretensiones. Una de ellas fué la de escribir, con la ayuda de uno de los graves y reverendos señores que nos enseñaban, el que por muy erudito que fuese no sabía medir un verso, una interminable canción de amor en Zu-Vendis, en la que se repetía continuamente el estribillo "quiero besarte, sí, quiero besarte." Entre los Zu-Vendis es muy frecuente que los jóvenes den serenatas en la noche á las señoritas, como en los países meridionales de Europa, cantándoles muchas necedades. Nadie se ofende por ello, ni aun las señoritas de más alto rango que aceptan la serenata como una joven inglesa acepta un cumplimiento galante.

Aprovechándose de esta costumbre, resolvió Good dar una serenata á Sorais, cuyos aposentos y los de sus doncellas estaban enfrente del nuestro, en el lado más lejano del angosto patio que separaba las dos secciones del palacio. En consecuencia armándose con una especie de cítara, en la que había aprendido á arañar, empezó á media noche, hora apropósito para estas batahola, á hacer aborrecible la noche con sus amorosos gritos. Estaba yo bien dormido cuando comenzó; pero pronto me desperte, porque Good posée una voz estentórea y no tiene idea del campás: me asomé á la ventana para ver lo que sucedía. En medio del patio, iluminado por la luz de la luna esta-

ba parado Good, su sombrero adornado con una pluma de avestruz, y sobre sus hombros una capa de seda, como se estila en tales ocasiones, entonando la abominable canción que él y el caballero habían adaptado á un ruidoso acompañamiento. En la dirección de los aposentos de las damas de honor se oyeron algunos cuchicheos; pero en los de Sorais á quien yo compadecía mucho á causa de la serenata, reinaba un silencio profundo. La espantosa canción parecía no tener fin con su interminable "quiero besarte" y por último ni yo ni Sir Enrique, á quien había llamado paraque presenciase el espectáculo, pudimos aguantar más; así es que, recordando cierta historia, saqué la cabeza por la ventana y grité, "por Dios, Good, ya no lo platiquéis más, besadla y dejadnos dormir." Con aquello se calló y ya no tuvimos serenata.

Este incidente hizo reir en la Corte, no obstante lo grave de la situación. ¡Cuánto nos debe satisfacer que aun en los asuntos más serios haya algo gracioso! El buen humor es una verdadera riqueza y debía ser cultivado en las escuelas, especialmente en las de Escocia, donde no se conoce.

Mientras más Sir Enrique se resistía, más se empeñaba Sorais, como muchas veces sucede en tales casos, hasta que al fin el asunto llegó á un estado muy crítico. Ella indudablemente ignoraba los amores de Nilepta y Sir Enrique y yo temíamos el momento en que algo llegase á sus oídos, porque es peligroso mezclarse en los asuntos de una mujer como Sorais aunque sea sin el consentimiento de uno. Al fin, como tenía que ser, llegó el momento fatal. Un día, habiendo salido Good á cazar, Sir Enrique y yo estábamos hablando de nuestra situación, especialmente

en lo que se refería á Sorais, cuando llegó un mensajero de la Corte con un recado escrito, que desciframos con dificultad, cuya sustancia era que "la reina Sorais necesitaba la presencia del señor Incubu en sus habitaciones particulares, á donde sería conducido por el portador."

"¿Podréis ir en mi lugar?" me dijo Sir Enrique.

"No," le respondí resueltamente. "Preferiría encontrarme con un elefante herido. Arreglad vos mismo vuestros negocios, amigo mío. Ya que sois tan guapo sufrid las consecuencias."

"Esto me recuerda un día en que iba á ser azotado en la escuela y los otros muchachos vinieron á consolarme," dijo con aire sombrío. "Me agradaría saber con qué derecho esta maldita reina exige mi presencia. No iré."

"Debéis ir: sois uno de sus oficiales, estáis obligado á obedecerla y ella lo sabe muy bien. Además pronto terminaréis."

"Lo mismo me decían los muchachos," replicó. "Sólo falta que me asesine, porque es muy capaz de ello." É inmediatamente partió.

Lo esperé y al cabo de cuarenta y cinco minutos volvió pareciéndome peor que al irse.

"Dadme algo que beber," dijo con voz ronca.

Le serví una copa de vino y le pregunté lo que había acontecido.

"Os acordáis de cuando os dejé?" me respondió. "Fuí conducido á la cámara de Sorais, que es maravillosa: allí estaba sentada ella completamente sola sobre un cojín de seda, en uno de los extremos del cuarto, tocando graciosamente en su cítara. Permanecí en pie delante de ella, sin que aparentase verme durante un corto rato, y siguió

cantando y tocando muy dulcemente. Después me miró y se sonrió."

"Has venido," exclamó. "Creí que tal vez estarías ocupado con Nilepta como sucede con frecuencia. Eres sin duda un siervo bueno y leal."

"Yo simplemente hice una reverencia y respondí que estaba allí para cumplir las órdenes de la reina."

"Quiero hablar contigo; pero siéntate para hablar con más comodidad," y me hizo lugar en el cojín á su lado, colocándose de manera que me veía de frente.

Le respondí "que yo no debía sentarme ante la reina."

"Siéntate, replicó, y habiéndome sentado, se puso á mirarme con sus negros ojos. Parecía el espíritu encarnado de la belleza, sin hablar y contemplándome. En su negro cabello tenía una flor blanca, y yo procuré fijar en ella mi vista y contar los pétalos; pero de nada me sirvió. Fuese su mirada ó no sé qué, el caso es que empecé á sentirme como magnetizado. Por último se levantó."

"Incubu," me dijo, "¿amas el poder?"

Yo repliqué que suponía que todos los hombres amaban el poder de una manera ó de otra.

"Lo tendrás, ¿Amas la riqueza?"

Contesté que estimaba las riquezas por el bien que con ellas podía hacerse.

"Las tendrás," dijo, "¿Y, amas la belleza?"

Le respondí que era muy aficionado á la escultura y á la arquitectura: al oír esto, frunció el entrecejo y durante un corto rato dejó de hablar. Mis nervios estaban en un estado tal que temblaba como la hoja de un árbol. Parecía que algo terrible iba á suceder; pero estaba bajo una especie de encanto que no me permitía reflexionar.

"Incubu," dijo al fin, "¿quisieras ser rey? Escucha, ¿quisieras tu ser rey? Mira, extranjero, deseo hacerte rey de todos los Zu-Vendis, y marido de Sorais, "La Dama de la Noche." Ten paciencia y óyeme. Á ningún hombre de mi pueblo habría revelado así los secretos de mi corazón; pero tu eres extranjero y por eso te hablo sin rubor, sabiendo que lo que te ofrezco habría sido duro para ti pedirlo. Mira, una corona está á tus plantas y con ella una mujer á quien muchos han deseado conquistar. Ahora puedes responder."

"Oh, Sorais," exclamé, "por Dios no habléis así:" ya consideraréis que no tuve tiempo de meditar ni de escoger las palabras, "porque nos estáis poniendo á ambos en una posición crítica. Debo casarme con vuestra hermana Nilepta, Sorais, y yo la amo."

Inmediatamente me chocó lo que había dicho y levanté la vista para ver el resultado. Cuando yo hablaba, el rostro de Sorais estaba oculto entre sus manos y poco á poco las separó y cayó desmayada al oir mis palabras. Tenía el color lívido y sus ojos despidían fuego. Se puso en pie y parecía que se ahogaba; pero lo espantoso era que estaba completamente tranquila. Durante un momento vió la mesa sobre la cual estaba una daga y luego me vió á mí como si estuviese pensando en matarme; pero no cogió el cuchillo. Por último articuló una palabra, una sola:

"Idos."

Y me vine bastante contento por haber salido de allí y aquí estoy. Dadme otra copa de vino, que es buen camarada, y decidme ¿qué hay que hacer?

Moví la cabeza, porque el asunto era serio. Razón tuvo un poeta al decir que:

"El infierno no tiene tanta furia como una mujer desdeñada,"

más especialmente si la mujer es una reina y una Sorais, y en realidad yo temí lo peor, incluyendo el inminente peligro que corríamos.

"Debemos comunicar esto á Nilepta inmediatamente," dije, "y tal vez sea conveniente que yo lo haga; podría creer vuestra relación sospechosa."

"¿Quién es ahora el capitán de guardia?"

"Good."

"Muy bien, entonces no habrá probabilidad de que lleguen hasta ella. No os admiréis. No creo que su hermana trate de asesinarla. Supongo que debemos participar á Good lo que ocurre."

"No lo se," replicó Sir Enrique. "Será muy doloroso para él, pobre compañero. Ya sabéis que él ama ardientemente á Sorais."

"Es verdad; y después de todo tal vez no haya necesidad de decírselo. Bastante pronto sabrá la verdad. Ahora, meditad bien lo que os digo; Sorais se unirá con Nasta que está encolerizado, allá en el Norte, y habrá una guerra como los Zu-Vendis no han visto otra en muchas centurias. Mirad allí," señalándole á dos correos de la Corte que con gran prisa salían de los aposentos particulares de Sorais. "Ahora seguidme," y subí corriendo la escalera que conduce á una torre que se levanta en el techo de nuestros cuartos, llevando un anteojo para ver fuera del palacio.

Lo primero que vimos fué uno de los mensajeros que muy aprisa se dirigía al templo, llevando sin duda las

órdenes de la reina al gran sacerdote Agón; pero en vano buscábamos al otro. Poco después, sin embargo, divisé un ginete que galopaba en dirección á la puerta del Norte de la ciudad y conocí que era otro correo.

"Ah," dije, "Sorais es una mujer de talento. Ha empezado á obrar y herirá pronto y bien. La habéis insultado, hijo mío, la sangre correrá á torrentes antes de que se borre la mancha, y también correrá la vuestra si llegáis á caer en sus manos. Voy á ver á Nilepta. Detenéos aquí, viejo camarada, y procurad recobraros. Mucho lo necesitáis, á menos que haya observado inútilmente la naturaleza humana durante cincuenta años."

Conseguí sin trabajo una audiencia de la reina. Ella estaba esperando á Curtis y no quedó muy complacida al ver en vez de Curtis, mi rostro color de caoba.

"¿Ha sucedido algo á mi señor, Macumazahn, que no viene á verme? Decidme, ¿está enfermo?"

Le contesté qué estaba bien, y sin ningún preámbulo le dije todo lo que tenía que decir desde el principio hasta el fin. ¡Oh, cuánto se irritó! Era digna de verse, ella que parecía tan amable.

"¿Cómo te atreves á venir con semejante cuento?" gritó.

"Mientes al decir que mi señor estaba enamorando á Sorais, mi hermana."

"Perdonadme, oh reina," le respondí, "he dicho que Sorais estaba enamorando á vuestro señor."

"No hagas juegos de palabras. ¿No viene á ser lo mismo? Una da, el otro recibe; pero el regalo es admitido, ¿qué importa cuál de los dos sea el culpable? Sorais, ¡oh! la detesto, Sorais es reina y es mi hermana.

No habría descendido tanto si él no la hubiese comprometido. ¡Oh! razón tuvo el poeta que dijo que el hombre es una víbora que emponzoña cuanto toca y á quien nadie puede coger."

"El recuerdo, oh reina, es excelente, pero piensa que has leído mal lo que dijo el poeta. Nilepta," proseguí, "bien sabes que tus palabras carecen de sentido y no hay tiempo que perder."

"¿Cómo te atreves?" prorrumpió golpeando con el pie. "¿Te ha enviado mi falso señor también á insultarme? ¿Quién eres tú, extranjero, que te atreves á hablarme de este modo á mí, á la reina? ¿Á tanto te atreves?"

"Sí, me atrevo. Escucha. Los momentos que malgastas en cólera inútil pueden costarte la corona y á todos nosotros la vida. Ya los correos de Sorais salen y llaman á las armas. Dentro de tres días Nasta saldrá de sus fortalezas como un león hambriento y su grito de guerra resonará por todo el Norte. "La Dama de la Noche" tiene una voz dulce y no cantará en vano. Su bandera será llevada de campo en campo y de valle en valle, y los guerreros la seguirán como el polvo sigue al remolino; la mitad del ejército acudirá á su voz; en todas las ciudades y aldeas de esta extensa tierra, los sacerdotes clamarán contra el extranjero y ensalzarán su causa como santa. He hablado, ¡oh reina!"

Nilepta estaba completamente calmada ya; su celosa cólera había pasado, y despojándose del carácter de mujer enamorada, con la rapidez y perfección que la distinguía, tomó el de una reina y de una mujer de negocios. La transformación fué repentina; pero completa.

"Tus palabras están llenas de sabiduría, Macumazahn. Perdona mi locura. ¡Ah, qué clase de reina sería yo si no tuviese corazón! No tener corazón es conquistarlo todo. La pasión es como el relámpago, es hermosa y une la tierra al cielo, pero ¡ay! ella ciega."

"¿Crées tú que mi hermana Sorais me declarará la guerra? Sea. Ella no triunfará. También yo tengo amigos y partidarios. Hay muchos que gritarán Nilepta, cuando mi pendón se levante sobre los picos y las cumbres y la luz de las hogueras de mi campamento haga alejarse á la noche de peñasco en peñasco, llevando mi grito de guerra. Yo aniquilaré sus fuerzas y dispersaré sus ejércitos. Eterna noche será la porción que le toca á "La Dama de la Noche." Dame aquel pergamino y el tintero. Así. Llámame al oficial que está en la antecámara. Es un hombre fiel."

Hice lo que se me mandaba y el hombre, un veterano de la guardia, cumplido caballero, llamado Kara, entró haciendo una profunda reverencia.

"Toma este pergamino," le dijo Nilepta; "es una orden, y cuida todos los lugares por donde pueda entrarse ó salir de los aposentos de mi hermaña Sorais, "La Dama de la Noche," reina de los Zu-Vendis. Que nadie entre ni salga bajo pena de tu vida."

El hombre pareció asombrado; pero dijo simplemente, "las órdenes de la reina serán cumplidas," y partió. Entonces Nilepta envió un recado á Sir Enrique que vino inmediatamento muy intranquilo. Pensé que habría otra explosión; pero el carácter de las mujeres es incomprensible; no dijo una sola palabra acerca de Sorais ni de su supuesta ligereza, saludándole con una amigable inclina-

ción, y manifestándole únicamente que necesitaba su opinión acerca de algunos asuntos de importancia. Ella estaba lo mismo que siempre y sólo noté una especie de energía reprimida cuando se dirigía á él; esto me hizo creer que no había olvidado lo que había sucedido, sino que para hablar de ello esperaba una ocasión en que estuviesen solos.

Después de la llegada de Curtis volvió el oficial, diciendo que Sorais se había ido. El pájaro había volado al templo, manifestando que iba, como acostumbran las señoras de alto rango entre los Zu-Vendis, á pasar la noche meditando ante el altar. Nos dirigimos miradas significativas unos á otros. El golpe se había frustrado.

Nos pusimos á trabajar.

Se llamaron de sus respectivos cuarteles á los generales en quienes se podía confiar, diciéndoles todo lo que podía decírseles acerca de los negocios de Estado, y dándoles órdenes estrictas para que tuviesen disponibles todas sus fuerzas. Lo mismo se hizo con los poderosos señores que Nilepta sabía le eran adictos, varios de ellos partieron el mismo día á lejanas partes del país para reunir sus súbditos y partidarios. Se mandaron órdenes selladas á los gobernadores de ciudades distantes y antes de anochecer se habían enviado ya veinte correos con instrucciones de caminar día y noche hasta ver á los jefes á quienes se dirigían las cartas; también se pusieron á trabajar muchos espías. Trabajamos toda la tarde y parte de la noche ayudados por algunos escribientes de confianza, mostrando Nilepta una energía y un talento que me llenó de asombro, y después de las ocho volvimos á nuestros aposentos. Aquí oímos decir á Alfonso, que estaba apesarado porque

nuestra tardanza había echado á perder la comida (había vuelto á cocinar otra vez), que Good había vuelto de la cacería y había ido á hacer guardia. Habiéndose dado ya órdenes al oficial de la guardia exterior de doblar los centinelas de la puerta y no habiendo razón para temer un peligro inmediato, no creímos necesario buscarlo y referirle lo que había acontecido que, teniendo en consideración ciertos antecedentes, era una de aquellas tareas que prefiere uno dejar para después, así es que habiendo cenado fuimos á buscar el descanso de que tanto necesitábamos. Sin embargo, antes de hacerlo, se le ocurrió á Curtis decir á Pico Duro que recorriese los cuartos cercanos á los aposentos particulares de Nilepta. Pico Duro conocía muy bien el palacio y por orden de la reina los guardias le dejaban pasar por todas partes, cuyo permiso utilizaba con frecuencia para vagar durante la noche horas enteras, lo que le agradaba mucho y es muy general entre los negros. Por consiguiente su presencia en los corredores no excitaría probablemente sospechas. Sin hacer observación alguna el Zulú tomó su hacha y partió yéndonos también nosotros á la cama.

Me parecía haber dormido muy poco, cuando fuí despertado por una extraña sensación de inquietud. Sentí que alguno estaba en el cuarto y que me miraba, é instantáneamente me senté, viendo con gran sorpresa la luz del alba y que allí en pie, cerca de mi cama, estaba mirándome á la naciente luz el horrible Pájaro Carpintero.

"¿Desde cuándo estás ahí?" le pregunté malhumorado, porque es muy desagradable ser despertado de ese modo.

“Hará como media hora, Macumazahn. Tengo que hablarte.”

“Habla,” le dije, ya bien despierto.

“Conforme se me mandó fuí anoche á los aposentos de la Reina Blanca y me oculté detrás de uno de los pilares de la segunda antecámara más allá del dormitorio de la reina. Bougwan (Good) estaba solo en la primera antecámara y fuera de la cortina de aquel cuarto estaba un centinela; pero yo deseaba pasar sin ser visto y logrélo deslizándome detrás de ambos. Esperé muchas horas, cuando de pronto percibí una oscura sombra que recatadamente venía hacia mí. Era la figura de una mujer que empuñaba en su mano una daga. Detrás de aquella figura se arrastraba otra sombra que no había sido vista por la mujer. Era Bougwan que seguía sus huellas. Iba sin zapatos, y apesar de estar tan gordo la seguía muy bien. La mujer pasó cerca de mí y la luz de las estrellas iluminó su rostro.”

“¿Quién era?” pregunté ansiosamente.

“El rostro era el de “La Dama de la Noche,” y con razón la llaman así.”

“Esperé y Bougwan pasó también. Entonces los seguí. Así pasamos silenciosamente, la gran cámara sin hacer ningún ruido. Primero la mujer, luego Bougwan después yo; la mujer no vió á Bougwan, ni Bougwan y me vió á mí. Al fin “La Dama de la Noche” llegó á las cortinas que cierran el dormitorio de le Reina Blanca y alzó la mano para separarlas. Pasó entre ellas, lo mismo hizo Bougwan y lo mismo hice yo. En el lado más lejano del cuarto está el lecho de la reina y sobre él yacía ella profundamente dormida. Pude oir su respiración y ver

uno de sus blancos brazos sobre el cobertor como una banda de nieve sobre la yerba seca. "La Dama de la Noche" se dobló un poco y con el cuchillo levantado se arrastró hacia el lecho. Miraba ella hacia allí con tanta fijeza, que ni pensó mirar detrás de sí. Cuando llegó junto al lecho, Bougwan le tocó en el hombro, ella contuvo el aliento, volteó, vi el cuchillo brillar y oí el golpe. Afortunadamente Bougwan tenía sobre sí la costa de malla, si no habría sido atravesado. Hasta entonces vió él quién era la mujer y sin decir una palabra retrocedió asombrado, sin poder hablar. Ella también estaba asombrada, no habló; pero repentinamente colocó un dedo sobre sus labios, así, se dirigió á la cortina, salió del cuarto y con ella se fué Bougwan. En el primer cuarto de afuera le habló á Bougwan en voz muy baja, apretando las manos, así; se disculpaba con él, pero no sé lo que le dijo. Pasaron al segundo cuarto exterior, ella disculpándose, él moviendo la cabeza y diciendo. "No, no, no." Me pareció que él iba á llamar á la guardia, cuando ella cesó de hablar, lo miró con sus grandes ojos y vi que estaba hechizado por su belleza. Entonces ella extendió su mano y él la besó; yo intenté avanzar para cogerla, viendo que Bougwan había llegado á ser una mujer y no sabía ya distinguir el bien ni el mal, cuando ella se fué."

"Se fué," exclamé.

"Ay, se fué y allí estaba Bougwan, mirando fijamente el muro como un sonámbulo; después él se fué, yo esperé un rato y también me vine."

"¿Estás seguro, Pico Duro," le dije, "de no haber soñado esta noche?"

Para probarlo abrió su mano izquierda y sacó tres

pulgadas de la hoja de una daga de acero muy fino. "Si he soñado, Macumazahn, mira lo que el sueño me ha dejado. El cuchillo se rompió sobre el pecho de Bougwan y al pasar levanté esto en el dormitorio de la Reina Blanca."

CAPÍTULO XVIII

GUERRA, SANGRIENTA GUERRA

Diciendo á Pico Duro que esperase, me vestí y fuí junto con él al cuarto de Sir Enrique, donde el Zulú repitió palabra por palabra lo que me había dicho. Era curioso observar el rostro de Curtis al oírlo.

"¡Cielos!" dijo: "aquí he estado yo roncando mientras Nilepta iba á ser asesinada por causa mía. ¡Qué implacable debe ser esa Sorais! ¡Bien habría merecido que Pico Duro la matase en el acto!"

"¡Ah!" dijo el Zulú. "No temáis, la habría matado antes de que lo hiciese. Sólo esperaba el momento en que tratase de hacerlo."

Yo nada dije; pero no pude dejar de pensar que muchos millares de vidas sentenciadas á muerte en la guerra se habrían salvado si se hubiese tratado á Sorais como ella intentaba tratar á su hermana. Los acontecimientos posteriores probaron que tenía yo razón.

Después de haber hecho su relación, Pico Duro fué á tomar su desayuno y Sir Enrique y yo seguimos charlando.

Al principio estaba muy enojado con Good que, según él, era indigno de nuestra confianza, por haber permitido deliberadamente á Sorais escapar por alguna escalera se-

creta, cuando su deber era haberla entregado á la justicia. Realmente hablaba de este asunto en tono poco medido. Le dejé desahogarse un rato, reflexionando con cuánta facilidad censuramos la debilidad de los demás y cuán indulgentes somos con nosotros mismos.

"En verdad, querido amigo," le dije, "nadie creería al oiros hablar así, que vos sois el que tuvo una entrevista ayer con esta misma dama y encontrásteis muy difícil resistir á sus hechizos, no obstante los vínculos que os unen á una de las mujeres más hermosas y más amables del mundo. Suponed que fuese Nilepta la que hubiera tratado de asesinar á Sorais, que vos la hubiéseis sorprendido y ella os hubiera suplicado, ¿habríais sido tan inflexible para entregarla al público oprobio y á la muerte por medio del fuego? Ved este asunto durante un minuto al través del monóculo de Good, antes de denunciar á un antiguo amigo como un pícaro."

Escuchó esta reprensión con aire sumiso y reconoció con franqueza que había hablado atrevidamente. Una de las cualidades más apreciable de Sir Enrique es que está siempre dispuesto á confesar sus errores.

Aunque yo hablaba así en favor de Good, no estaba tan ciego para no ver que su conducta por natural que fuese, le había envuelto en una horrible y desgraciada complicación. Se había intentado un asesinato y él había dejado escapar á la culpable, y con esto le permitía, entre otras cosas, ganar un ascendiente completo sobre él. En suma, estaba en camino de llegar á ser un instrumento de Sorais, y nada más terrible puede acontecer á un hombre que llegar á ser instrumento de una mujer ó de cualquiera mujer sin escrúpulos. El fin es siempre el mismo: cuando

cae ese hombre ó ha servido á su propósito es despedido y echado al mundo á buscar su perdida honra. Mientras reflexionaba así, meditando lo que debía hacerse, porque el asunto era muy espinoso, oí una gran gritería en el patio y distinguí las voces de Pico Duro y Alfonso, el primero maldiciendo furiosamente y el último gritando de terror.

Apresuradamente salí á ver lo que sucedía y me encontré con un espectáculo ridículo. El pequeño Francés corría con extraordinaria velocidad por el patio y Pico Duro lo seguía como un galgo. Al salir yo precisamente lo alcanzó y levantándolo por las piernas lo llevó algunos pasos hacia un hermoso arbusto en flor muy copudo, que producía una flor semejante á la gardenia; pero cubierto de espinas pequeñas. Luego, no obstante sus ahullidos y movimiento, con poderoso empuje arrojó al pobre Alfonso de cabeza entre el arbusto, de suerte que sólo se le veían las pantorrillas y los talones. Satisfecho de su obra, el Zulú cruzó los brazos y se quedó contemplando el pataleo del Francés y escuchando sus gritos que eran pavorosos.

"¿Qué estás haciendo?" le dije. "¿Quieres matar á ese hombre? Sácalo de entre las ramas."

Obedeció gruñendo, cogiendo al desgraciado Alfonso de una pierna, y de un tirón, lo sacó del centro del arbusto. Jamás he visto una figura como la que presentaba Alfonso, rotos sus vestidos y sangrando á causa de las agudas espinas. Gritaba, daba vueltas y no era posible tranquilizarlo.

Al fin se levantó, y, resguardándose detrás de mí, maldijo á Pico Duro por todos los santos del calendario,

jurando por la sangre de su heróico abuelo envenenarlo y "obtener venganza."

Después logré saber la verdad de lo que había pasado. Alfonso guisaba habitualmente el potaje de Pico Duro que éste engullía en un rincón del patio, como si estuviese en su casa en Zululand, servido en una calabaza con una cuchara de palo. Pico Duro, como muchos Zulús, tenía horror al pescado, que consideraba como una especie de serpiente acuática: Alfonso que era muy aficionado á pegar chascos como un mono y que era también un cocinero excelente, determinó hacérselo comer. En consecuencia consiguió un poco de pescado blanco y lo mezcló con el potaje del Zulú, que lo tragó sin saber lo que comía. Pero desgraciadamente para Alfonso, no pudo reprimir su gozo al verlo y vino haciendo cabriolas y mirando á hurtadillas alrededor, hasta que al fin Pico Duro, que era muy inteligente, sospechó algo, y después de un cuidadoso examen de los restos de su potaje descubrió el chasco y para vengarse lo trató como ya he dicho. Afortunado fué Alfonso con que no se le quebrase el pescuezo; porque cualquiera habría pensado que podía haber aprendido, desde el episodio del manejo del hacha, que *le Monsieur noir* no era persona apropósito para gastar chanzas con él.

Este incidente fué poco importante en sí mismo, pero lo refiero porque dió lugar á consecuencias serias. Tan pronto como logró parar la sangre que salía de sus heridas y que se lavó, Alfonso salió, maldiciendo aún, á recobrar su buen humor, en lo que por experiencia sabía yo que tardaría algún tiempo. Cuando se hubo ido, reprendí á Pico Duro y le dije que su conducta me avergonzaba.

"Ah, bien, Macumazahn," me respondió; "debes ser benigno conmigo, porque no es este mi lugar. Estoy cansado, mortalmente cansado de comer, beber y dormir. No me agrada esta vida tranquila en casas de piedra, que acobarda el corazón del hombre y convierte sus fuerzas en agua y su carne en grasa. No me agradan las ropas blancas, las mujeres delicadas, el sonido de las trompetas, ni el vuelo de los halcones. Cuando combatíamos contra los Masai, allá en el kraal, entonces valía la pena vivir; pero aquí jamás se da un golpe, y empiezo á creer que ya no levantaré más á Inkosi-kaas" y empuñó su hacha mirándola con dolor.

"Ah," le dije, "¿de eso te quejas? ¿Tienes sed de sangre y el pico-duro necesita un árbol? Â tu edad. . . . Avergüénzate, Pájaro Carpintero."

"Ay, Macumazahn, mi oficio es rojo; pero es mejor y más honrado que otros. Es preferible matar á un hombre en leal combate, que secar la sangre de su corazón comprando y vendiendo con usura, como hacéis vosotros los blancos. Muchos hombres he matado, sin embargo, no hay uno á quien tema volver á ver cara á cara; muchos fueron en un tiempo amigos míos con los que me alegraría tomar rapé. Pero tu tienes tus costumbres y yo las mías; cada uno según su pueblo y según su lugar. El toro del desierto morirá en un país poblado de árboles y lo mismo me pasa á mí, Macumazahn. Soy tosco, lo sé y cuando mi sangre está caliente no sé lo que hago, sin embargo, tú te entristecerás cuando la noche me trague, y quede perdido entre las tinieblas, porque tú me estimas, padre mío, Macumazahn, aunque yo sólo sea un Zulú mal educado, un perro de guerra, un jefe que no tiene

cabida en su propio kraal, un desterrado, vagabundo en lugares extraños: ay, yo te amo, Macumazahn, porque juntos hemos encanecido y hay entre nosotros lo que no puede verse y no obstante es difícil de romper." Tomó su caja de rapé de la hendidura de la oreja, donde siempre la llevaba, y me la dió para que tomase.

Tomé un polvo de tabaco con alguna emoción. Era verdad, estimaba mucho aquel salvaje sediento de sangre. No sé cuál era el atractivo de su carácter; pero tenía un atractivo: tal vez su fiera honradez y rectitud, tal vez su admirable habilidad y fuerzas sobrehumanas, ó puede haber sido que él era absolutamente único. Francamente, no obstante mi conocimiento de los salvajes, jamás había visto otro como él, era tan sabio y sin embargo tan niño en muchas cosas, y aunque parezca ridículo decirlo, como el héroe de la parodia Yankee "tenía un corazón tierno." De todos modos yo lo quería, aunque jamás pensé en decírselo.

"Ay, viejo lobo," le dije; "tu cariño es muy raro. Me hundirías tu hacha hasta la barba si mañana me atravesase en tu camino."

"Es verdad, Macumazahn, lo haría si te opusieses á mi deber; pero aun en el momento de herirte te amaría como ahora. ¿Hay probabilidades de combatir aquí, Macumazahn?" prosiguió con voz insinuante. "Creo que lo que vi anoche, da á conocer que las dos reinas están enojadas una con la otra. De lo contrario "La Dama de la Noche" no hubiera llevado aquella daga."

Convine con él en que esto demostraba que existía alguna desavenencia ó enojo entre ellas; le dije como estaba el asunto, y que ellas reñían por Incubu.

"Ah, ¿es cierto?" exclamó saltando de alegría; "entonces con tanta seguridad como que los ríos crecen con las lluvias habrá guerra, guerra al fin. Las mujeres aman el último golpe tanto como la última palabra y cuando combaten por amor son tan despiadadas como un búfalo herido. Mira tú, Macumazahn, una mujer nadará en la sangre de los demás sin darse cuenta de ello. Con estos ojos lo he visto yo una y también dos veces. ¡Ah, Macumazahn! veremos arder estas hermosas casas y oiremos los gritos de la batalla resonar en las calles. Después de todo, me preocupo por poca cosa. ¿Crées tú que estas gentes puedan combatir?"

En este momento llegó Sir Enrique y luego Good por otro lado, muy pálido y con los ojos hundidos. Inmediatamente que Pico Duro vió al último dejó de hablar del asunto y lo saludó.

"Ah, Bougwan," gritó, "Inkoos, tú estás fatigado seguramente. ¿Cazaste mucho ayer?" Y sin esperar respuesta prosiguió.

"Escucha, Bougwan, y te referiré una historia; es acerca de una mujer y la oirás, ¿no es así?"

"Había un hombre que tenía un hermano, y una mujer que amaba al hermano del hombre y era la esposa del hombre. Pero el hermano del hombre tenía una favorita, no amaba á la mujer y se burló de ella. Entonces la mujer, siendo astuta y de mal corazón, para vengarse, reflexionó mucho y dijo al hombre:—Yo te amo y si quieres hacer la guerra á tu hermano me casaré contigo.—Él sabía que era una mentira, pero amaba tanto á la mujer que era muy hermosa, que dió crédito á sus palabras é hizo la guerra. Cuando habían matado mucha gente

su hermano mandó á decirle.—¿Por qué quieres matarme? ¿Qué mal te he hecho? ¿No te he amado desde mi juventud? ¿No te cuidé cuando eras pequeño y al ir juntos á la guerra no hemos dividido el botín, muchacha por muchacha, buey por buey y vaca por vaca? ¿Por qué quieres matarme, hermano mío, hijo de mi misma madre?"

"Entonces el corazón del hombre se entristeció, conoció que hacía mal: dejó á un lado la tentación de aquella mujer, cesó de hacer la guerra á su hermano y vivió en paz con él en el mismo kraal. Después de algún tiempo la mujer se acercó á él y le dijo,—olvidemos lo pasado, seré tu mujer,—él sabía que era mentira y que ella pensaba causarle algún daño; pero tanto la amaba que la tomó por mujer."

"La misma noche de las bodas, cuando el hombre dormía profundamente, la mujer se levantó, tomó el hacha de su mano, se arrastró á la cabaña de su hermano y lo mató mientras dormía. Luego se deslizó como una leona y colocó sobre la muñeca del hombre el hacha ensangrentada y huyó."

"Á la hora del alba la gente empezó á decir, "Lousta fué asesinado anoche," llegaron á la cabaña del hombre y allí estaba él dormido con el hacha ensangrentada. Entonces se acordaron de la guerra y dijeron: "Ah, seguro que él mató á su hermano," y quisieron cogerlo y matarlo, pero él se levantó y huyó velozmente matando á la mujer cuando huía."

"Pero la muerte no podía reparar el mal que ella causó y él sufre el peso de su falta. Por eso está desterrado y su nombre es un escándalo entre su pueblo, porque sobre él, sólo sobre él, ha caído el crimen de la que le

traicionó. Y por eso anda él errante, sin un kraal, sin un buey, sin una mujer, y por eso morirá él lejos como un gamo herido y su nombre será maldito de generación en generación, porque el pueblo dice que mató á su hermano Lousta á traición durante la noche."

El viejo Zulú se detuvo y vi que estaba muy conmovido con su propia historia. Luego levantó la cabeza que había inclinado sobre el pecho y prosiguió.

"Yo fuí aquel hombre, Bougwan. ¡Oh! yo fuí aquel hombre; y, mira. Tú serás como yo he sido, un instrumento, un juguete, un buey de carga para llevar las malas acciones de otro. Escucha. Cuando tú te arrastrabas tras de "La Dama de la Noche" yo seguí tus pasos. Cuando trató de herirte con el cuchillo en la recámara de la Reina Blanca allí estaba yo también; cuando tú la permitiste que huyese como una serpiente entre las piedras, yo te veía y comprendí que te había hechizado y que un hombre sincero había abandonado la verdad; que el que antes amaba el recto sendero había tomado un camino torcido. Perdóname, padre mío, si mis palabras son duras; pero te hablo sinceramente. No la veas más y bajarás á la tumba con honor. De otra suerte, por causa de una mujer, que usa mal de su belleza, serás como yo, tal vez con más justicia. He dicho."

Durante este largo y elocuente discurso Good había estado en silencio; pero cuando el cuento empezó á adaptarse á él, se ruborizó y cuando supo que lo que había pasado entre él y Sorais había sido visto por otro, se afligió mucho. Cuando habló lo hizo con un aire de humildad completamente extraño en él.

"Debo decir," respondió con amarga sonrisa, "que no

hubiera creído, si antes me lo hubieran anunciado, que se me enseñaría mi deber por un Zulú; pero esto demuestra á lo que podemos llegar. Temo, compañeros, que no comprendáis cuán humillado me siento; pero justamente merezco lo que me pasa. Mi deber era haberla entregado á la guardia; pero no pude hacerlo. La permití irse y le prometí no decir nada y eso me avergüenza más. Me dijo que si me iba con ella se casaría conmigo y me haría rey de este país; pero gracias á Dios tuve valor para decirle que ni aun para casarme con ella abandonaría á mis amigos. Ahora podéis obrar como gustéis, todo lo merezco. Todo lo que tengo que decir es que espero que nunca améis á una mujer con todo vuestro corazón y que ella os ponga en tentaciones."

"Mirad, compañero," exclamó Sir Enrique; "esperad un instante. También yo tengo que referiros una historia." Y procedió á contarle lo que había pasado la tarde anterior entre Sorais y él.

Este fué el golpe final para el pobre Good. No es agradable para un hombre saber que ha sido un instrumento de otro; pero cuando las circunstancias son tan atroces como en el caso presente, es la pildora más amarga que cualquiera puede tomar.

"Creo, compañeros, que me habéis curado," dijo y se retiró, compadeciéndole yo mucho. ¡Ah, si algunos insectos evitasen siempre al acercarse á la llama de la vela, qué pocas alas se quemarían!

Aquel era día de Corte, en que las reinas se sentaban en el gran salón, recibían peticiones, discutían leyes, etc., y allí nos dirigimos después. En el camino nos juntamos con Good que estaba muy abatido.

Cuando entramos en el salón, Nilepta estaba ya sobre su trono, ocupada en los negocios como de costumbre, rodeada de consejeros, cortesanos, abogados, sacerdotes y de una guardia más numerosa que de ordinario. Era fácil, sin embargo, ver por el aire de excitación y duda que se notaba en el rostro de todos los presentes, que nadie prestaba mucha atención á los negocios ordinarios, siendo un hecho que la guerra civil era inminente. Saludamos á Nilepta y ocupamos nuestros lugares, y durante un rato todo siguió como siempre; pero de pronto comenzaron á sonar las trompetas fuera del palacio, y entre la gran multitud que estaba apiñada allí, en espera de un acontecimiento raro, se levantó un grito que decía "Sorais, Sorais."

Luego se oyó el ruido de las ruedas de muchos coches, las grandes cortinas del salón se abrieron y entró "La Dama de la Noche." No venía sola. La precedía Agón, el gran sacerdote, ataviado con sus vestidos más esplendorosos y á cada lado venían otros sacerdotes. La razón de su presencia era obvia; viniendo con ellos habría sido un sacrilegio tratar de detenerla. Detrás de ella venían algunos grandes señores y un pequeño cuerpo de guardias armados. Con sólo ver á Sorais se conocía que su misión no era pacifica, porque en lugar de su "kaf" bordado de oro, llevaba una brillante túnica de láminas de oro y sobre la cabeza un pequeño yelmo también de oro. En la mano llevaba una espada pequeña de plata sólida primorosamente trabajada. Entró en el salón como una leona, conocedora de su belleza, los espectadores se inclinaron ante ella y le abrieron paso. Cerca de la piedra sagrada se detuvo y colocando sobre ella la mano gritó con voz fuerte á Nilepta que estaba sobre el trono.

"Dios te guarde, oh reina."

"Dios guarde á todos, hermana mía," respondió Nilepta. "Acércate más. No temas, te doy mi palabra."

Sorais le contestó con una mirada orgullosa y avanzó hasta que llegó cerca de los tronos.

"Una merced, oh reina." Gritó otra vez.

"Habla, hermana mía; ¿qué puedo darte á ti que tienes la mitad del reino?"

"Puedes decirme la verdad á mí y al pueblo Zu-Vendis. ¿Vas ó no á tomar por marido á este lobo extranjero," señalando á Sir Enrique con su espada, "y á dividir con él tu lecho y tu trono?"

Curtis se estremeció al oir esto y volviéndose hacia Sorais le dijo en voz baja: "Recordad, oh reina, que ayer no me llamábais lobo." Vi que ella se mordió los labios y su rostro se ruborizó. En cuanto á Nilepta, que es muy original, viendo que todo se había descubierto y que nada se ganaba con ocultarlo, respondió á la pregunta de una manera nueva y eficaz, inspirada, según mi opinión, por la coquetería y el deseo de triunfar de su rival.

Se levantó y descendiendo del trono, con todo el esplendor de su real gracia, se dirigió á donde estaba su amante. Allí se detuvo y desató la serpiente de oro que rodeaba su brazo. Entonces le mandó arrodillarse y él dobló una rodilla sobre el mármol ante ella; luego, tomando la serpiente de oro con ambas manos, la colocó alrededor del cuello de Sir Enrique, y hecho esto le besó intencionalmente la frente y le llamó "mi querido señor."

"Ya ves," dijo cuando se calmó el murmullo de los espectadores, dirigiéndose á su hermana, al levantarse Curtis; "he puesto mi collar alrededor del cuello del

lobo, y mira, él será mi perro de guardia; esa es mi respuesta para ti, hermana mía, y para los que están contigo. No temas," prosiguió sonriendo dulcemente á su amado, y apuntando á la serpiente de oro que había colocado alrededor de su maciza garganta, añadió "si mi yugo es pesado, es de oro puro y no te molestará."

Volviéndose hacia la concurrencia continuó con voz clara y llena de orgullo: "Ay, "Dama de la Noche," señores sacerdotes y pueblo aquí reunido, con esta señal tomo al extranjero por marido, aquí en presencia de todos ustedes. ¿Qué, siendo reina, no soy libre para elegir el hombre á quien amo? Entonces sería más débil que la muchacha más baja de todas mis provincias. Él ha conquistado mi corazón y con él mi mano, mi trono y todo lo que tengo; si en vez de ser un gran señor más hermoso y fuerte que los demás y tan instruído, hubiera sido un mendigo, todo se lo daría y con más razón siendo lo que es." Lo tomó de la mano, mirándolo orgullosamente y permaneció allí en pie, haciendo frente al pueblo con intrepidez. Tales eran la dulzura, poder y dignidad de su persona, y tan hermosa se hacía allí al lado de su amante, tan segura de él y de sí misma y tan resuelta á arriesgarlo todo y sufrirlo todo por él, que muchos de los que la vieron no olvidarán jamás el fuego de sus ojos ni el color de su rostro ruborizado. Fué un golpe audaz recurrir á la imaginación; pero los Zu-Vendis, como todas las gentes, aman lo que es intrépido, no temen faltar á una regla y son muy dados á la poesía.

El pueblo aplaudió hasta hacer resonar el techo; pero Sorais estaba allí con los ojos bajos, porque no podía tolerar ver el triunfo de su hermana, que le robaba el

hombre que ella había esperado conquistar, y en su celosa cólera palidecía y temblaba como las hojas del álamo golpeado por el viento. Creo haber dicho ya que ella me recordaba el mar en calma, teniendo el mismo aspecto de su poder en lo interior. Ahora había despertado, y como la faz del océano furioso me espantaba y me fascinaba. Una mujer hermosa llena de cólera es siempre un bello cuadro; pero antes, jamás había visto combinadas semejante hermosura y semejante cólera, y sólo puedo decir que el efecto producido era digno de las dos.

Levantó su blanca faz, apretando los dientes y abrió sus brillartes ojos con marcadas ojeras alrededor. Tres veces intentó hablar y tres veces le faltó la voz, hasta que al fin se repuso. Levantando su lanza de plata la agitó, y la luz brilló sobre ella y sobre las láminas de oro de su coraza.

"¿Y crees tú, Nilepta," dijo con voz que vibraba en el gran salón como un clarín, "crees tú que yo, reina de Zu-Vendis, toleraré que este vil extranjero se siente sobre el trono de mi padre y alimente hijos medio extranjeros que llenen la gran Casa de la escalera? Nunca, nunca, mientras haya aliento en mi pecho, un hombre que me siga y una lanza con que herir. ¿Quién está conmigo? ¿Quién?"

"Ahora entrega á ese lobo extranjero y á aquellos que con él vinieron á burlar la sentencia que los condenó al fuego; porque ¿no cometieron un pecado mortal contra el Sol? Si no los entregas, Nilepta, te declaro la guerra, guerra sangrienta. ¡Ay! te digo que el camino de tu pasión quedará marcado con las ruinas de tus ciudades incendiadas y regado con la sangre de los que á ti se ad-

hieran. Sobre tu cabeza caerá la sangre de los muertos y en tus oídos sonará el suspiro de los que mueran, los llantos de las viudas y de los que queden huérfanos para siempre."

"Te digo, Nilepta, reina blanca, que yo te arrancaré de tu trono y serás precipitada desde lo alto de la escalera hasta su pie, porque has cubierto de vergüenza el nombre de aquel que edifició la casa. Y á vosotros, extranjeros, os digo á todos, excepto á ti, Bougwan, á quien por haberme hecho un servicio te perdonaré la vida si dejas á esos hombres y me sigues" (aquí el pobre Good movió la cabeza y exclamó en Inglés—eso no puede ser)—"que yo os envolveré en láminas de oro y os suspenderé vivos con cadenas de las cuatro trompetas de los cuatro ángeles que miran al Este, al Oeste, al Norte y al Sur, desde la vertiginosa cima del Templo, para que podáis servir de escarmiento á los demás extranjeros que vengan á esta tierra. En cuanto á ti, Incubu, morirás de otro modo que no te digo ahora."

Se detuvo, recobrando el aliento, porque la pasión la agitaba como una tempestad, y un murmullo, en parte de horror y en parte de admiración, llenó el salón. Entonces Nilepta con calma y dignidad le respondió.

"Mal haría, oh hermana mía, en hablar como tú has hablado y en amenazar como tú has amenazado. Sin embargo, si quieres guerra la tendrás, porque si mi mano parece suave la encontrarás de hierro, cuando coja á tus ejércitos por la garganta. No te temo, Sorais, lloro por lo que traerás sobré nuestro pueblo y sobre ti misma; pero no por mí, porque, lo repito, no te temo. Sin embargo, tú que ayer quisiste conquistar á mi amado, á quien

hoy llamas lobo extranjero, para que fuese tu amante, tu señor (aquí hubo gran sensación en el salón), tú que anoche entraste aquí, según he sabido, arrastrándote como una víbora hasta mi recámara por algún camino secreto, para asesinarme á mí, á tu hermana, cuando yo dormía. . . ."

"Eso es falso, es falso," gritaron Agón y otros veinte.

"No es falso," dije yo, sacando la punta de la daga rompida y enseñándola. "¿Dónde está el otro pedazo de la daga, Sorais?"

"No es falso," gritó Good, resuelto al fin á obrar como leal. "Yo la retiré de la cama de la reina y rompió la daga sobre mi pecho."

"¿Quién está á favor mío?" exclamó Sorais, agitando su espada de plata, porque vió que la simpatía del público se apartaba de ella. "Qué, Bougwan, ¿no vienes?" dijo dirigiéndose á Good que estaba muy cerca de ella, en voz baja y reconcentrada. "Loco, habrías tenido mi amor en recompensa y podrías haber sido mi marido y rey; pero ya que así no sea te ataré con cadenas que no pueden romperse."

"¡Guerra! ¡guerra! ¡guerra!" gritó. "Aquí con la mano sobre la sagrada piedra que, según la profecía, durará hasta que los Zu-Vendis inclinen la cabeza bajo un yugo extranjero, te declaro guerra á muerte. ¿Quién sigue á Sorais en pos de la victoria y del honor?"

Al punto toda la concurrencia comenzó á agitarse en confusión indescriptible. Muchos se apresuraron á compartir la suerte de "La Dama de la Noche," pero algunos se separaron de ella para seguirnos. Entre los primeros había un oficial inferior de la guardia de Nilepta que repentinamente se dirigió á la puerta por donde salía la gente de

Sorais. Pico Duro, que había presenciado toda la escena, viendo con admirable presencia de ánimo que si el soldado salía, los demás seguirían su ejemplo, asió al hombre, quien sacó su espada y trató de herirlo. El Zulú dió un salto hacia atrás y parando las estocadas empezó á picar á su enemigo con la temible hacha, hasta que le hirió, cayendo muerto sobre el piso de mármol.

Esta fué la primera sangre derramada en la guerra.

"Cerrad las puertas," grité, pensando que tal vez podríamos coger á Sorais, sin que me preocupase la idea de cometer un sacrilegio. Pero era ya tarde, sus guardias habían pasado y un minuto después las calles resonaban con el furioso galope de los caballos y el ruido de los coches.

Llevándose consigo medio pueblo, Sorais atravesó como un remolino la ciudad amenazadora, dirigiéndose á sus cuarteles en M'Arstuna, fortaleza situada á ciento treinta millas al Norte de La Gran Milosis.

Después de esto la ciudad se reanimó con la marcha de los regimientos y los preparativos para la guerra, y Pico Duro una vez más empezó á amolar el filo de Inkosi-kaas hasta dejarlo como el de una navaja de barba.

CAPÍTULO XIX

UNA BODA EXTRAÑA

UNA persona no pudo salir antes de que se cerrasen las puertas y esa persona fué Agón, el gran sacerdote que, como fundadamente creíamos, era el gran aliado de Sorais, el corazón y alma de su partido. Este anciano marrullero y feroz no nos había perdonado lo de los hipopótamos, ó al menos era el pretexto para odiarnos. Lo que él trataba de evitar era la introducción de nuestras ideas é influencia, mientras hubiese posibilidad de quitarnos del medio. Además sabía bien que profesábamos una religión diferente y sin duda temía que intentásemos difundirla entre los Zu-Vendis. Un día me preguntó si había alguna religión en nuestro país, y le contesté que según las que podía recordar había noventa y cinco diferentes. Al oírlo medio se desmayó, y en verdad que es difícil el no compadecer al gran sacerdote de un culto bien establecido que es atormentado por la posible introducción de alguna de las noventa y cinco nuevas religiones.

Cuando supimos que Agón había sido cogido, Nilepta, Sir Enrique y yo discutimos lo que debía hacerse con él. Yo opinaba porque se le encarcelase; pero Nilepta no lo aprobó, diciendo que esto produciría mal efecto en el país. "Ah," añadió golpeando el suelo con el pie; "si

triunfo y llego á ser reina alguna vez, aniquilaré el poder de estos sacerdotes, con sus ritos, revelaciones y secretos." Yo solamente deseaba que la oyese Agón para que se aterrorizase.

"Bien," dijo Sir Enrique, "si no lo hemos de tener prisionero podemos dejarlo que se vaya. De nada sirve aquí."

Nilepta le miró y dijo secamente. "¿Lo crees tu así, mi señor?"

"¿Eh?" exclamó Curtis. "No, yo no veo de qué pueda servir el guardarle aquí."

Ella nada contestó; pero continuó mirándolo de una manera tan reservada como dulce.

Al fin comprendió.

"Perdóname, Nilepta," dijo temblando de emoción. "¿No será mejor que nos case ahora mismo?"

"Yo no sé, ordene mi señor," fué su respuesta; pero si mi señor quiere, allí esta el sacerdote y allí el altar," señalando la entrada de una capilla; "¿no estoy yo pronta á cumplir los deseos de mi señor? Escuchame: dentro de ocho días ó menos debes dejarme para ir á la guerra, porque tú mandarás mis ejércitos; en la guerra mueren los hombres y si esto te sucediese á ti, muy poco tiempo me pertenecerías: las lágrimas inundaron sus hermosos ojos y rodaron sobre su rostro como gruesas gotas de rocío sobre la roja corola de la rosa.

"Puede suceder también," prosiguió, "que pierda la corona y con la corona mi vida y la tuya. Sorais es muy fuerte é implacable y si triunfa no nos perdonará. ¿Quién puede leer en el porvenir? La felicidad es un pájaro blanco que rara vez se detiene y vuela tanto, tanto, que se

pierde entre las nubes. Por esto debemos cogerlo pronto si por casualidad se detiene un momento al alcance de la mano. No es prudente despreciar el presente por el futuro, porque ¿quién sabe lo que será el porvenir, Incubu? Cortemos nuestras flores mientras el rocío está sobre ellas, porque cuando el sol salga las secará y mañana flocerán otras que jamás veremos." Levantó su dulce rostro sonriendo y una vez más sentí terrible envidia y me retiré de allí. Jamás se cuidaban de si estaba yo allí ó no, pensando sin duda que era un loco, sin importarles lo uno ó lo otro y creo que tenían razón.

Me fuí á mi cuarto, reflexionando sobre varios asuntos y observé al viejo Pico Duro que afilaba su hacha á un lado de la ventana, como el buitre afila su pico al lado del buey que está muriendo.

Como una hora después llegó Sir Enrique radiante y gozoso, á donde estábamos Good, yo y Pico Duro, y nos preguntó si queríamos asistir á una boda real. Naturalmente contestamos que sí y fuimos á la capilla donde encontramos á Agón tan de mal humor como puede estarlo un gran sacerdote. Parece que él y Nilepta habían tenido una ligera diferencia de opinión acerca de la ceremonia que se preparaba. Él había rehusado de plano celebrarla ó permitir á alguno de los otros sacerdotes que lo hiciese, por cuya razón Nilepta se enojó y le dijo que ella, como reina, era el jefe de la iglesia y que quería ser obedecida. Así es que ella representaba el papel de un Enrique VIII Zu-Vendis á la perfección, é insistió en que si necesitaba casarse se casaría y él mismo celebraría la ceremonia.*

* Entre los Zu-Vendis los miembros de la familia Real sólo pueden ser casados por el gran sacerdote ó por un delegado nombrado al efecto.—A. Q.

Él se resistió y ella le obligó con el siguiente argumento:

"Bien, yo no puedo ejecutar á un gran sacerdote, porque contra esto hay una absurda preocupación; tampoco puedo encarcelarlo, porque todos sus subordinados dirían que lo había enviado para atormentarlo; pero puedo dejarle contemplar el altar del Sol sin darle de comer, porque esa es su vocación, y si no quieres casarme, oh Agón, serás colocado ante el altar sin darte más que una poca de agua hasta que hayas reflexionado bien sobre este asunto."

Sucedió que Agón se había ido aquella mañana tan de prisa, que no había almorzado y tenía ya mucha hambre, así es que inmediatamente modificó su resolución y consintió en casarlos diciendo que él se lavaba las manos sin tener responsabilidad en el asunto.

Atendida por dos de sus doncellas favoritas se presentó la reina Nilepta, ruborizada y con los ojos bajos, vestida de blanco, sin bordado alguno como se estila para estas ocasiones en casi todos los países del mundo. No llevaba un solo adorno, habiéndose quitado hasta sus argollas de oro, y creo que si posible es, parecía aun más hermosa sin adornos, como sucede siempre con las mujeres realmente bellas.

Entró, hizo una ligera cortesía á Sir Enrique, tomóle de la mano y le condujo ante el altar, y después de una pequeña pausa, con voz clara profirió las siguientes palabras que son usuales entre los Zu-Vendis, si la novia quiere y el hombre consiente.

"¿Juras por el Sol que no tomarás otra mujer por esposa á menos que yo coloque la mano sobre ella y la mande venir?"

"Lo juro," respondió Sir Enrique, añadiendo en Inglés, "una es bastante para mí."

Entonces Agón que había estado poniendo mala cara en un rincón cerce del altar, avanzó y murmuró algunas palabras tan aprisa que no pude comprenderlas; pero parece que eran una invocación al Sol para que bendijese la unión y la hiciese fructuosa. Observé que Nilepta escuchaba con mucha atención cada una de las palabras y después supe que temía que Agón quisiese jugarle una mala partida, diciendo las invocaciones del divorcio en vez de las del matrimonio. Al fin de las invocaciones se les preguntó, como se acostumbra entre nosotros si se quería uno á otro por marido y mujer, y estando conformes se besaron ante el altar y la ceremonia concluyó en lo que concernía á sus ritos. Á mí me pareció que algo faltaba y saqué un libro de Oraciones que tengo junto con las leyendas de Ingolsby, el que leo en la noche cuando no puedo dormir y que me ha acompañado en mis últimas expediciones. Se lo había dado á mi pobre hijo Enriquillo hace años y después de su muerte lo recogí trayéndolo conmigo.

"Curtis," le dije; "no soy clérigo y no sé si lo que os voy á proponer es permitido; sé que no es legal, pero si vos y la reina consentís os leeré el oficio del matrimonio según nuestra religión. Es un paso solemne el que habéis dado y creo que debéis, en cuanto lo permitan las circunstancias, darle la sanción de vuestra propia religión."

"He pensado en ello," me contestó, "y deseo que lo hagáis. No me creo aún bien casado."

Nilepta no hizo objeción, conociendo perfectamente

que su marido deseaba celebrar el matrimonio conforme á los ritos que prevalecían en su país, de suerte que me puse á leer el oficio desde el— Muy amado—hasta—el amén— y cuando llegué á— Yo, Enrique, te acepto á ti, Nilepta— traduje y también— Yo, Nilepta, te acepto á ti, Enrique— lo cual repitió ella muy bien. Entonces Sir Enrique se quitó un anillo que llevaba en el dedo meñique y lo puso en el de ella, y así todo lo demás que en estos casos se acostumbra. El anillo había sido el mismo de boda de la madre de Curtis y pensé cuánto se habría asombrado la anciana señora Inglesa si hubiera podido preveer que su anillo de boda sería después el de Nilepta, reina de los Zu-Vendis en África.

En cuanto á Agón, con dificultad conservó su calma mientras se verificaba esta segunda ceremonia, porque desde luego comprendió su naturaleza religiosa, y sin duda pensó en las noventa y cinco religiones que tan de mal agüero aparecían á su vista. Él me tuvo por un gran sacerdote rival y en consecuencia me odiaba. Cuando todo concluyó se retiró lleno de indignación y calculé que de él sólo podríamos esperar algún mal.

También Good, Pico Duro y yo nos retiramos, dejando á la pareja feliz y sintiéndonos muy cansados. Se supone que los casamientos son muy agradables; pero según mi experiencia excepto tal vez para los dos principalmente interesados, para todos los demás son lo contrario. Ellos significan la ruptura de muchos antiguos lazos y la adquisición de muchos nuevos, y hay siempre algo triste en abandonar las costumbres anteriores. En el presente caso por ejemplo: Sir Enrique Curtis es el mejor compañero y el amigo más bondadoso del mundo; pero desde la escena

de la capilla ya no es el mismo. Siempre Nilepta esto, Nilepta aquello, y en suma Nilepta desde que amanece hasta que anochece, ya de un modo, ya de otro, sea expreso ó sobreentendido. En cuanto á los antiguos amigos han tenido el lugar que los amigos deben tener, y cuando un hombre se casa las señoras por lo general tienen mucho cuidado de que ocupen el segundo lugar. Es indudable que él se enojaría si alguno se lo dijese; pero tal es la verdad. Él no es ya el mismo, Nilepta es muy dulce y muy encantadora; pero creo que le gusta hacernos ver que se ha casado con él y no con Quatermain, Good y Compañía. Pero ¿qué objeto tiene el refunfuñar? Todo está bien hecho así, como no tendría dificultad en demostrar cualquiera señora casada, y yo soy un viejo egoísta y celoso, aunque espero no darlo á conocer.

Good y yo nos fuimos, comimos en silencio, destapamos un frasco de vino Zu-Vendiano para recobrar nuestra alegría é inmediatamente llegó uno de nuestros criados á contarnos una historia que nos dió algo en qué pensar.

Tal vez se recordará que después de su cuestión con Pico Duro, Alfonso había ido á disipar su mal humor fuera del palacio. Parece que se paseaba cerca del templo del Sol por el lado más lejano de la colina que corona, en el hermoso parque ó jardines de recreo que están más allá del muro exterior. Después de haber paseado allí un rato, al tratar de volverse fué encontrado por el tren de carruajes de Sorais, que galopaba velozmente por el gran camino del Norte, en la puerta de la ciudad. Cuando Sorais vió á Alfonso detuvo su tren y lo llamó. Al aproximarse fué asido y metiéndolo en el carruaje, se

lo llevó á pesar de lo mucho que gritaba, según nos dijo nuestro criado y que yo no dudé conociéndolo bien.

Al principio me inquieté mucho por conocer qué objeto se propondría Sorais al llevarse al pobre Francés. No podía suponerla tan vil que tratase de desahogar su cólera en quien ella sabía bien que era sólo un sirviente. Era ajeno á su carácter obrar así. Al fin se me ocurrió una idea. Nosotros tres éramos, según creo haberlo dicho ya, muy reverenciados por el pueblo Zu-Vendis, por ser los primeros extranjeros que habían visto y porque se nos suponía poseedores de una sabiduría casi sobrenatural. Aunque el grito de Sorais contra "los lobos extranjeros" ó mejor traducido "hienas extranjeras," debía causar impresión entre los nobles y los sacerdotes, no era probable, según supimos después, que hiciese efecto entre las masas del pueblo.

Los Zu-Vendis, como los antiguos atenienses, eran aficionados á lo nuevo y por ser nosotros tan nuevos, nuestra presencia les era aceptable. Por otra parte la magnífica apariencia personal de Sir Enrique hacía profunda impresión en una raza que posee mayor amor á la belleza, que cualquiera otra conocida. La belleza puede ser apreciada en otros países, pero en Zu-Vendis es casi adorada como lo demuestra su amor nacional á la estatuaria. El pueblo decía sin rebozo en los mercados, que no había un hombre en el país semejante á Curtis en la apariencia personal, y que con excepción de Sorais, no había una mujer que pudiese competir con Nilepta, en consecuencia opinaba que debían casarse, y que él había sido enviado por el Sol para que fuese esposo de su reina. Por todo esto se comprenderá que el clamor contra nosotros era

más bien ficticio y nadie lo conocía mejor que la misma Sorais. Me chocaba que pudiese habérsele ocurrido colocar la razón de su conflicto con su hermana, por su matrimonio con un extranjero, entre la gente del pueblo. Era muy fácil en una tierra donde había habido tantas guerras civiles sacar algún antiguo grito que excitase el recuerdo de feudos enterrados y pronto encontró uno de mucho efecto. Siendo esto así, era de gran importancia para ella tener consigo uno de los extranjeros, á quien ella pudiese mostrar al pueblo como uno de los que impulsado por la justicia de su causa, había preferido abandonar á sus compañeros y seguir su bandera.

Sin duda esta era la causa de su empeño por llevarse á Good, á quien habría utilizado hasta que hubiera cesado de servirle y entonces despedirlo. Pero no habiendo aceptado Good, había aprovechado la oportunidad de asegurar á Alfonso que era algo parecido á Good, aunque más pequeño, con el objeto de mostrarlo en las ciudades como al gran Bougwan. Le dije á Good que me parecía que ese era su plan, y tanto se horrorizó al oirme, que su cara era digna de verse.

"Qué," exclamó, "¿vestir á ese miserable para que me represente? Tendré que abandonar el país. Mi reputación quedará perdida para siempre."

Lo consolé lo mejor que pude; pero no es agradable ser sustituido, sobre todo en un país extraño, por un insigne cobarde y simpaticé con su dolor.

Aquella noche, como he dicho, Good y yo comimos solos, sintiéndonos como si hubiésemos vuelto de enterrar á un amigo en vez de casarlo y al siguiente día empezamos á trabajar activamente. Los correos y órdenes que

habían sido enviados por Nilepta, dos días antes, comenzaron á producir efecto, y multitud de hombres armados entraban en la ciudad. Como puede imaginarse, vimos poco á Nilepta y no mucho á Sir Enrique, durante estos días; pero Good y yo nos sentábamos diariamente en el consejo de generales y señores adictos, trazando planes de acción, arreglando asuntos de intendencia militar, la distribución de mandos y otras cien cosas más. Los hombres llegaban libremente, y todo el día los grandes caminos que conducen á La Gran Milosis parecían moteados con las banderas de los señores que venían á agruparse alrededor de Nilepta.

Después de los dos primeros días estabamos seguros de que, podríamos contar con cuarenta mil soldados de infantería y veinte mil de caballería, fuerza muy respetable considerando en qué tiempo tan corto la habíamos reunido y que cerca de la mitad del ejército regular había elegido seguir á Sorais.

Si nuestra fuerza era grande, la de Sorais lo era más, según las noticias que nuestros espías traían diariamente. Había establecido sus cuarteles en una ciudad muy fuerte llamada M'Arstuna, situada, según he dicho ya, al Norte de La Gran Milosis y todos los pueblos de los alrededores seguían su bandera. Nasta había bajado de las montañas y estaba en camino para juntarse á ella con más de veinticinco mil montañeses, los soldados más terribles para combatir entre todos los Zu-Vendis. Otro poderoso señor, llamado Belusha, que vivía en el gran distrito de la cría de caballos, había venido con doce mil de caballería, y lo mismo otros. Era casi seguro que ella reuniría un ejército de cien mil hombres.

Entonces llegaron noticias de que se proponía levantar su campo y marchar sobre la ciudad amenazadora, desolando el país al atravesarlo. En consecuencia, se suscitó la cuestión de que si sería mejor esperarla en La Gran Milosis ó salir á presentarle batalla. Cuando se nos pidió nuestra opinión sobre este punto, Good y yo la dimos sin vacilación en favor de un avance. Si nos encerrábamos en la ciudad y esperábamos ser atacados, tal vez nuestra inacción se atribuiría á temor. Es muy importante, especialmente en una ocasión como ésta, cuando basta muy poco para cambiar las opiniones de los hombres hacia un lado ú otro, estar alerta y hacer algo. El ardor por una causa pronto se disminuirá si se permanece inactivo. Por esta razón dimos nuestro voto en favor de la salida y de dar la batalla fuera, en vez de esperar hasta que fuésemos sacados de nuestras murallas como el tejón de un agujero.

La opinión de Sir Enrique coincidió con la nuestra y no necesito decir que también la de Nilepta, que, como el pedernal estaba siempre pronta á echar chispas. Se trajo un gran mapa del país y se extendió ante ella. Como á treinta millas de este lado de M'Arstuna, donde estaba Sorais, y á noventa de La Gran Milosis, el camino corría sobre una lengua de tierra de dos millas y media de ancho, flanqueada de cada lado por colinas cubiertas de bosques que sin ser elevadas, sería impracticable cruzarlas con un gran ejército cargado de bagajes. Miró ansiosamente el mapa y entonces, con la rapidez de percepción que en algunas mujeres equivale al instinto, colocó el dedo sobre esta lengua de tierra, y volviéndose á su marido, le dijo con aire de

orgullosa confianza moviendo su cabeza de dorados cabellos:

"Aquí encontrarás el ejército de Sorais. Conozco el paraje: aquí lo encontrarás, y le harás huir delante de ti como el polvo ante la tempestad."

Curtis permaneció grave y pensativo sin decir una palabra.

CAPÍTULO XX

LA BATALLA DEL DESFILADERO

Tres días después del incidente del mapa, partimos Sir Enrique y yo. Con excepción de una corta guardia, toda la gran hueste había salido la noche anterior, dejando á la ciudad amenazadora silenciosa y desierta. Se vió que era imposible dejar alguna guarnición, excepto la guardia personal de Nilepta y cerca de mil hombres que, por enfermedad ú otras causas no podían marchar con el ejército; pero como el lugar era prácticamente inexpugnable y el enemigo estaba en frente y no detrás de nosotros, esto importaba poco.

Good y Pico Duro se habían ido con el ejército; pero Nilepta nos acompañó á Sir Enrique y á mi hasta las puertas de la ciudad, montada en un magnífico caballo blanco, llamado "Luz del día" que se suponía ser el animal más resistente y veloz en Zu-Vendis. El rostro de Nilepta conservaba huellas de lágrimas recientes; pero en sus ojos no había lágrimas ya, se sobreponía valientemente á lo que para ella debió haber sido una amarga prueba. En la puerta detuvo su caballo y nos dijo adiós. El día anterior había pasado revista y se había dirigido á los oficiales del ejército, hablándoles con palabras tan elocuentes y manifestando tal confianza en su valor y en su

futura victoria, que los llenó de entusiasmo y al pasar de una línea á la otra la aplaudían estrepitosamente. Hoy parecía estar lo mismo que ayer.

"Adiós, Macumazahn," exclamó. "Recuerda que confío en tu ingenio, que es como una aguja respecto de una lanza comparado con el de mi pueblo, para salvarnos de Sorais. Sé que cumplirás tu deber."

Yo la saludé y le expliqué mi horror al combate y el miedo que tenía de perder la cabeza, de lo cual se rió de buena gana y se volvió á Curtis.

"Adiós, mi señor," le dijo. "Vuelve con la victoria, hecho un rey, ó sobre las lanzas de tus soldados." *

Sir Enrique nada dijo y volteó su caballo para marchar; tal vez tenía algo atravesado en la garganta. Uno se recobra después, pero estas separaciones son dolorosas cuando solo se tiene una semana de casado.

"Aquí te saludaré," añadió Nilepta, "cuando vuelvas triunfante. Y ahora una vez más, adiós, señores."

Marchamos, y habríamos andado como ciento cincuenta yardas, cuando al mirar hacia atrás la distinguimos sobre su caballo en el mismo sitio, viéndonos bajo su mano que fué lo último que de ella percibimos. Una milla más lejos oímos un galope detrás de nosotros y vimos un soldado montado que venía hacia allí, trayendo el corcel de Nilepta, "Luz del día."

"La reina manda este blanco corcel, como un recuerdo, á su Señor Incubu, y me mandó decir á mi señor que es el caballo más resistente y veloz del país," dijo el soldado inclinándose sobre la silla.

* Aludiendo á la costumbre de los Zu-Vendis de llevar á los oficiales muertos en una camilla formada con lanzas.

Al principio Sir Enrique no quería montar el caballo, diciendo que era demasiado bueno para emplearlo en un trabajo tan rudo; pero le persuadí para que lo montase, pensando que Nilepta se ofendería si no lo hacía. Ni siquiera sospechaba entonces qué servicio había de prestarnos el noble animal en circunstancias muy críticas para nosotros. Es curioso mirar el pasado y convencerse de que circunstancias aparentemente triviales, producen grandes acontecimientos, tan naturalmente como una puerta se voltea sobre sus goznes.

Tomamos el caballo que era muy bello; causaba placer verlo moverse, y habiéndole mandado Curtis dar las gracias, proseguimos nuestro camino.

Á medio día alcanzamos la retaguardia del grande ejército del cual tomó formalmente el mando Sir Enrique. Su responsabilidad era grande y le angustiaba mucho; pero las órdenes de la reina sobre este punto no admitían réplica. Comenzaba Curtis á ver que la grandeza, así como tiene sus glorias tiene sus responsabilidades.

Marchamos sin encontrar oposición, casi sin ver á nadie, porque los pobladores de las ciudades y aldeas á lo largo del camino, habían huido en su mayor parte por miedo de ser cogidos entre los dos ejércitos rivales y ser reducidos á polvo, como el trigo entre las dos piedras de un molino.

En la tarde del cuarto día, porque la marcha de tan grande multitud tenía que ser lenta necesariamente, acampamos á dos millas de este lado de la lengua de tierra de que he hablado, y nuestros exploradores nos trajeron la noticia de que Sorais con toda su fuerza se precipitaba sobre nosotros y había acampado aquella noche á diez millas de donde estábamos.

Antes de amanecer enviamos mil quinientos caballos á ocupar la posición. Apenas la habían ocupado cuando fueron atacados por gran parte de la caballería de Sorais, y se originó una escaramuza en la que tuvimos treinta muertos. Al avanzar nuestras reservas la fuerza de Sorais se retiró, llevándose sus muertos y heridos.

El cuerpo principal del ejército llegó á aquel paraje á mediodía y debo decir que el juicio de Nilepta no la había engañado; era este un lugar admirable para dar la batalla, especialmente contra una fuerza superior.

El camino baja por espacio de más de una milla al través de un terreno muy escabroso para permitir las evoluciones de una fuerza considerable, hasta que llega á la cresta de una elevación de tierra que desciende á la orilla de un pequeño arroyo y vuelve á subir por una colina más allá del llano; la distancia desde la cresta de la eminencia al arroyo es de media milla, y del arroyo á la llanura que está más allá, un poco menos. La longitud de esta eminencia, en el punto más elevado, que corresponde exactamente con la anchura de la lengua de tierra entre las colinas llenas de bosques, era de dos millas y cuarto y estaba protegida en ambos lados por grandes rocas y arbustos que servían de parapeto á los flancos del ejército y hacían casi imposible que los envolviesen.

En esta lengua de tierra fué donde Curtis hizo acampar su ejército en la misma formación que tenía, previa consulta con varios generales; Good y yo determinamos el que debían ocupar en la gran batalla que parecía ser inminente.

Nuestra fuerza de sesenta mil hombres, hablando en términos vulgares, fué dividida como sigue: En el centro

estaba un denso cuerpo de veinte mil hombres de á pie, armados con lanzas y espadas, llevando escudos de piel de hipopótamo y láminas de lo mismo en el pecho y la espalda. Éstos formaban el núcleo del ejército y estaban sostenidos por cinco mil infantes y tres mil caballos, como reserva. Á cada lado de este núcleo estaban estacionados siete mil caballos, arreglados en majestuosos escuadrones, y más allá, á cada lado, casi en frente de aquellos, había dos cuerpos que contaban siete mil quinientos lanceros cada uno, formando las alas derecha é izquierda del ejército, y sostenidas cada una de ellas por un contingente de mil quinientos caballos. Suma total, sesenta mil hombres.

Curtis mandaba en jefe, yo tenía bajo mis órdenes los siete mil caballos entre el centro y la derecha que estaba al mando de Good, y los otros batallones y escuadrones estaban encomendados á los generales Zu-Vendis.

Apenas habíamos ocupado nuestras posiciones cuando el ejército de Sorais empezó á subir la colina á una milla en frente de nosotros, hasta que todo el terreno desapareció bajo la multitud de lanzas y el suelo se extremecía con el paso de sus batallones. Era evidente que los espías no habían exagerado: nos superaban lo menos en un tercio. Al principio supusimos que Sorais iba á atacarnos de una vez, cuando las nubes de caballería que colgaban por sus flancos ejecutaron algunos reconocimientos amenazadores; pero lo meditó mejor y no hubo combate aquel día. No puedo describir con exactitud la formación de sus grandes fuerzas, y si lo hiciese sólo serviría para embrollar; pero diré que en lo general era semejante á la nuestra, únicamente su reserva era más grande.

Enfrente á nuestra derecha y formando la izquierda de Sorais estaba el gran ejército de hombres que parecían salvajes, armado solamente con espada y escudo, el que, según se me informó, estaba compuesto de los veinticinco mil montañeses de Nasta.

"Bajo mi palabra, Good," dije al verlos, "mañana os divertiréis cuando esos caballeros ataquen." Lo cual preocupó á Good más de lo natural.

Todo el día estuvimos observando y esperando; pero nada sucedió; al fin vino la noche y millares de hogueras centellearon brillantemente sobre las colinas para debilitarse y morir una por una, como las estrellas á las que tanto se asemejaban, al correr las horas, y el silencio más profundo reinó sobre las huestes enemigas.

Fué una noche fatigosa, porque además de lo mucho á que había que atender nos molestaba la incertidumbre. El combate que presenciaríamos al día siguiente debía ser tan sangriento y tan espantosa la matanza, que sería muy fuerte el corazón que no se sobrecogiese con su perspectiva. Cuando pensaba en todo lo que podía suceder, confieso que me sentí mal, y me entristeció mucho reflexionar que aquellas poderosas fuerzas se habían reunido con el fin de destruirse, únicamente para satisfacer la celosa cólera de una mujer. Tal era el oculto poder que enviaba aquellas densas masas de caballería al través del llano, estrepitosas como el rayo, para arrollar los fieros batallones, como las nubes cuando el huracán encuentra al huracán. Era un pensamiento pavoroso que me obligaba á meditar en las responsabilidades de los grandes de la tierra. Muy entrada la noche nos sentamos con rostros pálidos y abrumados corazones y tuvimos consejo mientras los centinelas se

movían pesadamente de un sitio á otro y los generales armados iban y venían, ceñudos y silenciosos.

Asi trascurrió el tiempo hasta que todo estuvo listo para la futura carnicería: yo me tiré y procuré descansar, pero no pude dormir temiendo el porvenir; porque ¿quién puede decir lo que sucederá mañana? Miseria y muerte indudablemente, más ya lo sabíamos y confieso que estaba muy asustado. Entonces me convencí de que es inútil preguntar á esa eterna Esfinge, lo futuro. Diariamente se leen los enigmas de ayer, los que no ha adivinado ni adivinará jamás el hombre.

Al fin cesé de reflexionar, obligado á dejar humildemente el resultado en manos de la Providencia y del mañana.

El rojo sol se levantó, los pesados campamentos se despertaron y se reunieron para la batalla. Era un cuadro hermoso y que inspiraba terror, y el viejo Pico Duro, apoyándose sobre su hacha, lo contemplaba con sombrío placer.

"¡Jamás he visto una cosa semejante, Macumazahn!" decía. "Las batallas de mi pueblo son juegos de niños comparadas con lo que será ésta. ¿Crees tú que combatirán?"

"¡Ay!" respondí tristemente, "hasta morir. Alégrate, Pico Duro porque una vez más quedarás satisfecho."

El tiempo avanzaba y aun no había señal de un ataque. Una fuerza de caballería cruzó el arroyo y cabalgó poco á poco á lo largo de nuestro frente, tomando evidentemente nota de nuestra posición y número. No intentamos impedirlo, estando decididos á permanecer estrictamente á la defensiva y no malgastar un solo hombre. Los solda-

dos almorzaron, estuvieron sobre las armas y las horas trascurrían. Cerca del medio día, cuando nuestras tropas estaban comiendo, porque pensamos que combatirían mejor con el estómago lleno, el grito de "Sorais, Sorais" se levantó como un trueno de la derecha del enemigo y tomando el anteojo pude distinguir claramente á "La Dama de la Noche," rodeada por un brillante estado mayor, cabalgando en frente de la línea de sus batallones. Conforme avanzaba, aquel poderoso y confuso ruido se dilataba ante ella, como el rodar de diez mil carruajes ó el rugido del Océano cuando el viento cambia de dirección repentinamente y lleva el rumor á los oídos de los que escuchan, hasta que la tierra tiembla y el aire se inunda de ruido.

Conjeturando que era el preludio para comenzar la batalla nos preparamos.

No tuvimos mucho que esperar. De pronto, como la llama que sale de la boca de un cañón, se desprendieron dos fuerzas de caballería y bajaron la colina, hacia un pequeño arroyo, primero despacio, después aumentando su velocidad conforme se acercaban. Antes de que llegasen al arroyo, Sir Enrique, que evidentemente temía que el choque de semejante carga si rompía las filas de nuestra infantería las desordenase, me mandó enviar cinco mil sables á encontrar la fuerza enemiga en el momento en que empezaba á subir la pendiente á cuatrocientas yardas de nuestras líneas. Así lo hice quedándome detrás con el resto de mi gente.

Salieron los cinco mil caballos, marchando en forma de cuña y debo decir que el general que los mandaba maniobró muy bien con ellos. Partiendo á galope corto durante las primeras trescientas yardas, cabalgó derecho á

la punta de la masa de caballería en forma de lengua, que contando, según pude juzgar, ocho mil sables, avanzaba á encontrarnos. Entonces se desvió de pronto á la derecha, apresuró el paso y vi la gran cuña encorvarse y antes de que el enemigo pudiese detenerla y voltear á encontrarla, herirla á la mitad de su longitud con un estrépito semejante al de grandes trozos de hielo que se rompen. La gran cuña se hundió en el centro de la fuerza enemiga y al cortarla centenares de hombres fueron alzados al aire, como se eleva la tierra por la reja del arado, ó más bien como la espuma del agua que se levanta bajo la proa de un buque que marcha velozmente. En vano se vuelve en medio de su agonía, como una serpiente herida, y procura proteger su centro; la cuña se hunde más y más, ¡vive el cielo! entre los aplausos de nuestras tropas que la observan, golpeando y empujando, como el viento que disipa la espuma, hasta que al fin, entre el ruido de centenares de caballos sin ginetes, el brillo de las espadas y el victorioso clamor de sus perseguidores, la gran fuerza se contrae como un globo vacío, se vuelve y galopa confusamente á resguardarse en sus propias líneas.

No creo que llegarán á las líneas más de los dos tercios de las que habían salido diez minutos antes. Las líneas que avanzaban al ataque se abrieron y los cubrieron, y mi fuerza volvió habiendo sufrido una pérdida de cerca de quinientos hombres que no es mucho, considerando lo fuerte de la lucha. Vi también que los cuerpos de la caballería enemiga, opuestos á nuestra ala izquierda, retrocedían; pero no sé cómo se trabaría con ellos la batalla. Lo más que puedo es describir lo que acontecía cerca de mí.

Densas masas de la izquierda del enemigo, compuesta casi en su totalidad de los montañeses de Nasta, cruzaron el pequeño arroyo, y con gritos alternados de "Sorais y Nasta," con banderas y brillantes espadas se precipitaron hacia nosotros como hormigas.

Otra vez recibí órdenes para procurar detener este movimiento, y también el avance contra el centro de nuestro ejército, por medio de cargas de caballería, lo que hice lo más hábilmente que pude, enviando continuamente escuadrones de mil sables contra ellos. Estos escuadrones causaron mucho daño al enemigo y era un espectáculo espléndido verlos precipitarse por la colina y enterrarse como un cuchillo en el corazón del enemigo. Pero también perdimos muchos hombres, porque después de la experiencia de un par de estas cargas que dejaban una especie de sangrienta cruz de San Andrés, formada con los muertos y los moribundos en el centro de la hueste de Nasta, nuestro enemigo no intentó ya ofrecer un frente firme á su irresistible peso, sino que se abrían y le dejaban precipitarse, arrojándose al suelo y desjarretando centenares de caballos, cuando pasaban.

No obstante todo lo que pudimos hacer, el enemigo se acercó más y más, hasta que al fin se precipitó sobre la fuerza de Good, compuesta de siete mil quinientos regulares, que estaban preparados para recibirle en tres fuertes cuadros. Al mismo tiempo un espantoso rugido me hizo conocer que la batalla se había empeñado en el centro y en la extrema izquierda. Me erguí sobre los estribos y miré abajo á mi izquierda; lo que mi vista alcanzaba á ver allí era el deslumbrante brillo del acerco cuando el sol daba sobre la espada que caía y la lanza que se introducía.

Movíanse las líneas de los combatientes acá y allá en aquella pavorosa lucha, ya avanzando, ya retrocediendo en la rabiosa pero ordenada confusión del ataque y la defensa. Lo único que podía hacer yo era darme cuenta de lo que pasaba en nuestra propia ala; y cuando la caballería cayó sobre los tres cuadros de Good, presencié un hermoso espectáculo.

Los montañeses de Nasta acometían ahora en pelotones á los cuadros que parecían de roca. De tiempo en tiempo lanzaban su grito de guerra y se precipitaban furiosamente contra la triple línea de agudas lanzas sólo para ser rechazados, como lo son las olas cuando llegan á una costa acantilada.

Durante cuatro horas la batalla se sostuvo así, casi sin interrupción, y al fin de ese tiempo, si nada habíamos ganado nada habíamos perdido. Dos intentonas para envolver nuestro flanco izquierdo, forzando el paso al través del bosque por el que estaba protegido, se habían frustrado, y aun los montañeses de Nasta, á pesar de sus esfuerzos desesperados, no habían podido romper los tres cuadros de Good, aunque su número había disminuído casi una tercera parte.

El centro del ejército, donde estaba Sir Enrique con su estado mayor y Pico Duro, había sufrido mucho; pero conservaba su puesto con honor y lo mismo puede decirse de nuestra izquierda.

Al fin el ataque aflojó y el ejército de Sorais retrocedió, dándose ya por satisfecho, según pensaba yo. Sin embargo, pronto fuí desengañado, porque dividiendo su caballería en escuadrones relativamente pequeños, cargó con ellos furiosamente sobre toda la línea y una vez más

millares de hombres se precipitaron sobre nuestros debilitados cuadros y escuadrones. La misma Sorais dirigía el movimiento y sin miedo, como una leona, encabezaba el ataque principal. Venía como una avalancha; vi su yelmo de oro brillar en la vanguardia, fallando enteramente nuestras cargas de caballería para sostener su empuje. Estaban sobre nosotros, nuestro centro se doblaba como un arco bajo el peso de su impulso y habría sido rompido y destruído si los diez mil hombres de reserva no hubieran dado una carga para sostenerlo. En cuanto á los tres cuadros de Good se movían como los botes con la marea y el delantero fué rompido, perdiendo la mitad de los hombres que le quedaban. El esfuerzo era demasiado fiero y terrible para durar. De pronto la batalla empezó á voltearse, por decirlo así, y por uno ó dos minutos estuvo indecisa.

El enemigo comenzó á moverse hacia el campamento de Sorais. También los feroces y casi invencibles montañeses de Nasta, ya sea que se hubieran acobardado por sus pérdidas ó por una estratagema, retrocedieron y los restos de los galantes cuadros de Good, dejando las posiciones que habían conservado tantas horas, aplaudieron con alegría y precipitadamente los siguieron abajo de la loma, donde el enjambre de hombres se volvió para envolverlos y una vez más se precipitaron sobre ellos gritando. Rodeado así lo que quebaba del primer cuadro, fué completamente destruído, y percibí que el segundo cuadro en el que estaba Good montado en su caballo, se encontraba á punto de ser aniquilado. Pocos minutos después fué deshecho, sus brillantes banderas desaparecieron y perdí de vista á Good en la confusa y repugnante matanza que se siguió.

Un caballo con la crin y la cola blancas como la nieve salió de las ruinas del cuadro y pasó cerca de mí sin ginete y con las riendas colgando; inmediatamente lo reconocí: era el caballo que montaba Good. Entonces sin vacilación, llevándome la mitad de mi fuerza de caballería, que ascendía á cuatro ó cinco mil hombres, me encomendé á Dios, y sin esperar órdenes cargué sobre los soldados de Nasta. Viéndome venir, advertidos por el ruido de los cascos de mis caballos, la mayoría de ellos nos hizo frente, dándonos una calurosa bienvenida. Ni una pulgada retrocedieron; en vano degollábamos y pisoteábamos, abriendo un ancho surco sangriento entre la multitud, parecían volverse á levantar por centenares, hundiendo sus agudas espadas en nuestros caballos ó cortando sus jarretes y haciendo pedazos á los ginetes que caían al suelo con ellos. Muy pronto me mataron mi caballo; pero afortunadamente tenía uno de repuesto, mi caballo favorito, una yegua negra que me había regalodo Nilepta, y sobre ella monté luego. Mientras tanto tuve que avanzar lo más que podía, porque había perdido de vista á mi gente en la terrible confusión del momento. Mi voz naturalmente no podía oirse entre el ruido estridente del acero y los gritos de rabia y de agonía. Repentinamente me encontré entre los restos del cuadro que había formada alrededor de Good y que combatían desesperadamente. Tropecé con algo y mirando abajo, vi el monóculo de Good. Había sido herido en una rodilla. Sobre él blandía su espada un soldado. Procuré herirle con la espada que había quitado al Masai, cuya mano había cortado; pero él con la suya me dió un golpe en el lado izquierdo del pecho y aunque mi cota de malla me salvó la vida, me sentí mal

herido. Caí sobre mis manos y rodillas entre los muertos y los que morían, muy estenuado. Cuando me recobré vi que los lanceros de Nasta ó más bien los que quedaban, se retiraban, cruzando el arroyo y que Good estaba allí junto á mí, sonriéndome.

"Cerca anduvo aquello," exclamó; "pero bueno es lo que bien acaba."

Convine; pero no pude dejar de pensar que para mí no había terminado bien. Estaba gravemente herido.

Precisamente entonces vimos los cuerpos más pequeños de caballería estacionados á nuestra derecha é izquierda, y que eran reforzados por los tres mil caballos de reserva, precipitarse como flechas, desde sus puestos, sobre los desordenados flancos de las fuerzas de Sorais y que esa carga decidía la batalla. Poco después el enemigo se retiraba confusamente por el arroyo, donde una vez más volvieron á formarse. Entonces vino otra calma, durante la cual procuré coger mi segundo caballo y recibí órdenes de Sir Enrique de avanzar, y entre los gritos, el ondear de las banderas y el brillo del acero, los restos de nuestro ejército tomaron la ofensiva y comenzaron á bajar poco á poco; pero irresistiblemente, de las posiciones que tan gallardamente habían ocupado todo el día.

Al fin nos tocaba atacar.

Caminábamos sobre apiñadas masas de muertos y heridos, aproximándonos al arroyo, cuando percibí un espectáculo extraordinario. Galopando hacia nosotros, los brazos apretados alrededor del cuello de su caballo sobre el que oprimía su lívido rostro, venía un hombre, vestido con el uniforme de un general Zu-Vendis en quien al acercarse reconocí á nuestro perdido Alfonso. Era imposible con-

fundir aquellos erizados bigotes negros. Pronto atravesó nuestras líneas, escapándose de ser herido, hasta que al fin alguien cogió la brida de su caballo y me lo trajo, durante un momentáneo alto que hubo en nuestro avance, para permitir á los restos de nuestros destrozados cuadros formar en la línea.

"Ah, *monsieur*," murmuró con voz casi inarticulada por el terror, "gracias al cielo, sois vos. ¡Ah! cuánto he sufrido! Pero vos ganáis, *monsieur*, vos ganáis; los cobardes huyen. Pero escuchad, *monsieur*, me olvidaba y eso no está bien; la reina debe ser asesinada mañana al amanecer en el palacio de La Gran Milosis, sus guardias abandonarán sus puestos y los sacerdotes van á matarla. ¡Ah! ellos no lo sospecharon; pero yo estaba escondido debajo de una bandera y lo oí todo."

"¿Qué?" exclamé horrorizado, "¿qué queréis decir?"

"Lo que digo, señor; que el diablo de Nasta fué anoche á arreglar el asunto con el Arzobispo (Agón). La guardia dejará abierta la pequeña puerta que conduce á la gran escalera y huirá, y Nasta y los sacerdotes de Agón entrarán y la matarán. No querían matarla ellos mismos."

"Ven conmigo," le dije, y ordenando al oficial del estado mayor que estaba más cerca de mí, que tomase el mando, cogí la brida y galopé velozmente hacia un paraje distante tres cuartos de milla, donde veía flotar el pendón real, sabiendo que allí encontraría á Curtis si estaba vivo. Partimos evitando nuestros caballos los montones de muertos y moribundos, y salpicándonos al atravesar charcos de sangre, pasamos las destrozadas líneas de los lanceros hasta donde, montado en el blanco corcel que Nilepta le había mandado, vi á Sir Enrique, sobresaliendo entre

los generales que le rodeaban. Al llegar á su lado comenzó el avance otra vez. Una venda ensangrentada estaba amarrada alrededor de su cabeza; pero su mirada era tan brillante y perspicaz como siempre. Á su lado estaba Pico Duro con su hacha roja de sangre; pero parecía estar enteramente fresco é ileso.

"¿Hay algo de malo, Quatermain?" me preguntó.

"Mucho. Hay un complot para asesinar á la reina mañana al amanecer. Alfonso, que acaba de escaparse de Sorais, lo ha escuchado todo;" y de prisa le repetí lo que el Francés me había dicho.

El rostro de Curtis palideció mortalmente.

"Al amanecer," repitió, "y el sol se está ocultando ya; amanece cerca de las cuatro y estamos casi á cien millas, con sólo nueve horas de tiempo para recorrerlas. ¿Qué debemos hacer?"

Se me ocurrió una idea. "¿Está descansado vuestro caballo?" le pregunté.

"Sí, acabo de montarlo, cuando me mataron el otro, y está bien alimentado."

"Lo mismo el mío. Bajad y que monte Pico Duro, puede cabalgar bien. Estaremos en La Gran Milosis antes de amanecer y si no, no será por culpa nuestra. No, no; es imposible que abandonéis el campo de batalla. Seriáis visto y esto volvería contra nosotros el éxito de la batalla. Todavía no está ganada. Los soldados pensarían que teníais miedo. Pronto, pronto."

Un momento después se había bajado y á mi mandato saltó Pico Duro sobre la silla vacía.

"Ahora adiós," dije. "Enviad mil hombres con remontas detrás de nosotros, si es posible dentro de una

hora. Esperad, despachad á la ala izquierda un general para que tome el mando y explique mi ausencia."

"¿Haréis todo lo que podáis por salvarla, Quatermain?" dijo con angustiada voz.

"Lo haré. Marchad que las tropas os van dejando atrás."

Nos dirigió una mirada, y acompañado de su estado mayor galopó para juntarse al avance que pasaba el pequeño arroyo enrojecido con la sangre de los que caían.

Pico Duro y yo nos alejamos de aquel pavoroso campo de batalla como flechas que salen del arco y en pocos minutos dejamos atrás la matanza, el olor de sangre, el tumulto y los gritos que llegaban á nosotros tan débiles, como el sonido de distantes rompientes.

CAPÍTULO XXI

¡ ADELANTE ! ¡ ADELANTE !

En la cumbre de la colina nos detuvimos un momento para que respirasen los caballos, y volviendo la vista hacia la batalla, que iluminada por los rayos del sol que se ponía, tiñendo de rojo toda la escena, parecía más bien un gigantesco cuadro que un combate real cuerpo á cuerpo. El efecto escénico que se distinguía desde aquella distancia era el de innumerables ráfagas de luz reflejada en las espadas y lanzas, y el panorama no era tan imponente como pudiera esperarse. La gran falda verde de césped en que la lucha acontecía, el agudo contorno de las colinas de atrás y la ancha curva del llano más lejos parecían empequeñecerla; y lo que era bastante tremendo cuando uno estaba allí, se hacía insignificante visto de lejos. ¿Pero no sucede lo mismo con todos los asuntos y obras de nuestra raza, acerca de los cuales hacemos tanto ruido y que nos fastidian tanto? ¡Cuán semejantes á los hormigas, moral y físicamente insignificantes, deben parecer á los tranquilos ojos que los observan desde el firmamento!

"Empleamos bien el día, Macumazahn," dijo Pico Duro, abarcando toda la situación con una mirada de sus prácticos ojos. "Mira, las fuerzas de "La Dama de la Noche" huyen por todos lados, ningún aliento les ha que-

dado, se doblan como el hierro candente, están combatiendo con medio corazón. Pero, ¡ ah ! la batalla no se terminará, porque las tinieblas vienen y los regimientos no podrán perseguirlos ni matar," y movió la cabeza tristemente. "Pero," añadió, "no creo que vuelvan á combatir, les hemos dado un alimento muy pesado. ¡ Ah ! bueno es haber sobrevivido, porque al fin he visto un combate digno de verse."

Ya estábamos otra vez en camino y yendo uno al lado del otro, le dije cuál era nuestra misión y que si no podíamos cumplirla, todas las vidas que se habían perdido ese día se habrían perdido en vano.

"¡ Ah !" dijo, "cien millas que andar sin más caballos que estos y estar allí antes de amanecer. . . . Sin embargo, ¡ adelante ! ¡ adelante ! el hombre sólo puede provar, Macumazahn, y puede ser que lleguemos á tiempo de hender el cráneo de ese viejo hechicero (Agón). Una vez quiso quemarnos el viejo brujo, ¿ no es verdad ? ¿ Y ahora quiere asesinar á mi madre (Nilepta) ? Veremos. Tan cierto como me llaman el Pico Duro, esté viva ó muerta mi madre, yo le partiré la cabeza hasta la barba. Lo juro por la cabeza de T'Chaka," y agitó á Inkosi-kaas galopando.

Había sobrevenido la oscuridad ; pero afortunadamente un poco más tarde saldría la luna y el camino era bueno.

Caminábamos en el crepúsculo ; los dos espléndidos caballos que montábamos se habían refrescado y marchábamos con un paso largo que ni disminuía ni variaba, milla sobre milla. Al bajar las lomas, galopamos al través de muchos valles que se estrechaban al pie de lejanas sierras. Las azules colinas se acercaban más y más : ahora cami-

nábamos sobre sus pendientes, ya en su cumbre y pasábamos hacia otras que saltaban como visiones más allá á lejanas distancias.

No nos paramos ni estiramos las riendas al través de la perfecta quietud de la noche, en la que se oía como una música el ruido de las pezuñas de nuestros caballos: pasamos aldeas abandonadas, donde algunos perros olvidados, muertos de hambre, ahullaban melancólicamente al aproximarnos: pasamos algunas moradas solitarias rodeadas de fosos, al través de los pedazos iluminados por la blanca luz de la luna, que caía fríamente sobre el ancho seno de la tierra, como si allí no hubiese calor, una hora tras otra.

No hablábamos: inclinados sobre el cuello de nuestros caballos escuchábamos su respiración cuando llenaban sus grandes pulmones y el acompasado sonido de sus redondos cascos. Horrible y negro parecía el viejo Zulú á mi lado, montado en el gran caballo blanco, como la muerte en la Revelación de San Juan; levantando de cuando en cuando la cabeza miraba á lo largo del camino y señalaba con su hacha alguna colina ó casa distante.

Así seguimos sin parar ni tomar aliento hora tras hora.

Empecé á sentir que el magnífico caballo que yo montaba principiaba á cansarse. Miré mi reloj; era casi media noche y habíamos andado ya más de la mitad del camino. En la cumbre de una eminencia había un manantial que yo recordaba, porque hacía pocas noches había dormido cerca de él, é indiqué á Pico Duro que nos dirigiésemos allí, determinando dar á nuestros caballos y á nosotros mismos diez minutos de descanso. Así lo hicimos y desmontamos, es decir desmontó Pico Duro y entonces me ayudó á mí; porque con la fatiga, la mortificación y el

dolor de la herida no podía hacerlo yo solo. Los gallardos corceles estuvieron resollando allí, descansando primero en una pierna y después en otra, mientras el sudor caía gota á gota de sus cuerpos y el vapor se levantaba entre el aire de la noche.

Dejando á Pico Duro al cuidado de los caballos, me fuí cojeando al manantial y bebí sus dulces aguas. Sólo había tomado un trago de vino desde á mediodía cuando comenzó la batalla, y estaba muerto de sed, si bien mi fatiga era muy grande para permitirme sentir el hambre. Habiendo lavado mi calenturienta cabeza y mis manos volví, y el Zulú fué y bebió. Luego dejamos á nuestros caballos que tomaran dos tragos cada uno, no más, y ¡ qué trabajo nos costó separar del agua á las pobres bestias! Estuvimos allí dos minutos más y los empleé en dar vueltas para aliviar la rigidez de mis miembros é inspeccionar el estado de los caballos. Mi yegua, aunque era un gallardo animal, estaba evidentemente muy fatigada; colgaba la cabeza y sus ojos parecían enfermos y tristes; pero "Luz del Día," el maravilloso caballo de Nilepta que si cumplía hasta el fin, debía ser alimentado, como el corcel que salvó al gran Rameses, en un pesebre de oro por el resto de sus días, estaba, relativamente hablando, muy fresco, no obstante que había tenido que llevar el peso mayor. Estaba encogido y sus piernas fatigadas; pero su mirada era brillante y clara, y levantaba su bien formada cabeza, mirando entre las sombras alrededor de él, de un modo que parecía decir, que podía recorrer las cuarenta y cinco millas que aun distábamos de La Gran Milosis. Luego Pico Duro me ayudó á colocarme en la silla y saltó sobre la suya sin tocar el estribo y continuamos nuestro camino, primero

poco á poco mientras los caballos tomaban su paso y después más aprisa. Así recorrimos diez millas, hasta que llegamos á una larga y fatigosa cuesta de seis ó siete millas, y tres veces mi pobre yegua negra casi se cayó conmigo. Pero al llegar á la cima pareció recobrarse y bajó la loma con largo y convulso paso, respirando y con las narices muy abiertas. Hicimos aquellas tres ó cuatro millas con mayor velocidad que desde que habíamos emprendido nuestro viaje; pero conocí que era el último esfuerzo y tenía razón. De pronto mi pobre caballo tomó el bocado entre los dientes y se lanzó furiosamente á lo largo de una elevación del suelo por espacio de tres ó cuatrocientas yardas, y entonces con dos ó tres brincos se dejó caer ruidosamente de cabeza haciéndome rodar á un lado. Cuando estaba procurando ponerme en pie, el valiente animal levantó la cabeza, me miró tristemente con ojos sanguinolentos y entonces inclinó la cabeza dando un suspiro: estaba muerta. Su corazón se había roto con el esfuerzo.

Pico Duro hizo á un lado el cadáver; yo le miraba con desaliento. Faltaban aún veinte millas que andar, y ¿cómo hacerlas antes de que amaneciese, con un solo caballo? Parecía imposible; pero había olvidado el extraordinario poder del viejo Zulú para la carrera.

Sin decir una palabra saltó de la silla y me ayudó á montar en el suyo.

"¿Qué harás tú?" le pregunté.

"Correr," me respondió, asiendo el estribo de cuero.

Continuamos andando casi tan aprisa como antes, y, ¡ah cuán benéfico fué para mí aquel cambio de caballo! Cualquiera que haya cabalgado mucho tiempo sabrá lo que esto significa.

"Luz del Día" marchaba á medio galope, dando al gran Zulú una ayuda á cada paso. Era admirable ver á Pico Duro milla tras milla, sus labios ligeramente separados y los agujeros de la nariz abiertos como los de los caballos. Cada cinco millas nos deteníamos un poco para que tomase aliento y luego seguíamos otra vez.

"¿Puedes seguir adelante?" le pregunté en el tercero de estos descansos, "ó te dejaré que me sigas."

Señaló con su hacha una sombría masa ante nosotros. Era el Templo del Sol á cinco millas de distancia.

"Llegaré ó moriré," suspiró.

¡Oh, qué últimas cinco millas! La epidermis piel se me había arrancado en el lado interior de las piernas y cada movimiento del caballo me producía un dolor intenso. No era esto todo. Estaba exhausto por el trabajo, la falta de alimento y sueño, y también sufría mucho á consecuencia de la herida que había recibido en el costado izquierdo; me parecía como si la punta de algún hueso penetrase en el pulmón. El pobre "Luz del Día" ya casi no podía andar y no debe extrañarse. Pero había "un olor de aurora en el aire" y no podíamos detenernos; era mejor morir los tres en el camino, que descansar mientras quedase en nosotros un rastro de vida. El aire era pesado como sucede algunas veces antes de amanecer, y centenares de pequeñas arañas, pendientes de un extremo de sus largas telas flotaban en él, lo que, en ciertas partes de Zu-Vendis, es un signo infalible de que la aurora se aproxima. Estas madrugadoras criaturas ó más bien sus telas, se pegaban á nuestros caballos y á nosotros mismos, por veintenas, y como no teníamos tiempo ni fuerza para desembarazarnos de ellas, corríamos cubiertos con centenares de sus largos

hilos grises que colgaban una yarda detrás de nosotros y que deben habernos dado una apariencia muy extraña.

Las grandes puertas de bronce del muro exterior de La Gran Milosis estaban ya á nuestra vista, y una nueva y terrible duda se me ocurrió: ¿Qué haríamos si no nos dejaban entrar?

"¡Abrid! ¡abrid!" grité imperiosamente, dando al mismo tiempo el real santo y seña. "¡Abrid! ¡abrid! ¡Un mensajero, un mensajero con noticias de la guerra!

"?Qué noticias?" gritó el guarda. "?Quién eres tú que galopas tan furiosamente, y quién es ése cuya lengua cuelga tanto de la boca y que corre tras de ti como un perro tras de un carruaje?"

"Somos Macumazahn y su perro, su perro negro. ¡Abrid! ¡abrid! ¡Traigo noticias!"

Las grandes puertas giraron sobre sus goznes, el puente levadizo cayó con sonoro estrépito y pasamos al través de la una y sobre el otro.

"¿Qué noticias, mi señor, qué noticias?" preguntó el guarda.

"Incubu arrolla á Sorais como el viento á las nubes," le respondí y partí.

Un esfuerzo más, gallardo caballo, y hombre más gallardo aún.

Así: no caigas ahora, "Luz del Día;" y conserva tus fuerzas quince minutos más, viejo Zulú, perro de guerra, y ambos viviréis siempre en los anales de esta tierra.

Seguimos caminando por las dormidas calles de la ciudad. Ya pasamos el Templo en forma de Flor; una milla más, sólo una milla; seguid, conservad vuestras fuerzas; ved las casas que parece que corren. Arriba, buen ca-

ballo, adelante; faltan sólo cincuenta yardas. ¡ Ah, los establos la comida y el descanso!

Gracias, Dios mío, el palacio al fin; y ved, las primeras luces del alba hieren la cúpula dorada del templo.* Pero, ¿podremos entrar ó el asesinato se habrá consumado y el paso estará obstruído?

Una vez más di el santo y seña y grité, "! abrid! ¡abrid!"

Nadie respondía y el corazón se me oprimió.

Llamé de nuevo y esta vez me respondió una voz que con gran gozo reconocí ser la de Kara, oficial de los guardias de Nilepta, hombre honrado como el que más, el mismo á quien Nilepta había enviado á detener á Sorais el día que huyó al templo.

"¿Eres tú, Kara?" exclamé. "Yo soy Macumazahn. Manda á la guardia bajar el puente y abrir la puerta. ¡Pronto! ¡pronto!"

Se siguió un espacio que me pareció no tendría fin; pero después el puente cayó, se abrió la mitad de la puerta y entramos en el patio, donde el pobre "Luz del Día" cayó debajo de mí, según creí, muerto. Me desprendí de los estribos y apoyándome sobre un poste miré alrededor. Con excepción de Kara no había nadie; su mirada era salvaje y sus vestidos estaban hechos pedazos. Él solo había abierto la puerta, había bajado el puente y estaba ahora subiendo éste y cerrando aquélla (porque obedeciendo á un ingenioso sistema de cigüeñas y palancas un hombre solo podía hacerlo y lo hacía generalmente).

* Siendo tan alto el techo del Templo la luz lo hería antes de amanecer. —A. Q.

"¿Dónde está la guardia?" le pregunté temiendo su respuesta como no había temido otra cosa.

"No sé," me respondió; "hace dos horas, estando dormido, fuí cogido y amarrado por uno que me vigilaba y hasta este momento he conseguido desatarme con los dientes. Temo que hayamos sido traicionados."

Estas palabras me hicieron recobrar mi energía. Partí, cogiéndole por el brazo, seguido de Pico Duro que detrás de nosotros hacía eses como un ebrio, al través del patio y del gran salón, que estaba silencioso como una tumba, hacia la cámara de dormir de la reina.

Llegamos á la primera antecámara y no había guardias; á la segunda, y tampoco. ¡Oh, seguramente el crimen se había consumado! !Habíamos llegado demasiado tarde¡ ¡demasiado tarde! El silencio y la soledad de aquellas grandes cámaras eran pavorosos y me impresionaban como un mal sueño. Perdida la confianza nos precipitamos ansiosos á la cámara de Nilepta, temiendo lo peor; en ella había una luz y una figura llevaba aquella luz. ¡Oh, gracias, Dios mío, es la "Reina Blanca" en persona, la reina ilesa! Allí está en pie, con su vestido de noche, levantada de su cama, por el ruido de nuestra llegada, con los ojos cargados de sueño y el rubor del miedo y la vergüenza extendido sobre el hermoso pecho y las mejillas.

"¿Qué sucede?" preguntó. "¿Qué significa esto? Oh, Macumazahn, ¿eres tú? ¿Por qué miras tan azorado? Vienes como portador de malas nuevas, y mi señor .... oh no me digas que mi señor ha muerto; no me lo digas," y gemía apretándose sus blancas manos.

"Dejé á Incubu herido anoche, pero mandando el

avance contra Sorais; por consiguiente no te aflijas. Sorais ha sido derrotada en todas sus líneas y tus armas triunfan."

"Lo sabía," gritó con aire de triunfo. "Sabía que él ganaría y le llamaban extranjero, y movían sus inteligentes cabezas cuando yo le di el mando. . . . Anoche dices tú, al ponerse el sol ¿y aun no amanece? Seguramente . . . ."

"Cúbrete con una capa, Nilepta," le interrumpí, "danos vino para beber y llama á tus doncellas pronto si quieres salvar tu vida. No te detengas."

Conjurada así, llamó al través de las cortinas hacia unos cuartos que estaban más allá y apresuradamente se puso las sandalias y una gruesa capa; mientras tanto cerca de doce mujeres medio vestidas entraron en el cuarto.

"Seguidme y silencio," les dije cuando me veían con asombrados ojos, estrechándose unas con otras. Pasamos á la primera antecámara.

"Ahora," dije, "dadnos un poco de vino y alimento, porque casi nos estamos muriendo."

El cuarto servía de comedor á los oficiales de guardia, y de un armario sacaron unos frascos de vino y carne fría que Pico Duro y yo tomamos, sintiendo que recobrábamos la vida al correr el buen vino por nuestras venas.

"Oye, Nilepta le dije al dejar el jarro vacío. "¿Tienes entre estas doncellas dos que sean de confianza?"

"Seguramente," me contestó.

"Entonces mándalas que salgan por la puerta que está á un lado, á llamar á algunos ciudadanos en quienes se pueda confiar, rogándoles que vengan armados y con la gente que puedan reunir, para librarte de la muerte. No

me preguntes nada; haz prontamente lo que te digo. Kara ayudará á salir á las doncellas."

Ella se volvió y eligió dos, repitiéndoles lo que yo había dicho y dándoles además una lista con los nombres de los ciudadanos á quienes habían de llamar.

"Id pronto y secretamente," les dije, "id, por vuestras vidas. Inmediatamente se fueron con Kara á quien le ordené se nos juntara en la puerta que conduce al gran patio sobre la escalera, tan pronto como dejase salir á las muchachas. Hacia allí nos dirigimos Pico Duro y yo, acompañados por la reina y sus doncellas. Al andar íbamos comiendo y entonces le dije á la reina lo que sabía acerca del peligro que la amenazaba; cómo habíamos encontrado á Kara, cómo todos sus guardias y sirvientes habían huído y cómo estaba ella sola con sus doncellas en el gran palacio. Ella me dijo también que había circulado en la ciudad un rumor de que nuestro ejército había sido completamente derrotado, que Sorais marchaba en triunfo sobre La Gran Milosis y que por eso todos los hombres la habían abandonado sin duda.

Aunque todo esto lleva mucho tiempo en referirse, no habíamos estado en el palacio más que seis ó siete minutos, y no obstante que el techo dorado del templo, siendo muy alto, era herido ya por los rayos del sol naciente, aun no amanecía, faltando todavía unos diez minutos. Ahora estábamos ya en el patio y mi herida me dolió tánto que tuve que tomar el brazo de Nilepta, siguiéndonos Pico Duro que comía andando.

Habiéndolo cruzado, llegamos á la estrecha puerta que se abre sobre la magnífica escalera al través del muro del palacio.

Miré y me quedé estupefacto. No estaba en su lugar la puerta interior ni las otras exteriores de bronce. Las habían arrancado de sus goznes y según supimos después, las habían arrojado á cien pies de la escalera. Enfrente de nosotros estaba el descanso semicircular de doble tamaño del de una mesa oval, los diez escalones curvos de mármol negro que conducen á la escalera principal y eso era todo.

CAPÍTULO XXII

CÓMO GUARDÓ PICO DURO LA ESCALERA

Nos miramos unos á otros.

"¿Ves?" dije; "han quitado la puerta. ¿Hay algo con qué podamos tapar ese lugar?" "Contesta pronto, porque estarán aquí antes de que salga el sol." Hablaba así, porque comprendí que debíamos guardar este lugar ó ninguno, puesto que no había puertas interiores en el palacio sino que los cuartos estaban separados unos de otros por cortinas. También comprendí que si de cualquier modo podíamos defender esta puerta, los asesinos no podrían entrar por otra parte; porque el palacio era impenetrable, esto es, desde que se condenó la puerta secreta, por la que había entrado Sorais la noche que intentó asesinar á su hermana.

"Sí hay con qué taparlo," dijo Nilepta, que con el peligro recobró toda su admirable presencia de ánimo. "En un lado del patio hay cortados unos trozos de mármol; los trabajadores los pusieron allí para el pedestal de la nueva estatua de Incubu, mi señor; tapemos la puerta con ellos."

Convine en ello; y habiendo despachado á una de las doncellas á ver si podía obtener auxilio cerca de los diques donde su padre, que era un gran comerciante que empleaba muchos hombres, tenía su habitación, y habiendo dejado á

otra á observar en la puerta, bajamos al patio donde estaba amontonado el mármol: aquí encontramos á Kara, que volvía de despachar á las dos primeras mensajeras. Allí estaban los trozos de mármol, masas anchas y macizas, de diez pulgadas de grueso, pesando cada uno ochenta libras aproximadamente, y había también allí un par de aparatos, como pequeñas camillas, que los trabajadores usan para llevarlos. Sin demora pusimos algunos trozos sobre las camillas y cuatro muchachas los llevaron á la puerta.

"Escucha, Macumazahn," dijo Pico Duro, "si vienen esos camaradas yo guardaré la escalera hasta que la puerta esté obstruída. Sufriré la muerte de un hombre; no me lo niegues, viejo amigo. Este ha sido un buen día, que lo sea también la noche. Mira, me tiraré á descansar allí sobre el mármol; cuando sus pasos estén cerca despiértame, no antes, porque necesitaré toda mi fuerza," y sin decir una palabra más se acostó sobre el mármol é inmediatamente se quedó dormido.

Yo también estaba muy cansado y tuve que sentarme cerca de la puerta, contentándome con dirigir las operaciones. Las muchachas traían los trozos, mientras Kara y Nilepta colocaban, al través de la puerta que era de seis pies de ancho, una triple hilera de ellos, porque menos, de nada hubiera servido. Pero el mármol tenía que traerse desde una distancia de cuarenta yardas que se recorría dos veces y aunque las muchachas trabajaban con empeño, trayendo cada una un trozo en sus brazos, la obra avanzaba lentamente, muy lentamente.

La luz del día iba aumentando y entre el silencio oímos un rumor abajo de la escalera y los pesados pasos de hombres armados. El muro tenía solamente dos pies de altura

y habíamos tardado en levantarlo ocho minutos. Ellos llegaban. Alfonso había oído perfectamente.

El ruido se acercaba: á la escasa luz gris del alba pudimos ver largas hileras de hombres, como cincuenta por todos, que subían poco á poco la escalera. Estaban ya en el descanso que queda sobre el arco volante, y percibiendo ruido arriba, se detuvieron por fortuna nuestra, unos tres ó cuatro minutos, y deliberaron; luego avanzaron otra vez poco á poco y con cautela.

Habíamos trabajado un cuarto de hora y el muro tenía tres pies de elevación.

Desperté á Pico Duro. El Zulú se levantó, se estiró y blandió á Inkosi-kaas alrededor de su cabeza.

"Bueno," dijo. "Me siento una vez más como un joven. He recobrado mis fuerzas, aunque sólo sea como la lámpara que brilla antes de extinguirse. No temas, combatiré bien: el vino y el sueño me han infundido nuevo aliento."

"Macumazahn, he tenido un sueño. Soñé que tú y yo estábamos sobre una estrella, mirábamos el mundo á nuestros pies, y tú eras como un espíritu, Macumazahn; porque la luz se veía al través de tu carne, pero no sé cómo estaría mi rostro. Ha llegado nuestra hora, viejo cazador. Sea: hemos vivido lo que teníamos que vivir; pero hubiera deseado ver más combates como el de ayer."

"Que me entierren según el uso de mi pueblo, Macumazahn, y que mis ojos miren hacia Zululand;" tomó mi mano, la estrechó y se volvió para hacer frente al enemigo que avanzaba.

Entonces con gran asombro mío, el oficial Zu-Vendis, Kara, saltó sobre nuestro improvisado muro con aire re-

suelto y se colocó al lado del Zulú, desenvainando su espada.

"¿Qué, vienes tu también?" dijo al anciano guerrero. "Bien venido seas, bien venido, bravo corazón. Bien por el hombre que sabe morir como hombre, bien; porque la muerte abraza y el acero suena. Estamos listos. Como las águilas humedeceremos nuestros picos en la sangre; las lanzas brillan con el sol; tomamos nuestras azagayas y tenemos hambre de combatir. ¿Quién viene á saludar á la Capitana (Inkosi-kaas)? ¿Quién quiere recibir sus besos que producen la muerte? Yo, el Pájaro Carpintero, el Matador, el de los pies ligeros, yo Pico Duro de la tribu de Maquilisini, de la nación de Amazulú, capitán del regimiento de los Nkomabakosi; yo, Pico Duro, hijo de Indabazimbi, hijo de Arpi, hijo de Mosilikaatze, yo descendiente de la sangre real del gran T'Chaka, de la casa Real, hombre distinguido, yo el Induna os llamo como llama el gamo, os desafío, os espero."

Mientras hablaba ó más bien entonaba su salvaje canto de guerra, los hombres armados entre los que, á la naciente luz reconocí á Nasta y á Agón subieron precipitadamente la escalera, y un pesado camarada, armado con una gran lanza, subió los diez escalones semicirculares de mármol adelante de sus compañeros y tiró con su lanza un golpe al gran Zulú. Pico Duro inclinó el cuerpo sin mover las piernas, de suerte que el golpe fué errado, é inmediatamente Inkosi-kaas cayó sobre el yelmo, introduciéndose en el cabello y en el cráneo, y el cadáver bajó los escalones rodando. Al morir, su redondo escudo de piel de hipopótamo cayó de sus manos sobre el mármol, y el Zulú se inclinó y lo tomó cantando.

Un segundo después el vigoroso Kara había matado también un hombre y siguió una escena como no he visto otra.

Los asaltantes se precipitaban uno, dos, tres á un tiempo, tan pronto como llegaban, el hacha crujía, la espada se hundía, y rodaban muertos ó mortalmente heridos. Y siempre que la batalla se encarnizaba, la mirada del Zulú brillaba más y su brazo se hacía más fuerte. Lanzaba sus gritos de guerra, mencionando los nombres de los jefes que había matado, mientras que á los golpes de su terrible hacha caían rectos y bien dirigidos, destrozando todo lo que alcanzaban.

En este último combate no había nada del método científico á que era tan aficionado; no tenía tiempo para ello; golpeaba con toda su fuerza, y á cada golpe caía un hombre rodando por los escalones de mármol.

Le cortaban y picaban con espadas y lanzas, hiriéndole en doce partes, tiñéndose de rojo con la sangre; pero el escudo le protegía la cabeza y la cota de malla las partes vitales, y minuto tras minuto, ayudado por el valeroso Zu-Vendis, guardaba la escalera.

Al fin la espada de Kara se rompió, él se agarró con fuerza á su enemigo, rodando los dos juntos por la escalera cayó y fué hecho pedazos, muriendo como valiente que era.

Pico Duro estaba ahora solo, pero jamás cejó ni retrocedió. Lanzando su salvaje grito de guerra mataba un enemigo y otro y otro, hasta que al fin retrocedieron de los resbalosos escalones empapados en sangre, y mirándolo con asombro pensaban que no era un ser mortal.

El muro de trozos de mármol tenía ahora seis pies de

altura y la esperanza alentó mi corazón, cuando apoyado allí, sobre él, observaba aquella gloriosa lucha. No podía hacer más, porque había perdido mi revólver en la batalla.

El viejo Pico Duro, apoyado también sobre su hacha, débil á causa de las muchas heridas, se mofaba de ellos, llamándoles mujeres, ¡ él solo contra tántos ! Durante un corto rato ninguno se le aproximó, no obstante las exhortaciones de Nasta, hasta que al fin Agón, que, haciéndole justicia era un valiente, loco de rabia, viendo que el muro quedaría pronto concluído y sus planes frustrados, agitó la lanza que empuñaba y subió los resbalosos escalones.

"¡ Ah ! ¡ ah !" gritó el Zulú, al reconocer al sacerdote con su flotante barba blanca, "eres tú, viejo hechicero. Ven. Aquí te espero, blanco curandero ; ven, ven. He jurado matarte y siempre cumplo lo que prometo."

Llegó y tiró tal golpe á Pico Duro con la gran lanza, que penetró el escudo y le hirió en el cuello. El Zulú arrojó el escudo atravesado y ese fué el último momento de Agón, porque antes de que pudiese sacar la lanza y herirle otra vez, con el grito de "éste es para tí, fabricador de lluvias," el gran Zulú levantó su hacha con las dos manos y blandiéndola en lo alto la dejó caer sobre su venerable cabeza, de suerte que Agón rodó muerto entre los cadáveres de sus compañeros, terminando junto con sus cómplices. Al caer él, se levantó gran gritería al pie de la escalera y mirando por encima del muro empezado, vimos algunos hombres armados que venían á auxiliarnos. Entonces los presuntos asesinos que aun quedaban en la escalera, entre los cuales había varios sacerdotes, trataron de escapar ; pero no teniendo por dónde irse, fueron derrotados al huir. Sólo quebaba un hom-

bre en pie, y este era el gran señor Nasta, pretendiente de Nilepta y autor del complot. Por un momento Nasta el de la negra barba, se quedó con el rostro inclinado, apoyándose sobre su larga espada como en desesperación; después, dando un espantoso grito, se precipitó sobre el Zulú, y blandiéndo la brillante espada alrededor de la cabeza, le dió con ella tan fuerte golpe que el penetrante acero de la pesada hoja se introdujo profundamente, pasando la cota de malla, en un costado de Pico Duro, paralizándolo por un momento y haciéndole soltar el hacha.

Levantando otra vez la espada, Nasta saltó hacia él para matarlo, pero poco conocía á su enemigo. Extremeciéndose y ahullando de rabia el Zulú se encogió y saltó derecho á la garganta de Nasta, como he visto algunas veces saltar un león herido sobre el cazador. Le derribó en lo más alto de la escalera, apretando sus brazos como cuerdas alrededor de él y ambos rodaron juntos luchando furiosamente. Nasta era un hombre fuerte y estaba desesperado; pero no pudo igualar al hombre más fuerte de Zululand, aunque gravemente herido, su fuerza era como la de un toro.

Un instante después todo había terminado. Vi al viejo Zulú ponerse en pie y con gigantesco esfuerzo levantar á Nasta que luchaba y con un grito de triunfo precipitarle sobre el parapeto del puente, estrellándose en las rocas á doscientos pies de profundidad.

El socorro llamado por la muchacha que había salido por la escalera antes de que subiesen los asesinos, había llegado, y los fuertes gritos que desde las puertas llegaban hasta nosotros, nos indicaron que la ciudad se había levantado y que los hombres despertados por las dos don-

cellas, llamaban á la puerta. Algunas de las valerosas camaristas de Nilepta, que con sus vestidos de noche y el cabello suelto sobre sus espaldas, tal como se habían levantado, trabajaron tan gallardamente en cubrir la puerta, salieron á abrir, mientras que otras, ayudadas por la partida del auxilio al otro lado, quitaban los trozos de mármol que habían colocado allí con tanto trabajo. Pronto fueron quitados, y seguido por una multitud entró el viejo Zulú, figura espantosa, pero llena de gloria. Su cuerpo estaba completamente lleno de heridas y una mirada bastó para convencerme de que estaba muriéndose. El "keshla" anillo de goma que llevaba en la cabeza estaba cortado en dos lugares, uno sobre el curioso agujero de su cráneo y la sangre de las heridas inundaba su rostro. También en el lado derecho del cuello tenía la herida de lanza que le había inferido Agón; se le veía otra herida profunda sobre el brazo izquierdo donde terminaba la cota de malla, y en el lado derecho de su cuerpo la armadura estaba cortada en una extensión de seis pulgadas, donde la poderosa espada de Nasta se había introducido en los órganos vitales del gran Zulú.

Marchaba hacha en mano aquel horrible y espléndido salvaje y las damas olvidando la sangrienta escena lo aplaudían; pero no se detenía ni atendía. Con los brazos extendidos y el paso vacilante siguió su camino, acompañado por nosotros, á lo largo del ancho paseo empedrado con conchas, que corre por el centro del patio; pasó el lugar donde están los trozos de mármol, el arco y las cortinas que colgaban dentro de él, el pasadizo y entró en el gran salón lleno ahora de hombres apresuradamente armados, que habían llegado por la puerta principal. Siguió

por el salón, dejando tras de sí una huella de sangre sobre el mármol del pavimento, hasta que llegó á la piedra sagrada que estaba en el centro, aquí me pareció que sus fuerzas lo abandonaban, porque se detuvo y se apoyó sobre su hacha. Entonces repentinamente levantó la voz y gritó:

"Muero, muero; pero ha sido un buen combate. ¿Dónde están los que subieron la escalera? No los veo. ¿Estás ahí, Macumazahn, ó te has ido á esperarme al oscuro más allá á donde yo voy? La sangre me ciega, el lugar da vueltas . . . . oigo la voz de las aguas."

Luego, como si un nuevo pensamiento se le hubiese ocurrido, levantó la roja hacha y besó la hoja.

"Adiós, Inkosi-kaas," gritó. "No, no; iremos juntos: tú y yo no podemos separarnos. Hemos vivido mucho tiempo el uno con el otro siempre juntos."

"Un golpe más, solamente un golpe. Un buen golpe, un golpe recto, un golpe fuerte," é irguiéndose en toda su altura, con un grito salvaje que partía el corazón, comenzó á hacer girar el hacha con las dos manos alrededor de su cabeza, hasta que parecía un círculo centelleante de acero. Entonces con extraordinaria fuerza dió un golpe sobre la piedra sagrada. Una lluvia de chispas se levantó y tal fué la fuerza del golpe, que la masa de mármol se rompió estrepitosamente en varios pedazos, mientras que de Inkosi-kaas sólo quedaron algunos fragmentos de acero y el tejido fibroso del cuerno destrozado que había sido el mango. Los fragmentos de la piedra santa cayeron ruidosamente y sobre ellos cayó, empuñando aún la bola de Inkosi-kaas, el bravo Zulú . . . . muerto. Así murió el héroe de tántas azañas.

Un murmullo de admiración y asombro se levantó de entre los que habían presenciado eta extraordinaria escena y uno gritó : " La profecía, la profecía. Ha destrozado la sagrada piedra," y otro murmullo más de la concurrencio.

" Ah," dijo Nilepta con aquella prontitud de ingenio que la distinguía. " Ah, pueblo mío, él ha destrozado la piedra y, mirad, la profecía se ha cumplido ; porque un rey extranjero gobierna en Zu-Vendis. Incubu, mi señor, ha derrotado á Sorais, ya no la temo, y á aquel que ha salvado la corona debe pertenecerle. Y sabed," dijo volviéndose hacia mí y poniendo su mano sobre mi hombro, " que este hombre, habiendo sido herido en la batalla de ayer, ha cabalgado, con el anciano guerrero que allí yace, cien millas, desde que el sol se puso hasta antes de amanecer, para salvarme de los complots de hombres crueles. Él me ha salvado y los que por esta causa murieron, han muerto con tanta gloria como no tiene igual en nuestra historia, y por consiguiente el nombre de Macumazahn, el nombre de Pico Duro muerto, y el nombre de Kara mi súbdito, que le ayudó á defender la escalera, serán grabados con letras de oro encima de mi trono y serán gloriosos mientras exista la tierra. Yo, la reina, lo he dicho."

Esta inesperada alocución fué muy aplaudida y yo dije que nosotros sólo habíamos cumplido un deber, como se acostumbra hacerse en nuestros países, y que nada de extraordinario había en ello ; por lo que aplaudieron más y fuí llevado á mi cuarto por el patio á ponerme en cama. Al pasar vi al gallardo caballo " Luz del Día " que estaba allí, extendida su blanca cabeza sobre el pavimento, exactamente como había caído al entrar en el patio : mandé á los que me conducían que me llevasen cerca de

él para ver una vez más al hermoso animal antes de que lo sacasen de allí. Al mirarlo, con gran asombro mío, abrió los ojos y, levantando un poco la cabeza, relinchó débilmente. Habría brincado de gozo al ver que no estaba muerto, pero desgraciadamente no podía. Se enviaron mozos que lo levantasen, dándole á beber vino y á los quince días estaba tan bueno y fuerte como siempre, siendo el orgullo y la alegría de los habitantes de La Gran Milosis, que donde quiera que lo ven lo señalan á sus pequeñuelos como "el caballo que salvó la vida de la Reina Blanca."

Yo fuí conducido á la cama donde me lavaron y me quitaron la cota de malla. Al hacerlo sufrí mucho, y esto no es extraño, porque á la izquierda del pecho tenía una contusión negra del tamaño de un plato pequeño.

Lo primero que recuerdo después, fué el paso de hombres á caballo delante del palacio, unas diez horas más tarde. Me levanté y pregunté qué noticias había y me dijeron que un gran cuerpo de caballería, enviado por Curtis para ayudar á la reina, había llegado del campo de batalla el que abandonaron dos horas después de la puesta del sol. Cuando regresaron, el ejército de Sorais se retiraba á M'Arstuna, perseguido por toda nuestra caballería efectiva. Sir Enrique estaba acampando sus fuerzas en el sitio (tal es la fortuna de la guerra), que Sorais había ocupado la noche anterior y se proponía marchar sobre M'Arstuna en la mañana. Habiendo oído esto, sentí que podía morir tranquilo y que todo se ponía de color blanco.

Cuando desperté lo primero que vi fué el simpático disco de un monóculo detrás del cual estaba Good.

"¿Cómo os sentís, viejo amigo?" dijo una voz que salía de la vecindad del monóculo.

"¿Qué estáis haciendo aquí?" le pregunté débilmente. "Debiáis estar en M'Arstuna, ¿habéis huido ó qué ha sucedido?"

"M'Arstuna," replicó alegremente. "Ah, M'Arstuna cayó en nuestro poder la semana pasada (habéis estado privado del conocimiento quince días), con todos los honores de la guerra, ya sabéis, con tambor batiente y banderas desplegadas; pero alegres por poder salir victoriosos. Israel levantó sus tiendas, puedo deciros . . . . jamás en mi vida he visto un cuadro semejante."

"¿Y Sorais?" pregunté.

"¿Sorais? Oh, Sorais es ahora prisionera: los muy bribones la entregaron," añadió cambiando de tono: "sacrificaron á la reina por salvar el pellejo. Ha sido traída aquí y no sé lo que sucederá con ella; pobre criatura," dijo él con un suspiro.

"¿Donde está Curtis?" le pregunté.

"Está con Nilepta. Salió á encontrarnos hoy y puedo deciros que tuvo mucho gusto. Él vendrá á veros mañana: los doctores (porque entre los Zu-Vendis como en todas partes hay una facultad médica), creyeron conveniente que no viniera hoy."

Nada dije; pero pensé para mis adentros que no obstante los doctores podía haber venido á verme; pero cuando un hombre está recién casado y acaba de obtener una gran victoria, se encuentra dispuesto á seguir la opinión de los doctores y tiene razón.

Entonces oí una voz familiar que me dicía: "*Monsieur* debe acostarse," y vi los enormes bigotes negros de Alfonso que se enroscaban á cierta distancia.

"¿Estás tu también aquí?" le dije.

"*Mais oui, Monsieur;* la guerra ha terminado, mis instintos militares han quedado satisfechos y he vuelto á La Gran Milosis á tener cuidado de *Monsieur.*"

Me reí ó más bien procuré hacerlo; porque sean cuales fueren las faltas de Alfonso como soldado (y temo que en este particular no haya llegado al nivel de su heróico abuelo, mostrando cuán verdadero es el refrán que dice, que es malo estar oscurecido por el renombre de un antecesor ilustre); no hay un enfermero mejor ó más bondadoso que él. ¡Pobre Alfonso! espero que hará tan buenos recuerdos de mí como yo los hago de él.

El día siguiente vi á Curtis y á Nilepta con él, y me refirió todo lo que había sucedido desde que Pico Duro y yo dejamos la batalla para venir á salvar la vida de la reina. Me pareció que había dirigido la batalla muy bien, mostrando gran habilidad como general. Nuestras pérdidas habían sido espantosas (temo decir cuántos perecieron en la desesperada batalla que he descrito), y sé que la matanza afectó considerablemento á la población masculina del país. Se alegró mucho de verme, y con lágrimas en los ojos me dió las gracias por lo poco que había podido yo hacer. Le vi sin embargo inmutarse violentamente cuando fijó sus ojos en mi rostro.

En cuanto á Nilepta estaba radiante ahora que "su querido señor" había vuelto sin más daño que una fea cicatriz en la frente. No creo que la espantosa matanza que había ocurrido, pesase mucho en su ánimo contra este solo hecho, ni que disminuyese mucho su alegría; y no puedo censurarla por eso, considerando que tal es la naturaleza de la mujer amante, que todo lo mira al través del prisma de su amor, sin tener en cuenta la miseria de mu-

chos, con tal que la felicidad de uno esté asegurada. Tal es la naturaleza humana que los positivistas nos dicen es la perfección; así es que todo está bien.

"¿Y qué váis á hacer con Sorais?" le pregunté.

Inmediatamente su frente tersa se contrajo con ceño.

"Sorais," dijo golpeando el suelo con su pequeño pie; "¡ah! Sorais. . . ."

Sir Enrique se apresuró á cambiar de conversación.

"Pronto estaréis ya bien, amigo mío," me dijo y yo moví la cabeza riéndome.

"No os engañéis," le repliqué. "Puede ser que llegue á estar un poco mejor, pero jamás estaré ya bien. Soy hombre al agua, Curtis. Puedo tardar en morir; pero de esta no escapo. ¿Sabéis que toda la mañana he escupido sangre? Os digo que tengo algo en el pulmón, lo siento. No os aflijáis; he tenido mi gozo en este mundo y estoy pronto á partir para el otro. Dadme el espejo."

Él se excusaba, pero yo insistí y al fin me dió uno de los discos de plata pulida, colocado en un marco de madera como una pantalla, el que servía de espejo entre los Zu-Vendis. Me miré y lo posé.

"Ah," exclamé prontamente, "así lo pensaba, y hablabáis de que recobre la salud." No quería que viesen cuánto me había asombrado mi propia apariencia. Mis cabellos grises se habían puesto blancos como la nieve, mi rostro amarillo estaba surcado por profundas arrugas como el de una vieja y dos anillos purpúreos bajo los ojos.

Nilepta empezó á llorar y Sir Enrique cambió de conversación otra vez, diciéndome que los artistas habían sacado un molde del cadáver de Pico Duro y que se le iba á erigir una estatua de mármol negro, representándolo en

el acto de destrozar la piedra sagrada, que iba á formar par con otra estatua de mármol blanco, representándome á mí y al caballo "Luz del Día" en el acto de caer debajo de mí en el patio del palacio, al terminar nuestra fatigosa jornada. He visto estas estatuas, que al escribir esto, seis meses después de la batalla, estaban ya casi concluídas; son muy hermosas, especialmente la de Pico Duro que lo representa muy bien. La mía es buena; pero han idealizado mi rostro viejo, lo que tal vez sea un bien, considerando que millares de personas de las generaciones futuras la verán y no es agradable ver cosas feas.

Me dijeron que se había cumplido el último deseo de Pico Duro, que en vez de ser quemado como lo seré yo, según la costumbre de aquí, había sido enterrado á la manera de los Zulús, doblado, con las rodillas debajo de la barba, envuelto en una delgada lámina de oro batido y puesto en un agujero hecho en el espacio semicircular que está en la cumbre de la escalera que tan valerosamente de fendió, con el rostro, en cuanto fué posible, casi exactamente mirando hacia Zululand. Allí está y estará para siempre, porque fué embalsamado con bálsamos, y lo pusieron en un cofre bien cerrado, guardando su terrible vigilancia el lugar que defendió él sólo contra una multitud: la gente dice que en la noche se levanta su espectro y agita el fantasma de Inkosi-kaas contra sus enemigos, fantasmas también. Temen pasar durante la noche cerca del lugar donde está enterrado nuestro héroe.

Entre el pueblo ha corrido una nueva leyenda ó profecía, de aquella manera inexplicable con que tales cosas se vulgarizan en los pueblos bárbaros y semicivilizados,

soplando como el viento, sin que nadie sepa de dónde viene. Según la profecía en cuestión, mientras el viejo Zulú esté allí en la escalera que defendió cuando vivía, la nueva dinastía real, originada por la unión del Inglés con Nilepta, subsistirá y florecerá; pero cuando sea sacado de allí ó cuando, con el trascurso del tiempo, sus huesos se conviertan en polvo, la dinastía caerá, caerá la escalera y la nación de los Zu-Vendis cesará de ser nación.

CAPÍTULO XXIII

HE DICHO

Una semana después de la visita de Nilepta, cuando yo comenzaba á andar un poco, ya entrado el día, me llegó un recado de Sir Enrique, participándome que Sorais sería juzgada á mediodía en la primera antecámara de la reina y reclamando mi asistencia si era posible. En consecuencia, atraído por la curiosidad de ver una vez más aquella infeliz mujer, me cambié de vestido con el auxilio de mi buen compañero Alfonso y de otro criado, para presentarme en la antecámara. Llegué allí antes que nadie, excepto algunos grandes oficiales de la Corte á quienes se les había ordenado estuviesen presentes; pero apenas me había sentado, cuando Sorais fué traída por un cuerpo de guardias, tan hermosa y provocativa como siempre; pero con una expresión de fatiga en su orgulloso rostro. Vestía como de ordinario su real "kaf" con el emblema del Sol bordado, y en la mano derecha llevaba la pequeña espada de plata. Un sentimiento de admiración y de piedad se apoderó de mí al verla, y poniéndome en pie la saludé respetuosamente, expresándole al mismo tiempo mi dolor de no poder, á causa de mi condición, permanecer en pie ante ella.

Ella se ruborizó un poco y dijo riendo con amargura:

"Te olvidas, Macumazahn, de que ya no soy reina más que por la sangre; soy una proscrita, una prisionera, á quien todos los hombres deben despreciar, sin que nadie le muestre respeto."

"Cuando menos," le repliqué, "eres una dama y por consiguiente á quien se debe respeto como tal. También estás en desgracia y por eso lo mereces doblemente."

"Ah," replicó sonriéndose, "¿has olvidado que quería envolverte en una lámina de oro y colgarte de la trompeta de un ángel en lo más alto del Templo?"

"No," le respondí, "te aseguro que no lo he olvidado; con frecuencia pensaba en ello cuando me pareció que en la batalla del desfiladero la suerte se volvía contra nosotros; pero la trompeta está allá y yo estoy aquí todavía, aunque probablemente no será por mucho tiempo, ¿por qué hablas de eso ahora?"

"¡Ah!" prosiguió! "¡la batalla! ¡la batalla! ¡Oh! quisiera ser reina todavía, aunque sólo fuese durante una hora y tomaría venganza de aquellos maldecidos chacales que me abandonaron en mi infortunio: debería hablar de eso sólo en voz baja; ¡qué corazones de gallina, que sufrieron el ser derrotados!" y se extremecía de cólera.

"¡Ay! y ese pequeño cobarde que está á tu lado," continuó señalando á Alfonso con su espada de plata, por lo que él se inquietó un poco; "corrió y traicionó mis planes. Yo pensaba hacerlo general, diciendo á los soldados que era Bougwan, é infundirle valor á latigazos (aquí Alfonso se extremeció como acosado por un mal recuerdo), pero fué inútil; se ocultó debajo de una bandera en mi tienda y así escuchó mis planes. Quisiera haberle matado; pero por desgracia no lo hice."

"He oído hablar de lo que tú hiciste, Macumazahn, eres un valiente y tienes un corazón leal. Y el negro también era un bravo hombre. De buena gana le habría visto precipitar á Nasta por la escalera."

"Tú eres una mujer rara, Sorais," le dije, "te ruego que te disculpes ahora con Nilepta, la reina, que tal vez te conceda su perdón."

Ella se rió. "¡Pedir yo gracia!" exclamó, y en aquel momento entró la reina acompañada de Sir Enrique y Good, y ocupó su asiento con impasible rostro. En cuanto al pobre Good parecía encontrarse muy mal.

"Salud, Sorais," dijo Nilepta después de una pequeña pausa. "Tú has destrozado el reino como un harapo, por tu causa han muerto en la guerra millares de personas, dos veces has intentado asesinarme, tú has jurado matar á mi señor y á sus compañeros y arrojarme á mí por la escalera. ¿Qué tienes que decir en tu defensa? Habla, ¡oh Sorais!"

"Recuerda, hermana mía, que has olvidado el principal punto de la acusación. Es como sigue," respondió Sorais con melodiosa voz. "Tú has procurado ganar el amor de mi señor Incubu. Por este crimen es por lo que me matará mi hermana, no porque haya promovido la guerra. Felizmente para tí, Nilepta, mi pensamiento se fijó en su amor demasiado tarde."

"Escucha," prosiguió levantando la voz. "Nada tengo que decir sino que quisiera haber triunfado en vez de haber perdido. Haz conmigo lo que quieras, oh reina, y deja á mi señor el rey" (apuntando á Sir Enrique), "porque ahora él será rey, que pronuncie la sentencia, como es conveniente que lo haga, porque como él es el principio

del mal, debe ser también el fin." Se levantó y le dirigió una mirada colérica, comenzando á jugar con la espada.

Sir Enrique se inclinó hacia Nilepta, murmuró algo que no pude oir y entonces habló la reina.

"Sorais, siempre he sido una buena hermana para tí. Cuando murió nuestro padre y se habló tanto sobre si debías reinar conmigo, siendo yo la mayor, di mi voto en favor tuyo y dije, que reine conmigo. Es mi hermana gemela, hemos nacido juntas, ¿por qué razón debe ser preferida la una á la otra? Así hemos gobernado entre las dos, hermana mía. Tú sabes cómo me has recompensado; pero he triunfado y tu vida está en peligro. Sin embargo, tú eres mi hermana, has nacido junta conmigo, hemos jugado juntas cuando éramos pequeñas, nos amábamos mucho; en la noche dormíamos en la misma cuna con los brazos alrededor de nuestro cuello y aun ahora te quiero con todo mi corazón, Sorais."

"Pero no por eso te perdonaría la vida, porque la ofensa ha sido demasiado grande; no cabe bajo las anchas alas de mi gracia. Además, mientras vivas el país jamás estará en paz."

"Sin embargo, no morirás, Sorais, porque mi señor me ha pedido tu vida como una merced; por consiguiente te entrego á él como un don, como un regalo de matrimonio, para que haga contigo lo que quiera, sabiendo que aunque tú le ames, él no te ama á tí, Sorais, á pesar de tu belleza. Aunque eres bella como la noche con sus estrellas, ¡oh "Dama de la Noche!" es á mí, á su mujer, á quien ama y no á tí; por eso le concedo tu vida."

Sorais se enrojeció sin decir una palabra y creo no

haber visto jamás un hombre tan apurado como lo estaba Sir Enrique en aquel momento. Nilepta había puesto la cuestión bajo un punto de vista tan delicado que no era agradable.

"He comprendido," murmuró Curtis, mirando á Good, "que vos amáis . . . . amáis á . . . . á la reina Sorais. Yo no sé . . . . en suma, cuál sea ahora el estado de vuestros sentimientos; pero si es que aun estáis enamorados, creo que . . . . podría ponerse fin á estos asuntos desagradables. La señora tiene también vastos dominios particulares, donde estoy seguro que viviríais sin ser molestados por lo que á nosotros concierne, ¿no es verdad, Nilepta? Naturalmente sólo hago indicaciones."

"En cuanto á lo que á mi concierne," dijo Good algo mortificado, "deseo que se olvide lo pasado; y si "La Dama de la Noche" me cree digno de casarme con ella, mañana ó cuando lo desee, procuraré ser para ella un buen marido."

Todas las miradas se dirigieron á Sorais que estaba con aquella sonrisa sobre su faz, sonrisa que yo había notado desde la primera vez que la vi. Se detuvo un rato, tosió, hizo tres cortesías, una á Nilepta, otra á Curtis y la última á Good, y empezó á hablar mesuradamente.

"Te agradezco, graciosísima reina y hermana, la bondad que me has mostrado desde mi niñez, y especialmente porque te has dignado conceder mi persona y mi suerte como un regalo al señor Incubu, futuro rey."

"Que la prosperidad, la paz y la abundancia se encuentren en el sendero de la vida de una reina tan hermosa y tierna como las flores. Que reines mucho tiempo, oh grande

y gloriosa reina, conservando el amor de tu marido, y que sean muchos los hijos y las hijas de tu belleza. Te agradezco, mi señor Incubu, futuro rey, te agradezco mil veces que te hayas servido aceptar aquel precioso regalo y pasarlo á tu compañero de armas y de aventuras, Bougwan. Ciertamente ese acto es digno de tu grandeza, mi señor Incubu. Por último, te doy gracias á tí, mi señor Bougwan, que á tu vez te has dignado aceptar mi pobre belleza. Te lo agradezco mil veces y añadiré que eres un hombre bueno y honrado, y con la mano sobre el corazón juro que quisiera poder darte el sí. Ahora que he dado las gracias á todos á mi ver," y sonrió otra vez, "añadiré aún una palabra más."

"Poco me conocen Nilepta y mis señores, si no saben que para mí no hay términos medios; que desprecio vuestra piedad y por ella os aborrezco; que desecho vuestro perdón como si fuese la picadura de una serpiente, y que estando aquí, traicionada, abandonada, injuriada y sola, triunfo y me burlo de vosotros y os desafío á cada uno y á todos; esta es mi respuesta." Entonces, antes de que alguno sospechase lo que intentaba hacer, hundióse en el costado la pequeña espada de plata que llevaba en la mano, con tal fuerza y firmeza, que la aguda punta salió por la espalda y ella cayó de bruces sobre el pavimento.

Nilepta gritó de espanto y el pobre Good casi se desmayó al ver aquello, mientras todos nosotros nos precipitábamos hacia ella. Pero Sorais, la "Reina de la Noche," se levantó sobre sus manos y por un momento fijó intencionalmente sus hermosos ojos en el rostro de Curtis, como si algo quisiese decirle con la mirada, luego inclinó

la cabeza, suspiró y con un sollozo, su oscuro, pero espléndido espíritu se fué.

Se le hicieron regios funerales y todo terminó.

. . . .

Un mes después del último acto de la tragedia de Sorais, hubo una gran ceremonia en el Templo en forma de flor, y Curtis fué declarado en toda forma, rey consorte de Zu-Vendis. Estaba yo muy enfermo para asistir; además aborrezco esas escenas de bullicio, el sonido de las trompetas y el ondear de las banderas; pero Good que estaba allí (de riguroso uniforme), volvió muy impresionado, diciéndome que Nilepta le había parecido más hermosa y que Curtis se había portado regiamente y había sido recibido con aclamaciones que no dejaban duda acerca de su popularidad. También me dijo que cuando el caballo "Luz del Día" pasó en la procesión, el populacho había gritado "Macumazahn, Macumazahn," hasta ponerse ronco y sólo se apaciguaron cuando Good se levantó en su carruaje y les dijo que yo estaba muy enfermo para poder presentarme.

Después Sir Enrique, ó más bien dicho el rey, viro á verme, pareciéndome verlo muy cansado y jurando él que en su vida, jamás había estado tan molesto; pero me atrevo á decir que en esto había alguna exageración. No es de la naturaleza humana el molestarse en una ocasión tan extraordinaria: como le indiqué, era maravilloso que un hombre, que hacía poco más de un año, había llegado á un gran país como un aventurero desconocido, se viese hoy casado con su hermosa y amada reina, y hubiese sido elevado á su trono entre regocijos públicos. También le exhorté para que en lo sucesivo no se dejase llevar por el

orgullo y la pompa del poder absoluto, sino que procurase recordar que primero era caballero cristiano y después un servidor del público, llamado por la Providencia á un elevado cargo casi sin precedentes. Fué tan bondadoso que recibió con paciencia estas observaciones que hubieran podido ofenderle, y aun me dió las gracias porque se las hice.

Inmediatamente después de esta ceremonia, yo mismo pedí que me cambiasen á la casa donde ahora estoy escribiendo. Es una hermosa quinta situada á dos millas de La Gran Milosis á la cual mira. De esto hace cinco meses, durante los cuales he estado confinado en una cama, empleando mi ocio en compilar esta historia de nuestras aventuras, tomando de mi diario y de mis memorias. Es probable que nunca sea leída; pero importa poco que lo sea ó no: de todos modos me ha ahorrado muchos sufrimientos, porque he sufrido mucho en estos últimos tiempos. Gracias á Dios ya no tendré mucho más que padecer.

. . . .

Una semana después de haber escrito lo que precede, tomo la pluma por última vez, porque conozco que mi fin se aproxima. Mi cerebro está aún despejado y puedo escribir, si bien con dificultad. El dolor del pulmón que había aumentado mucho la semana pasada, repentinamente me ha dejado del todo, y ha sido sustituído por una especie de entorpecimiento cuyo significado no es fácil equivocar. Junto con el dolor se me ha quitado el miedo á la muerte y siento como si fuese á ser abrazado por los brazos de un descanso inefable. Feliz, contento y con el mismo sentimiento de seguridad con que un niño se queda dormido en los brazos de su madre, me

arrojo yo en los brazos del Ángel de la Muerte. Todos los temores y angustias que me habían atormentado durante una vida que parece tan larga, mirada hacia atrás, me habían dejado ya tranquilo: la tempestad había pasado y la Estrella de nuestra Eterna Esperanza, brilla clara en el horizonte que parece tan lejos del hombre y que esta noche está muy cerca de mí.

Siempre sucede lo mismo: un breve espacio de molestias y fatigas, años de fiebre y angustia y luego los brazos del gran Ángel de la Muerte. Muchas veces he estado yo cerca de ellos, muchas veces han abrazado á mi lado á un amigo, y ahora por fin ha llegado mi turno. Veinticuatro horas más y habré dejado el mundo y con él todas sus esperanzas, todos sus temores. El aire llenará el lugar que mi forma ocupaba y no ocupará más; porque el aliento del olvido del mundo oscurecerá primero la brillantez de mi memoria, después la borrará para siempre y en verdad yo estaré ya muerto. Á todos nos pasa lo mismo. ! Cuántos millones se han encontrado como yo, han tenido estas mismas ideas y han sido olvidados! Hace miles y miles de años las pensaron aquellos hombres del sombrío pasado que murieron; y dentro de miles y miles de años las pensarán sus descendientes y á su turno serán olvidados. "Como el aliento del buey en el invierno, como la estrella que corre por el firmamento, como la sombra que se pierde al ponerse el sol," como oí decir una vez á un Zulú llamado Iguosi, tal es nuestra vida que pronto pasa.

El mundo no es bueno (nadie sino aquellos que voluntariamente se hacen ciegos á los hechos dirá que lo es). ¿Cómo puede ser bueno el mundo en que el dinero es el

gran motor y el egoísmo la estrella que lo guía? No debe admirarnos el que sea tan malo, sino el que algo medio bueno haya quedado en él.

Sin embargo, ahora que mi vida se acaba, estoy contento de haber vivido; contento de haber conocido el amor de una mujer querida y aquella verdadera amistad que puede sobrepujar aun al amor de una mujer; contento de haber oído las risas de los niños, de haber visto el sol, la luna y las estrellas, de haber sentido en mi rostro el beso del mar salado, y de haber observado al gamo salvaje bajar al agua á la luz de la luna. Pero no desearía vivir otra vez.

Todo ha cambiado para mí. Las tinieblas se acercan y la luz desaparece. Creo que al través de las tinieblas puedo ver ya la calurosa acogida de muchos que han muerto hace largo tiempo. Allí están Enriquillo y otros: entre todas la mujer más dulce y perfecta para mí, que me hizo alegre este mundo. Acerca de ella he escrito en otra parte, ¿para qué hablar de ella ahora? ¿Para qué hablar de ella después de un silencio tan largo, ahora que está tan cerca de mí y yo de ella?

El sol que se pone hace brillar como una llama el dorado techo del gran Templo y mis dedos se fatigan.

Alargo mi mano desde una lejana playa y doy un tierno adiós á todos los que me han conocido ó que alguna vez se acuerden bondadosamente del viejo cazador.

Ahora en las manos del Dios Todopoderoso, que me lo dió, encomiendo mi espíritu.

"He dicho," como dicen los Zulús.

CAPÍTULO XXIV

ESCRITO POR OTRA MANO

Un año ha pasado desde que nuestro muy querido amigo, Allan Quatermain escribió las palabras "he dicho" al fin de la narración de nuestras aventuras. No me habría atrevido á hacer algunas adiciones á esa narración, si no hubiera acontecido que, por una extraña casualidad, se ha presentado una oportunidad de ser enviada la narración á Inglaterra. La probabilidad de que llegue es escasa, pero tal como es, tal vez no se nos presente otra mientras vivamos, y Good y yo hemos creído conveniente aprovecharla. Durante los últimos seis meses varias comisiones de límites estuvieron trabajando en las fronteras de Zu-Vendis para descubrir si existe algún paso para entrar ó salir del país, con el resultado de haber descubierto un canal de comunicación hasta ahora desconocido. Este canal aparentemente único (porque he descubierto que por él vino el indígena que llegó á la Misión de Mr. Mackenzie, y cuya llegada al país, lo mismo que el hecho de su expulsión, fué guardada en secreto por razones de conveniencia entre los sacerdotes, á quienes fué presentado, tres años antes de nuestra llegada), deberá ser obstruído dentro de poco. Antes de que eso se haga, será enviado un mensajero que lleve este manuscrito así como una ó dos cartas de Good para sus

amigos y una mía para mi hermano Jorge, á quien me pesa mucho no volver á ver nunca, informándoles á nuestros próximos herederos, que pueden disponer de nuestras propiedades sitas en Inglaterra, si el Tribunal encargado de verificar los testamentos les permite entrar en posesión,* porque nosotros no pensamos volver á Europa. Sería imposible para nosotros dejar el Zu-Vendis aunque quisiésemos.

El mensajero que se va y á quien deseo felicidad en su viaje es Alfonso. Se ha cansado ya del Zu-Vendis y de sus habitantes. *Oh oui, c'est beau* dice con un expresivo encogimiento de hombros; *mais je m'ennuie: ce n'est pas chic.* Otras veces se queja de la falta de cafés y teatros y suspira continuamente por su perdida Anita, á quien dice que sueña tres veces por semana. Pero creo que la causa secreta de su disgusto por este país, dejando á un lado la nostalgia á que están sujetos todos los Franceces, es que el pueblo se burla aquí de él por la conducta que observó en la batalla del desfiladero hace diez y ocho meses, cuando se ocultó debajo de una bandera en la tienda de Sorais para evitar el ser obligado á combatir, lo que él dice era contra su conciencia. Aun los muchachos pequeños le gritan en las calles, ofendiendo su orgullo y haciéndole la vida insoportable. Sea como fuere, se ha determinado á arrostrar los horrores de un viaje lleno de dificultades y peligros, y también á correr el riesgo de caer en manos de la Policía Francesa y tener que responder por varias indiscreciones cometidas algunos años antes (aunque no me parece que esto sea serio), más bien que quedarse en *ce triste pays.* Pobre Alfonso, mucho sentiremos separarnos de él, pero sinceramente deseo por él

* Naturalmente el Tribunal no lo permitió.

y por esta historia, que considero digna de darse á luz, que llegará con salud. Si lo logra y puede llevarse el tesoro con que le hemos provisto, consistente en barras de oro macizo, será, relativamente hablando, un hombre rico y capaz de casarse con Anita, si es que ella está aún entre los vivos y quiere casarse con su Alfonso.

Por lo que pueda suceder añadiré una ó dos palabras á la narración de Quatermain, que murió al amanecer del día siguiente al que escribió las últimas palabras del capítulo anterior. Nilepta, Good y yo estuvimos presentes y fué una escena conmovedora y hermosa á su manera. Una hora antes de amanecer llegó á ser evidente para nosotros que llegaba su fin y nuestro dolor fué grande. Good lloraba sin cesar y esto arrancó una mirada de buen humor de nuestro amigo que moría, porque aun en aquella hora conservaba su buen humor. La emoción de Good hizo que se le cayese el monóculo de su acostumbrado lugar, y Quatermain, que siempre lo observaba todo, observó esto también.

" Al fin," murmuró, tratando de sonreírse, " he visto á Good sin su monóculo."

Después no habló hasta al amanecer, que suplicó lo levantasen para observar por última vez la salida del sol.

" Dentro de pocos minutos," dijo después de mirarlo ansiosamente, " habré pasado al través de sus puertas de oro."

Diez minutos después se levantó y nos miró fijamente.

" Voy á un viaje más extraño que los que hemos emprendido juntos. Acordáos de mí," murmuró. " Dios os bendiga á todos. Os esperaré," y dando un suspiro cayó muerto.

Así desapareció un carácter que yo considero próximo á la perfección y semejante al que no he tenido la fortuna de encontrar otro.

Tierno, asiduo, de buen humor y poseyendo muchas de las cualidades que forman al poeta, casi no tenía rival como hombre de acción y como ciudadano del mundo. Jamás conocí persona tan competente para formarse un juicio recto de los hombres y de sus inclinaciones. "He estudiado la naturaleza humana toda mi vida," decía; "y algo debo saber acerca de ella," y tenía razón. Tuvo dos faltas, su excesiva modestia y la tendencia á ponerse celoso de cualquiera en quien había concentrado su afecto.

Respecto á lo primero, cualquiera que lea lo que ha escrito podrá formarse su opinión; pero añadiré un último ejemplo de ello.

Como sin duda recordará el lector, una de sus bromas favoritas era la de hablar de sí mismo como de un hombre tímido; en realidad era lo contrario; aunque muy prudente, poesía el alma más intrépida, y, lo que es más, nunca perdía la cabeza. En la gran batalla del desfiladero, donde recibió la herida que causó su muerte, cualquiera se imaginaría, según lo que dice, que el golpe que recibió en el combate fué casual. Lo cierto, sin embargo, es que fué herido al intentar galantemente salvar la vida de Good con riesgo, y como se vió después, á costa de la suya. Good había caído en el suelo y uno de los montañeses de Nasta iba á matarlo, cuando Quatermain se arrojó entre ellos, cayéndose y recibiendo el golpe y levantándose después mató al soldado.

En cuanto á sus celos, un solo ejemplo que ponga bastará para justificarme á mí y á Nilepta. El lector tal

vez recordará que en uno ó dos lugares habla dando á entender que Nilepta me había monopolizado, y como si ambos le tratásemos con frialdad. Nilepta no es más perfecta que cualquiera otra mujer y á veces puede ser que sea algo exigente; pero en lo que se refiere á Quatermain, todo es pura imaginación. Al quejarse de que yo no iba á verlo cuando estaba enfermo no creía el que, á despecho de mis súplicas, los doctores positivamente me lo prohibieron. Sus observaciones me han apenado cuando las he leído, porque amaba á Quatermain tan tiernamente como á mí mismo padre y jamás he pensado que mi matrimonio disminuyese aquel afecto. Pero eso ya pasó; después de todo, sólo es una pequeña debilidad que no es muy aparente entre tántas y tan loables virtudes.

Á su muerte, Good leyó el oficio de Difuntos en presencia mía y de Nilepta, y se acordó hacer á sus restos públicas exequias ó más bien cremación, por solicitarlo así el clamor popular. Cuando marchaba yo en aquella larga y espléndida procesión, hacia el Templo, pensé cuánto le hubiera disgustado si hubiera podido verla, porque tenía horror á la ostentación.

Pocos momentos antes de ponerse el sol, al tercer día después de su muerte, se le colocó sobre el piso de latón ante el altar y se esperó á que el último rayo del sol que se ponía cayese sobre su faz. Luego llegó, lo hirió como una flecha de oro, coronando gloriosamente su pálida frente, las trompetas sonaron, el piso se deslizó y todo lo que quedaba de nuestro pobre amigo cayó dentro del horno.

Jamás veremos un hombre igual aunque vivamos cien años. Fué el hombre más capaz, el caballero cumplido,

amigo sincero, buen cazador y el mejor tirador de África, según mi opinión.

Así terminó la notable y aventurera vida del famoso Allan Quatermain.

. . . .

Todo ha seguido bien para nosotros. Good ha estado y está aún muy ocupado en la construcción de buques para el lago de La Gran Milosis y otro de los grandes lagos, por medio de los cuales esperamos poder aumentar el tráfico y el comercio, y también dominar algunas secciones inquietas y aguerridas de la población que viven en sus orillas. Pobre amigo, ya comienza á hacer á un lado la triste muerte de aquella descarriada pero atractiva mujer, Sorais, que fué para él un fuerte golpe, porque la amaba con toda su alma. Sin embargo, espero que con el tiempo se casará convenientemente y olvidará ese desagradable asunto. Nilepta tiene entre ojos una ó dos muchachas, especialmente á una hija de Nasta, viuda, muchacha muy hermosa; pero con el carácter intrigante y orgulloso de su padre, por lo que no es muy de mi gusto.

En cuanto á mí, apenas sé por dónde empezar si he de describir lo que hago; así es que haré mejor en no hablar de ello, limitándome á decir que mi posición de rey consorte es curiosa y mejor realmente de lo que tenía derecho á esperar. Naturalmente no todo es dulzura, y encuentro que la responsabilidad es muy pesada. Espero poder hacer algún bien mientras viva é intento dedicarme á dos grandes empresas, á saber: la consolidación de las varias tribus que constituyen el pueblo Zu-Vendis bajo un gobierno central fuerte, y minar el poder del sacerdocio. La primera de estas reformas, una vez efectuada, pondrá

fin á las desastrosas guerras civiles que durante tantos siglos han devastado el país; y la segunda, además de agotar una fuente de peligros políticos, allanará el camino para la introducción de la verdadera religión, en lugar del absurdo culto del Sol. Espero ver la sombra de la Cruz de Cristo sobre la dorada cúpula del Templo en forma de flor, y si no la verán mis sucesores. Hay otra cosa á que intento dedicarme, y es á no permitir la entrada á Zu-Vendis á ningún extranjero. No quiere decir esto que haya probabilidades de que vengan; pero si llegase á suceder, se les mostraría el camino más corto para salir del país. Esto no debe atribuirse á falta de hospitalidad, sino que estoy convencido del sagrado deber que tengo de conservar, sobre un pueblo de buenos y generosos sentimientos, las bendiciones de un barbarismo relativo. ¿Cómo les iría á mis bravos ejércitos si alguna banda de pícaros nos atacase con cañones de montaña y otros armamentos por el estilo? No puedo convenir en que la pólvora, los telégrafos, el vapor, los periódicos, el sufragio universal, etc., hayan hecho al género humano un ápice más feliz de lo que era, y estoy seguro de que han traído muchos males con su acción. No deseo gobernar este hermoso país para ser destronado y combatido por especuladores, viajeros, políticos y maestros, cuyas voces son como las de Babel y como las de aquellos horribles mónstruos que en la playa del río subterráneo se hacían pedazos y peleaban por el cuerpo del cisne: no lo enriqueceré con la codicia, embriaguez, nuevas enfermedades, pólvora y desmoralización general, que marcan el progreso de la civilización entre los pueblos más sofisticados. Si con el tiempo place á la Providencia dejar el Zu-Vendis accesible al

mundo, será ya otra cosa; pero por lo que á mí toca no cargaré con esa responsabilidad, y puedo añadir que Good aprueba enteramente esa resolución. Adiós.

ENRIQUE CURTIS.

Diciembre 15 de 18—.

P. S.—Olvidaba decir que hace nueve meses, Nilepta (que está muy bien y á mis ojos es más hermosa que nunca), me ha presentado un hijo y heredero. Es un muchacho de rizado cabello y ojos azules, y aunque está destinado si vive, á heredar el trono de Zu-Vendis, espero poder educarlo para que sea lo que debe ser y es generalmente todo un caballero, lo que es para mí más digno y hermoso que ser el probable heredero de la gran Casa de la Escalera, y la más elevada posición que un hombre puede alcanzar sobre la tierra. E. C.

NOTA DEL CABALLERO JORGE CURTIS.

El manuscrito de esta historia, dirigido á mí, del puño y letra de mi querido hermano, Enrique Curtis, á quien creía muerto, trayendo el sello del correo de Aden, me llegó el 20 de Diciembre de 18— ó sea dos años· depués de haber salido de sus manos en el lejano centro del África y yo me apresuro á publicar la maravillosa historia que contiene. Hablando por lo que á mí toca, la he leído con diversos sentimientos; porque, aunque es un gran consuelo saber que él y Good viven y son felices, no puedo dejar de sentir que para mí y para todos sus amigos es como si estuviesen muertos, supuesto que no tenemos esperanzas de volverlos á ver.

Se han desterrado para siempre de la vieja Inglaterra,

de sus hogares y de sus parientes, tal vez en circunstancias en que fué prudente y sabio obrar así.

No he podido descubrir cómo fué franqueado el manuscrito; pero presumo, por el hecho de que fué franqueado, que el pequeño Francés, Alfonso, hizo felizmente su azaroso viaje. Sin embargo, he preguntado por él y he hecho varias indagaciones en Marsella y otras partes, con la mira de descubrir su paradero; pero sin el menor resultado. Posible es que haya muerto y el paquete haya sido franqueado por otra mano ó que él esté felizmente reunido con su Anita y temiendo la venganza de la ley prefiera permanecer incógnito. No puedo decir si será lo uno ó lo otro, ni he perdido las esperanzas de encontrarlo; pero debo decir que cada día son más y más débiles y uno de los grandes obstáculos con que he tropezado, es que en ninguna parte de la historia menciona Mr. Quatermain su apellido. Habla siempre de Alfonso, ¡y hay tántos Alfonsos! Las cartas que mi hermano Enrique dice me envía con el paquete del manuscrito no han llegado, así es que supongo que se habrán perdido ó destruído.

Jorge Curtis.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

AUNQUE el novelista no necesita citar autoridades, deseo manifestar lo mucho que debo á la admirable obra del "Viaje por la tierra de los Masai" de Mr. Thompson, por sus muchas noticias acerca de los hábitos y costumbres de las tribus que habitan en aquella parte de la costa oriental. También á mi hermano, Juan G. Haggard, Cónsul de su Majestad Británica en Madagascar y anteriormente Cónsul en Lamu, por muchos detalles que me suministró acerca de la manera de vivir y hacer la guerra de aquellas simpáticas gentes, los Masai. También á mi cuñada y esposa de aquél, que bondadosamente me escribió los versos del canto de Sorais. Confieso que debo la idea de los grandes cangrejos en la playa del río subterráneo, á un extracto de un libro de viajes cuyo nombre no recuerdo. Pero sí recuerdo que los cangrejos, según dice el libro, cuando se irritaban, proyectaban sus ojos fuera de la cabeza. Siento no haber podido plagiar este efecto, porque aunque los cangrejos puedan, y sin duda lo hacen, portarse así en la vida real, en la novela creo que no se portarían tan mal.

Hay un río subterráneo en "Peter Wilkins;" pero al tiempo de describir estas páginas no había leído aquella ingeniosa y divertida obra.

Se me ha hecho notar que hay semejanza entre la escena de Umslopogaas asustando á Alfonso con su hacha y una de "Far from the Madding Crowd." Siento esta coincidencia y creo que el reputado autor de aquella obra no se inclinará á acusarme de mala te literario por ese motivo, puesto que es mera coincidencia.

Finalmente, puedo decir que el Francesito de la novela, parece pertenecer á la misma clase de seres que aquellas señoritas Inglesas que con sus grandes y amarillentos dientes y pies de un tamaño colosal, provocan nuestra risa en las páginas de la prensa Francesa Ilustrada.

El autor de "La Gran Milosis."

FIN

Algebra, Tratado Elemental de.

Por RAFAEL CELEDÓN, Presb., ex-Rector del Seminario de Santa-Marta.

Un tomo encartonado de 149 páginas. 40 centavos.

Nada mejor para hacer conocer la índole y valor de este tratado que lo que respecto de él y en su prefacio dice modestamente el autor:

"Ni tan extenso que casi agote la materia y sea difícil adquirirlo por lo crecido de su precio, ni tan conciso que deje por alto puntos importantes, ó sin el desenvolvimiento indispensable para la fácil comprensión, este Compendio, si no nos engañamos, evita ambos inconvenientes; por lo menos tal ha sido nuestro intento al ordenarlo. Y decimos ordenarlo, porque no hemos hecho sino escoger y ordenar lo que nos ha parecido más adecuado en los Tratados de Álgebra de Pelegrín, Puissant, Liévano, Davies y Robinson.

"Penetrados de la conveniencia de hacer fecunda la verdad teórica con su aplicación á la práctica, hemos ilustrado casi cada demostración con numerosos ejemplos y problemas, trazando á veces el procedimiento que debe emplearse para obtener el resultado, ó dando éste y dejando el estudiante la labor de investigarlo."

Agricultura Científica, Principios Elementales de.

Por N. T. LUPTON, Profesor de Química en la Universidad "Vanderbilt" de Nashville.

CONTIENE: El origen, composición, y clasificación de los terrenos; La composición de las plantas; Composición y propiedades de la atmósfera; El cuidado de los ganados; La manera de mejorar la condición de los terrenos y multitud de materias relativas á la Agricultura como ciencia y como arte.

Clasificada y en orden numérico, con lenguaje sencillo y una tabla de preguntas útil y fácil de ser empleada por los maestros en general.

Un tomo encartonado, uniforme con nuestras otras CARTILLAS, de más de 100 páginas. 30 centavos.

Aritmética Teórico-Práctica (La Nueva),

Con aplicaciones al Comercio. Por EMILIO TORO, Director que fué del Liceo de San Miguel en Ponce, Puerto-Rico, obra de texto en muchas escuelas.

Un bonito tomo en 12° de más de 100 páginas. 25 centavos.

Aritmética Elemental, Lecciones de.

Por PERKINS, Director y Profesor de Matemáticas en la Escuela Normal del Estado de Nueva York. Obra basada en el nuevo sistema Mental y Práctico que originó el inmortal Colburn, adoptado en las principales escuelas de los Estados Unidos.

Un tomo de 163 páginas en 18°. 40 centavos.

Aritmética Elemental, Compendio de.

Por GRAND. Muy apropósito para la Instrucción Primaria.

Un tomo de unas 60 páginas en 12°. 20 centavos.

Aritmética Práctica.

Publicada por orden del Jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Ayres.

Abraza lo siguiente: Sumar, Restar, Multiplicar y Dividir Enteros y Quebrados.

Un tomo de 144 páginas en 12°. 38 centavos.

Aritmética, Libro Primero de.

Este libro, dispuesto para los niños, trata de los números 1 á 10, y se adapta tanto para las Escuelas Primarias como para el uso en las familias.

La página que reproducimos da una idea del plan de esta Aritmética ideada por WIEDEMANN, Director de la Cuarta Escuela Municipal de Dresde.

Un tomo de más de 100 páginas. 30 centavos.

Aritmética Teórico-Práctica (La Nueva), con aplicaciones al Comercio. Por Emilio Toro, Director que fué del Liceo de San Miguel en Ponce, Puerto-Rico, obra de texto en muchas escuelas.

Un bonito tomo en 12° de más de 100 páginas. 25 centavos.

Aritmética Elemental, Lecciones de. Por Perkins, Director y Profesor de Matemáticas en la Escuela Normal del Estado de Nueva York. Obra basada en el nuevo sistema Mental y Práctico que originó el inmortal Colburn, adoptado en las principales escuelas de los Estados Unidos.

Un tomo de 163 páginas en 18°. 40 centavos.

Aritmética Elemental, Compendio de. Por Grand. Muy apropósito para la Instrucción Primaria.

Un tomo de unas 60 páginas en 12°. 20 centavos.

Aritmética Práctica. Publicada por orden del Jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Ayres.

Abraza lo siguiente: Sumar, Restar, Multiplicar y Dividir Enteros y Quebrados.
Un tomo de 144 páginas en 12°. 38 centavos.

Aritmética, Libro Primero de. Este libro, dispuesto para los niños, trata de los números 1 á 10, y se adapta tanto para las Escuelas Primarias como para el uso en las familias.

Un tomo de más de 100 páginas. 30 centavos.

Álgebra, Tratado Elemental de. Por Rafael Celedón, Presb., ex-Rector del Seminario de Santa-Marta.

Un tomo encartonado de 149 páginas. 40 centavos.

Nada mejor para hacer conocer la índole y valor de este tratado que lo que respecto de él y en su prefacio dice modestamente el autor:

"Ni tan extenso que casi agote la materia y sea difícil adquirirlo por lo crecido de su precio, ni tan conciso que deje por alto puntos importantes, ó sin el disenvolvimiento indispensable para la fácil comprensión, este Compendio, si no nos engañamos, evita ambos inconvenientes; por lo menos tal ha sido nuestro intento al ordenarlo. Y decimos ordenarlo, porque no hemos hecho sino escoger y ordenar lo que nos ha parecido más adecuado en los Tratados de Álgebra de Pelegrín, Puissant, Liévano, Davies y Robinson.

"Penetrados de la conveniencia de hacer fecunda la verdad teórica con su aplicación á la paráctica, hemos ilustrado casi cada demostración con numerosos ejemplos y problemas, trazando á veces el procedimiento que debe emplearse para obtener el resultado, ó dando éste y dejando el estudiante la labor de investigarlo."

Dibujo, Lecciones Fáciles de. Por Krüsi.

Para la Escuelas Primarias y para el Kindergarten.

Serie I.
Serie II.
Serie III.

Cada una contiene 12 cartones y las instrucciones necesarias para maestros y padres de familia.

Precio de cada serie, 15 centavos.

Se ha arreglado esta serie de Cartones, como preparatoria al estudio del Dibujo, y en acuerdo con las ideas modernas sobre educación, que exigen que el Dibujo forme parte de todo buen sistema de enseñanza, desde los cursos elementales.

Dibujo. Por Krüsi. Nuevo Sistema de Dibujo, en Tres Series:

Sintética, cuarto cuadernos con muestras. 50 centavos.
Manual del Maestro. 40 centavos.
Analítica, seis cuadernos con muestras. $1.00.
Manual del Maestro. 40 centavos.
Perspectiva, cuatro cuadernos con muestras. 80 centavos.
Manual del Maestro. 40 centavos.
Perspectiva (Curso Adelantado) y Sombreado, cuatro cuadernos con muestras. $1.20.
Manual del Maestro. 40 centavos.

Las instrucciones contenidas en los Manuales del Maestro no pueden ser más completas, pues abrazan cursos de Dibujo analítico, geométrico y de perspectiva; ni más claras, pues que, por medio de ellas, aun los profesores que no posean el arte de dibujar, podrán enseñarlo con el mejor éxito.

Dibujo Industrial de Krüsi. Por F. B. Morse. Seis cuadernos

Precio de cada cuaderno, 35 centavos.

Esta obra sólo exige el conocimiento de los principios más rudimentarios de la geometría, clara y completamente expuestos en las Lecciones Fáciles de Dibujo y el Nuevo Sistema de Dibujo en tres séries por Krüsi (véase Dubujo), y se compone de seis cuadernos con sus correspondientes láminas y texto que se titulan respectivamente.

Manejo de Instrumentos y Colorido - No. 1.
Problemas geométricos y sus aplicaciones, No. 2.
Proyecciones - - - - - - No. 3.
Sombras - - - - - - - No. 4.
Perspectiva, Parte 1ª. —Rectas - - No. 5.
Perspectiva, Parte 2ª. —Curvas Sombras, No. 6.

Publicados por D. APPLETON Y CÍA., Nueva York.

Diccionario de Pronunciación de las Lenguas Española é Inglesa. Por MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA, Profesor de la Lengua y Literatura Española, en el Colegio de Colombia, Nueva York, é Individuo del Instituto Nacional de Wáshington.

Compuesto sobre los Diccionarios Españoles de la Academia Española, Terreros, Salvá, y el de Baretti y Neuman por el Dr. Seoane, y los Ingleses de Webster, Worcester, y Walker, aumentado con más de ocho mil palabras, idiotismos, y frases familiares, las irregularidades de los verbos y la sinopsis de ambas lenguas.

En dos partes: I, Español é Inglés; II, Inglés y Español.

Un tomo en 8° mayor, de más de 1,300 páginas hermosamente impreso, y bien encuadernado. $5.00.

Diccionario de las Lenguas Española é Inglesa. Abreviado del grande del autor, para el uso de los jóvenes estudiantes y los viajeros. Por MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA. En dos partes: Español é Inglés; Inglés y Español.

Un tomo de 847 páginas en 12°. $1.50.

Al cual se añade una lista alfabética de los nombres de Razas, Naciones, Provincias, Mares, Pueblos, Ríos, Montañas, etc., que no se escriben del mismo modo en Inglés que en Español.

Diccionario Mercantil, en Inglés, Francés y Español. Por D. I. DE VEITELLE.

Está dividido en tres partes: La primera contiene—el DICCIONARIO, propiamente dicho, en inglés—francés—español, francés—español—inglés, y español—inglés—francés, en el cual se hallan las voces mercantiles empleadas en dichas lenguas, la denominación de las mercancías que circulan hoy en el comercio, y también, los términos de marina de más frecuente uso en la correspondencia comercial; la segunda—un gran numero de cartas arregladas al estilo moderno, con modelos de facturas, cuentas corrientes, pagarés, letras de cambio, conocimientos, etc.; la tercera—un VOCABULARIO GEOGRÁFICO, y una lista de principales abreviaciones usadas en los tres idiomas.

Un tomo de 305 páginas en 12°. $1.50.

Diccionario Ortográfico, ó Catálogo de las voces castellanas cuya ortografía puede ofrecer dificultad. Por JOSÉ MANUEL MARROQUÍN, individuo correspondiente de la Academia Española.

Cuarta edición, con enmiendas y adiciones. Contiene la nueva Ortografía adoptada por la Academia Española y reglas sobre la puntuación, acentuación y la ortografía: es un librito de suma utilidad.

Un tomo de 156 páginas, encartonado. 40 centavos.

PUBLICADOS POR D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

JUICIOS DE LA PRENSA SOBRE AZABACHE.

¡Qué alta enseñanza se desprende de la lectura de tan precioso libro! (AZABACHE). ¡Cómo se pone de relieve en sus páginas el atraso de los hombres y pueblos que maltratan, estropean, torturan y aniquilan á los animales, esos buenos amigos y compañeros del hombre en su evolución histórica y social á través de los tiempos! No es para sorprender, en vista del mérito excepcional de esta obra, las numerosas ediciones que de ella se han hecho y la circunstancia de haber sido declarada como texto suplementario de lectura en las escuelas de Massachusetts. Desde el punto de vista de la educación moral, "Azabache" es un valiosísimo contingente, que no debía faltar en ninguna familia, si esta desea fomentar en los jóvenes los sentimientos de la bondad, de la justicia y aun de la filantropía. —*La Escuela Primaria*, Mérida de Yucatán, Junio 15, 1893.

AZABACHE es un libro que proporciona al lector entretenimiento, deleite y algo que aprender; con el pretexto de escribir la *Autobiografía de un caballo*, la discreta autora presenta bellos cuadros de costumbres.—*La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 30 de Abril, 1892.

En AZABACHE se encuentran, además de consejos excelentes para el cuidado de los caballos, reflexiones morales y ejemplos que predisponen el ánimo á la piedad y á la benevolencia para con los séres inferiores que comparten con el hombre las más rudas faenas y le hacen llevadera la carga de la existencia. ¡Ojalá que libros de tan sana lectura como el de la señorita Sewell vinieran á sustituir entre nosotros á esa cáfila de novelas corruptoras que tan á menudo vemos en manos de jóvenes de ambos sexos y que van inculcando el veneno de la perversión moral en nuestra sociedad!—*Costa Rica Ilustrada*, San José de Costa Rica, Agosto de 1891.

